

EL HOMBRE

De dónde y cómo vino

¿Adonde va?

C. W. Leadbeater

.....

PRÓLOGO

Ya no se disputa por del todo quimérica la idea de que es posible la observación clarividente. No la aceptan la generalidad de las gentes ni tampoco es aceptada en toda su amplitud. Sin embargo, una minoría cada vez más numerosa de inteligentes creen que la clarividencia es un hecho y la consideran como natural facultad que llegará a ser común a todos los hombres en el transcurso de la evolución. No la tienen por dote milagrosa ni como necesaria derivación de elevada espiritualidad, superior inteligencia y pureza de carácter, pues todas o alguna de estas cualidades pueden manifestarse en personas que nada tengan de clarividentes. Saben que es un poder latente en todo hombre, que podrá educir quien de ello sea capaz y no rehúse pagar el precio exigido por su esfuerzo en colocarse a la vanguardia de la general evolución.

Si la labor llevada a cabo de este modo es o no fidedigna, han de decirlo las generaciones futuras que poseerán la facultad empleada hoy en el presente propósito.

No es nuevo el empleo de la clarividencia en la investigación del pasado, pues de él tenemos permanente ejemplo en *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky.

Sabemos que muchos lectores, estudiantes de ocultismo, convencidos de la realidad de la clarividencia y seguros de nuestra rectitud, hallarán esta obra a la par interesante e iluminadora. Para ellos se ha escrito. Según aumente el número de estudiantes, aumentará el de lectores. No pueden ir más allá nuestras esperanzas. Siglos adelante, cuando haya plumas capaces de escribir libros mucho mejores, basados en análogas investigaciones, será éste considerado como curioso explorador si se tiene en cuenta la época en que se escribió. No es posible dar pruebas concluyentes de la veracidad de este libro, aunque de cuando en cuando vendrán los futuros descubrimientos a corroborar tales o cuales de sus afirmaciones. La verdad de la investigación clarividente

es tan imposible de probar a la generalidad de las gentes como los colores al ciego. El lector profano o vulgar recibirá este libro con ruda incredulidad. Unos lo juzgarán hábil artificio; otros lo mirarán como una estupidez; muchos dirán que los autores son ilusos o embusteros, según la benevolencia o malevolencia de quien los juzgue. Pero a los estudiantes les diremos: aceptad este libro en proporción a la ayuda que os preste en vuestros estudios y en la medida que esclarezca cuanto ya conocéis. El porvenir podrá ampliarlo y enmendarlo, pues nosotros sólo publicamos algunos fragmentos de una dilatadísima historia, y aun así fue muy pesada nuestra tarea.

Efectuamos los trabajos de investigación en Adyar, durante el verano de 1910. El calor dispersó a muchos estudiantes y nosotros nos recluíamos cinco tardes cada semana para, sin que nadie nos interrumpiera, observar y decir estrictamente lo visto en nuestra observación. Dos miembros, la señora Van Hook y don Fabricio Ruspoli, tuvieron la amabilidad de ir transcribiendo exactamente lo que decíamos y hemos conservado los apuntes de ambos que forman el texto del presente relato, escrito, en parte, durante unas cuantas semanas dedicadas a este propósito en el verano de 1911 y completado en Abril y Mayo de 1912, substraídos análogamente al tumulto de la atareada vida. No son posibles trabajos de esta índole entre continuas interrupciones, y el único modo de llevarlos a cabo es apartarse del mundo y permanecer, durante aquel tiempo, en retirada soledad como dicen los católicos.

Hemos seguido el amplio bosquejo teosófico de la evolución y lo exponemos entre los preliminares en el primer capítulo que gobierna el conjunto y es el fundamento básico de la obra. Queda completamente admitida la existencia de una Jerarquía oculta que guía y modela la evolución, algunos de cuyos miembros aparecen necesariamente en el transcurso de este relato. A fin de remontarnos a las primitivas etapas procuramos retrollevar a ellas nuestra propia conciencia, pues más fácil nos sería partir de este punto que de otro alguno, porque nada más era posible reconocer. Aquellas primeras etapas nos suministraron, por decirlo así, una huella en la primera y segunda Cadenas. Desde la última porción de la tercera Cadena en adelante, hemos trazado la historia de la humanidad siguiendo un grupo de individuos, excepto cuando este grupo estuvo diversamente ocupado durante importantes etapas de evolución, como las correspondientes a los comienzos de las subrazas tercera y cuarta de la quinta raza raíz. En tales casos dejábamos a dicho grupo y seguíamos la corriente principal del progreso. Pocos pormenores referentes a personas podemos dar en este relato, por la mucha amplitud del cuadro en que se mueven. Sin embargo, algunas vidas se han publicado biográficamente en *The Theosophist*, bajo el título general de *Rasgaduras en el Velo del Tiempo*, a través de las cuales puede vislumbrarse el pasado de los individuos. Pronto se publicará un volumen de estas biografías intitulado: *Vidas de Alcione*, con tablas genealógicas completas que señalan el parentesco en cada vida de los personajes cuya identificación fue posible. Los trabajos de esta clase podrían llevarse a cabo sin cortapisa alguna si hubiera quien fuese capaz de ellos. Como todo relato exige que se den nombres a los personajes y como por ser la reencarnación un hecho reaparece un mismo personaje en sucesivas épocas con diverso nombre propio en cada existencia, hemos dado a muchos de estos personajes un nombre característico, por el cual se les pueda reconocer en

todos los dramas en que intervinieron. Así como, por ejemplo, Irving es siempre Irving para nosotros, ya represente Macbeth, Ricardo III, Shylock, Carlos I, Fausto, Romeo o Matías, y en su vida de actor se le llama siempre Irving y por doquiera reconocemos su personalidad, sea cual sea el papel que desempeñe en las tablas, así también un ser humano en la larga historia en que las vidas son días desempeña cien papeles sin que deje de ser él mismo en sus aspectos de hombre, mujer, labriego, príncipe o sacerdote. A este él mismo le hemos dado un nombre característico con el que se le pueda reconocer bajo todos los disfraces adecuados al desempeño del papel que represente. Por la mayor parte hemos escogido estos nombres de entre los de los astros y constelaciones. Así, por ejemplo, hemos dado el nombre de Corona a Julio César, el de Pallas a Platón y el de Lira a Lao-Tze. Con ello veremos cuán distintas son las modalidades evolutivas o vidas previas que han de engendrar un César o un Platón; y por otra parte, tendrá el relato un interés más humano al paso que instruya al estudiante sobre la reencarnación.

Los nombres de Aquellos que constantemente aparecen en este relato como hombres y mujeres, pero que ya son Maestros, darán mayor realidad a estos grandes Seres a los ojos de algunos lectores. Subieron a las cumbres en que se yerguen, por la misma escala de vida por donde nosotros subimos ahora. Pasaron por las vicisitudes de la ordinaria vida doméstica, con las penas y alegrías, éxitos y fracasos de que se nutre la experiencia humana. No han sido Dioses perfectos desde ilimitadas épocas, sino hombres y mujeres que pusieron de manifiesto su interno Dios y tras largo y penoso camino alcanzaron la etapa superhumana. Son promesa plena de lo que seremos nosotros. Son las gloriosas flores de la planta cuyos capullos somos.

Y así botamos nuestro bajel en el tormentoso océano de la publicidad para que arrostre su hado y encuentre su destino.

ALGUNOS PERSONAJES DEL RELATO

LOS CUATRO KuMARAS..	Cuatro Señores de la Llama todavía vivientes en Shamballa.
MAHĀGURU.....	El Bodhisattva de la época, que aparece en las personalidades de Vyása, Thoth (Hermes), Zarathushtra, Orfeo, y finalmente Gautama, que llegó a ser el Señor Buddha.
SŪRYA.....	El Señor Maitreya, actual Bodhisattva, supremo Instructor del mundo
MANU.....	Caudillo de una raza raíz. Con los nombres de Manu-Raíz o Manu-Semilla, se designa un ministro de aún más elevada categoría que preside un mayor ciclo de evolución, como una

	Ronda o una Cadena. Los libros indos llaman Vaivasvata indistintamente al Manu-Raíz de nuestra Cadena y al Manu de la quinta Raza Raíz o sea la raza aria.
VIRAJ	El Mahá-Chohan, Jerarca de categoría igual a la de Manu y Bodlísattva.
SATURNO.	Actualmente es un Maestro a quien se le da en algunos libros teosóficos el sobrenombre de "El veneciano."
JÚPITER.....	Maestro residente en las montañas de Nilgiri.
MARTE.....	El Maestro M. de El Mundo Oculto.
MERCURIO.....	El Maestro K. H. de El Mundo Oculto.
NEPTUNO.. . ..	El Maestro Hilarión.
OSIRIS.....	El Maestro Serapis.
BRHASPATI.....	El Maestro Jesús.
VENUS.....	El Maestro Rágozci (o Rakovzky); el "Adepto húngaro"; el conde de St. Germain del siglo XVIII.
URANO.	El Maestro D. K.
VULCANO.....	Un Maestro que en su última vida terrena fue sir Thomas More.
ATHENA.....	Un Maestro que en la tierra llevó el nombre de Tomás Vaughan con el sobrenombre de "Eugenio Filaletes."

ALBA.....	Ethel Whyte.
ALBEREO.....	María Luisa Kirby.
ALCIONE.....	J. Krishnamurti.
ALETEIA.....	Juan de Manen.
ALTAIR.	Herberto Whyte.
ARCOR.....	A. J. Wilson.
AURORA.....	Conde Bubna Licics.
CAPELLA.	S. Maud Sharpe.
CORONA.....	Julio César.
CRUZ..... ..	El hon. Otway Cuffe.
DENEB.....	Lord Cochrane. (Décimo conde de Dundonald.)
EUDOXIA.....	Luisa Shaw.
FIDES.....	G. S. Arundale.
GÉMINIS.....	E. Maud Green.
HÉCTOR.. . ..	W. H. Kirby.
HELIOS.....	María Russak.
HER ACLES.....	Annie Besant.
LEO.. . ..	Fabricio Ruspoli.
LOMIA..... ..	J. I. Wedgwood.
LUTECIA.....	Carlos Bradlaugh.

LIRA.....	Lao-Tze.
MIRA.	Carlos Holbrook.
MIZAR.....	J. Nityanauda.
MONA.....	Piet Meuleman.
NORMA.....	Margarita Ruspoli.
OLIMPIA.	Damodar K.
PALLAS.....	Mavalankar.
	Platón.

FOCEA.....	W. Q. Judge.
FINIX.....	Tomás Pascal.
POLARIS..	B. P. Wadia.
PROTEO.....	El lama Teshu.
SELENE.....	C. Jinarajadasa.
SIRIO.....	C. W. Leadbeater.
SIVA.....	T. Subba Rao.
ESPIGA.....	Francisca Arundale.
TAURO.....	Jerónimo Anderson.
ULISES.....	H. S. Olcott.
VAJRA.....	H. P. Blavatsky.
VESTA	Minnie C. Holbrook.

Algunos miembros de la Sociedad han permitido valerosamente que sus nombres aparezcan en la lista anterior a despecho del ridículo que pudiera caer sobre ellos. Gran número de nuestros amigos están actualmente encarnados en cuerpos indos; pero no podemos exponerlos al escarnio y la persecución que habrían de sufrir si los nombráramos, por lo que no hemos solicitado su permiso.

INTRODUCCIÓN

El problema del origen, evolución y destino del hombre no deja nunca de ser interesante. ¿De dónde procede esta gloriosa Inteligencia que, por lo menos, en este globo es corona de los seres visibles? ¿Cómo ha ido evolucionando hasta su actual situación? ¿Descendió repentinamente de lo alto como un ángel radiante para ser temporáneo morador de una mansión de barro o ha ido ascendiendo a lo largo de obscuras edades, arrancando su humilde linaje del lodo primieval a través del pez, reptil y mamífero, hasta el reino humano? ¿Y cuál es su destino ulterior? ¿Evoluciona progresivamente y se eleva más y más tan sólo para descender por el largo declive de la degeneración hasta caer en el precipicio de la muerte dejando tras él un helado planeta como sepulcro de miríadas de civilizaciones? ¿O su actual ascensión no es ni más ni menos que el adiestramiento de un espiritual e imperecedero Poder destinado en su plenitud a empuñar el cetro de un mundo, de un sistema, de un conjunto de sistemas, con la actuación de un verdadero Dios?

Muchas respuestas se han dado total o parcialmente a estas preguntas en las Escrituras de las antiguas religiones, en las enigmáticas tradiciones legadas por los poderosos hombres de la antigüedad, en las exploraciones de los arqueólogos modernos y en las investigaciones de los geólogos, físicos, biólogos y astrónomos de nuestra propia época. Los conocimientos modernísimos han vindicado las opiniones más antiguas al señalar a nuestro globo y sus habitantes un período de existencia de dilatadísima extensión y maravillosa complejidad. Centenares de millones de años se acumularon para dar tiempo al paulatino y laborioso proceso de la naturaleza en que cada vez más y más hacia tras queda el “hombre primieval”. Vernos la Lemuria donde ahora ondea el Pacífico; y Australia, no obstante su, en comparación, reciente descubrimiento, es una de las tierras más antiguas. Atlántida estuvo donde ahora se extiende el Atlántico, y África se enlazó con América por medio de un sólido puente de tierra que arrebató los laureles del descubrimiento de las sienes de Colón a quien vemos siguiendo las huellas de generaciones largo tiempo ha desaparecidas, que encontraron el camino de Europa a las tierras del sol poniente. Ya no es Poseidonis por más tiempo el fantástico cuento relatado por los supersticiosos sacerdotes egipcios al filósofo griego. Minos de Creta resurge de su vieja tumba como hombre y no como mito. Babilonia, por tan antigua computada, resulta ser la moderna sucesora de una serie de cultísimas ciudades sepultadas capa bajo lecho hasta disfumarse en la noche de los tiempos. La tradición invita al explorador a que excave el Turkeistán en el centro de Asia y le habla al oído de ciclópeas ruinas que sólo esperan su azadón para exhumarse.

En este entrechoque de opiniones, en este conflicto de teorías, en esta afirmación y negación de siempre renovadas hipótesis, tal vez hallen alguna

probabilidad de lectura el relato de dos observadores, de dos exploradores que han recorrido un antiquísimo camino por donde muy pocos andan hoy, aunque de cada vez más lo irán hollando presurosos estudiantes, según el tiempo compruebe su estabilidad. La ciencia está explorando hoy día las maravillas de la que llama "mente subjetiva" y descubre en ella curiosísimas fuerzas, impulsos y reminiscencias. A esta mente subjetiva y equilibrada, dominadora del cerebro, la llama genio. A la mente subjetiva, desquiciada del cerebro, vaga y errabunda, la llama locura. Algún día echará de ver la ciencia que la religión llama "alma" a la que ella llama "mente subjetiva", y que la actualización de sus fuerzas depende de los instrumentos, físico y suprafísico, de que dispone. Si estos instrumentos están bien contruidos, si están enteros y sanos y obedecen dócilmente por completo a su regulador, las facultades de visión, audición y memoria, irregularmente brotadas de la mente subjetiva, llegarán a ser las normales y expeditas facultades del alma. Y si el alma, en vez de adherirse al cuerpo se esfuerza en ascender al Espíritu, al divino Yo velado en la materia de nuestro sistema, entonces el verdadero e interno hombre acrecentará sus fuerzas hasta alcanzar el conocimiento que de otro modo le fuera imposible obtener.

Los antiguos y modernos metafísicos declaran que lo pasado, lo presente y lo futuro existen siempre, simultáneamente en la divina Conciencia, y que tan sólo son sucesivos en su manifestación, esto es, condicionados por el tiempo, que cabalmente consiste en la sucesión de estados de conciencia. Como nuestra limitada conciencia existe en el tiempo, está inevitablemente ligada por esta sucesión, y así sólo podemos pensar sucesivamente. Pero todos sabemos, por la experiencia de los estados de sueño, que la *medida del tiempo* no es la misma durante los mismos, aunque persiste la sucesión. También sabemos que la medida del tiempo varía muchísimo mas aún en el mundo del pensamiento, pues cuando forjamos imágenes mentales podemos retardarlas, apresurarlas y repetir las a voluntad, aunque todavía ligadas por la sucesión. Discurriendo de este modo, no será difícil concebir una mente de trascendental poder, la mente de un LOGOS o VERBO, de un Ser tal como el representado en el cuarto evangelio (1), que contenga en Sí todas las imágenes mentales incorporadas en un sistema solar, dispuestas en el orden sucesivo de su proyectada manifestación, pero todas allí susceptibles de escrutinio, así como nosotros escrutamos o revisamos nuestras imágenes mentales, por más que todavía no hayamos conseguido el divino poder tan gallardamente proclamado por Mahoma, en esta frase: "Le dijo: sé, y fue" (2). Así como el recién nacido contiene en sí las potencialidades de su progenitor, así también nosotros, vástagos de Dios, tenemos en nosotros mismos las potencialidades de la Divinidad. De aquí que cuando nos determinamos a desapegar de la tierra nuestra alma y convertir su atención al Espíritu de cuya sustancia es sombra en el mundo de la materia, pueda el alma llegar a la "Memoria de la Naturaleza", o sea la incorporación en el mundo material de los pensamientos del Logos, el reflejo, por decirlo así, de Su Mente. Allí reside el pasado en siempre vivos registros; allí reside también el futuro, de más difícil logro para la semievolucionada alma, porque no está del todo manifiesto e incorporado, aunque sea completamente "real". El alma que lee estas memorias puede transportarlas al cuerpo e imprimirlas en el cerebro, hasta el punto de registrarlas en palabras y escritos. Cuando el alma se unifica con el

Espíritu, como en el caso de los “hombres perfectos”, de Aquellos que completaron su evolución humana y han “libertado” o “salvado” (3) su Espíritu, el contacto con la divina Memoria es inmediato, directo, siempre valedero e infalible, Pero antes de llegar a este punto, el toque es imperfecto, mediato y expuesto a errores de observación y transmisión.

Los autores de este libro aprendieron el método de establecer el contacto inmediato; pero como están sujetos a las dificultades propias de su incompleta evolución, hicieron cuanto les cupo para observar y transmitir, aunque de sobra saben que muchas flaquezas deslucen su obra.

Les han ayudado eventualmente los Hermanos Mayores, que ampliaron el bosquejo en algunos puntos y les apuntaron las fechas siempre que fue necesario.

Como en el caso de los referidos libros que precedieron a éste en el movimiento teosófico, “el tesoro está en los vasos terrenos”, y al par que los autores agradecen el desinteresado auxilio recibido, aceptan por entero la responsabilidad de los errores.

(1) San Juan, I, 1, 4.

(2) Corán, XI, 17.

(3) Términos empleados respectivamente por los induistas y los cristianos para señalar el término de la evolución puramente humana.

CAPÍTULO I

Preliminares

¿De dónde viene y adónde va el hombre? Por toda respuesta solamente podemos decir: el hombre, como ser espiritual, procede de Dios y a Dios ha de volver. Pero el *de dónde y adónde* a que nos referimos señalan límites mucho más modestos, pues tan sólo abarcan una sencilla página de la historia de su vida, aquí copiada, que nos refiere el nacimiento en la densa materia de algunos de los Hijos del Hombre. ¿,Qué hay más allá de este nacimiento ¡oh! Noche impenetrable? Y si en su desenvolvimiento le seguimos mundo tras mundo hasta un punto del inmediato futuro que tan sólo diste unos cuantos siglos, ¿qué hay más allá de esas nubes matutinas ¡oh! todavía no amanecido Día?

Sin embargo, el título no es del todo impropio, porque el que procede de Dios y vuelve a Dios no es precisamente el “hombre”. Aquel Rayo del divino Esplendor que emana de la Divinidad al comienzo de una manifestación, aquella “partícula de Mi propio Ser, traes mutada en el mundo de vida en un Espíritu inmortal” (1), es mucho más que “hombre”. El hombre no es sino una etapa de su desenvolvimiento, y el mineral, vegetal y animal no son ni más ni menos que etapas de su embrionaria vida en la matriz de la naturaleza, antes de que nazca como hombre. Es el hombre la etapa en que el Espíritu y la Materia luchan entre sí por el predominio, y cuando al fin de la lucha se erige el Espíritu en señor de la Materia, en dueño de la vida y la muerte, entra el Espíritu en su evolución superhumana y ya no es hombre sino más bien superhombre. Pero aquí hemos de considerarle tan sólo como hombre; hemos de tratar del hombre en sus embrionarias etapas en los reinos mineral, vegetal y animal; hemos de observar al hombre durante su desenvolvimiento en el reino humano, al hombre y sus mundos, al Pensador y su campo de evolución.

A fin de que le pueda aprovechar mayormente el relato contenido en este libro, es necesario que el lector se detenga por unos minutos en el concepto de un sistema solar, según lo bosqueja la literatura teosófica (2), y en los capitales principios de la evolución que en él se efectúa. Esto no ofrece mayor dificultad de comprensión que la de la terminología de una ciencia cualquiera o que las demás descripciones cósmicas de la astronomía, y con un poco de atención logrará dominarlo el estudiante. El lector frívolo a quien le parezca todo ello embotadamente lánguido y lo pase por alto, se encontrará, al leer lo restante, en una condición mental más o menos confusa y extraviada, porque habrá querido edificar una casa sin cimientos y forzoso le será apuntalarla de continuo. El lector cuidadoso obviará valerosamente estas dificultades dominándolas de una vez para siempre, y con el conocimiento así adquirido avanzará sin tropezar en pormenores de fácil comprensión. Quienes prefieran no detenerse en el preliminar examen a que nos referimos pueden

prescindir de este capítulo y empezar, desde luego, por el segundo; pero los lectores más avisados dedicarán algún tiempo a compenetrarse de lo que sigue.

El eminente sabio Platón, una de las más poderosas inteligencias del mundo, cuyas elevadas ideas han dominado el pensamiento europeo, declara en fecunda afirmación que “Dios geometriza”. Cuanto mejor conocemos la Naturaleza, tanto más nos convencemos de esta verdad. Las hojas de las plantas están dispuestas en la definida ordenación de $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{3}$, $\frac{2}{5}$, $\frac{3}{8}$, $\frac{5}{13}$ y así sucesivamente. Las vibraciones de las notas de una escala pueden representarse correspondientemente en serie regular. Algunas enfermedades siguen su curso en un definido ciclo de días en que el 7.º, 14.º y 21.º señalan las crisis, cuyo resultado es o la continuación de la vida física o la muerte. No hay necesidad de multiplicar los ejemplos.

Por lo tanto, no es extraño que en la ordenación de nuestro sistema solar intervenga continuamente el número siete, que por esta razón se llama “número sagrado”, aunque mejor le cuadraría el epíteto de “número expresivo”. Una lunación se divide naturalmente en dos septenas de creciente con otras dos de menguante, y sus cuartos nos dan la semana de siete días. Vemos que el siete es el número radical de nuestro sistema solar, cuyos departamentos o distritos son siete, que a su vez se subdividen en otros siete subalternos y éstos en otros siete y así sucesivamente. El estudiante de religión se acordará en este punto de los siete Ameshaspentas zoroastrianos y de los siete Espíritus ante el trono del Señor según los cristianos; y el teósofo pensará en el supremo y trino LOGOS del sistema, rodeado de sus Ministros, los “Gobernadores de las siete cadenas” (3), cada uno de los cuales rige su propio departamento del sistema como los virreyes de un emperador. Aquí sólo consideraremos en pormenor un departamento de los diez que comprende el sistema solar, pues aunque radicados en siete se desenvuelven en diez, y así llaman los místicos a este número el “número perfecto”. Sinnet ha denominado a estos departamentos “Planes de Evolución”, en cada uno de los cuáles está evolucionando o evolucionará una humanidad. Nos contraeremos ahora a nuestra evolución, aunque sin olvidar que también hay otras y que de una a otra pueden pasar Inteligencias muy elevadamente evolucionadas. En efecto, estos visitantes vinieron a nuestra tierra en determinada etapa de su evolución, para servir de guía y ayuda a nuestra recién nacida humanidad. Cada Plan de Evolución pasa por siete grandes etapas evolutivas que se llaman *Cadenas*, a causa de constar cada Cadena de siete globos mutuamente relacionados, de suerte que cada globo es uno de los siete eslabones de la Cadena. El diagrama primero representa los siete Esquemas en torno del sol central, de suerte que en determinada época sólo está en actividad en cada Esquema una cadena compuesta de siete globos que en el diagrama no aparecen separados, sino dispuestos en anillos o círculos concéntricos para ahorrar espacio.

En el Diagrama II están ya dibujados los globos, de suerte que tenemos distintamente un Esquema con las siete etapas de su evolución, esto es, con sus siete Cadenas sucesivas y relacionadas con cinco de las siete esferas o tipos de materias existentes en el sistema solar. La materia de cada tipo está compuesta de átomos de determinada especie; y como todos los sólidos,

líquidos, gases y éteres de cada tipo de materia son agregaciones de una sola especie de átomos (4), esta materia recibe la denominación correspondiente a la modalidad de conciencia a que responde, conviene a saber: física, emocional, mental, intuicional y espiritual (5). En la primera Cadena, los siete mundos A, B, C, D, E, F, G, están dispuestos como sigue (6): A mundo-raíz y G mundo-simiente están en el plano espiritual, porque todo desciende de arriba abajo, de lo sutil a lo denso, para reascender a lo superior, enriquecido con los frutos de la jornada, que han de servir de simiente a la Cadena sucesora. B y F están en el plano intuicional. B es el globo de acopiamiento, y F el de asimilación. C y F están análogamente relacionados en el mental superior. D, punto de equilibrio y conversión entre los arcos descendente y ascendente, está situado en la zona inferior del plano mental. Estos pares de globos se relacionan íntimamente en cada Cadena; pero uno de ellos es el basto boceto y el otro la acabadísima pintura. En la segunda Cadena, todos los globos han descendido una etapa en la materia, y el D está en el plano emocional. En la tercera Cadena descienden otra etapa más, y D baja hasta el plano físico. La cuarta Cadena, la intermedia de las siete, profundamente sumida en densísima materia, es el punto de conversión de las Cadenas como D lo es de los globos. Tan sólo esta cadena tiene situados tres globos: C, D y E en el plano físico. En la jornada de retorno, por decirlo así, el ascenso parece descenso; en las cadenas tercera y quinta hay un solo globo físico; en las segunda, y sexta el globo D es emocional; en las primera y séptima el globo D es mental. Al fin de la séptima cadena queda cumplido el plan de evolución, cuyo fruto se cosecha.

Para facilitar la comprensión de los siete esquemas evolutivos de nuestro sistema solar, pueden denominarse, según los respectivos globos D, que son los más conocidos, conviene a saber: Vulcano, Venus, Tierra, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno (7). En el esquema a que pertenece la Tierra, la cadena precedente a nuestra cadena terrestre fue la tercera de la serie, y su único globo físico D, el astro que hoy llamamos Luna.

Por esto a la tercera cadena se le da el nombre de lunar, mientras que las segunda y primera se designan tan sólo numéricamente. Nuestra cadena, la cadena terrestre, es la cuarta en el orden de sucesión y tiene, por lo tanto, físicamente manifiestos tres de sus siete globos, a saber: el cuarto D, la Tierra; el tercero C, Marte, y el quinto E, Mercurio.

El esquema neptuniano está, en la cuarta cadena de su evolución, que tiene también físicamente manifiestos tres de sus globos, éstos son: Neptuno, globo D, y dos planetas físicos C y E con él relacionados, cuya existencia señaló la teosofía antes de que los descubriese la ciencia. Por lo tanto, está en la cuarta cadena de su propia serie.

El esquema venusino está en el término de su quinta cadena, y por lo tanto, ha perdido Venus recientemente su Luna o globo D de la cadena precedente (8). Es posible que Vulcano, descubierto por Herschel, pero desaparecido después de la vista de los astrónomos, esté actualmente en su sexta cadena, aunque sobre el particular carecemos de información ni directa ni mediata. Júpiter no está todavía habitado, pero en sus satélites hay seres de densos cuerpos físicos.

Los diagramas III y IV representan la correspondencia entre las siete cadenas de un mismo esquema, en demostración del progreso evolutivo de cadena a cadena.

Conviene estudiar primeramente el diagrama III, mera simplificación del diagrama IV, copiado a su vez del dibujo de un Maestro. Aunque al principio parezca este diagrama algún tanto desconcertante, resultará muy instructivo en cuanto el estudiante lo comprenda. El diagrama III dispone las siete cadenas de un esquema en columnas contiguas, fin de que el divino flujo de Vida señalado por las flechas pueda indicarse en su ascenso de reino a reino. Cada sección de una columna figura uno de los siete reinos de la naturaleza: tres elementales, mineral, vegetal, animal y humano (9).

Siguiendo la séptima Oleada de Vida, única que pasa en el esquema por los siete reinos, vemos que entra en la primera cadena por el primer reino elemental que allí se desenvuelve durante el periodo vital de la cadena. En la segunda cadena pasa por el segundo reino elemental que asimismo se desenvuelve allí durante su periodo vital. En la tercera cadena aparece en el tercer reino elemental, y en la cuarta entra en el mineral. Después atraviesa sucesivamente los reinos vegetal y animal en las quinta y sexta cadenas hasta alcanzar el reino humano en la séptima. Así tenemos que el esquema en conjunto proporciona un campo de evolución a la corriente de Vida divina, desde su incorporación en la materia hasta el hombre (10). Las restantes corrientes de Vida, o han comenzado ya en otro esquema y entran en éste por el punto de evolución en él alcanzado, o llegan demasiado tarde para alcanzar en éste el reino humano.

En el estudio del diagrama IV hemos de advertir ante todo que los círculos de color no son siete cadenas de *globos* como pudiera parecer, sino los siete reinos de la naturaleza en cada cadena sucesiva, y por lo tanto, se corresponden con las secciones columnarias del diagrama III. Aquí tenemos un completo plan evolutivo con la situación de cada reino en cada cadena. El estudiante puede escoger una línea de cualquier color en el primer círculo y seguirla progresivamente.

Tomemos el círculo azul del extremo superior izquierdo, señalado por la flecha. Este círculo representa el primer reino elemental de la primera cadena y su corriente deja esta primera cadena para entrar en la segunda (el siguiente anillo de círculos de color). En el momento de entrar se bifurca la corriente, y su porción menos avanzada, que no está dispuesta para entrar en el segundo reino elemental, se desvía de la corriente principal para entrar en el primer reino elemental de esta segunda cadena, uniéndose a la nueva corriente de Vida (de color amarillo y señalada con una flecha), la cual comienza su evolución en esta cadena. La principal corriente azul va al segundo reino elemental de esta segunda cadena, recibiendo en su seno algunos rezagados del segundo reino elemental de la primera cadena, los cuales se asimila y lleva consigo. Conviene advertir que sólo sale de este reino una corriente azul, pues todos los elementos extraños han quedado completamente asimilados. La corriente azul prosigue hacia la tercera cadena, donde se bifurca y deja que

sus rezagados continúen en el segundo reino elemental de la tercera cadena, mientras que su masa va a formar el tercer reino elemental de esta tercera cadena. También recibe algunos rezagados del tercer reino elemental de la segunda cadena y se los asimila y lleva consigo para entrar como inatenuada corriente azul en el reino mineral de la cuarta corriente. Asimismo deja algunos rezagados, que se desenvolverán en el tercer reino elemental de la cuarta cadena, y recibe otros del reino mineral de la tercera cadena, asimilándoselos como antes. En este punto alcanza el máximo de densidad en la evolución o sea el reino mineral, y al salir de él (siguiendo todavía la línea azul) asciende al reino vegetal de la quinta cadena, enviando sus rezagados al reino mineral de la misma y recibiendo los del reino vegetal de la cuarta. De nuevo asciende hasta alcanzar esta vez el reino animal de la sexta cadena, dejando que los vegetales rezagados completen su evolución en el reino vegetal de esta sexta cadena y recibiendo en su propio reino los animales rezagados de la quinta cadena. Por fin, al término de su evolución entra en el reino hominal de la séptima cadena, dejando los animales rezagados en el reino animal de esta séptima cadena y recibiendo algunos seres humanos del reino hominal de la sexta cadena, los cuales se lleva consigo a su triunfante conclusión, donde se perfecciona la evolución humana en los superhumanos seres, a lo largo de uno de los siete senderos.

Este punto está señalado por el plumero azul del extremo izquierdo superior. En el siguiente plan de evolución, los rezagados del reino animal de la séptima cadena del plan anterior aparecerán en el reino humano de la primera cadena del nuevo plan, y allí llegarán a hombres perfectos. Estarán en el círculo que corresponde al señalado por el plumero gris oscuro, en la primera cadena del diagrama que vamos estudiando.

De igual manera se han de seguir todas las líneas de reino a reino en las cadenas sucesivas. El círculo anaranjado representa el segundo reino elemental de la primera cadena, y por lo tanto, tuvo una etapa de vida en la cadena precedente, es decir, que entró en la corriente de evolución como primer reino elemental de la séptima cadena del plan anterior, según puede verse por el círculo superior izquierdo, señalado con flecha en la séptima cadena de nuestro diagrama. Alcanza al reino humano en la sexta cadena y sigue adelante. La vida en el tercer círculo, de color de púrpura, con dos reinos evolucionados en el plan precedente, alcanza el reino hominal en la quinta cadena y prosigue adelante. La vida que en el cuarto círculo anima el reino mineral, pasa a la cuarta cadena. La que anima el reino vegetal pasa a la tercera cadena; la del reino animal a la segunda; y la del reino hominal pasa a la primera.

El estudiante que comprenda del todo este diagrama se hallará en posesión de un plan de distribución por el que podrá colegir bastantes pormenores, sin los cuales perdería de vista, en medio de su complejidad, los principios generales de la evolución eónica.

Dos puntos quedan por esclarecer: el subelemental y el superhumano. La corriente de Vida del LOGOS anima primeramente la materia en el primero o ínfimo reino elemental. Cuando procedente de la primera cadena penetra

esta corriente en el segundo reino elemental de la segunda cadena, la materia que ha de constituir el primer reino elemental de esta segunda cadena, ha de estar animada por una nueva corriente de Vida dimanante del LOGOS, y así sucesivamente en cada una de las restantes cadenas.

Luego que transpuesto el reino hominal llega el hombre al dintel de la vida superhumana y es ya un Espíritu libertado, se abren siete senderos a la elección de sus pasos. Puede entrar en las bienaventuradas omnisciencia y omnipotencia del nirvana, cuya actuación trasciende a cuanto conocemos, con posibilidad de llegar a ser en algún mundo futuro un avatar o encarnación divina; esto suele llamarse tomar “la vestidura del Dharmakâya”. También puede entrar en el “período espiritual”, frase que encubre desconocidos significados, entre ellos, probablemente, el de “tomar la vestidura Sambhogakâya”. Asimismo puede tomar parte en aquella tesorería de espirituales poderes de donde los agentes del LOGOS los extraen para Su obra, convirtiéndose en un Nirmânakâya. Igualmente puede ser un miembro de la oculta Jerarquía que gobierna y protege el mundo donde El alcanzó la perfección. Por otro sendero puede pasar a la cadena siguiente y ayudar a construir sus formas. De la propia suerte puede entrar en la espléndida, evolución angélica de los devas. Por último, le cabe consagrarse al inmediato servicio del Locos en alguna porción del sistema, solar, ser Su ministro y mensajero, viviendo sólo para cumplir Su voluntad y llevar a cabo Su obra en el conjunto del sistema por El gobernado. Así como un general tiene su Estado mayor cuyos individuos transmiten sus órdenes a todos los puntos del campo de batalla, así son estos espíritus el Estado mayor del que a todos manda, “los ministros que cumplen su deseo” (11). Parece ser este sendero muy espinoso, porque el Adepto ha de sobrellevar en él grandísimos sacrificios, y por lo tanto, se le distingue y considera en extremo. Un individuo del Estado mayor general no tiene cuerpo físico; pero mediante el “poder creador” (*kriyâshakti*) se construye uno con la materia del globo al que se le envía. En el Estado mayor hay Seres de diversos grados de evolución, desde el de arhat (12) en adelante. Algunos alcanzaron el arhatado en la cadena lunar; otros son adeptos (13), y también los hay que ya trascendieron este grado de la humana evolución.

La necesidad de este Estado mayor dimana, probablemente, entre otras razones desconocidas para nosotros, de que las primitivas etapas de evolución de una cadena, y más todavía si es del arco descendente, requieren mayor auxilio externo que las etapas posteriores. Así, por ejemplo, en la primera cadena de nuestro esquema, la primera gran iniciación fue el punto máximo del nivel humano, y ningún individuo de aquella humanidad alcanzó el adeptado ni mucho menos la iluminación. De aquí la necesidad de proveer del exterior los empleos superiores. Análogo auxilio recibieron las cadenas posteriores, y nuestra Tierra habrá de dar ministros superiores a las primeras cadenas de otros esquemas, así como también los ordinarios agentes para los últimos globos y rondas de nuestra propia cadena. Según sabemos, dos individuos de nuestra oculta Jerarquía han dejado ya la Tierra, tal vez para reunirse con el Estado mayor o acaso enviados por el Jefe de nuestra Jerarquía para acaudillar la de algún otro globo extraño a nuestro esquema.

Los seres humanos que en una cadena no llegan, al cabo de cierto tiempo, al máximo nivel señalado a la humanidad de aquella cadena son los “fracasados”, cuyo fracaso puede provenir de falta de tiempo, de falta de actuación, etc.; pero cualquiera que sea la causa, los que no alcanzan el punto necesario para desde él progresar de modo que antes del término de la cadena lleguen al nivel señalado en ella, quedan eliminados de la evolución de esta cadena antes de su fin y se ven precisados a entrar en la cadena siguiente, al punto determinado por la etapa alcanzada en la precedente, a fin de que puedan completar su carrera humana. Otros seres hay que logran atravesar este punto de cruzamiento o “día del Juicio” en la cadena, y sin embargo, no han progresado con suficiente rapidez para alcanzar el nivel desde el cual se abren los siete senderos.

Aunque éstos no son “fracasados”, tampoco han triunfado del todo, y por lo tanto, pasan asimismo a la cadena siguiente y guían a aquella humanidad, a la que se incorporan cuando esta humanidad llega a una etapa en que los cuerpos están lo suficientemente desarrollados para servirles de vehículo en su ulterior progreso. En nuestro estudio hallaremos estas diversas clases de seres, pues ahora sólo los examinamos a vista de pájaro. Los pormenores nos los mostrarán más claramente. Tan sólo en la primera cadena echamos de ver que no hay fracasados extraídos de su evolución. Hubo algunos que no triunfaron; pero no hemos podido observar si esta primera cadena tuvo su “día del juicio”.

En una cadena, la oleada evolutiva se extiende del globo A al G, que son, en turno sucesivo, los campos de desenvolvimiento. Este paso de la oleada a lo largo de la cadena se llama ronda, y la oleada pasa siete veces o siete rondas por todos los globos, antes de que termine la vida de la cadena y quede completa su obra. Entonces se cosechan y entrojan sus frutos, que sirven de semilla para la cadena siguiente, excepto Aquellos que, terminada Su carrera humana, llegan a ser Superhombres y, entrando en otro de los siete senderos, prefieren emplearse en oficios distintos del de guiar los caminos de la cadena naciente.

Concluamos estos preliminares. En la esfera monádica, en el plano superespiritual, moran las Emanaciones divinas, los Hijos de Dios que han de tomar carne y convertirse en Hijos del Hombre en el universo venidero. Perpetuamente contemplan la faz del Padre y son la angélica contraparte de los hombres. Este divino Hijo recibe en su mundo peculiar el nombre técnico de Mónada o Unidad. Es el que, como ya dijimos, “se transforma en el mundo de vida en un Espíritu inmortal”. El Espíritu es la Mónada velada en la materia, y por lo tanto, trina en sus aspectos de Voluntad, Sabiduría y Actividad, que llegará a ser la verdadera Mónada después de apropiarse los átomos de materia de las esferas espiritual, intuicional y mental, que formarán sus cuerpos. De la Mónada surge la inagotable fuente de vida. El Espíritu o Mónada velada es su manifestación en un universo. Según el Espíritu adquiere dominio sobre la materia de la esfera inferior, va gobernando con mayor acierto la obra evolutiva y la Voluntad determina, la Sabiduría conduce y la Actividad ejecuta las grandes determinaciones que deciden el destino del hombre.

(1) Bhagavad Gita, XV, 7.

(2) El estudiante puede consultar á, este propósito las siguientes obras: Blavatsky, *La Doctrina Secreta*; Sinnet, *Buddhismo esotérico y . Desarrollo del alma*; Besant, *La Sabiduría antigua*, etc. Hay leves diferencias en cuanto h los nombres que Blavatsky y Sinnet dan a los globos de la cadena terrestre, pero los puntos capitales son idénticos.

(3) Se les ha llamado Logos planetarios; pero hemos desechado este nombre por la confusión que suele ocasionar.

(4) Véase *Química oculta*, por Annie Besant y C. W. Leadbeater, pág. 5 a 11.

(5) La materia física es la con que estamos en contacto durante la vigilia. Materia emocional es la que vibra por las emociones y deseos, llamada astral en nuestros primitivos libros, denominación que conservaremos hasta cierto punto, Materia mental es la que, análogamente, vibra a impulsos del pensamiento. Materia intuicional (búddhica en sánscrito) es la que sirve de medio a la suprema intuición y al omnilátero amor. Materia espiritual (átmica) es la en que actúa con todo su poder la Voluntad creadora.

(6) El globo superior de la izquierda es A; el inmediato inferior es B; y así sucesivamente hasta G, globo superior de la derecha.

(7) Véase Diagrama I.

(8) Conviene recordar que Herschel descubrió el satélite de Venus.

(9) Los reinos elementales son las tres etapas de vida en su descenso a la materia (involución). Los siete reinos se pueden representar en un arco descendente y otro ascendente, como las cadenas y los globos. Así tendremos:

Elemental 1.º Humano.

Elemental 2.º Animal.

Elemental 3.º Vegetal.

Mineral.

(10) Estas siete corrientes de Vida con las seis adicionales entradas por el ínfimo reino elemental en las seis cadenas restantes, constituyen trece en total y son los sucesivos impulsos que respecto de este esquema forman la llamada por los teósofos "Segunda oleada de Vida", esto es, el flujo de Vida que evoluciona las formas y procede del segundo LOGOS, el Vishnu de la Trinidad induista y el Hijo de la Trinidad cristiana.

(11) Salmo, CHI, 21.

(12) El que ha transpuesto la cuarta gran iniciación.

(13) Los que han transpuesto la quinta gran iniciación.

CAPÍTULO II

Primera y segunda cadenas

Hemos de afrontar ahora la única dificultad práctica que se nos presenta en el comienzo de nuestro estudio: los ciclos evolucionarios de las primera y segunda cadena de nuestro esquema. Un Maestro decía risueñamente sobre el particular: “No. dudo de que seáis capaces de verlo, pero si de que acertéis a describirlo en tan inteligible lenguaje que puedan otros comprenderlo.” En efecto, las condiciones son tan distintas de cuanto conocemos; las formas son tan tenues, sutiles y cambiantes; la materia es tan por completo “el material de que se forjan los sueños”, que resulta casi imposible describir claramente las cosas vistas. Sin embargo, por imperfecta que resulte la descripción, alguna hemos de dar para representar comprensiblemente la remotísima evolución, pues por pálida que sea valdrá más que si no diésemos ninguna.

No es posible hallar un verdadero “comienzo.” En la cadena sin fin de los seres vivientes podemos estudiar cumplidamente un eslabón; pero el metal que lo forma ha sido extraído del seno de la tierra, excavado del fondo de alguna mina, derretido en algún horno, forjado en alguna fragua y algunas manos lo modelaron antes de que apareciera como eslabón de una cadena. Así sucede con nuestro esquema, que sin otros esquemas precedentes no podría existir; pues sus más adelantados habitantes no comenzaron en él su evolución. Basta partir de aquel punto en que algunas partículas de la Divinidad, eternos Espíritus (que en otro lugar habían pasado por el arco descendente involucionando en cada vez más densa materia a través de los reinos elementales), llegan a su ínfimo nivel y empiezan en el reino mineral de esta primera cadena su larga ascensión y desenvolvimiento en la evolucionante materia. En el reino mineral de esta cadena, aprendió sus primeras lecciones de evolución la actual humanidad terrestre. Esta conciencia es la que nos proponemos investigar desde su vida en los minerales de la primera cadena hasta su vida en los hombres de la cuarta. Como quiera que formamos parte de la humanidad terrestre, nos será más fácil investigar esta conciencia que otra extraña a nosotros, pues de la Eterna Memoria evocaremos escenas en que tuvimos nuestra parte, con las cuales estamos indisolublemente ligados y que, por lo tanto, podemos alcanzar con mayor facilidad.

En la primera cadena se ven siete centros, de los que el primero y séptimo, según queda dicho, están en el nivel espiritual (nirvánico); el segundo y sexto en el intuicional (búdico); el tercero y quinto en el mental superior; y el cuarto en el mental inferior. Los denominaremos, como hicimos con los globos, A y G, B y F, C y E; y en el centro, D, punto de conversión del ciclo.

El comentario oculto citado en *La Doctrina Secreta* dice que en la primera ronda de la cuarta cadena (en cierto modo tosco remedo de la primera cadena), la Tierra era un feto en la matriz del espacio. Este símil acude a la mente al tratar de esta cadena, equivalente a los futuros mundos en la matriz del pensamiento, esto es, los mundos que posteriormente han de nacer en más compacta materia. Apenas podemos llamar “globos” a estos centros, pues son como centros de luz en un mar de luz, focos de luz de los que la luz irradia de la misma sustancia de luz y únicamente luz, modificada por el flujo de luz dimanante de los focos. Son como vórtices anulares, anillos de luz tan sólo distinguibles por su remolino y por la diferencia de su movimiento, de suerte que a semejanza de molinetes de agua en medio del agua, son molinetes de luz en medio de la luz.

Los centros primero y séptimo son modificaciones de la materia espiritual. El séptimo es la completa perfección del basto esbozo visible en el primero, la acabada pintura sacada del tosco boceto del divino Artista. Hay allí una humanidad, una muy glorificada humanidad, producto de alguna evolución precedente que ha de completar su carrera humana en esta cadena (1), donde cada entidad tomará (en el cuarto globo de cada ronda) su ínfimo cuerpo, esto es, el cuerpo de materia mental o sea el más denso que pueda suministrar esta cadena.

La primera gran iniciación (o su equivalente allí) es el nivel señalado en esta cadena, y quien no la alcanza ha de renacer por necesidad en la siguiente.

De lo que hemos podido investigar, se infiere que en esta primera cadena no hubo fracasados, y algunos seres (como también, según parece, ocurrió en cadenas posteriores) traspasaron el señalado nivel. Los miembros de aquella humanidad que en la séptima ronda alcanzaron la iniciación, eligieron uno de los siete senderos que antes mencionarnos.

En esta primera cadena aparecen todas las etapas de la egoidad; pero la carencia de los inferiores niveles de materia a que estamos acostumbrados, señala notable diferencia en los métodos evolutivos que sorprenden al observador. Allí todas las cosas no sólo surgen de arriba, sino que arriba progresan, pues no hay abajo ni forma en el ordinario sentido de la palabra, y si únicamente centros de vida, seres vivientes sin forma estable. No hay mundo emocional ni físico (2) de los cuales puedan brotar impulsos a que los centros superiores respondan descendiendo a utilizar y animar las formas ya existentes en los niveles inferiores.

El campo más próximo para esta acción es el globo D, donde las formas mentales de configuración animal se dirigen hacia arriba y llaman la atención de los sutiles centros que sobre ellas flotan. Entonces la vida del Espíritu late más intensamente en los centros que se infunden en las formas mentales y las animan y humanizan.

Muy difícil es deslindar las sucesivas rondas, pues parece que unas se desvanecen en otras como olas deshechas (3), y sólo se distinguen por leves aumentos y disminuciones de luz. El progreso es muy lento y trae a la memoria

la edad Satya de las Escrituras induistas, en que la vida permanece algunos miles de años sin mudanza apreciable (4). Las entidades se desenvuelven muy lentamente a medida que las hieren los rayos de magnetizada luz. Es como una gestación, como el crecimiento de un huevo o de un capullo dentro de sus envolturas.

El principal interés de la cadena está en la evolución de los seres brillantes (devas o ángeles) que habitualmente moran en aquellos superiores niveles, mientras que las evoluciones inferiores parecen desempeñar una parte subalterna. La humanidad está allí muy influida por los devas, generalmente por su mera presencia y por la atmósfera que forman; pero a veces se ve a un deva tomar un ser humano como si fuese una chuchería o un corderillo mimado. Por su propia existencia auxilia a la humanidad la vasta evolución angélica. Las vibraciones establecidas por estos gloriosos espíritus actúan en los ínfimos tipos humanos y los fortalecen y vivifican. Observando la cadena en conjunto, la vemos como un campo primordialmente destinado al reino angélico y tan sólo secundariamente a la humanidad; pero no deja de causar esto extrañeza, porque los hombres estamos acostumbrados a mirar el mundo como exclusivamente nuestro.

En el cuarto globo se ve de cuando en cuando que un deva auxilia deliberadamente a un ser humano transfiriéndole materia de su propio cuerpo para acrecentar la receptividad y responsividad del de aquél. Estos auxiliares pertenecen a la clase de ángeles corpóreos (rúpa-devas) o con forma, que habitualmente residen en el mundo mental inferior.

Volviendo al reino mineral nos encontramos entre de quienes algunos serán hombres en la cadena lunar y otros en la cadena terrestre. La conciencia dormida en estos minerales ha de ir despertando gradualmente y desenvolverse a través de largas etapas en el reino humano.

El reino vegetal está algún tanto más despierto aunque todavía muy embotado y soñoliento. El progreso normal en este reino transportará la animada conciencia. al reino animal de la segunda cadena y al humano en la tercera.

Aunque nos es preciso dar a estos reinos las denominaciones de mineral y vegetal, conviene advertir que en realidad están constituidos por meras formas mentales, es decir, por formas de pensamientos de minerales y de vegetales con las mónadas que, por decirlo así, sueñan en ellas y sobre ellas flotan y les envían débiles latidos de vida. Parece como si estas mónadas se vieran precisadas de cuando en cuando a dirigir su atención a estas aéreas formas y sentir y experimentar a través de ellas las impresiones transmitidas por los contactos exteriores. Estas formas mentales son a manera de modelos en la mente del Gobernador de las siete cadenas, quien, como producto de Su meditación, vive en un mundo de ideas y de pensamientos. Vemos que las mónadas que en precedentes esquemas de evolución adquirieron átomos permanentes, se adhieren a las formas mentales sobre que flotan y en ellas y por medio de ellas llegan a ser vagamente conscientes. Pero no obstante la vaguedad de esta conciencia, se le observan distintos grados, de los que el

inferior apenas puede llamarse conciencia, pues la vida anima formas mentales de tipo análogo a lo que ahora llamamos tierra, rocas y piedras.

De las mónadas en contacto con estas formas, difícilmente puede afirmarse que por su mediación perciban sensación alguna, excepto la del contacto presor que, en resistencia a la presión, arranca de ellas una apagada conmoción de vida, distinta de la todavía más apagada vida de las moléculas químicas no adheridas a las mónadas e insensibles a la presión. En el grado inmediato correspondiente a las formas de pensamiento análogas a las que ahora llamamos mentales, el sentido del contacto presor es más agudo y algo más definida la resistencia a la presión, pues casi es la reacción expansiva del esfuerzo para rechazarla. Cuando esta reacción subconsciente actúa en varias direcciones, queda formado el pensamiento modelo de un cristal. Observamos que cuando nuestra conciencia estaba en el mineral, sentíamos tan sólo la reacción subconsciente; pero más adelante, al intentar percibir la reacción del exterior, se representaba en nuestra conciencia como un vago disgusto de la presión y un lánguidamente penoso esfuerzo para resistirla y rechazarla. Uno de nosotros manifestó que en sus observaciones “sentía una especie de minerales disgustados.” Probablemente, la vida monádica, anhelosa de expresión, sintió vago disgusto al no hallarla, y esto sentimos nosotros al salir del mineral, sintiéndolo como lo sentíamos en aquella parte de nuestra conciencia que entonces estaba fuera de la rígida forma..

Si brevemente observamos más hacia adelante, veremos que las mónadas adheridas a los cristales no entran en la cadena, siguiente por las ínfimas sino por las superiores formas de vida vegetal, a cuyo través pasan a la cadena lunar, en cuyo punto medio entran como mamíferos y allí se individualizan para tomar humano nacimiento en su quinta ronda.

Uno de los hechos más desconcertantes para los observadores es que estos “pensamientos de minerales” no permanezcan inmóviles, sino que tengan movimiento. Así, por ejemplo, una colina que parece ha de estar fija, da vueltas ó flota de aquí allá ó cambia de forma, de suerte que no hay tierra firme sino un cambiante panorama. No es necesario que la fe mueva estas montañas, porque ellas mismas se mueven.

Al término de esta primera cadena, todos cuantos han alcanzado el superior nivel en ella establecido, esto es, el que, como ya dijimos, corresponde a nuestra primera iniciación, entran en, cualquiera de los siete senderos, uno de los cuales conduce a colaborar en la obra de la segunda cadena como constructores de las formas de su humanidad, desempeñando en dicha segunda cadena funciones análogas a las que más tarde desempeñaron en nuestra cadena terrestre los “Señores de la Luna” (5). Blavatsky llama asuras (6), que significa “seres vivientes”, a las entidades que, cumplida su evolución en la primera cadena, pasaron a colaborar en la segunda. Las entidades que no lograron alcanzar el nivel propio de la primera cadena entraron por el punto medio en la segunda cadena, para proseguir en ella su propia evolución y guiar a la humanidad de esta misma cadena, a cuyo término alcanzan la liberación, adquieren la categoría de “Señores” de la cadena, y algunos de ellos a su vez colaboran en la tercera cadena, cuyas formas humanas construyen (7). La

primitiva humanidad de la segunda cadena fue entresacada del reino animal de la primera; y los reinos animal y vegetal de la segunda cadena derivaron respectivamente de los reinos vegetal y mineral de la primera. Los tres reinos elementales del arco descendente de la primera cadena pasare análogamente a la segunda para formar el reino mineral y dos reinos elementales, al paso que un nuevo impulso de vida del Locos forma el primer reino elemental. En la segunda cadena, el subsiguiente descenso en la materia produce un globo en el plano emocional, es decir, nos da un globo astral, en el que la ya más compacta materia plasma formas algo más coherentes y perceptibles. En esta segunda cadena los globos A y G están en el plano intuicional; B y F en el mental superior; C y E en el mental inferior, y D en el emocional. En este globo D las formas son ya algo más parecidas a las que estamos acostumbrados a ver, aunque todavía muy extrañas y cambiantes. Así, por ejemplo, las formas de apariencia vegetal se mueven de un lado a otro tan libremente como si fuesen animales, aunque de seguro con escasa o ninguna sensibilidad. No han llegado todavía a la materia física, y de aquí su mucha movilidad. Las jóvenes entidades humanas vivieron aquí en íntimo contacto con los seres radiantes que aun dominaban el campo de la evolución, y también influyeron en aquella humanidad los ángeles corpóreos (*rupa-devas*) y los ángeles emóticos (*Kama-devas*).

Manifestóse la pasión en muchas entidades que entonces tuvieron cuerpo emocional en el globo D, y los gérmenes de la pasión fueron visibles en los animales. Se echaron de ver diferencias en la capacidad para responder a las vibraciones enviadas, ya consciente, ya inconscientemente, por los devas, aunque la mutabilidad fue muy gradual y lento el progreso. Más tarde, al desenvolverse la conciencia intuicional, se estableció comunicación entre este esquema y el del que ahora es Venus globo físico.

Este esquema es una cadena delantera de la nuestra, y de allí vinieron algunos a nuestra segunda cadena; pero no podemos decir si los que vinieron pertenecían a la humanidad de Venus o eran miembros de la plana mayor de la evolución.

Rasgo característico del globo D en la primera ronda de esta segunda cadena, fueron grandes y ondulantes nubes de materia espléndidamente matizada, que en la ronda siguiente se colorearon con mayor brillantez y respondieron con más facilidad a las vibraciones que las plasmaron en formas, reo sabemos a buen seguro si vegetales o animales. Gran parte de la labor proseguía en los planos superiores, vitalizando materia sutil para ulteriores destinos, pero con escasos efectos en las formas inferiores. Así como ahora sirve la esencia elemental para construir cuerpos emocionales y mentales, análogamente entonces los *rúpadevas* y *kámadevas* procuraban diferenciarse más distintamente utilizando aquellas nubes de materia para vivir en ellas. Descendían subplano tras subplano a más densa materia, aunque sin emplear en ésta el reino humano. Aun actualmente, un deva puede animar toda una comarca de determinado país, lo cual era acción muy frecuente en aquella época. Los cambiantes y entreverados cuerpos de estos devas estaban constituidos por materia emocional y mental inferior; y a veces, en los cuerpos de estos devas, arraigaban, crecían y se desarrollaban átomos permanentes de

vegetales, minerales y aun animales. Pero los devas no parecían mostrar particular interés en estos átomos permanentes, de la propia suerte que nosotros no nos cuidamos de la evolución de los microbios vivientes en nuestros cuerpos. Sin embargo, de cuando en cuando se interesaban algún tanto por un animal, cuya responsiva capacidad crecía rápidamente en tales condiciones.

Al estudiar la conciencia vegetal en la segunda cadena (donde los hombres de hoy vivían en el mundo vegetal) hallamos actuando en ella una confusa manifestación de fuerzas y cierta tendencia hacia el desenvolvimiento. Algunos vegetales sienten la necesidad y el de.~,de crecer, y a este propósito exclamó uno de los investigadores: "Me estoy esforzando en florecer." En otros vegetales habla una leve resistencia a la fijada modalidad de crecimiento y un vago conato de seguir otra dirección espontáneamente escogida.. Algunos otros parecía como si trataran de *utilizar* las fuerzas puestas en contacto con ellos, y su embrionaria conciencia les representaba como existente para ellos todo cuanto les circuía. Algunos se esforzaban en tomar la, dirección que les atraía, y al ver frustrado su intento experimentaban un vago disgusto. Así vimos estorbado en su propio impulso un vegetal que formaba parte del cuerpo de un eleva, pues como es lógico, disponía éste las cosas a su conveniencia y no a la de los constituyentes de su cuerpo. Por otra parte, desde el oscuro punto de vista del vegetal, el proceder del deva era tan incomprensible y molesto como para nosotros lo son en nuestros días las tempestades.

Hacia el fin de la cadena, tos vegetales más desarrollados manifestaron un poco ele mentalidad de índole infantil y reconocieron en turno suyo la existencia de animales, gustando de la vecindad de unos y repugnando la de otros. Sobrevinieron ansias de mayor cohesión, como resultado, sin duda, del impulso descendente hacia materia más densa, pues la Voluntad operaba en la naturaleza en el sentido de descender a niveles más densos. Como aún no habían anclado en la materia física, las formas emocionales eran muy inestables y propendían a flotar vagamente de aquí para allá sin definido propósito.

En la séptima ronda de esta cadena quedaron fuera de su humanidad un considerable número de fracasados que se rezagaron mucho más de lo necesario para encontrar formas adecuadas, y posteriormente hubieron de entrar como hombres en la tercera cadena o cadena lunar. Otras entidades alcanzaron el nivel ahora señalado para la tercera iniciación, o sea el nivel propio del éxito en la segunda cadena, y entraron en uno u otro de los siete senderos, entre los cuales está, según ya se dijo, el que conduce a la obra de cooperación en la cadena siguiente. Los que no fracasaron, pero que tampoco obtuvieron pleno éxito, entraron en la tercera cadena al llegar ésta a la ronda adecuada al grado de evolución que aquellos habían previamente conseguido.

Las primeras categorías del reino animal individualizadas en la segunda cadena comienzan su evolución humana en la cadena lunar, por cuyos reinos inferiores pasan muy rápidamente y llegan a hombres para seguir entonces la evolución en esta cadena lunar, hasta que las entidades antes mencionadas (los fracasados primero y después los que no alcanzaron pleno éxito) entren en

la tercera cadena procedentes de la segunda y se encarguen a su vez de guiar la evolución.

Las primeras categorías del reino vegetal de la segunda cadena ingresan como mamíferos en el reino animal de la cadena lunar, cuando ésta llega a la cuarta ronda, pero sin pasar por los tipos inferiores de animales (infusorios, peces y reptiles), pues las restantes categorías del reino vegetal de la segunda cadena constituyen éstos tipos inferiores del reino animal de la tercera cadena en la que ingresan por la primera ronda. La conciencia del reino mineral de la segunda cadena se transmitió al reino vegetal de la cadena lunar, cuyo reino mineral quedó colmado por el superior reino elemental de la segunda cadena.

Como en la serie anterior, el primer reino elemental de la tercera cadena fué constituido por una nueva oleada de vida del LOGOS.

Conviene exponer ahora un importante principio. Cada subplano de los siete que forman un plano se subdivide a su vez en siete subdivisiones; y por lo tanto, el cuerpo que contenga materia de todas las subdivisiones de un subplano manifestará únicamente su actividad en las subdivisiones correspondientes al número de cadenas o rondas porque ya pasó o está pasando. Así, 'por ejemplo, un hombre que actúe en la segunda ronda de la segunda cadena, sólo será capaz de emplear en sus cuerpos emocional y mental la materia correspondiente a las primera y segunda subdivisiones de cada subplano de los planos astral y mental. En la tercera ronda tendrá capacidad para empleo de la materia correspondiente a las subdivisiones primera, segunda y tercera de cada subplano de dichos planos astral y mental; pero por lo que se refiere a la materia de la tercera subdivisión no la podrá utilizar tan cumplidamente como cuando más tarde actúe en la tercera ronda de la tercera cadena.

Así también, por ejemplo, en la segunda ronda de nuestra cadena "terrestre actuó plenamente el hombre en las primera y segunda subdivisiones de cada subplano; pero su actuación era muy débil en las tercera y cuarta mientras estuvo en la cuarta cadena de modo que si bien había en su cuerpo materia de todos los subplanos, tan solo actuaba plenamente en las dos subdivisiones inferiores de los dos subplanos interiores, que eran :los que estaban en plena actividad.

Hasta la séptima raza de nuestra séptima ronda no poseerá el hombre el esplendente cuerpo del que cada partícula le responderá prestamente y aun con tanta perfección como en las futuras cadenas.

(1) Véase en el diagrama IV el círculo superior de la derecha. de la primera cadena.

(2) En los tres primeros globos ni siquiera el mental inferior.

(3) Contiene recordar que también en nuestro mundo actual ofrecen algo de esta peculiaridad las primera y segunda raza, aunque en nivel mucho más inferior.

(4) Los indos dividen el tiempo en ciclos compuestos de cuatro sucesivas edades (yugas), la primera de las cuales, la Satya, es la más larga y espiritual. Al terminar la cuarta edad se abre un nuevo ciclo con otra época Satya.

(5) Los Pitris Barhishad de *La Doctrina Secreta*.

(6) El uso ha limitado posteriormente este nombre a los seres vivientes en quienes se desarrolló el intelecto y no la emoción.

Los Asuras actuaron de Pitris Barhisad en la segunda cadena, y de Pitris Agnishvatta en la tercera, formando una de las superiores categorías de los superhumanos manasaputras que, según *La Doctrina Secreta*, vinieron a nuestra tierra. Conviene recordar que todas estas etapas son superhumanas, y evidentemente indican las etapas del quinto y sexto sendero citados en *La Doctrina Secreta*. Mueve a confusión designar con el mismo nombre de Asuras a las entidades que dejaron la cadena lunar en el primer globo de su séptima ronda y perturbaron la Tierra por “negarse a procrear”. Los lectores de *La Genealogía del Hombre* deben esclarecer dicha confusión con lo que aquí se ha expuesto y se expondrá más adelante, pues me indujo a error la doble acepción de la palabra Asuras en *La Doctrina Secreta*. Los seres humanos no pueden nunca existir *como tales seres humanos* en más de dos cadenas sucesivas, pues pasado este punto son ya superhombres.-A. B.

(7) Son los Pitris Barhishad, según la nomenclatura de *La Doctrina Secreta*.

CAPÍTULO III

Tiempos primitivos de la cadena lunar

En la cadena lunar, tercera en sucesión, ocurre un más profundo hundimiento en la materia. Los globos A y G están en el mental superior; B y F en el mental inferior; C y E en el emocional; y D en el físico. Este globo intermedio, escenario de la máxima actividad en la cadena, subsiste todavía, puesto que es la Luna, aunque ha perdido mucha materia y sólo queda de ella el núcleo interior, digámoslo así, tras la desintegración de la corteza, resultando un globo muy disminuido de tamaño, un verdadero cadáver que aguarda su desquiciamiento total.

Prosiguiendo la observación de las evolucionantes conciencias que vimos como minerales en la primera cadena y como vegetales en la segunda, advertimos que la cima de la avanzante ola cuyo seno nos entraña, entra como mamíferos en la tercera cadena por su punto medio y aparece en el globo D ó Luna en la cuarta ronda. Estos mamíferos son curiosas criaturas, pequeñas, pero sumamente activas. Los más adelantados tienen forma simiesca y dan enormes saltos. Las criaturas de la cuarta ronda presentan, por lo general, la piel primero escamosa y después parecida a la de la rana. Los tipos superiores tienen púas que forman una muy áspera y grosera piel. El aire, enteramente distinto del de nuestra actual atmósfera, es pesado y sofocante como el grisú, pero evidentemente adecuado a los moradores de la Luna. Las conciencias que venimos observando se infunden en los cuerpos de pequeños mamíferos, de tronco largo, extremidades cortas y configuración parecida a una mezcla de comadreja, lemuriano y perro silvestre con una cola corta, desmedrada, basta y desgarrada. Tienen los ojos encarnados, cuya mirada atraviesa la obscuridad de sus madrigueras, y al salir de ellas se alzan sobre las patas traseras, que con la recia y corta cola forman un trípode, y refunfunan moviendo la cabeza de uno a otro lado. Son estos animales francamente inteligentes, y sus relaciones con los hombres, por lo menos en esta región, parecen más amistosas que las de los hombres de nuestra tierra con los animales salvajes, pues aunque aquellos no están domesticados, no huyen la presencia del hombre lunar; pero en otras regiones, donde los hombres son meros salvajes y devoran a los enemigos que caen en sus manos y a los animales cuando no disponen de carne humana, las criaturas salvajes son tímidas y esquivan la vecindad del hombre.

Tras esta primera etapa de la vida animal aparecen unas criaturas que acostumbran a vivir en los árboles y tienen las piernas doblemente articuladas y los pies almohadillados y curiosamente provistos de una especie de pulgar en ángulo recto con la pata a modo de espolón de gallo, armado de una garra curva que le sirve para sostenerse al trepar rápidamente a lo largo de las ramas, sin necesidad de valerse del resto del pie; pero cuando andan por el suelo se apoyan en las almohadillas y el espolón queda sobre el nivel del terreno sin entorpecerles los pasos.

Otros animales mucho más desarrollados e inteligentes que éstos, tienen forma simiesca y viven habitualmente en los campamentos de los hombres a quienes son muy adictos y les sirven de diversos modos. Se individualizaron en el globo D en su cuarta ronda y en los globos E, F y G desarrollaron los cuerpos humano, emocional y mental; pero el causal, aunque ya plenamente formado, mostró muy escaso desarrollo. Dejaron la cadena lunar en el promedio de la séptima ronda, según veremos, y por lo tanto se desarrollaron como hombres durante tres rondas de la cadena lunar. Entre ellos, individualizados en una pequeña comunidad residente en el campo, observamos a los actuales Maestros Marte y Mercurio que están hoy día a la cabeza de la Sociedad Teosófica y han de ser el Manú y el Bodhisattva (1) de la sexta raza raíz de nuestra tierra en la presente cuarta ronda de la cadena terrestre.

Después de la muerte de sus últimos cuerpos en el globo D, la conciencia de los animales que vamos considerando quedó adormecida durante el resto de la cuarta ronda y en los tres primeros globos en la quinta. Como perdieron el cuerpo emocional y el incipiente mental muy poco después de la muerte del físico, y no tenían el causal, permanecieron dormidos en una especie de cielo con placenteros sueños y sin contacto con los mundos manifestados, pues sobre el abismo entre éstos y ellos no había puente que lo salvara. En la quinta ronda encarnaron de nuevo en cuerpos físicos de apariencia simiesca y gran tamaño, de modo que daban saltos de doce metros y se complacían en lanzarse al aire hasta tremendas alturas. En la época de la cuarta raza humana de este globo D, fueron animales domésticos y servían para guardar las propiedades de sus amos y entretener juguetonamente a los niños de las casas con mayor fidelidad que hoy los perros guardianes, pues llevaban a los chiquillos en brazos o a la espalda y sentían mucho cariño por sus humanos dueños. Los niños les acariciaban deleitosamente la espesa y blanda piel y se gozaban en los enormes saltos de sus fieles guardianes. Una escena servirá de típico ejemplo de la individualización de estos animales.

En una choza habita un hombre lunar con su esposa e hijos a quienes posteriormente conocernos por los nombres de Marte, Mercurio, Maháguru y Súrya (2). Algunos de estos animales viven alrededor de la choza y sirven a sus amos con adhesión de fieles perros. Entre ellos están los futuros Sirio, Heracles, Alcione y Mizar, a quienes ya podemos dar estos nombres con objeto de designarlos, aunque todavía no son hombres. Sus cuerpos astral y mental se han desarrollado al influjo de la humana inteligencia de sus dueños, como bajo el de la nuestra se desarrollan ahora los de los animales domésticos. Sirio muestra especial predilección por Mercurio; Heracles por Marte; y Alcione y Mizar son apasionados servidores del Maháguru y Súrya. Una noche hubo alarma. Cercaron la choza los salvajes, que consigo traían vigorosos y feroces animales domesticados, semejantes a peludos lagartos y crocodilos. Los fieles guardianes se lanzan en torno de la choza de sus amos y luchan desesperadamente para defenderla. Sale Marte y rechaza a los asaltantes con armas de que éstos carecen; pero entretanto, uno de los lagartos se desliza a espaldas de él en la choza y arrebatando a la niña Súrya se la lleva consigo. Sirio se abalanza contra el raptor, lo derriba y entrega la niña a Alcione, quien la restituye a la choza mientras Sirio continúa agarrado al lagarto y tras

desesperada lucha lo mata, aunque cayendo maltrecho y sin sentido sobre el cadáver. Mientras esto ocurre, un salvaje se arrima por detrás de Marte y va a herirle en la espalda; pero Heracles se interpone de un brinco entre su dueño y el arma cuyo golpe recibe en mitad del pecho, y cae moribundo. Los salvajes huyen entonces en todas direcciones, y como Marte se da cuenta de que alguien ha caído detrás de él, se recobra vacilantemente para volverse, reconoce a su fiel defensor sobre cuyo cuerpo se inclina y le recoge la cabeza en su regazo. El pobre mono levanta los ojos henchidos de intenso afecto hacia su amo, y cumplido el acto de servicio con apasionado anhelo de salvarle, deriva con fogosa fuerza una corriente responsiva del aspecto de Voluntad de la Mónada. En el preciso momento de morir se individualiza el mono y expira hecho hombre.

El mono Sirio quedó gravemente estropeado por el lagarto enemigo; pero como aún alentaba, lo transportaron a la choza, donde todavía vivió largo tiempo, si bien con mucha lisiadura y extrema dificultad de movimientos. Conmover es verle tan fielmente adicto a su ama y seguirla con la vista doquiera que ella va. Por su parte, la niña Sûrya cuidaba cariñosamente de él, y sus otros dos compañeros, Alcione y Mizar, se colocaban a su alrededor. Poco a poco se desarrolló vigorosamente la inteligencia de Sirio, alienen tala por el amor, hasta que la mente ínfima logró atraer respuesta de la superior, y el cuerpo causal relampagueó en su ser poco antes de la muerte. Alcione y Mizar le sobrevivieron por algún tiempo, siendo su principal característica la entera adhesión al Mahaguru y a Sûrya, hasta que el cuerpo emocional, movido por este puro ardor, atrajo una respuesta del plano intuicional y también alcanzaron la individualización al morir.

Estos casos son adecuados ejemplos de los tres grandes tipos de individualización (3), en cada uno de los cuales el flujo descendente de la vida superior pasa a través de un aspecto del trino Espíritu: a través de la Voluntad, de la Sabiduría y de la activa Inteligencia. La Acción alcanza y atrae la Voluntad; el Amor alcanza y atrae la Sabiduría; la Mente alcanza y atrae la Inteligencia. Estos son los tres “medios normales” de individualización. Otros hay, que luego examinaremos, reflejo de aquellos en la materia densa; pero son “medios anormales” y ocasionan mucha tristeza.

Desde ahora en adelante son ya definitivamente humanas estas conciencias que de modo especial venimos observando, y poseen los mismos cuerpos cáusales que usan todavía. Están en el globo E como seres humanos, aunque no toman parte concreta en su ordinaria vida, sino que flotan en su atmósfera como los peces en el agua, porque no están lo suficientemente avanzados para intervenir en las normales actividades de dicho globo. El nuevo cuerpo emocional en el globo E está constituido por una especie de protuberancia formada alrededor del átomo emocional permanente. Las entidades recién individualizadas no nacen como hijos de los habitantes del globo E (que dicho sea de paso, carecen de apariencia notable), y su verdadero progreso como seres humanos no empieza hasta que de nuevo vuelven al globo D en la sexta ronda. Sin embargo, algo consolidan y mejoran el cuerpo emocional, que flota en la atmósfera del globo E, el cuerpo mental, que análogamente flota en el globo F, y el causal, que está en la misma

situación en el globo G. Este mejoramiento se manifiesta en el descenso a través de las atmósferas (te los globos A, B y C en la sexta ronda, donde la materia constitutiva de cada cuerpo es la mejor y la más coherente de su clase. Pero, según hemos dicho, el progreso efectivo lo realizan en el globo D, donde disponen una vez más de materia física.

Entre los avanzados animales de esta quinta ronda, que viven en contacto con los primitivos seres humanos, hay algunos interesantes, porque más tarde han de infundirse conjuntamente en un tipo fundado sobre una analogía del método de individualización, es decir, que se individualizaron por uno de los “medios anormales” a que antes aludimos. Estos animales tratan de remedar a los seres humanos con quienes conviven, a fin de adquirir fama de superioridad entre los demás animales de su especie, en cuya presencia se contonean rebosantes de vanidad y ostentación. Tienen también figura simiesca muy parecida a la de los anteriormente observados, pero con mayor astucia é imaginación, o por lo menos facultad imitativa, y se divierten fingiéndose hombres, como los chiquillos juegan a personas mayores. Esta intensa vanidad los individualiza, pues estimula en grado normal la facultad imitativa y determina un vehemente sentimiento de separación, vigorizando el incipiente yo del animal, hasta que el esfuerzo para distinguirse de los demás atrae una respuesta de los niveles superiores y queda constituido el Ego. Pero este esfuerzo por aventajar a sus compañeros, sin admiración ni amor hacia nadie superior a ellos, los realza de modo que tan sólo pueden mirar abajo, sin transmutar las pasiones animales en emociones humanas ni poner los fundamentos para el ulterior y armónico desenvolvimiento de las naturalezas emocional e intelectual. Los animales así humanizados son independientes, egoístas, presumidos y cada cual piensa únicamente en si mismo, sin parar mientes en la cooperativa misión para un común propósito. Al morir, después de individualizados, quedan adormecidos durante el intervalo entre la muerte y el renacimiento en el globo D, en la sexta ronda, análogamente a los ya descritos animales individualizados, pero con la diferencia, importantísima por lo referente al desenvolvimiento, de que, en los casos más atrás expuestos, los nuevos seres humanos tenían la mente enfocada con amor en sus adorados poseedores del globo D, y por ello fortalecieron mejoradamente sus emociones, mientras que los individualizados por vanidad convirtieron sus mentes tan sólo hacia si mismos y sus propias excelencias, por lo que no hubo en ellos emocional desenvolvimiento del amor.

Otro grupo de animales se individualizan por admiración hacia los seres humanos con quienes se ponen en contacto, y también tratan de imitarlos, no por ansia de sobreponerse a sus compañeros, sino porque reconocen la superioridad de los hombres y anhelan parecérseles. Aunque, no sienten vivo amor por ellos ni deseo de servirles, anhelan en cambio recibir sus enseñanzas y les obedecen fácilmente a causa de la admiración que como a seres superiores les profesan. Sus amos les adiestran primero en juguetonas tretas y después les acostumbran a prestar menudos servicios, con lo que se les despierta el sentido de cooperación con sus dueños, a quienes procuran complacer y recibir su aprobación, no precisamente por el cuidado en que les tienen, sino porque esta aprobación les aproxima a los seres superiores y les permite cooperar con ellos. Cuando se individualizan a favor del desarrollo de

la inteligencia, el intelecto se disciplina fácilmente y muy luego está dispuesto a la cooperación y a echar de ver las ventajas del esfuerzo unido y la necesidad de la obediencia. Llevan entonces a su interválica existencia el sentimiento de la comunidad de labor, y gustosamente se someten a dirección con mucha ventaja para ellos en el porvenir.

Otro tipo se desenvuelve bajo una menos afortunada modalidad, ésta es, la de la mente aguzada y despierta por el temor. Los animales perseguidos por los cazadores o sujetos al dominio de hombres salvajes que suelen tratarlos cruelmente, pueden individualizarse por los esfuerzos en escapar de este cruel trato y por las arterias de que se han de valer para eludir la persecución de los cazadores. Así desarrollan la astucia, la picardía y otras cualidades análogas, que engendran en ellos una contrahecha ingenuidad alimentada por el miedo, con gran parte de recelo, desconfianza y ansia de vengarse. Luego de así vigorizada la mente hasta cierto grado en contacto con el hombre, aunque por los más inconvenientes medios, sobreviene la individualización. Observamos cierta vez que un animal, a quien le mataron su pareja, se individualizó por el efecto del pasional arrebató de odio y venganza a que le movió la pérdida. En otro caso, otro animal parecido al lince se individualizó por el vehementísimo deseo de ocasionar pena, como si cediera a un sentimiento de dominio sobre los demás; pero también, en este caso, derivó el estímulo de la maligna influencia y pernicioso ejemplo del hombre. El largo intervalo entre la individualización y el renacimiento está ocupado, en este caso, por sueños de afortunadas fugas y escapatorias, de traicioneras venganzas y de crueldades infligidas a quienes les oprimieron durante su última vida animal. Responsable de tan infeliz resultado es el hombre que lo causó y le ha de ligar en futuras vidas. No será despropósito disputar todas estas individualizaciones por prematuras, es decir, que “tomaron demasiado pronto la forma humana.” Volveremos a encontrar estos tipos en la sexta ronda, elaborando su nueva humanidad según los procedimientos determinados por su respectivo orden de individualización. Parece como si tan sólo pertenecieran al esquema evolutivo los tres métodos de individualización determinados por el flujo descendente de lo alto, y que el forzado arranque de abajo arriba proviene de las injusticias del hombre.

Antes de seguir a estas individualizadas entidades y a nuestros amigos del tipo contrario en sus vidas sobre el globo D durante la sexta ronda, podemos dar una ojeada a las más adelantadas civilizaciones de las ciudades de la cadena lunar en la quinta ronda. Había diseminadas por el globo muchas comunidades, cuyo género de vida era claramente primitivo. Algunos, como los de la choza antes mencionada, aunque de condición apacible y poco desarrollados, luchaban esforzadamente cuando se veían atacados; pero otros, de condición salvaje y quimerista, andaban continuamente en guerra sin más motivo que el gusto cruel de verter sangre.

Aparte de estas diversas comunidades, grandes unas, pequeñas otras, tales nómadas, cuáles sedentarias y pastorales, había gentes mucho más civilizadas que vivían en ciudades, se empleaban en el comercio y estaban reguladas por gobiernos establecidos, aunque sin llegar a constituir lo que nosotros llamamos nación, pues una ciudad, con su considerable y a veces

muy vasto contorno, por el que se desparramaban las aldeas, formaba un Estado independiente que se federaba circunstancial y temporáneamente con los vecinos para su mutua defensa, comercio, etc.

Un ejemplo servirá de ilustración. Cerca de la zona correspondiente al Ecuador observamos una gran ciudad, parecida más bien a cementerio, con una vasta extensión de tierras de cultivo a su alrededor. Esta dividida la ciudad en barrios, según las categorías de sus habitantes. Las gentes pobres viven extramuros durante el día, y por la noche, o cuando llueve, se aglomeran bajo techumbres planas semejantes a las de los dólmenes, que conducen a unas cavidades o cámaras oblongas abiertas en la roca, con apariencias de subterráneas madrigueras relacionadas unas con otras en toda la extensión de un largo camino a manera de regular laberinto. La puerta de entrada consiste en una enorme losa de piedra apoyada sobre pequeños pilares. Dichas cámaras, que se cuentan por miles, están contiguamente alineadas a ambos lados de una calle circular que forma el recinto externo de la ciudad. Las clases acomodadas viven en, casas de cúpula, construidas en dicho recinto, pero a superior nivel, con una amplia terraza delantera y alineadas en circuito exactamente superpuesto a la calle de debajo. Las cúpulas están sostenidas por cortos y recios pilares de superficie enteramente esculpida, cuya labor denota muy adelantada civilización. Multitud de estas cúpulas aparecen unidas por el borde inferior y forman una especie de ciudad comunal dispuesta en circuito con otra terraza circular sobre su borde interno: El centro es la parte más elevada de la ciudad y allí son de mayor altura las casas, con tres cúpulas una sobre otra. La casa central tiene cinco cúpulas superpuestas de modo que cada una de ellas es menor que la de debajo. A las cúpulas superiores se sube por peldaños dispuestos en el interior de uno de los pilares empotrados en el suelo que rodean el pilar central. Parece como si estos pilares hubiesen sido labrados de un mamelón de roca viva. En las cúpulas superiores no hay aberturas para la luz ni el aire y la de encima de todas tiene pendiente del centro una especie de hamaca. Es el oratorio, pues según indicios el orante no debe tocar al suelo mientras ora.

Esta es sin duda alguna la más adelantada humanidad de la Luna, que con el tiempo fueron los Señores de la Luna por haber alcanzado el nivel de arliat, meta señalada para la evolución lunar. Ya están civilizados y observamos entre ellos a un niño que en su aposento escribe con caracteres completamente desconocidos de nosotros.

Los hombres lunares que en la quinta ronda de aquella cadena entraron en el Sendero, estuvieron en contacto con un grupo superior de Seres que formaban la Jerarquía de aquel tiempo, pues hablan venido de la segunda cadena para auxiliar la evolución de la tercera. Vivían estos Seres en una elevadísima é inasequible montaña, pero reconocieron su presencia los que estaban en el Sendero y por lo general creyeron en ella los hombres más inteligentes de la época. Sus discípulos se reunían con Ellos al desprenderse del cuerpo físico y de cuando en cuando bajaba uno de estos Seres al llano para residir temporalmente entre los hombres. Los moradores de la antes descrita casa central de la ciudad estaban relacionados con Ellos, (le quienes recibían instrucciones en los asuntos de grave importancia.

(1) Títulos oficiales de los Jefes o Caudillos (Rey y Sacerdote, Gobernador é Instructor) de una raza raíz.

(2) Véase: “Rasgaduras en el Velo del tiempo” en *The Theosophist* de 1910 y 1911. El Maháguru es el señor Gautama v Súrya es el Señor Maitreya. ¿Por qué aquellos animales estuvieron en tan íntima relación con quienes habían de ser sus Maestros en la entonces lejanísima Tierra? ¿Habían sido plantas cuidadas por ellos en el caso de superior condición ¡pues los señores Gautama y Maitreya eran ya hombres en la segunda cadena) ó en el caso de inferior condición serían plantas y animales recíprocamente afines?

(3) Véase a este propósito: Leadbeater, “Modalidades de individualización”.- *Vida interna*, II, párrafo 6.

CAPÍTULO IV

La sexta ronda de la cadena lunar

Volvemos al globo D, ya en la sexta ronda, donde nuestros individualizados animales han nacido como hombres de simple y primitivo, pero no de salvaje y brutal tipo. No son hermosos en el concepto que tenemos hoy de la hermosura, pues tienen el cabello áspero, los labios gruesos, nariz aplanada y ancha en la base. Habitan en una isla dónde escasea el alimento, y así vemos que en su primera vida completamente humana aparece Heracles en escena empeñado en vigorosa lucha con otro salvaje que le disputa el cadáver de un animal en extremo repugnante. No parecen muy frecuentes las peleas entre los isleños, pues sólo sobrevienen por escasez de alimento; pero han de rechazar de cuando en cuando a los invasores procedentes de tierra firme, donde los salvajes son brutalmente caníbales, de cruel fiereza y muy temidos de los apacibles isleños. Tan molestos vecinos atraviesan el estrecho en unas a modo de primitivas almadías, e invaden la isla destruyendo cuanto encuentran a su paso. Los isleños les diputan por demonios, aunque luchan denodadamente contra ellos en defensa propia y matan a cuantos en sus manos caen; pero no los torturan vivos ni se los comen después de muertos, como hacen los salvajes de tierra firme con sus prisioneros.

Estos salvajes son los que se individualizaron por temor en la quinta ronda, y entre ellos descubrimos a Escorpión, cuyo odio a Heracles, tan intenso en futuras vidas, pudo arrancar de aquí, pues en aquella incipiente humanidad les vemos en tribus hostiles, peleando furiosamente uno con otro. En la segunda vida de Heracles en aquella comunidad, acaudilló Escorpión el ataque a una de las tribus de la isla que luego mencionaremos, y Heracles iba en una partida de salvamento que acometió a los salvajes cuando ya regresaban a su país y los desbarató por completo salvando a un prisionero herido, de raza superior, al que reservaban para torturarlo. Por la misma época descubrimos entre los isleños a Sirio, Alcione y Mizar, sin que los ligue especial parentesco, pues la vida es allí común y las gentes andan en promiscuidad que sobrepuja las relaciones establecidas por la atracción personal creada en cualquier vida. Los intervalos entre la muerte y el renacimiento son muy cortos, unos cuantos años a lo sumo, y nuestros salvajes renacen en la misma comunidad. En la segunda vida ya denotan algún progreso, porque reciben externo auxilio que apresura su evolución.

Desembarca en la isla un extranjero, un hombre de tipo muy superior, más delicada complexión y azul más claro y brillante que el sucio moreno de los isleños, quienes le rodearon con mucha curiosidad y admiración. Viene a civilizar a los dóciles y adoctrinables isleños, con propósito de incorporarlos al imperio cuya, capital es la ciudad de donde viene. Comienza por causarles sorpresa. Llena de agua un cuenco fabricado con la cáscara de una fruta y

echa en él una bolita a manera de semilla que saca del bolsillo. Toma lumbre y enciende unas cuantas hojas secas que arden en relumbrante hoguera. Es el primer fuego que ven los salvajes, quienes huyen velozmente y trepan a los árboles desde donde miran con aterrorizados ojos a tan extraña y deslumbrante criatura. El extranjero les hace sucesivas demostraciones de cariño y ellos se van acercando tímidamente hasta que al ver que nada de malo les ocurre y que el fuego es agradable por la noche, diputan al recién venido por un dios y le tributan adoración, así como también al fuego. Establecida de esta suerte su influencia, les enseña después a cultivar la tierra y plantar un vegetal parecido al cactus, pero de hojas encarnadas, que produce tubérculos subterráneos, algo semejantes a yemas. El instructor raja los gruesos vástagos y las hojas, los seca al sol y les enseña a confeccionar con ello una especie de sopa espesa. La medula de los vástagos es un poco parecida al polvo nutritivo de mavanta, y el jugo que de ella se extrae al exprimirla da un azúcar dulce aunque basto. Heracles y Sirio son íntimos amigos y a su tosca e ignorante manera discuten los procedimientos empleados por el extranjero y ambos sienten mucha inclinación hacia él.

Entretanto, una partida de salvajes de tierra firme había atacado a una tribu residente a cierta distancia del campamento de nuestra tribu, matando a la mayor parte de los hombres, a las mujeres viejas y llevándose prisioneros a unos cuantos varones con todas las muchachas casaderas y los niños. A estos últimos se los llevaron como hubieran podido llevarse animales de carne exquisitamente sabrosa. Un herido fugitivo llegó al poblado con la noticia, implorando un contingente de guerreros para rescatar a los infortunados cautivos.

Salió entonces Heracles al frente de una expedición, dispuesto a la pelea, y cayendo sobre los salvajes mientras estaban regalándose con el botín, exterminó a toda la banda, librándose tan sólo Escorpión por hallarse ausente. Los vencedores encontraron en una choza a un hombre herido, cuya tez denotaba que pertenecía a la misma raza del extranjero desembarcado en la isla, y seguramente lo destinaban al tormento para regodearse después con sus despojos. Le acomodaron sobre una litera de entrecruzadas lanzas, si cabe dar este nombre a unos muy puntiagudos palitroques, y se lo llevaron a la isla con dos ó tres cautivos rescatados ,y la joven, que aún conservaba la vida. Aunque el estado del herido era grave. exhaló un grito de gozo al llegar a la isla y reconocer en el extranjero a un muy estimado amigo de su misma ciudad, por lo que le dejaron en la choza de éste, donde permaneció hasta recobrase. Refirió entonces cómo le hablan enviado a exterminar a los salvajes en las costas de tierra firme, pero que la suerte trocóse de modo que los salvajes cercaron y aniquilaron a su ejército, cayendo prisionero él con algunos oficiales y soldados. A todos les condenaron a muerte entre horribles tormentos, pero a él le perdonaron la vida por algún tiempo para que cobrase fuerzas, pues estaba demasiado débil y no hubieran podido gozarse en su tormento.

Esto había determinado su salvación. Heracles le cuidó a su ruda manera, con fidelidad de perro, y se estaba las horas muertas escuchando cómo los dos amigos (Marte y Mercurio) platicaban en idioma para él del todo extraño- Mercurio sabía algo de medicina y su amigo adelantó rápidamente en

la curación bajo su cuidado, de suerte que sanó de las heridas y recobró las perdidas fuerzas.

Gracias a la influencia de Mercurio se civilizaron algún tanto aquellas gentes, y cuando Marte se puso bueno quiso restituirse a la ciudad, mientras que Mercurio resolvió permanecer por más tiempo en la adicta tribu a que aleccionaba. Se organizó una expedición para acompañar a Marte a través del peligroso círculo habitado por los salvajes antropófagos, y una escolta destacada al efecto le protegió hasta entrar en la ciudad. Heracles insistió en acompañarle como criado y en modo alguno quiso separarse de él. Mucho alborozo hubo en la ciudad por el regreso de Marte, pues los vecinos le creían muerto, y las noticias que trajo del aniquilamiento del ejército y de su penosa salvación excitaron los ánimos hasta el punto de preparar sin tardanza otra expedición.

La ciudad estaba notablemente civilizada y tenía grandes y hermosos edificios en los barrios principales, con inmenso número de tiendas. Veíanse muchos animales domésticos, algunos de ellos destinados a tiro y montura. Comercian los habitantes con otras ciudades, y un sistema de canales la comunicaban con las más distantes. Distribuíase la ciudad en barrios respectivamente habitados por las diferentes clases sociales. Las gentes del barrio céntrico eran de más elevada estatura y tez azulada, y el gobernador y su corte se relacionaban con un grupo de hombres residentes en cierta comarca inaccesible. Estos hombres, algunos de los cuales serán más tarde los Señores de la Luna, eran a su vez discípulos de otros Seres todavía más excelsos que procedían de otra esfera. Parte de la humanidad lunar transpuso la iniciación arhática, y los más adelantados de ellos pertenecían evidentemente a una humanidad que había alcanzado mucho mayor nivel.

De Estos recibió el gobernador de la ciudad (capital de un vasto imperio) la orden de exterminar a los salvajes de las costas continentales. La expedición, de abrumadora fuerza, iba mandada por Viráj (cuyo aspecto era muy parecido al de un indio norteamericano) con Marte a sus órdenes. Contra fuerzas tan poderosas no tenían probabilidad alguna de prevalecer los mal armados e indisciplinados salvajes, cuya aniquilación fue completa. De nuevo estuvo Escorpión al frente de una partida del ejército salvaje, y tanto él como los suyos lucharon desesperadamente hasta el último extremo. Heracles siguió a Marte en calidad de criado y peleó a sus órdenes, y cuando terminada la guerra resolvieron los jefes transportar al continente a los dóciles salvajes de la isla e incorporarlos al imperio en concepto de colonia, volvieron a encontrarse Sirio y Heracles con mutuo deleite, tan intenso en proporción a su inferior capacidad, como el profundo júbilo de Marte y Mercurio en su nivel superior. Mercurio condujo a su pueblo al continente, y luego de establecerlos allí para cultivar la tierra, regresó a la ciudad con Marte. Entonces Heracles persuadió a Sirio (quien no era ciertamente afortunado) a que les acompañase, y de esta suerte fueron vecinos de la ciudad, donde vivieron hasta muy avanzada vejez, en extremo adictos a sus respectivos dueños a quienes miraban como a divinidades, es decir, como si perteneciesen a una divina y omnipotente raza.

Aunque el exterminio de los salvajes se llevó a cabo en obediencia a una orden que nadie hubiera osado rechazar, lo tuvieron los soldados y aun muchos oficiales por parte de un plan de conquista con propósito de dilatar los límites del imperio, y como aquellas tribus se interponían en el camino, fue preciso deshacerse de ellas. Pero desde el superior punto de vista, se había llegado a una etapa más allá de la cual era imposible que aquellos salvajes adelantasen en la cadena lunar y por lo tanto ya no convenían cuerpos adecuados a su inferior- etapa evolutiva. De aquí que al morir no renacieran sino que pasaran a condición de sueño. Otros muchos cuerpos de análoga inferioridad de tipo fueron aniquilados por catástrofes sísmicas que despoblaron comarcas enteras, y así disminuyó considerablemente la población del globo lunar. Aquella época fue el “día del juicio” para la cadena lunar, la separación entre los capaces y los incapaces de ulterior progreso en dicha cadena, y desde aquel punto todo se orientó en el sentido de acelerar cuanto fuere posible la evolución de los remanentes, quienes de este modo se prepararon para evolucionar en otra cadena.

Conviene advertir que a la sazón duraba el ario poco más o menos lo mismo que ahora y la relación entre el globo y el sol era análoga, aunque difería con respecto a las constelaciones.

Toda la tribu parcialmente civilizada por Mercurio se salvó de la eliminación, así como Heracles y Sirio con los domésticos y dependientes de Marte y Mercurio (1) que vivían en la ciudad y traspasaron la línea divisoria por virtud de su adhesión a sus respectivos dueños. Contrajeron matrimonio (si este nombre cabe dar a las libres concesiones de aquel tiempo) con mujeres de clase baja, y encarnación tras encarnación pertenecieron a las ínfimas capas del más civilizado pueblo de la época, con escaso progreso, pues la inteligencia era muy pobre y el desarrollo muy lento. En una de sus vidas fue Sirio un menudo comerciante cuya tienda consistía en un agujero de diez pies cuadrados donde vendía objetos de diversas clases. Doce vidas más adelante fue Heracles una labriega lo bastante adelantada para cocer las ratas y otros comestibles en vez de comérselos crudos. Tenía varios hermanos (Capella, Pindaro, Beatriz y Lutecia) que al propio tiempo le servían de maridos. Las mujeres escaseaban por entonces y era muy frecuente la poliandria.

Muchas existencias más tarde fue, ya visible el adelanto. Los individuos del grupo antes mencionado dejaron de ser tan primitivos y ya tenían tras sí a otros, aunque únicamente eran a la sazón modestos labriegos, tenderos y colonos, sin pasar mucho más allá de esta condición en la Luna. En una vida que nos llamó la atención por lo curioso de los procedimientos agrícolas, Sirio era la esposa de un exiguo hacendado con gentes a su servicio. La cosecha era una verdadera pesadilla, porque la mayor parte de la vegetación pertenecía a la hoy llamada familia de los hongos, si bien monstruosos y gigantescos. Había árboles que en un año alcanzaban mucha altura y eran semianimales, pues las ramas cortadas se enroscaban como culebras en torno del tronco de sustentación, contrayéndose al morir. La savia, roja cual sangre, brotaba de los cortes del tronco y la contextura del árbol era carnosa, así como carnívora su alimentación, pues durante el crecimiento prendía al animal que lo tocaba enroscándole sus ramas como tentáculos de un octopo y lo chupaba hasta

dejarlo seco. La cosecha de esta plantación se tenía por muy peligrosa y únicamente hombres robustos y hábiles tomaban parte en ella. Al abatir el árbol y mondar las ramas, esperaban los cosecheros a que murieran, y cuando cesaba todo movimiento arrancaban la corteza para fabricar una especie de cuero, y luego de cocida la carne vegetal les servía de alimento. Muchos de los cultivos a que debemos llamar plantas eran medio animales y medio vegetales. Uno de ellos tenía por remate una amplia sombrilla con una hendidura central cuyas dos mitades armadas de dientes podían abrirse e inclinarse hacia el suelo para prender entre ellas con movimiento de cierre a cualquier animal que las rozara. En aquel punto se enderezaba el encorvado tronco y las cerradas mandíbulas formaban de nuevo la sombrilla en cuyo interior quedaba el animal chupado lentamente. Abatían estos árboles mientras tenía erguidas y cerradas las mandíbulas, y la habilidad de la operación estribaba en esquivar de un salto el alcance de la sombrilla que se encorbaba para prender al agresor.

Los insectos eran de gigantesco tamaño y servían de frecuente alimento a los árboles carnívoros. Algunos insectos medían sesenta centímetros de longitud y por su muy formidable aspecto despertaban profundo temor en los habitantes humanos.

Las casas eran de construcción cuadrangular con vastas solanas en su recinto, cubiertas de recias redes, y en las estaciones del ario en que pululaban los insectos monstruosos no se les permitía a los niños salir a la solana.

La mayoría de entidades individualizadas por vanidad en la quinta ronda nacieron en las ciudades, y vida tras vida se atraieron mutuamente por afinidad de gustos y menosprecio a los demás, aunque su dominante idiosincrasia de vanidad suscitó entre ellos frecuentes querellas y repetidas rupturas. Se intensificó extremadamente la separatividad y al vigorizarse de viciosa manera el cuerpo mental, formó como una concha que les separaba del resto de las gentes. Según fueron reprimiendo las pasiones animales; decreció la potencia del cuerpo emocional, porque estas pasiones quedaron acalladas a consecuencia de un duro y frío ascetismo, en vez de transmutarlas en emociones humanas. Así, por ejemplo, la pasión sexual se aniquiló en vez de convertirse en amor, dando por resultado que vida tras vida fue debilitándose el sentimiento, y el organismo físico propendió a la asexualidad, mientras que fomentaban el individualismo hasta el extremo de conducirles a continuas y alborotadas pendencias. Constituyeron comunidades que se desunían al poco tiempo porque nadie gustaban de obedecer y todos querían mandar. Gentes de mayor cultura intentaron darles auxiliadora guía; pero esto ocasionó una explosión de recelo y rencor porque lo achacaron a propósitos de dominarlos y reducirlos. El orgullo se intensificó más y más, de suerte que llegaron a ser fríos calculadores sin piedad ni remordimiento. Cuando el flujo de vida ascendió al quinto globo (de materia emocional) permanecieron algún tiempo en actividad y el cuerpo emocional fue debilitándose hasta la atrofia, al paso que en el sexto globo endurecióse el cuerpo mental con pérdida de su plasticidad, produciendo un curioso pero repulsivo efecto de truncamiento, algo parecido al de un hombre que hubiese perdido las piernas de rodilla abajo y se cosiera, los pantalones sobre las trancas. Los del tipo individualizado por admiración en la

precedente ronda eran dóciles y adoctrinables y también por su mayor parte renacieron en las ciudades, donde al principio formaron la clase de trabajadores idóneos que a través de las capas inferiores de la, clase media alcanzaron la superior con muy notable desarrollo de su inteligencia. Estuvieron libres del desmesurado orgullo del tipo anterior, cuyas auras tenían esta pasión de anaranjado intenso y mostrábase en cambio un claro y brillante matiz amarillo de oro. No carecían de emociones, pero eran éstas de índole más bien egoísta que amorosa, aunque les movían a la cooperación entre sí y a obedecer a los superiores en sabiduría. Claramente velan que la cooperación les era más provechosa que la lucha y así se concertaban cooperativamente en provecho propio más bien que con deseo de difundir la felicidad entre los demás. Eran mucho más inteligentes que los individuos a quienes hemos ido especialmente siguiendo y su método y disciplina apresuraron su evolución. Sin embargo, pareció como si hubiesen desenvuelto en su cuerpo mental (por clara percepción de lo más conveniente a su propio provecho) las cualidades radicantes en el cuerpo emocional y en él plantadas por el amor y nutridas por la devoción. De aquí que el cuerpo emocional se desarrollara insuficientemente, aunque sin atrofiarse como en el tipo antes mencionado. Tampoco les aprovechó gran cosa su estancia en el globo E, mientras que mejoraron considerablemente su cuerpo mental en el globo F.

Los globos E, F y G fueron muy provechosos para los grupos de egos que se habían individualizado por uno cualquiera de los tres “procedimientos rectos”, y por lo tanto, se desarrollaron armónica y no unilateralmente como les sucedió a los individualizados según los “procedimientos viciosos”, por lo que a la inteligencia se refería; pero con todo, estos egos se verán precisados más tarde a desarrollar las emociones que primitivamente negligenciaron o reprimieron. A lo largo del camino todas las potencialidades han de ser completamente desarrolladas, y al contemplar el enorme curso evolutivo desde la nesciencia a la omnisciencia, el procedimiento de progreso en determinada etapa pierde la inmensa importancia que parece tener cuando lo miramos a través de la niebla de nuestra ignorancia y limitado punto de vista.

Según fueron poniéndose uno tras otro en actividad los tres globos del arco ascendente de la sexta ronda, progresaron mucho en sus cuerpos emocional y mental los egos más adelantados. Como quiera que únicamente se revistieron de ellos quienes habían transpuesto el crítico período del “día del Juicio” en la cadena lunar, no hubo rezagados que entorpecieran la evolución y el desarrollo fue constante y más rápido que antes. Al terminar la sexta ronda, comenzaron los preparativos para las excepcionales condiciones de la séptima y última, durante la cual todos los Habitantes y gran parte de la esencia de la cadena lunar se transfirieron a su inmediata sucesora en la que nuestra Tierra es el cuarto y central globo.

(1) En casa de Marte estaban: Heracles, Siva, Corona, Vajra, Capella; Píndaro, Beatriz, Lutecia, Teodoro, Ulises y Aurora. En la de Mercurio vivían: Sirio,

Alcione, Mizar, Orión, Aquiles, Héctor, Albireo, Olimpia, Aldebarán, Leo, Cástor y Rea.

CAPÍTULO V

La séptima randa de la cadena lunar

La séptima ronda de una cadena difiere de las rondas precedentes en que sus globos van pasando uno tras otro a la quietud, en vías de desintegración a medida que por última vez los dejan sus habitantes. Al llegar el tiempo de esta postrera partida de cada globo, cuantos de sus habitantes son capaces de ulterior evolución en la cadena pasan al globo inmediato, como en las primeras rondas, mientras que aquellos a quienes no les convienen las condiciones de los demás globos, salen de la cadena al salir del globo y permanecen en un estado que luego describiremos, en expectación de renacimiento en la próxima cadena. Así, la corriente de salida de cada globo en esta ronda (prescindiendo de los que han alcanzado el nivel de Arhat), se bifurca de modo que unos van como de ordinario al globo sucesivamente inmediato, mientras que otros se embarcan para navegar en un océano cuya lejana orilla es la cadena siguiente.

Normalmente no queda el hombre en libertad de dejar la cadena (a menos que temporáneamente fracase) Basta alcanzar el nivel señalado para la humanidad evolucionada en la misma cadena. En la lunar, según ya dijimos, fue este nivel equivalente al que ahora llamamos de la cuarta iniciación ó sea el de Arhat. Pero con mucha sorpresa vemos que, en la séptima ronda, parten grupos de emigrantes de los globos A B y C, mientras que el grueso de la población del globo D deja definitivamente la cadena lunar cuando la oleada de vida sale de este globo para envolver progresivamente el globo E. Tan sólo un número relativamente exiguo queda atrás para proseguir su evolución en los tres globos restantes, y aun de este número salen algunos definitivamente de la cadena, según cada globo va cayendo en inactividad.

Parece que en toda séptima ronda, el poderoso Ser llamado "Manú-Simiente de una cadena" torna a Su cargo la humanidad y las formas inferiores de los seres vivientes que allí han evolucionado. El Manú-Simiente de una cadena reúne en Si, acopia en Su potente y dilatada aura los frutos de la evolución en la cadena, transportándolos a una esfera intercatenaria, el nirvana para los habitantes de la muerta cadena, y los nutre en Si mismo hasta que a su debido tiempo los transmite al Manú-Raíz de la siguiente cadena, quien de acuerdo con el plan del Manú-Simiente señala el tiempo y lugar del ingreso en Su reino.

Parece que el Manú-Simiente de la cadena lunar trazó un vasto plan según el cual agrupó las criaturas lunares dividiéndolas después de su última, muerte en clases, subclases y resubclases, de conformidad con un definido medio que sin duda fue cierto linaje de magnetización, por cuyo efecto estableció particulares tonalidades vibratorias, y los seres capaces de actuar

mejor en determinada tonalidad formaron un mismo grupo. Procedió de esta suerte cuando, como en el globo D, hubo de intervenir con enormes multitudes.

Estos grupos se formaron automáticamente en el mundo celeste del globo D como en un disco vibrante se forman las figuras al impulso de una nota musical; pero en los tres primeros globos de la cadena aparecieron ajustes de más fácil distinción y las entidades fueron expedidas por un oficial superior que evidentemente obedecía a un plan fijo. Ayudaron al Manú-Simiente en Su gigantesca labor varios Seres principales que ejecutaban Sus órdenes, y el vasto plan se llevó a cabo con orden y exactitud indeciblemente maravillosos.

Entre otros pormenores observamos que el Manú-Simiente eligió por oficiales de la cadena siguiente a los que en el largo curso de la evolución hablan de colocarse al frente de sus compañeros y ser Maestros, Manús y Bodhisattvas en las varias rondas y razas. Evidentemente escogió muchos más de los que necesitaba, así como un jardinero escoge para los cultivos especiales diversidad de plantas, entre las cuales efectúa más tarde otra selección. La mayor parte, sino todos los elegidos, lo fueron en el globo D, y ya volveremos a hablar de esta elección cuando lleguemos a dicho mundo. Entretanto, consideraremos los globos A, B y C.

En el globo A de la cadena lunar vemos que una parte de la humanidad no pasa al globo B, sino que está compelida a salir de la cadena porque no le es posible progresar más en ella. El oficial superior que tenía a su cargo el globo, no fue capaz de desarrollar a algunos de sus habitantes según El deseaba, por haber encontrado sus materiales humanos en demasía rígidos para evolucionar ulteriormente, y en consecuencia, los expidió al terminar la vida del globo. Este cargamento de chalupa (lo llamamos así porque no era muy numeroso) comprendía a nuestros amigos de aura anaranjada, que habían desarrollado su cuerpo mental hasta un punto más allá del que no podían ya desarrollarlo en la Cadena lunar, so pena de caer en malignidad. Por lo tanto, hubieron de encerrarse en su concha mental y extenuar de tal suerte los gérmenes de su cuerpo emocional, que con seguridad no pudieron descender de grado, y por otra parte eran sobradamente orgullosos para desearlo. El cuerpo causal es en ellos una rígida envoltura, pero no una firma elástica y viviente, por lo que de permitirles pasar al globo B se les hubiera endurecido nocivamente el mental inferior. Son muy manosos aunque en extremo egoístas y se han incapacitado temporáneamente para todo progreso normal, de suerte que les sería dañino el que hicieran. El oficial está muy a las claras descontento de estas entidades y lo mejor que por ellos puede hacer es expedirlos. Al mirar más hacia adelante vemos que algunos de ellos han de ser entre los atlantes los “Señores de la sombría Faz”, los “Sacerdotes del culto tenebroso”, los enemigos del “Emperador blanco”, etc. Entretanto, permanecieron en la esfera intercatenaria tan egoístas como siempre.

El otro grupo de entidades antes mencionado, cuyas auras matizaba el amarillo dorado de la inteligencia disciplinada, pasaron al globo B con el resto de los habitantes de la cadena, incluyendo entre ellos algunos que en el globo A hablan alcanzado el nivel de Arhat y llegaron al adoptado en el globo B, en donde el grupo de aura dorada fue expedido porque tampoco tenía en su

aspecto emocional el suficiente desarrollo para formar un cuerpo emocional a propósito para su evolución en el globo C. Su voluntariosa obediencia les preparaba un porvenir mucho más hermoso que el de las entidades anaranjadas y los volveremos a encontrar en la Atlántida como sacerdotes de los templos blancos, que poco a poco iban formándose cuerpos emocionales de ventajoso tipo. Las dos humanas expediciones se incorporan a la evolución terrestre en la cuarta ronda, pues estaban demasiado adelantados para tomar parte en las primeras etapas. Parece que es requisito indispensable desplegar en cada globo las cualidades que en el sucesivo necesitarán para su plena manifestación un cuerpo formado de la materia de este último globo; y así, como las entidades de áurea aura no podían seguir adelante en la cadena lunar, fueron expedidos con destino a la esfera intercatenaria.

Del globo C salieron un exiguo número que habían alcanzado el nivel Arhat y desplegado hasta muy alto punto la inteligencia y la emoción, por lo que no necesitaban evolucionar ulteriormente en la cadena lunar y salieron de ella por uno de los ordinarios siete senderos. Un grupo de estas entidades tiene especial interés para nosotros porque formaron parte de la clase de Señores de la Luna llamados Pitris Barhishad en *La Doctrina, Secreta*, que presidieron la evolución de las formas en nuestra cadena terrestre. Al dejar el globo C se dirigieron hacia la región en que se estaba construyendo la cadena terrestre, donde posteriormente se les reunieron otras entidades que también se aplicaron a la misma labor. El globo A de la cadena terrestre empezó a formarse cuando la oleada de vida salió, del globo A de la cadena lunar. Al fin de la vida de un globo, el Espíritu planetario del mismo se reencarna, y por decirlo así, transfiere consigo mismo la vida al correspondiente globo de la cadena sucesiva. Después de salir de ella, sus habitantes hubieron de esperar largo tiempo a que su nueva morada estuviese dispuesta; pero la preparación de esta morada comienza cuando el Espíritu del primer globo lo abandona y se convierte este globo en un cuerpo muerto, al paso que el Espíritu entra en un nuevo ciclo de vida, y a su alrededor empieza a formarse un nuevo globo. Las moléculas se van agrupando bajo la dirección de los Devas, pues la humanidad no está del todo involucionada. El Espíritu de un globo pertenece probablemente a, esta categoría de Devas, cuyos miembros llevan a cabo la tarea de construir globos en todo el sistema.

Una gran oleada de vida dimanante del LOGOS cohesiona sistemáticamente los átomos por mediación del Deva planetario, y sucesivamente se van agrupando las moléculas y formando las células, etc. Las criaturas vivientes son como parásitos en la superficie del Espíritu de la Tierra, pero no se relaciona con ellos ni quizá se percata de su existencia, aunque si puede sentirlos levemente cuando hacen ellos muy profundas minas parasitarias. Los Arhates que al salir del globo C de la cadena lunar escogieron el sendero conducente a la cadena terrestre, pasaron, según dijimos, a la región en donde se estaba formando el globo A de la cadena terrestre. Principió por el primer reino elemental, que fluyó hacia arriba desde el promedio del globo (el taller del tercer LOGOS) como brota el agua de un pozo artesiano y sobre sus bordes fluye en todas direcciones. Dimana del corazón del Loto como la savia asciende por una hoja. Aquellos Señores de la Luna no toman parte activa en esta etapa, sino que parece como si contemplaran la

construcción del futuro mundo. Eones más tarde, se les reunieron algunos de los Señores de la Luna procedentes del globo G de la cadena lunar, quienes modelaron en el globo A las formas originarias, proporcionando al efecto sus sombras o châyâs, según las llama La Doctrina Secreta. Después vienen las Vidas a ocupar sucesivamente las formas. De análoga suerte se formaron los globos B y C en torno de sus respectivos Espíritus, al abandonar éstos los precedentes globos lunares.

Nuestra física Tierra se formó cuando los habitantes salieron del globo D de la cadena lunar. El Espíritu del globo abandona la Luna, que entonces empieza a desintegrarse de modo que gran parte de su sustancia sirve de material para la construcción de la Tierra, Cuando los habitantes comenzaron a salir definitiva-mente de la Luna estaban ya formados los globos A, B y C de la cadena terrestre; pero el globo D, o sea nuestra Tierra, no podía ir muy lejos en su formación hasta que hubiese muerto su congénere la Luna, o sea el globo D de la cadena lunar.

Como ya se dijo, los pocos grupos que salieron de la cadena lunar desde los globos A y B eran, según vimos, entidades muy sobresalientes por su inteligencia, pero que se habían individualizado en la quinta ronda. Los Arhates salidos riel globo C se individualizaron durante la cuarta ronda en una población urbana, y por ello se incorporaron a una civilización cuyos premiosos aprietos apresurarían su evolución por el estímulo que despertara en ellos su trato con las más adelantadas entidades que les rodeaban. Para estar en disposición de aprovecharse de estas condiciones, es evidente que su evolución en el reino animal de la cadena anterior debió alcanzar punto más alto que el de los individualizados en las primitivas comarcas rurales de la misma cadena. Parece como si la humanidad de una cadena sólo pudiese avanzar hacia la entrada en el Sendero cuando cesa, en general, la individualización de animales en la misma cadena, de modo que únicamente se individualiza uno que otro en casos excepcionales. Cerrada la puerta del reino humano para los animales, se abre la puerta del Sendero para los hombres.

Según dijimos, pocos fueron los grupos que dejaron la cadena lunar desde los globos A, B y C, pues la masa general de población de cada globo pasó del modo ordinario al inmediato siguiente. Pero en el globo D fue muy distinto el proceso, pues cercana ya la muerte del globo, la masa general de la población, al dejar por última vez su cuerpo físico, no estaba todavía dispuesta para transferirse al globo E, y por lo tanto, fueron expedidos con destino a la esfera intercatenaria o nirvana lunar, en expectación de ingreso en la nueva cadena que para ellos se preparaba. Si comparamos a cargamentos de chalupa los otros grupos botados al océano del espacio, tendremos ahora una enorme flota de buques botados al mismo océano. El grueso de la flota zarpa de la Luna, donde por razones que luego se dirán, sólo queda una exigua población que deja los globos E, F y G en pequeños grupos semejantes a cargamentos de chalupa, según nuestra metáfora.

El grupo de egos que hemos ido siguiendo, como ejemplos de la inferior humanidad de la Luna, presentan señales de notorio progreso en el globo D. El cuerpo causal está ya definido, la inteligencia más desarrollada y el afecto

hacia los superiores se ha robustecido e intensificado. A la pasión ha sucedido la emoción como su más característico distintivo. A este grupo le podemos llamar de Servidores, porque si bien todavía el instinto es ciego y semiconsciente, el predominante motivo de sus vidas es el de servir y complacer a las entidades superiores a quienes se han consagrado. Mirando adelante, vemos que esta característica perdura a través de la larga serie de existencias que han de pasar en la Tierra y que han de llevar a cabo muy ardua labor de exploración en el porvenir. Aman a sus superiores y están prontos a obedecerles, "sin vacilación ni demora". Durante esta ronda ha sobrevenido una notable modificación en su cuerpo físico, pues su piel es de color azul claro, en vez de moreno sucio como antes. Encarnaron simultáneamente durante sus últimas vidas en la Luna; pero antes hubo mucha concertación entre ellos, pues los lazos que ligan a unos egos con otros sirven para conducirles a renacer en comunidad. Aquí aparecen la mayoría de los personajes de *Rasgaduras en el velo del Tiempo*; y si pudiéramos reconocer a los restantes, los veríamos entre los compañeros de última época, pues todos son Servidores prontos a hacer cuanto se les mande y a ir doquiera se les ordene. Están caracterizados por un ligero flujo de la vida superior, que determina una leve expansión de un hilo de materia intuicional para enlazar los permanentes átomos intuicional y mental, dándole una forma algo más ancha por arriba que por abajo, a manera de pequeño embudo. Muchas otras entidades más inteligentes que ellos no presentan esta característica, propia de su congénito deseo de servir, de que carecen las entidades de mayor adelanto en otros aspectos.

Comprende el grupo diversidad de tipos, pues contra lo que pudiera esperarse, no son todos del mismo Rayo ó temperamento espiritual. Son entidades que se individualizaron por una de las tres "rectas vías", o sea a través de los aspectos de Voluntad, Sabiduría e Inteligencia activa (1), determinándose a la acción por devoción a un superior.

El grupo se subdivide con arreglo a los métodos de individualización de las entidades que lo componen, y según el método, así es la duración del intervalo entre la muerte y el renacimiento, aunque para nada influye en la característica de serviciabilidad, que por otra parte determina la tónica vibratoria del cuerpo causal, cuya formación está determinada por un esfuerzo en servir, según los tres casos siguientes:

- 1.º Un acto de devoción;
- 2.º Una intensa explosión de pura devoción;
- 3.º Por el esfuerzo de comprender y estimar, engendrado por la devoción.

La formación del cuerpo causal es siempre súbita, pues viene a la existencia como un relámpago; pero las precedentes circunstancias determinan la modalidad vibratoria del cuerpo así formado. Un acto de sacrificio en el cuerpo físico atrae la Voluntad y determina una pulsación en la materia espiritual. La devoción opera en el cuerpo emocional (2), atrae la Sabiduría y determina una pulsación en la materia intuicional. La actividad en la mente inferior despierta la Inteligencia activa y determina una pulsación en la materia mental superior.

Muy luego hallaremos dividido en dos nuestro grupo de Servidores a causa de estas diferencias. Las dos primeras diferencias forman un subgrupo cuyo periodo medio entre los nacimientos es de siete siglos, y la tercera diferencia forma un segundo subgrupo cuya vida `extraterrena dura doce siglos por termino medio. Esta diferencia aparecerá en la cadena terrestre como un mayor grado de evolución y los dos subgrupos alcanzarán la Tierra en la cuarta ronda con un intervalo de 400.000 años entre uno y otro, al evidente fin de que en determinado periodo reencarnen simultáneamente cuando sean necesarios sus mancomunados servicios. ¡Tan minucioso en sus pormenores es el plan del universo! La antedicha división no influye para nada en las relaciones entre maestros y discípulos, pues en ambos subgrupos vemos discípulos de los dos maestros que han de ser el Manú y el Bodhisattva de la sexta raza raíz. Así tenemos que el congénito anhelo de servicio, advertido por las primeras Autoridades, es la característica del grupo entero, cuya división en dos subgrupos deriva de las diferencias de individualización que a su vez determinan los intervalos entre la muerte y el renacimiento (3). A la cabeza del grupo van muchos de los que son ahora maestros y sobre ellos están muchos otros que ya habían sido Arhates, y transmitieron a sus subordinados las órdenes recibidas de Seres incomparablemente más poderosos. El Mari ú de la séptima raza del globo lunar tiene a su cargo la ejecución del plan y la obediencia y cumplimiento de las órdenes del Manú Simiente, quien dirige los preparativos de traslado de la masa general de población. Los individuos más adelantados los de entre ésta presienten vagamente la proximidad de hondas mudanzas, que por lo lejanas y lentas no les llaman mucho la atención, mientras que otros cooperan inconsciente pero efectivamente a la realización del plan, creídos de que están llevando a cabo el grandiosamente forjado por ellos. Así, por ejemplo, hay quien ha concebido en su mente una comunidad ideal y anda reuniendo gentes con quienes constituirla y complacer de este modo a un maestro que llegó a ser Arhat en la Luna. Las gentes congregadas en torno del invocador forman un grupo definido con un común propósito, que de esta suerte favorece la ejecución del plan universal. Desde nuestro inferior nivel miramos nosotros como dioses a los Arhates y entidades superiores, y a nuestra humildísima manera procuramos obedecer cuantas indicaciones de sus deseos advertimos.

Cuando los individuos de este grupo de Servidores, al morir por última vez en la Luna, alcanzan el nivel señalado a este globo, pasan todos al plano mental o mundo celeste, donde permanecen durante un dilatadísimo período, teniendo siempre delante la imagen de los seres amados, y más vivida todavía la de los avanzados egos a quienes se entregaron con especial devoción. Precisamente esta arrobadora devoción les ayuda muchísimo en su progreso y educa sus cualidades superiores, de modo que les hacen más receptivos a las influencias que sobre ellos planean en la esfera intercatenaria. Forman estos egos el grupo denominado por Blavatsky *Pitris solares* y por Sinnet *Primera clase de Pitris*.

Otras copiosas multitudes alcanzan también el mundo mental sin que reencarne ninguno de cuantos llegaron al prefijado nivel. Parece que éstos

poseen ya completamente formado el cuerpo causal y van constituyendo grandes grupos bajo la acción de la poderosa fuerza magnética antes mencionada que sobre ellos derrama el Manú-Simiente. Como cuerdas que, según su tensión, dan distinta nota, así el cuerpo causal de este grupo de egos (4) responde a la cuerda que pulsa el Manú-Simiente, y de este modo quedan separados en grupos distintos, pues no pertenecen a un mismo grupo ni los egos procedentes de un mismo Gobernador planetario ni los amigos, como si ninguno de los ordinarios lazos influyera en la agrupación. Los egos quedan automáticamente clasificados y aguardan en su respectivo lugar, como los pasajeros aguardan en las salas de espera la llegada de su tren, o para servirnos del acostumbrado símil, del buque en que han de embarcar. Observamos especialmente dos de estos cargamentos, porque formábamos parte de ellos. En uno estaban. Los futuros Manú y Bodhisattva, y los que ahora son ya Chohanes y Maestros, con muchos de los servidores que actualmente están en el discipulado o muy cercanos a él. Todos los de este cargamento pertenecían evidentemente al subgrupo cuyo intervalo entre muerte y renacimiento fue de siete siglos. El otro cargamento contenía a muchos de los actuales maestros y discípulos, con la mitad acaso de los personajes mencionados en las *Rasgaduras en el velo del Tiempo*, todos pertenecientes al subgrupo de doce siglos de intervalo entre las encarnaciones. Ambos cargamentos contenían muchos, si no todos, de los que han de formar el *Hombre Celeste* y quedaron a la sazón clasificados en dos subgrupos. El Manú Vaivasvata y el actual Bodhisattva estuvieron juntos en el globo D; pero pasaron a los globos superiores de la cadena lunar.

Esta gran masa de egos conviene a saber:

- 1.º Los Servidores a que ya nos hemos referido, verdadera entremezcla de diversos grados de evolución, unidos por una característica común.
- 2.º Un nutrido grupo de egos sumamente evolucionados, que si bien se acercan al Sendero (5) no podrán entrar en él antes del fin de la cadena.
- 3.º Un numeroso grupo de egos de buena índole, pero sin deseos de servir, y que, por lo tanto, no se han convertido todavía hacia el Sendero. Formarán el núcleo de la población de la Atlántida en los buenos tiempos del continente.
- 4.º Una admirable minoría de egos unidos por la común característica de su poderosa fuerza intelectual, comprende siete grupos, que en lo futuro se manifestará en genio, pero muy discrepantes por lo relativo al carácter y costumbres. Es un grupo destinado a capitanear expediciones humanas en el porvenir, sin entregarse al Servicio ni volver su rostro hacia el Sendero.
- 5.º Numeroso grupo de egos buenos y a menudo religiosos, entre los que se cuentan comerciantes, militares, etc., de agudo entendimiento, pero concentrados en sí mismos, de suerte que ante todo piensan en su propio desenvolvimiento y adelanto, sin saber nada del Sendero, y por lo tanto, sin ganas de entrar en él.

6.º Grupo muy numeroso de gentes de la burguesía vulgar e indocta, cuyo tipo queda descrito por su misma denominación.

7.º También numeroso grupo de gentes de buenos sentimientos, pero faltas de educación y desarrollo. Es la clase inferior de las que tienen ya completamente formado el cuerpo causal.

Todos estos grupos aguardan en el mundo celeste de la Luna su salida para la esfera intercatenaria. A medida que las convulsiones sísmicas empiezan a desgarrar la Luna, como introito de la disrupción de su corteza, pasan también al mundo celeste un muy considerable número de “pitris solares” o “primera clase de pitris”, que por estar en disposición de progresar en los restantes mundos de la cadena, donde los volveremos a encontrar, esperan en el ciclo lunar la oportunidad de su paso al globo E.

Inmediatamente después de los pitris solares viene un inmenso número de egos que todavía no tienen formado del todo el cuerpo causal. Son los que Sinnett llama “segunda clase de pitris” y nosotros llamaremos vestales por la semejanza que con la reticular labor de cestería ofrece en ellos la conexión entre el ego y la mente inferior. Esta masa de egos vestales desencarnan por última vez en la cadena lunar al acercarse la muerte de la Luna y quedan congregados en el mundo emocional, donde por no poder actuar caen en sueño; y cuando este mundo emocional de la Luna es ya inhabitable, pierden dichos egos su cuerpo emocional y permanecen vueltos hacia abajo como bulbos, en expectación de embarque a otro país, para a su debido tiempo ser expedidos a la esfera intercatenaria donde dormirán durante siglos, hasta que la tercera ronda de la cadena terrestre les ofrezca campo a propósito para su desenvolvimiento.

Sin embargo, algunos egos cestales demuestran capacidad para realizar ulterior evolución en la cadena lunar, por lo que pasan a los globos superiores al ponerse éstos en actividad, y allí forman su cuerpo causal para reforzar después el grupo de pitris solares ó de primera clase.

La ínfima clase de hombres, que precede inmediatamente a los animales, son los animales hombres, llamados por Blavatsky “primera clase de pitris” y por Sinnett “tercera clase de pitris”. Se distinguen estos egos por las delicadas líneas de materia que conectan el germinante ego con el incipiente mental inferior. Como los egos cestales, quedan también estos otros congregados en el mundo emocional cuando por última vez desencarnan en la Luna, sin que tengan conciencia en el mundo mental. A su debido tiempo se les expide con destino a la esfera intercatenaria, donde permanecen dormidos durante eones de tiempo, y por fin entran en la cadena terrestre y emprenden en el globo A el largo trabajo de construcción a través de todos los reinos hasta llegar al humano, en el que han de permanecer sobre los globos sucesivos de la ronda y en las siguientes rondas. A estos egos los distinguiremos con la denominación de *animales* y de entre ellos también hay algunos que al ser expedida la masa general pasan al globo i para su evolución ulterior, y llegan a incorporarse a la clase de los cestales que inmediatamente les precedía.

Así hemos ido siguiendo el destino de las diversas clases de la humanidad lunar. Parte de ella (los fracasados) quedó eliminada en la sexta ronda, permaneciendo “colgante” hasta que la cadena siguiente les deparó campo a propósito para su ulterior evolución- Los de matiz anaranjado salieron del globo A en la séptima ronda, y los de aura áurea salieron del globo B. Algunos Arhates dejaron la cadena lunar desde los globos A, B y C, y desde este último pasaron unos cuantos a la cadena terrestre, que por entonces estaba en formación. Tenemos después las clases que salieron del globo D, o sean: los egos de cuerpo causal completamente formado, los cestales y los rayas. Quienes de entre estas tres clases quedan en el globo D, pasan sucesivamente a los E, F y G; para salir de ellos cuando han efectuado todo el progreso de que son capaces. Algunos cestales, la clase superior de pitris y los Arhates salen así de cada globo. La mayor parte de los animales marchan al nirvana intercatenario, semejante al arca de Noé. Unos cuantos animales, capaces de convertirse en animales-hombres, fueron transferidos a los globos posteriores.

Las diferencias entre los cuerpos causales tienen por causa determinante la etapa en que ocurrió la individualización. En las capas inferiores del reino animal, multitud de animales están animados por una sola alma grupo; pero su número va disminuyendo a medida que ascienden hacia la humanidad, hasta que en las especies superiores no hay sino de diez a veinte animales con una misma alma grupo. La compañía y contacto del hombre puede provocar la individualización de un animal en etapa todavía relativamente inferior. Si el animal, un perro por ejemplo, ha estado durante mucho tiempo en contacto con el hombre y pertenece a un grupo de diez o veinte, queda completamente formado el cuerpo causal en el acto de la individualización. Si el animal pertenece a un grupo de cien (como en la etapa de los perros de ganado), se formará un cuerpo causal cestal; y si fuere de un grupo de algunos centenares (como los perros vagabundos de Constantinopla o la India), resultaría el esbozo del cuerpo causal en forma de rayas conectadoras.

Estas etapas nos recuerdan análogas diferencias en el reino vegetal, cuyos miembros más adelantados pasan directamente al orden de los mamíferos del reino animal, así como el animal de suave índole no se transforma en brutal y cruel salvaje, sino en apacible hombre primitivo. Si llevamos nuestra observación de uno a otro reino, veremos que un delicado animal puede ser más agradable compañero que muchos seres humanos.

Cabe que una entidad permanezca muy corto tiempo en la etapa animal y muy largo tiempo en la humana o viceversa. Esto parece que no tiene importancia real, pues al fin y al cabo el resultado es el mismo, así como la más o menos larga permanencia en el mundo celeste conduce a igual estado de progreso entre los hombres. Probablemente es una extravagancia humana la de figurarse haber sido lo mejor de su especie en cada época, y que hubiera uno preferido ser banano o roble, que bandada de mosquitos, y más bien un soberbio mastín, que un comearcilla o un antropófago.

Pero volvamos al asunto. Parece que los globos E, F y G sirvieron de una especie de mansiones compulsadoras destinadas a culturas especiales, como la deponer a algunos en condiciones de entrar en el Sendero o alcanzar el Arhatado, lo cual no hubieran podido conseguir en el globo D, aunque ya se encaminaran a tal fin- También sirvieron para que algunos otros llegaran a una más elevada etapa de evolución a que ya se acercaban.

Estos globos E, F y G merecen más bien que el nombre de mundos el de centros. Su población era corta, puesto que la masa general de hombres ,y animales había sido llevada desde el globo D, y por otra parte fué disminuyendo más y más por el sucesivo envío de una expedición desde cada uno de los globos a medida que caían éstos en quietismo. La expedición salida del globo E se componía: 1.º, de algunos que ya estaban en el sendero y que en dicho globo alcanzaron el Arhatado; 2.º, de algunos cestos que habían completado su cuerpo causal; 3.º, de algunos rayas convertidos ya en cestos. Al salir estas tres categorías del globo E, la población restante, compuesta de los que no habiendo llegado todavía a Arhates eran capaces de ulteriores esfuerzos, se trasladaron al globo F- Los que salieron del E pasaron al nirvana intercatenario donde quedaron distribuidos entre las clases que habían alcanzado, de la propia suerte que las letras de una composición tipográfica se distribuyen luego de la tirada en sus respectivas cajas.

Análogo proceso ocurre en el globo F, siendo de profundo interés señalar que el Señor Gautama Buddha y el Señor Maitreya estaban entre los que sucesivamente pasaron a los globos E y F hasta alcanzar la primera gran iniciación en el globo G. Uno y otro habían fracasado en la séptima ronda de la segunda cadena, por no haber sido capaces de proseguir sus esfuerzos en los globos E, F y G de dicha cadena, pues las condiciones eran demasiado acérrimas y tan sólo convenientes para quienes podían alcanzar el nivel de éxito asignado a la cadena, o bien pasando desde la categoría en que estaban a la inmediata superior. Entraron en el globo D de la cadena lunar durante la cuarta ronda en estado de hombres primitivos, con los animales de la segunda cadena dispuestos a pronta individualización.

Gautama y Maitreya hicieron juntos en el globo F voto de ser Budas; pero el ritual de este voto era distinto del de nuestra Tierra. En el mundo celeste había una especie de Consejo (el Sukhavad de los budistas) y uno y otro depusieron su voto ante el gran Ser llamado Dipankara en los libros, quien lo aceptó en calidad de Buda. Alcanzaron el Arhatado en el globo G antes de dejar la cadena lunar.

El Buda Dipánkara procedía de la cuarta cadena del esquema venusto, cuyo globo físico era el satélite de Venus descubierto por Herschel y desaparecido desde entonces. Pertenecía Dipánkara al Estado Mayor cuyos individuos podían ser enviados a cualquier cadena necesitada de auxilio. Al Señor Dipánkara le sucedieron en su cargo de Buda los Budas de la cadena terrestre, entre quienes se cuentan, por ejemplo, el Señor Kashyapa, el Bodhisattva de la tercera raza raíz, que alcanzó el estado de Buda en la cuarta, y el Señor Gautama, el Bodhisattva de la cuarta raza raíz, que fue Buda en la quinta, sucediéndole el Señor Maitreya, Bodhisattva de la quinta raza raíz,

quien ha de alcanzar el Budado en la sexta. El actual maestro K. H, será Bodhisattva de la sexta raza raíz y Buda de la séptima.

Conviene recordar que un Buda no sólo tiene a su cargo una humanidad, sino que además de ser instructor de hombres lo es también de ángeles y Devas; y así por muy atrasada que en su evolución esté una humanidad, siempre es necesario el superior oficio de Buda.

También vemos al maestro Júpiter entre los que entraron en el Sendero en el globo G de la cadena lunar.

EL NIRVANA INTERCATENARIO

La mente humana se abisma ante los enormes periodos de tiempo referentes a la evolución, por lo que no hay más remedio que atenerse al antiguo y moderno concepto, según el cual no tiene el tiempo existencia determinada, sino que es corto o largo según la actuación de la conciencia del ser a que se refiere (6). En el nirvana intercatenario las conciencias verdaderamente activas fueron las del Manú-Simiente de la cadena lunar y la del Manú-Raíz de la terrestre. ¿Quién será capaz de conjeturar el tiempo computado a la conciencia de estos dos Seres?

El plan en conjunto está en lamente del Manú-Semilla, de quien lo recibe el Manú-Raíz y lo ejecuta en la nueva cadena confiada a su presidencia. Al término de la cadena, los resultados de la evolución en ella proseguida se resumen en el aura del Manú-Simiente donde, si se nos permite emplear la terminología de la vida ordinaria, quedan clasificados, encasillados y catalogados en perfecto orden. El Manú-Simiente derrama intermitentes flujos de su estimulador magnetismo sobre aquellas inteligencias de diversidad de grados que, concentradas en sí mismas, viven lenta y subjetivamente sin noción alguna de tiempo. Si la corriente fuese continua los desharía en pedazos, y así se interrumpe luego de influir en ellos, para que lentamente se la asimilen dormitando durante un millón de años- Entonces el Manú-Simiente derrama sobre ellos otro flujo de corriente y así se repite la acción durante millones y millones de años.

La observación de esta curiosa escena nos sugiere diversas analogías, como por ejemplo la de los bulbos que de cuando en cuando inspecciona el jardinero, y la de los enfermos de un hospital que visita diariamente el médico. Iba acercándose más y más el tiempo en que el gran Jardinero había de entregar sus bulbos para la plantación- El suelo fue la cadena terrestre y los bulbos se convirtieron en ánimas vivientes.

(1) Atma, Buddhi, Manas.

(2) Vehículo del deseo o kâma.

(3) Por supuesto, que los intervalos de siete y doce siglos están computados por término medio, pues su exacta duración dependerá de lo que a su vez dure la vida precedente y las condiciones en que ésta haya transcurrido. Entre ambos subgrupos se nota la diferencia de que los individuos de uno de ellos viven muchísimo más intensamente que los del otro en el mundo celeste y por ello acopian casi la misma cosecha en menos tiempo.

(4) Recuérdese que a este grupo sólo pertenecen los que ya tienen completamente formado el cuerpo causal.

(5) Por lo tanto también son Servidores, aunque demasiado distanciados del primer grupo para formar parte de él.

(6) Véase el sugestivo libro de E. E. Fournier d'Albe titulado: *Dos mundos nuevos*.

CAPÍTULO VI

Tiempos primitivos de la cadena terrestre

En todo este intervalo se ha ido formando lentamente la cadena terrestre, cuya construcción presenciaron, según hemos visto, los Señores de la Luna. Llegó el tiempo de expedir a la nueva cadena los primeros de cuantos han de evolucionar en ella durante las edades venideras. El Manú-Simiente determinó el contenido de cada expedición y el orden de su partida, al paso que el Manú-Raíz los iba distribuyendo según llegaban, unos tras otros, al globo A de la cadena terrestre.

Aquí podemos bosquejar brevemente el oculto gobierno de la cadena, de modo que el estudiante comprenda algo del plan evolutivo que ha de considerar.

Preside este gobierno Chakshushas, el Manú Simiente de la cadena anterior, de cuya vasta obra hemos visto algo en la cadena lunar. Tiene Oficiales ayudantes que le enteran de cómo los miembros de tal o cual grupo tan respondido a las influencias que derramó sobre ellos durante su estancia en el nirvana intercatenario. Así como a los menores en "edad" se les envía a incorporarse en las más primitivas formas y después siguen los más adelantados cuando las formas evolucionan hasta un grado superior, así también de entre determinado grupo traído de la Luna y estacionado en el nirvana intercatenario, van primeramente al mundo nuevo los que menos progresaron bajo la influencia del Manú-Simiente durante el periodo nirvánico.

Vaivasvata (1), el Manú-Raíz de la cadena terrestre, que preside todo el ordenamiento de su evolución, es una poderosa Entidad procedente de la cuarta cadena del esquema de Venus. De sus tres ayudantes, dos vinieron de la misma cadena, y el tercero es un elevado adepto que llegó primitivamente a la cadena lunar (2).

El Manú-Raíz de una cadena debe alcanzar el nivel fijado para la cadena o cadenas en que evolucionó como hombre hasta llegar a ser uno de los Señores de esta cadena, y entonces asciende a la categoría de Manú de una raza, para ser sucesivamente Pratyeka Buddha, Señor del Mundo, Manú-Raíz y Manú-Simiente de una ronda, pues sólo después de pasar por todos estos grados puede ser Manú-Raíz de una cadena y gobernar a los Manús de las rondas, quienes a su vez distribuyen la labor entre los Manús de las razas. Además, cada cadena proporciona un número de triunfantes seres humanos, los "Señores de la Cadena", algunos de los cuales se dedican a la labor de la nueva cadena bajo la dirección de su Manú-Raíz.

Así tenemos para, nuestra cadena terrestre siete categorías de Señores de la Luna, procedentes de los siete globos de la cadena lunar, que trabajan a los órdenes de nuestro Manú-Raíz y constituyen una de las dos grandes clases de Protectores externos, a quienes está encomendada la guía de la general evolución de la cadena terrestre. La segunda clase de Protectores externos son los Señores de la Llama, que en el promedio de la tercera raza raíz, durante la cuarta ronda, llegaron al cuarto globo procedentes de Venus para apresurar la evolución mental y constituir la oculta Jerarquía de la Tierra, a cuyo cargo está desde entonces el gobierno del globo. Su prodigiosa influencia avivó de tal manera los gérmenes de la vida mental, que brotaron en crecimiento, siguiéndose de ello el gran flujo descendente a través de la Mónada, llamado tercera oleada de Vida, cuyo efecto fue la formación del cuerpo causal, esto es, el “nacimiento” ó “descenso del Ego” en todas las entidades procedentes del reino animal. Tan instantáneamente respondieron las miríadas de habitantes de la Tierra al influjo de los Señores de la Llama, que de Ellos se ha dicho que “dieran” o “proyectaron” la chispa de la mente; pero “avivaron”, no “proyectaron” esta chispa, y la naturaleza del “don” fue la excitación del germen ya latente en la infantil humanidad, es decir, que produjeron en ella un efecto análogo al del rayo de sol en la semilla, pero no dieron la semilla (3). Los Señores de la Llama concentraron en las Mónadas la energía del LOGOS, de la propia suerte que una lente Concentra los rayos solares, y bajo esta influencia apareció la responsiva chispa- Estos Señores de la Llama son los verdaderos Mánasaputras (4), los Hijos de la Mente o Hijos del Fuego, procedentes de la quinta rinda i rinda mental de Venus.

El Manú-Raíz distribuyó por la cadena terrestre a las siete clases de Señores de la Luna, encargándoles de las rindas y globos, mientras que los Manús de las razas tomaron a su especial cuidado la evolución de las razas, uno para cada raíz.

La primera cera ronda.-Los Señores de la Luna, procedentes de los globos A, B y C de la cadena lunar, fueron las tres clases que, según antes dijimos, presenciaron, sin tomar parte en ella, la construcción material de los globos de nuestra cadena, a medida que iban sucesivamente formándose en torno del Espíritu de cada globo, y presidieron la pormenorizada labor de los Señores que después llegaron. La clase inferior, procedente del globo G, plasmaron en el globo A de la cadena terrestre, durante la primera rinda, las primitivas firmas arquetípicas y guiaron a las rayas que vinieron a ocuparlas y evolucionar en ellas. La clase inmediatamente superior, procedente del globo F, presidieron la evolución de las firmas en la segunda rinda; las del globo E presidieron análoga evolución en la tercera ronda, y las del globo D efectuaron parecida labor en la cuarta (5). Además, vemos que algunos, Señores procedentes del globo E actúan en Marte durante la cuarta rinda, mientras que más tarde operan en la Tierra los procedentes del globo D.

Al comenzar la expedición de las primeras entidades del nirvana intercatenario, los primeros expedidos son las rayas y la gran masa de animales pertenecientes al globo D de la cadena lunar. Los primeros cargamentos o expediciones se suceden unos a otros en intervalos de cerca de cien mil años, y entonces se interrumpe la expedición para dar tiempo a que, durante un

dilatadísimo período, los recién llegados, los zapadores de nuestra cadena terrestre, prosigan su larga jornada en la primera, segunda y parte de la tercera rinda.

Ofrecen los mundos un extraño aspecto, parecido al de removientes torbellinos. Nuestra Tierra, el más sólido, es una masa de caliente y viscoso fango, sin que en la mayor parte de su superficie haya sitio a propósito para desembarcar con firmeza. Está hirviendo y muda sin cesar de consistencia. Enormes cataclismos engullen de cuando en cuando a las multitudes, que en su embrionario estado nada les importa el engullimiento, sino que crecen y se multiplican en vastas cuevas y cavernas, lo mismo que si vivieran en la superficie.

Los globos de la primera ronda de la cadena terrestre estuvieron en los mismos planos que los de la séptima ronda de la cadena lunar. El globo A estaba en el plano mental superior con alguna de su materia componente escasamente activa; el globo B estaba en el mental inferior; el C en el emocional; el D en el físico; el E en el emocional; el F en el mental inferior; y el G en el mental superior.

En la segunda ronda descendió la cadena entera y los globos C, D y E quedan en el plano físico; pero los seres vivientes en ellos eran (de sustancia etérea y de firma de "saco de pudingo", según dice gráficamente Blavatsky. Los globos C y E son los que ahora llamamos Marte y Mercurio, y tenían entonces materia física, aunque en estado de gases candentes.

Durante la primera ronda, los cuerpos humanos existentes en la Tierra eran ameboides, nebulosos, flotantes, en su mayor parte etéreos, y por lo tanto, indiferentes al calor. Se reproducían por escisión y se iban sucediendo en razas sin separadas encarnaciones, pues cada forma duraba todo el tiempo de una raza. No había nacimientos ni muertes, porque los cuerpos disfrutaban de inmortalidad amebica y estaban al cuidado de los Señores de la Luna, que habían conseguido el Arhatado en el globo G. Algunos flotantes cuerpos etéreos parecían como si se esforzaban, sin mucho éxito, en ser esbozos de vegetales.

Los minerales eran algún tanto más sólidos, pues la Luna los lanzó a la Tierra en estado de fusión. La temperatura sería algo mayor de 3500° C pues el cobre estaba en vapor, y sabido es que este metal se volatiliza en los hornos a esta temperatura. La sílice era visible, pero la mayor parte de las sustancias se hallaban en estado de proto-elementos, no de elementos, pues apenas se conocían las actuales combinaciones. Estaba la Tierra rodeada de enormes masas de vapor, cuyas incalculables calorías demoraban muy lentamente su enfriamiento. En el polo había cieno hirviendo, que poco a poco se fue sedimentando, y al cabo de algunos miles de años apareció una espuma verde de naturaleza vegetal, o para decirlo col, anís exactitud, que habla de ser vegetal en futuros tiempos.

Segunda ronda. -En la segunda ronda había descendido considerablemente la temperatura del globo y el cobre ya enfriado era líquido y

en algunos parajes sólido. Habla algo de tierra cerca de los polos, pero hubieran salido llamas en caso de hacer en ella un agujero, como ahora sucede en algunos puntos laterales de la cúspide del Vesubio. Las formas pudinsaculares flotaban sobre aquella ardorosa superficie insensibles al calor y por su configuración parecían soldados con las piernas amputadas y el uniforme cosido alrededor del 'ronco- Un golpe producía en aquel cuerpo una dentellada que luego se volvía a henchir como carne hidrónica. En la parte anterior tenía el cuerpo una especie de boca succionante por la que tomaba el alimento clavándola rápidamente en otro cuerpo y sorbiéndosele a la manera como ahora nos sorbemos un huevo sin más que abrir un agujerito en la cáscara. El cuerpo chupado se reblandecía por la succión del otro y dejaba de existir, no sin que precediera una lucha entre ambos. Tenían una especie de mano en forma de remo como pata de foca y producían un agradable ruido parecido al de una trompetilla con que expresaban sus sensaciones de placer y dolor. El placer se reducía para ellos al bienestar general de su ser, y la pena era una pesada molestia, no muy intensa, sino de débil gusto o disgusto. La piel solía ser dentada con tonalidades de color.

Más tarde fueron perdiendo estos cuerpos la amorfidad para aproximarse a la formar humana, y se arrastraron por el suelo como las orugas. Todavía más tarde, cerca del polo norte, en la porción de tierra allí levantada, les nacieron manos y pies a estas criaturas, aunque sin poder valerse de ellos en posición bípeda, y dieron ,nuestra de mayor inteligencia. Observamos que un Señor de la Luna, un Arbat del globo P de la cadena lunar, magnetizó una isla y condujo a ella una grey de estas criaturas, parecidas entonces a becerros o cerdos marinos, aunque sin cabeza definida. Allí se les enseñó a morder en vez de chupar, y cuando se atacaban unos a otros preferían ciertas partes de la víctima, como si ya se les despertase el sentido del gusto. La depresión que de boca les servía fue tomando figura de embudo y empezó a formárseles un estómago que se invertía rápidamente en cuanto penetraba en él alguna sustancia extraña e inconveniente, sin que de la inversión resultara daño alguno.

Como la superficie terrestre no estaba todavía definitivamente asentada, solían estas criaturas quemarse o cocerse en parte, lo cual, como puede comprenderse, les disgustaba, y si el accidente era grave les sumía en colapso. A causa de la mucha densidad de la atmósfera, se trasladaban flotando de un punto a otro, lo cual contrastaba con el culebreante movimiento sobre el suelo, parecido al del "miserable gusano". La reproducción se efectuaba por yemas, es decir, que aparecía en el cuerpo una protuberancia que iba creciendo hasta separarse del cuerpo con vida independiente.

Su inteligencia era muy embrionaria. Vimos uno de ellos que asestó su boca contra el vecino, y habiendo errado el golpe dio con su boca en el extremo inferior de su propio cuerpo y empezó a chupar tan gustosamente, creído de que era el de la víctima, hasta advertir por la sensación de disgusto el yerro cometido. Otra de estas criaturas se dio cuenta de que arrollando la extremidad de su cuerpo en el cieno, podía flotar hacia arriba en vez de a lo largo, y pareció con ello muy ufano de si mismo. Gradualmente, el extremo en que se contenía el embudo se hizo algo cónico y apareció en él un pequeño

centro que en remoto porvenir pudiera convertirse en cerebro. Salió una pequeña protuberancia y adquirieron las criaturas la costumbre de moverse hacia adelante dirigiendo siempre la boca adonde había provisiones, y así se fomentó el desarrollo del cuerpo. La vida vegetal se desarrolló durante todo este período a favor de la pesada y sofocante atmósfera. Había vegetaciones de índole forestal y textura muy semejante a la hierba, pero de más de doce metros de altura con espesor proporcionado. Medraban en el cieno caliente y florecían con mucho vigor.

Hacia el fin de este período, ya estaban completamente solidificadas algunas porciones de la superficie y el calor había disminuido considerablemente. Ocurrieron muchos y tumultuosos hundimientos ocasionados sin duda por la contracción de la corteza y cada colina era un volcán en erupción.

El globo Marte se solidificó más todavía, enfriándose con mayor rapidez a causa de su menor tamaño, y la vida en él era muy semejante a la de la tierra.

Tercera ronda. -En la tercera ronda estaba ya Marte enteramente solidificado y firme y empezaban a desenvolverse algunos animales, aunque al principio parecían más bien bastos pedazos de madera aserradas de un leño o algo semejante a los bosquejos que hacen los niños cuando aún no saben dibujar; pero con el tiempo fueron tomando forma distintamente humana, si bien más parecidos a gorilas que a hombres.

La configuración de Marte era por entonces muy diferente de la que conocemos hoy día, porque el agua ocupaba unas tres cuartas partes de la superficie y sólo una cuarta parte era tierra firme. De aquí que no hubiese canales como ahora y las condiciones físicas fuesen muy semejantes a las de la Tierra actual.

Observamos que los egos rayas habían ya desarrollado un cuerpo causal como el de los egos cestales, pero de textura más recia que el desarrollado en la Luna. Al llegar a esta etapa arribaron en corriente a Marte los cestales de la Luna y el Manú-Simiente expidió nuevos cargamentos humanos a la Tierra.

Al detener la vista en el nirvana intercatenario para señalar la llegada de los cestales a Marte, nos encontramos con un punto sumamente interesante. Los “anaqueles” en que estaban entrojados los “bulbos” eran, evidentemente, de materia mental superior; pero al transportarse al aura del Manú-Simiente pasaron por la esfera espiritual y se desintegró el cestel formado de materia mental lunar, de modo que era preciso reconstruirlo antes de que aquellas entidades empezaran su evolución terrestre- Duran; siglos habían estado dormidos en la esfera espiritual, hasta que se las revistió de un cestel formado por la equivalente materia mental de la cadena terrestre. Porque conviene advertir que no hay continuidad de materia mental entre las cadenas. La distancia no es elemento estimable, pues la cadena terrestre ocupa casi la misma posición que ocupó la lunar; pero la discontinuidad de la materia mental

exige necesariamente la desintegración y reintegración de los cuerpos causales de contextura cestal.

Vimos a un Manú que arribaba a Marte con una legión de cestales, y este espectáculo nos recordó el episodio de los Puránas induistas en que el Manú atraviesa el océano en una nave donde lleva las semillas de un nuevo mundo, así, corno también nos trajo a la memoria al Noé hebreo, que conservó en el arca todo lo necesario para repoblar la tierra después del diluvio. Las leyendas contenidas en las Escrituras religiosas son muy a menudo relatos históricos del pasado, y así tenemos que el Manú iría realmente a Marte para dar un nuevo empuje a la evolución, estableciendo allí una colonia de cestales.

Mirando más hacia atrás, vemos que los primeros cestales llegados a la ordena terrestre vinieron del globo G de la cadena lunar, en el que hablan conseguido aquel estado, siendo de toda la cohorte de cestales éstos los últimos en desarrollarse para lograrlo. El Manú los condujo a encarnar en las más conspicuas familias de la tercera raza de Marte, y según iban desarrollándose los conducía a Su colonia, para que evolucionasen más rápidamente entre gentes de la cuarta raza. Todos los individuos de esta colonia estaban movidos por la céntrica voluntad del Manú, como abejas en colmena, pues El lo dirigía todo con las corrientes de Su energía,

También llegaron a Marte otros dos enjambres de cestales, que alcanzaron este estado en los globos E y F de la cadena lunar; pero llegaron en orden inverso del en que salieron de la Luna, pues los procedentes del globo F formaron la cuarta raza de Marte y los del E la quinta. Desarrollaron algo de afecto e inteligencia bajo el educativo cuidado del Manú. Al principio vivieron en cavernas, pero muy luego comenzaron a edificar e instruyeron a los aborígenes en el arte de la construcción, con lo que los cestales fueron guías en aquel estado de evolución.

Eran entonces las gentes hermafroditas, aunque por lo general tenían más desarrollado un sexo que otro y la reproducción requería el ayuntamiento de dos individuos Sin embargo, en los tipos inferiores se echaban de ver distintos procedimientos de reproducción y habla algunos embrionarios seres humanos, parecidos a la hidra, que se reproducían unos por yemas, otros por exudación y otros por generación ovípara. Pero entre los cestales no ocurría ninguno de estos inferiores procedimientos de reproducción.

En la quinta raza fue modificándose la organización social a medida que se desarrollaba la inteligencia. Desapareció el régimen de colmena; pero como aún tenían muy poca individualidad, se reunieron en rebaños y manadas apacentados por el Manú. La contextura de los cestales se hizo más compacta y demostraron con ello lo que pudo conseguir el desenvolvimiento de la vida en quienes resueltamente evolucionaban hacia la humanidad sin ayuda del potente estímulo dado en la cuarta ronda por los Señores de la Llama.

El tipo congregado en rebaños tiene aún muy intensas reminiscencias en las gentes cuyo pensamiento se acomoda a la opinión ajena y están completamente dominados por la rutina. Son en general buenas, pero muy

borreguiles y espantosamente monótonas. No habla entre ellos otras diferencias que las que pueda haber entre quienes, por ejemplo, compran el café al por mayor o al menorete.

Observamos un bravío tipo de cestales que no vivían en comunidad, sino que en parejas vagaban a la ventura por las selvas.

La parte superior de la cabeza era de hueso duro, por lo que luchaban topándose unos a otros como chivos. También había tipos inferiores de extraña forma parecida al reptil, que vivían en los árboles. Eran más corpulentos que los rayas, pero mucho menos inteligentes y se comían a estos últimos siempre que se les deparaba coyuntura.

Además, habla en Marte algunos animales carnívoros. Vimos un enorme bruto parecido al cocodrilo que atacaba furiosamente a un hombre, quien se defendía con una maza cuyo golpe no pareció lesionar gran cosa al monstruo entre cuyas mandíbulas cayó al fin el hombre por haber tropezado contra una peña.

La tercera ronda terrestre fue muy semejante a la marciana, y aunque los habitantes eran más pequeños y groseros, parecían desde nuestro actual punto de vista enormes gorilas- Durante esta ronda llegó a la Tierra el grueso de los cestales procedentes del globo D de la cadena lunar para guiar la evolución humana. Tras ellos vinieron los cestales de Marte, y unos y otros ofrecían en conjunto el aspecto de inteligentes gorilas. Los animales eran muy escamosos, y aun los seres a que hoy llamamos aves estaban recubiertos de escamas en vez de plumas, como si los hubiesen formado de retazos cuyo zurcido diera por resultado un cuerpo mitad ave, mitad reptil, pero de repulsivo aspecto. Sin embargo, al-o más agradable era este mundo que los globos precedentes, pues algo hemos visto desde que dejamos la Luna, y posteriormente empezaron a edificarse ciudades. La obra de los Señores de la Luna (en esta ronda Arhates procedentes del globo F) era más semejante a la domesticación de animales que a la evolución de hombres; pero conviene advertir que, por decirlo así, actuaban en secciones de los cuerpos físico y sutil. Especialmente elaboraban los terceros subplanos de las esferas física, astral y mental, vivificando las espinillas de los átomos de dichos subplanos.

Durante la tercera ronda terrestre los procedimientos de reproducción fueron los mismos que ahora se contraen a los reinos inferiores de la naturaleza. En la primera y segunda razas se reprodujeron todavía los individuos por escisión; pero desde la tercera en adelante se observan los siguientes procedimientos:

1.º La yemación a estilo de hidra en los seres menos organizados.

2.º La exudación de células en diferentes órganos del cuerpo, que reproducen otros órganos similares y crecen como miniaturada duplicación del órgano padre.

3.º La de novación o puesta de huevos en cuyo interior se desenvuelve el nuevo ser humano.

Los individuos eran hermafroditas y gradualmente fue predominando un sexo, pero nunca lo bastante para definir el macho o la hembra.

El paso de la oleada de vida de uno a otro globo es gradual con notables intervalos- Conviene recordar que el globo A de la cadena terrestre empezó a formarse cuando su homólogo de la cadena lunar estaba en proceso de desintegración y el traspaso del Espíritu determinó la transferencia de actividad. Así la vida activa es continua, aunque los egos tengan largos períodos de reposo. Un globo se “obscorece” cuando el Locos distrae de él Su atención y retira Su Luz. Cae en una especie de estado comático y deja tras si un residuo de criaturas vivientes cuyo número no aumenta durante este período. Pero mientras las razas perecen, los egos que las habitaron siguen adelante y el globo se convierte en campo de acción para la ronda interna, o sea el lugar adonde van los egos en estado de transición para someterlos a un tratamiento especial que acelere su progreso. El globo hacia el cual se convierte la atención del LOGOS despierta a la actividad y recibe las flotas de egos dispuestos a proseguir su jornada.

Otro punto digno de nota es el retorno de tipos a un superior nivel de evolución, en el que sólo forman etapas transitorias. Así como en el actual embrión humano aparecen los tipos del pez, reptil y mamífero, de suerte que en pocos meses repiten la eónica evolución del pasado, asimismo vemos que en cada ronda precede un periodo de repetición al del nuevo avance. La tercera ronda elaboró en pormenor lo que las tercera y cuarta raza reprodujeron con relativa celeridad, mientras la segunda raza reflejarla análogamente la segunda ronda. y la primera raza la primera ronda.

Una vez comprendido este capital principio, es ya más fácil el estudio, porque resulta de mayor claridad el bosquejo que han de completar los pormenores.

(1) No hay que confundir al Manú-Raíz Vaivasvata con el Manú Vaivasvata de la raza aria. El primero fue un muy poderoso Ser, como colegirá el lector de lo que de su larga ascensión dice el texto.

(2) Conviene recordar que cuando un hombre alcanza el nivel fijado para la cadena en que evoluciona, puede permanecer en ella y proseguir evolucionando, de la propia suerte que los adeptos que ahora vienen a nuestro globo pueden alcanzar en él los niveles superiores de la Jerarquía.

(3) *La Doctrina Secreta*, III.

(4) *La Doctrina Secreta* da el nombre de Mānasaputras no solamente a estos Señores de la Llama, sino también a todos los Egos lo suficientemente adelantados para avivar la actividad mental en otras entidades, de la propia suerte que la avivamos nosotros en los animales- Así es que la palabra

comprende una numerosa porción de seres con muy diversos grados (le evolución).

(5) Estas cuatro clases están designadas genéricamente en La Doctrina Secreta con el nombre de Pitris Barhishad.

CAPÍTULO VII

Primeras etapas de la cuarta ronda

Al observar preliminarmente, la cuarta ronda a vista de pájaro, se advierte una importante y trascendental mudanza en el ambiente en que se desenvuelve la evolución humana. En las tres rondas precedentes el hombre no llegó a tocar la esencia elemental, que sólo fue afectada por los devas o ángeles bajo cuya influencia evolucionaba. El hombre no estaba lo bastante desarrollado para afectarla notablemente. Pero en la cuarta ronda, la influencia del hombre toma parte muy importante y sus concentrados pensamientos levantan nimbos en la elemental esencia circundante. También los elementales empiezan a mostrarsele hostiles según va saliendo del estado animal para entrar en el humano, pues desde el punto de vista de los elementales, ya no es el hombre un animal entre los animales, sino una entidad independiente y dominante con propensión a hostilizar y agredir.

Otra importante característica de la cuarta ronda, la intermedia de las siete, es que en ella quedó cerrada la puerta para el reino animal y se abrió la del Sendero. Sin embargo, ambas afirmaciones se han de entender en líneas generales, porque de cuando en cuando, allá y acullá, puede un animal por particular ayuda evolucionar hasta un punto en donde sea capaz de encarnar en forma humana, aunque casi nunca la encuentran de suficientemente inferior desarrollo para ello. El hombre que alcanzó el Arhatado, o más aún, en la cadena lunar, pudo escalar mayores alturas todavía; pero todos los de inferior nivel, que habían de completar sus cuerpos causales, no entraron en la evolución de la cadena terrestre hasta últimos de la tercera y principios de la cuarta razas raíces.

En la cuarta ronda de Marte vemos cierto número de salvajes que aún no estaban bastante avanzados para dejar aquel globo por la Tierra cuando +a masa de egos lo realizaron en la ronda precedente. En cada globo hubo algunos fracasados que permanecieron estacionarios al comenzar el obscurecimiento del globo; pero que, vueltos a él cuando recobró su plena actividad, tornaron una clase muy rezagada. Estos fueron cesteles de pobre índole, los salvajes de tipo brutal y cruel, algunos de los cuales se habían individualizado por el temor y la cólera.

En la cuarta ronda sintió Marte las angustias de la escasez de agua y los Señores de la Luna (Arhates que habían alcanzado este nivel en el globo E) proyectaron el sistema de canalización que bajo sus órdenes ejecutaron los cesteles. Los mares de Marte no son salobres, y al derretirse las nieves polares suministran el agua necesaria para el riego que fertiliza los terrenos de cultivo donde medran las mieses.

La quinta raza raíz de Marte fue blanca y progresó considerablemente hasta convertir la forma de cesta en completo cuerpo causal. Eran de índole bondadosa, ingenuos y afables, aunque incapaces de vastas ideas, y de

amplios sentimientos de afecto y sacrificio. Muy pronto empezaron a compartirse el alimento en vez de pelear por él, y actualizaron hasta cierto punto el sentimiento de sociabilidad.

Las primera y segunda razas raíces de la Tierra aparecieron antes de la despoblación de Marte, pues las últimas etapas de este globo eran demasiado avanzadas para que a ellas se acomodasen algunas entidades a cuyo estado convenían las primitivas condiciones terrestres, aunque en aquellos tempranos tiempos no posaba el LOGOS plenamente la atención en la Tierra. Los Señores de la Luna (Arhates que habían alcanzado este nivel en el globo D de la cadena lunar) trajeron a estas primitivas razas cierto número de entidades rezagadas que sirvieron de estímulo a los perezosos, quienes por su parte pagaron la solicitud que con ellos se tuvo, al formar los tipos inferiores de la primera subraza de la tercera raza raíz. Tenían la cabeza ovóidea, con un solo ojo en la parte superior, una rodaja en forma de longaniza que señalaba la frente y mandíbulas prognáticas. La configuración ovóidea de la cabeza persistió durante largo tiempo, aunque muy modificada en las últimas subrazas de la tercera raza, habiéndose hallado algunos ejemplares de este tipo en la última época lemuriana. Las gentes de tez azul que constituyeron la poderosa sexta subraza, y las de tez blanca que formaron la séptima, fueron los tipos más bellos; pero todavía con las características lemurianas y vestigios de cabeza ovoide a causa de sus achatadas frentes (1).

La población de la Tierra durante las primera y segunda razas fue muy limitada, y parece que se les dio esta especial ayuda porque en el cuarto globo de la cuarta cadena “estaba la puerta cerrada”. Más adelante se hizo lo posible para impeler el progreso de los capaces de recibir este impulso antes de que la venida de los Señores de la Llama en el promedio de la tercera raza raíz impidiera casi por completo salvar el abismo entre el reino animal y el reino humano.

Al fin de su séptima raza raíz tenía Marte una muy considerable población que transferir a la Tierra, para acaudillar en ella a la tercera raza hasta que los egos más avanzados de la cadena lunar vinieran a tomar la dirección. Estos cestales, que ya por entonces tenían completo el cuerpo causal, habían progresado considerablemente en Marte y eran los precursores de otros egos más avanzados cuyo advenimiento se acercaba. Ellos pelearon con los viscosos e invertebrados reptiles salvajes que las estancias de Dzyan llaman “terribles y malvados hombres acuáticos”, o sean los reencarnados remanentes de las rondas anteriores, que habían sido en Marte “hombres acuáticos”, es decir, animales anfibios y escamosos de aspecto semihumano.

Los diversos procedimientos de reproducción característicos de la tercera ronda reaparecen en esta tercera raza y ocurren simultáneamente en varios puntos de la Tierra. La masa general de población pasó por las sucesivas etapas hasta llegar a ser en su mayor parte ovípara, pues hubo algunos aunque pocos aspectos en que persistieron los primitivos procedimientos. Parece como si los diversos órdenes de reproducción conviniesen a los egos según su etapa evolutiva, y así persistieron en los rezagados después de haberlos trascendido la masa general de la población.

El procedimiento ovíparo desapareció muy lentamente. La cáscara se fue adelgazando más y más, y el ser humano contenido en ella tuvo carácter hermafrodita, aunque después predominó en cada individuo uno de los dos sexos y, por último, se puntualizó la unisexualidad. Estas transformaciones principiaron hace unos 16.500.000 años y duró su proceso cerca de cinco y medio a seis millones de años, pues los cuerpos físicos fueron alterándose muy lentamente y de cuando en cuando sufrían algunas regresiones. Además, el primitivo número de habitantes era exiguo y necesitó tiempo para multiplicarse. Al definirse establemente el último tipo, quedó el huevo mantenido dentro del cuerpo femenino, asumiendo la reproducción la modalidad vivípara que todavía, persiste.

En resumen, tenemos la primera raza raíz, repetición de la primera ronda en forma de etéreas nubes flotantes de acá para allá en una cálida y pesada atmósfera que envolvía un mundo desgarrado por cataclismos periódicos. Los individuos de esta primera raza se reprodujeron por hendidura. La segunda raza raíz, repetición de la segunda ronda, era del tipo sacular descrito en la segunda ronda y se reprodujo por brote. El principio de la tercera raza raíz, repetición de la tercera ronda, tenía la forma de gorila antropoide y se reprodujo en un principio flor excrescencia celular o sean las "gotas de sudor" de *La Doctrina Secreta*. Después vino la etapa ovípara, y por último la unisexual.

Algunos huevos humanos fueron objeto de un tratamiento especial, pues los Señores de la Luna se los llevaban para magnetizarlos cuidadosamente y mantenerlos a temperatura uniforme hasta que rompía la cáscara el ser humano, de sexualidad a la sazón hermafrodita. Después lo alimentaban con un régimen especial y atendían solícitamente a su crecimiento, para que una vez dispuesto se posesionara de él uno de los Señores de la Luna, muchos de los cuales se encarnaban con propósito de actuar en el plano físico, a cuyo efecto utilizaban estos cuerpos cuidadosamente preparados, de que también se sirvieron con el mismo propósito algunos devas. Esto parece que ocurrió únicamente unos cuantos siglos antes del desglose de sexos.

Mientras los últimos nacidos ovíparamente estuvieron al cuidado de los Señores de la Luna, llegó directamente del nirvana intercatenario lo más escogido de los cestales, a quienes pronto siguieron las entidades más interiores de las que habían completado su cuerpo causal en la Luna, aunque entre los más adelantados de los primeros y los más atrasados de los segundos mediaba muy poca diferencia. El primer cargamento de los últimos estuvo formado por quienes habían respondido débilmente a la influencia del Manú-Simiente en los globos G, F y E de la cadena lunar. La mayor parte de ellos procedían del globo G y eran los más lerdos de cuantos habían completado su cuerpo causal. El segundo cargamento se compuso de un gran número del globo G, un menor contingente del F y otro menor todavía del globo E. El tercer cargamento contenía lo óptimo del globo G, algunos de los mejores del globo F y lo bueno del globo E. El cuarto cargamento constaba de lo mejor del globo F y de todo, menos lo óptimo, del globo E. El quinto cargamento condujo lo mejor del globo C, con algo del globo D. Los individuos de estos cargamentos estaban clasificados más bien por "edad" que por "tipo", pues se

velan allí todos los tipos. Entre ellos estaba el que individualizado por el temor había sido jefe de la tribu continental de la Luna en cuyo poder cayera Marte prisionero. Todos estos cargamentos encarnaron en los nacidos ovíparamente en número de algunos centenares de miles.

Posteriormente, hace ya de diez a once millones de años, luego de separados definitivamente los sexos, vino la importante etapa en que algunos de estos encarnados Señores de la Luna descendieron a la septipunteada estrella polar lemuriana y formaron sus propias imágenes etéreas, que después densificaron y multiplicaron para el uso de los egos vivientes. Los Señores de la Luna eran de diferentes tipos, según expresa la frase: “siete hombres, cada cual en Su partija”, y proporcionaron cuerpos adecuados a los siete rayos o modalidades idiosincrásicas de la humanidad, construyendo las formas en las puntas de la estrella.

En esta etapa hubo cuatro clases de entidades que se influyeron mutuamente para el perfeccionamiento de la forma humana. Estas cuatro clases fueron:

- 1.º El contingente de los mejores cestales, con el cuerpo causal completo, que formaron los cinco ya referidos cargamentos procedentes de los globos G, F y E de la cadena lunar.
- 2.º Los cestales procedentes de Marte.
- 3.º Los rayos que hablan estado aquí en la Tierra todo el tiempo.
- 4.º Los recientemente salidos del reino animal. Por debajo de estas cuatro clases estaban los animales, vegetales y minerales, de los que no nos conviene decir nada.

La encarnación de estas cuatro clases en las etéreas formas dispuestas por los Señores de la Luna tuvo cierto carácter de lucha, porque a menudo habla varios aspirantes a una misma forma, y quien lograba apoderarse de ella sólo podía conservarla por pocos instantes. Esta escena nos recuerda la fábula griega que atribuye a los dioses la formación del mundo entre estremitosas risotadas, pues tenían su parte cómica las peleas de los egos por apoderarse de una forma que los demás no dejaban utilizarla a quien la conseguía. Esta etapa es uno de los descensos en la materia, la definitiva materialización del cuerpo humano, el complemento de la “caída del hombre”. Poco a poco se fueron acostumbrando los egos a las nuevas “túnicas de piel” y se dispusieron a reproducir los siete tipos idiosincrásicos. En diversas partes de la Tierra subsistieron todavía por largo tiempo los demás órdenes de reproducción. pero en las sucesivas etapas hubo muchas intermitencias, a causa de los notables desniveles de evolución, porque las entidades procedentes de otras rondas no habían estado en las dos primeras razas terrestres. Las tribus en que persistían los primitivos órdenes de reproducción llegaron gradualmente a la esterilidad, mientras que los tipos vivíparos se multiplicaron en gran número, hasta quedar

definitivamente establecida sobre la tierra la especie humana., tal como ahora la conocemos.

Las formas plasmadas por los Señores de la Luna tenían hermoso aspecto; pero como eran etéreas y por lo tanto fácilmente alterables, las estropearon bastante los egos encarnados en ellas. Los Fijos nacidos de estas formas fueron en verdad horribles, pues sus procreadores estarían probablemente acostumbrados a pensar en la cabeza ovoide y la frente en embutido, de lo que provino la reaparición de esta forma.

Tras haber evolucionado varias generaciones de seres definitivamente humanos, descendientes de las materializadas formas etéreas, los Arhates incitaron a encarnar en los cuerpos ya dispuestos entonces para su morada, a las entidades salidas de los -lobos A, B y C de la cadena lunar, porque no les era posible seguir allí su evolución. De este contingente hubo tres cargamentos:

- 1.º Más de dos millones de individuos de color anaranjado, procedentes del globo A.
- 2.º Poco menos de tres millones de individuos de color dorado, procedentes del globo B.
- 3.º Más de tres millones de individuos de color rosado, procedentes del globo C.

En conjunto sumaban unos nueve millones y se les condujo a distintos parajes de la superficie del globo, con el propósito de que formaran tribus. Los de color anaranjado, al ver los cuerpos que para encarnar se les ofrecían, rehusaron entrar en ellos, no por maldad, sino por orgullo, pues les parecieron despreciables tan repulsivas formas, y acaso también porque aún conservaban su repugnancia al ayuntamiento sexual. En cambio, los de color amarillo y los rosados obedecieron dócilmente y poco a poco mejoraron los cuerpos en que moraban. Estos individuos de color rosado y los amarillos constituyeron la cuarta subraza lemuriana, la primera que en todos conceptos, menos en el embrionario,

pudo llamarse humana y cuyo origen cabe remontar a la donación de formas. Conviene advertir que en La Doctrina Secreta, pinta Blavatsky de color "amarillo" a esta cuarta subraza, aunque evidentemente se refería a las entidades de color dorado, venidas del globo B de la cadena lunar, pues no es posible que aludiera a la coloración propia de la cuarta subraza, porque esta era negra, como lo fueron también posteriormente las clases inferiores de la sexta subraza, en la que las clases superiores eran de color azul, aunque con un ligero fondo negro.

Por la negativa de los anaranjados quedó en descubierto el área designada para ellos, y los cuerpos en que hubieran debido morar cayeron gozosamente en poder de las entidades recién salidas del reino animal, esto

es, la íntima clase de las mencionadas, cuyo tipo era paupérrimamente humano. Estas entidades no advirtieron gran diferencia entre ellas y las filas de que acababan de salir, y de aquí provino el pecado de los amentes.

Interesa advertir que los anaranjados crearon karma al negarse a ocupar su debido sitio en la obra de poblar la tierra, pues posteriormente la ley de la evolución les compelió a encarnar y hubieron de servirse de cuerpos todavía peores y más groseros que los rechazados, ya que los Señores de la Luna estaban a la sazón empleados en otra labor. De esta suerte fueron una raza tardía, astuta, pero no de buena índole, que hubo de pasar por desagradables experiencias, y el número de sus individuos menguó a causa de la constante colisión en que estuvieron con el orden común, y fueron ablandados por los muchos sufrimientos que experimentaron entre las ordinarias gentes. Unos cuantos, de recio temperamento, empedernidos e inescrupulosos, llegaron a ser los “Señores de la Faz Tenebrosa” en la Atlántida; otros aparecieron entre los indios norteamericanos de rostro duro, aunque refinado; y algunos pocos han persistido hasta nuestros días entre los príncipes de la banca, estadistas como Bismarck y conquistadores como Napoleón. Sin embargo, van desapareciendo poco a poco, porque aprendieron muy amargas lecciones. Los hombres sin corazón que siempre están en lucha, y en todo y por doquiera se oponen a los principios generales, han de mudar al fin y al cabo en el reino de la ley su modo de ser. Algunos, muy pocos, podrán valerse de la magia negra; pero la mayoría no puede resistir la constante presión que les abruma. ¡Es un camino demasiado áspero para el progreso!

ADVENIMIENTO DE LOS SEÑORES DE LA LLAMA

La gran estrella polar lemuriana estaba todavía completa y el enorme creciente se extendía a lo largo del Ecuador incluyendo Madagascar. El mar cuyo lecho era el actual desierto de Gobi, rompía sus olas en las abruptas costas formadas por las escotaduras septentrionales de los Himalayas, y todo se iba preparando para el más dramático instante de la historia de la Tierra: el advenimiento de los SEÑORES DE LA LLAMA.

Los Señores de la Luna y el Manú de la tercera raza raíz habían hecho todo lo posible a fin de colocar a los hombres en el punto a propósito para que, avivado el germen de la mente, pudiera descender el ego. Recibieron impulso todos los rezagados y ya no hubo en las filas animales quien pudiera ascender por entonces a la categoría humana. La puerta por donde entraban en el reino humano los inmigrantes procedentes del reino animal, se cerró cuando ya no se agolpaba nadie a ella, ni hubiera sido posible alcanzarla sin que se repitiera el formidable impulso que se da por única vez en el promedio de cada esquema de evolución.

Para el advenimiento de los Señores de la Llama se escogió la época coincidente con el insólito fenómeno astronómico de una especial conjunción de planetas, que colocaba a la Tierra en las más favorables condiciones magnéticas. Sucedió esto hace unos seis millones y medio de años, cuando ya

no quedaba por cumplir otra labor que la que únicamente podían llevar a cabo los Señores de la Llama.

Con el estruendoso bramido de un torrente y envuelta en ígneas nubes que cubrían el firmamento de disparadas lenguas de fuego, descendió entonces de inconcebibles alturas, relampagueando a través de los aéreos espacios, la carroza de los Hijos del Fuego, de los Señores de la Llama, que, venidos de Venus, posaron sobre la "Isla Blanca" risueñamente tendida en el seno del mar de Gobi. Estaba la isla verdecente de follaje y radiante de matizada floración, como si la Tierra ofreciese la más amorosa y galana bienvenida a su llegado rey, el kumara Sanat, "el doncel de diez y seis estíos", el de "perpetua y virginal juventud", el nuevo gobernador de la Tierra, que advenía a Su reino acompañado de Sus discípulos los tres kumaras, y Sus ayudantes, los treinta poderosos Seres que, demasiado grandes para que la Tierra pudiese conocerlos en orden graduado, estaban revestidos de los gloriosos cuerpos que Ellos mismos hablan formado por el poder de kriyáshakti. Ellos eran la primera Jerarquía oculta, las ramas del único árbol banano alimentador de los futuros adeptos y centro de toda vida oculta. La morada de estos Seres fue y es la imperecedera Tierra sagrada en que sempiternamente brilla la Estrella refulgente, símbolo del monarca de la tierra, el inmutable polo en cuyo torno se enhebra de continuo la vida de nuestro planeta (2).

Dice un Catecismo:

De los siete kumaras, se sacrificaron cuatro por los pecados del mundo y la instrucción de los ignorantes, para permanecer hasta el fin del actual manvántara. Estos cuatro kumaras son la Cabeza, el Corazón, el Alma y la Simiente del inmortal conocimiento.

Y añade Blavatsky:

Mayor que los "Cuatro" hay solamente UNO, así en la tierra como en el cielo. Es el todavía más misterioso y solitario Ser llamado el "Vigilante silencioso" (3).

Hasta la venida de los Señores de la Llama hablan llegado separadamente los cargamentos procedentes del nirvana intercatenario; pero con el formidable impulso recibido a este punto, se intensificó rápidamente la fecundidad, como todo lo demás, y se necesitaron flotas enteras para traer los egos que habían de encarnar en los cuerpos; mientras que éstos se infundieron en ellos, los de tipos más inferiores se posesionaron de todos aquellos animales en quienes los Señores de la Llama avivaron los gérmenes mentales, que fueron individualizados en el próximo futuro por millones, lo mismo que a copia de cuidado hacemos nosotros ahora en unos cuantos.

Por entonces encarnaron los Arhates de los globos A, B y C para ayudar al Manú en el establecimiento y civilización de las quinta, sexta y séptima subrazas lemurianas. La cuarta subraza siguió siendo de cabeza ovoide,

estatura de 7m,40 a 8m,30 (4), constitución zafia y desmañada y color negro. Las viviendas, de tamaño proporcionado a su estatura, eran de construcción ciclópea con piedras enormes.

Los Arhates fueron en las últimas subrazas los reyes iniciados de que nos hablan los mitos, más verídicos en este punto que la misma historia.

Estos reyes iniciados se rodeaban de cierto número de escogidos con los que formaban una casta, les enseñaban algún arte de civilización y les dirigían y ayudaban a construir ciudades. Según estas instrucciones, se levantó una gran ciudad en la actual isla de Madagascar y muchas otras se edificaron sobre el gran Creciente. Como ya hemos dicho, el estilo arquitectónico fue ciclópeo y de imponente grandiosidad.

Durante este largo período mudó el aspecto físico de los lemurianos. El ojo central de la parte superior de la cabeza, a medida que cesaba de funcionar, fue retirándose de la superficie al interior, hasta formar la glándula pineal, mientras que los dos ojos (al principio uno a cada lado de la cabeza) empezaron a ponerse en actividad. La fábula griega de los cíclopes es evidentemente una tradición de la primitiva época lemuriana.

Había por entonces algunos animales domésticos, y vimos un lemuriano de cabeza ovoide que conducía a un monstruo escamoso, de apariencia casi tan repulsiva como la de su amo. Se comían crudos animales de toda especie, pues algunas tribus humanas no repugnaban la carne; y ciertos bichos como nuestras babosas, caracoles y gusanos, pero mucho mayores que sus degenerados descendientes, eran para los lemures exquisito bocado.

Durante el desenvolvimiento de la sexta subraza, fueron enviados a la Tierra (5) desde el nirvana intercatenario gran número de iniciados con sus discípulos, para encarnar en los mejores cuerpos que hasta entonces hubiese formado el Manú de la cuarta raza raíz a quien debían ayudar. En los mejores de estos cuerpos encarnaron los que ya habían agotado el karma, y sus ocupantes fueron capaces de perfeccionarlos y obtener de ellos cuanto fuera posible pedirles. Estos Arhates y sus discípulos actuaron bajo la dirección de los Señores de la Luna y los Manús de las tercera y cuarta razas raíces. Por su ayuda evolucionó la séptima subraza, de color blanco azulado, que proporcionó hombres y mujeres de más perfeccionado tipo para servir de ulterior modelo al Manú de la cuarta raza.

(1) Mientras estaba en prensa esta obra, publicaron varios periódicos la noticia de haberse descubierto algunos cráneos del tipo referido, aunque todavía no hay sobre el particular pormenores valederos. Véase *On the Watch-Tower* en *The Theosophist* de Agosto de 1912.

(2) El empleo de estos ocultos símbolos condujo a los lectores de La Doctrina Secreta (y acaso también a su autora) al error de identificar el “polo y la “estrella” mencionados en el comentario oculto. con el polo norte del globo

terráqueo y la estrella polar del firmamento. También caí en este error al escribir mi *Genealogía del hombre*.-A. B.

(3) *La Doctrina Secreta*, II.

(4) Uno de estos individuos a quien medimos tenía 7',70 de talla. Acaso haya curiosidad de saber cómo lo medimos. Primero nos colocamos frente por frente de él, de modo que le llegáramos un poco más abajo de la rodilla. Después le pusimos junto a un balcón del primer piso del cuartel general y pudo tocar la losana con las manos levantadas y apoyar en ella la barbilla. Por último medimos la altura del balcón. La imagen del individuo no fue muy bien recibida al aparecer en el balcón, pues el ocupante del aposento exclamó: "Quitádmelo de delante porque es demasiado horrible y capaz de asustar a cualquiera." Acaso era algo muy inferior.

(5) Advertirá el lector que mientras por regla general iban primero a la Tierra los menos evolucionados, había excepción cuando, como en el caso de este especial cargamento, era necesario prestar ayuda.

CAPÍTULO VIII

La cuarta raza raíz

Casi inmediatamente después de su llegada, comenzó el Jefe de la Jerarquía a tomar sus disposiciones para el establecimiento de la cuarta raza raíz, valiéndose del futuro Manú para escoger los más pequeños, densos y mejores tipos lemurianos a dicho objeto. Mientras el establecimiento y desarrollo de la civilización seguía adelante entre los lemurianos, bajo el gobierno de los reyes iniciados, el Manú de la futura raza iba en diligente busca de los egos más adecuados a su propósito, seleccionando para ellos apropiadas encarnaciones. Primero reunió miles de individuos, y por fin escogió uno de entre ellos, tras pruebas que duraron varios años, con mucha dificultad, sin duda, en hallar dignos progenitores de la raza que había de establecer. Separó tribus enteras cuyos individuos se cruzaron en matrimonio durante largos períodos, y escogió los ejemplares que le parecieron más a propósito para trasplantarlos, encarnando El y Sus discípulos en la progenie de estos escogidos, a fin de realzar el nivel físico del tipo humano. Efectuó el Manú simultáneamente diversos experimentos en las puntas de la Estrella, aprovechando las diferencias de clima, y aunque al principio diputó por imposible que del matrimonio de negros y mulatos hubiese de nacer una raza blanca- logró al cabo de sucesivas selecciones dentro de una misma tribu, escoger uno ó dos individuos y aparejarlos respectivamente con los seleccionados en otra tribu. El Mallo de la tercera raza había desenvuelto un tipo de color azul para Su sexta subraza y otro blancoazulado para la séptima, por más que la masa general de lemurianos continuó siendo negra. Parte de la cuarta subraza se mezcló con la azul, y muy lentamente fue perfeccionándose el tipo común lemuriano. Conviene advertir que al aparecer en otras partes del mundo un tipo ligeramente coloreado o de mejor calidad era enviado al Manú y puesto a su disposición, y el Manú elegía para él un marido o mujer adecuados. Observamos un individuo que fue enviado al Manú desde la ciudad de Madagascar, y también llegaron otros análogos de diversos puntos.

A la llegada de los iniciados a que nos referimos en el capítulo anterior, se aceleró el progreso de la especie humana, pues el Manú aprovechó para la modelación de Su primera subraza los cuerpos que los iniciados perfeccionaron al morar en ellos. La cuarta raza tuvo, por fin, de este modo un muy afinado establecimiento y excelente nutrición, gracias al gran número de evolucionados individuos que guiaron e impelieron el avance. Finalmente pudo el Manú disponer de los cuerpos de la séptima subraza lemuriana, perfeccionados por los iniciados que los utilizaban, y los empleó como núcleo de la subraza ramcahl, la primera de la cuarta raza, cuyos individuos fueron los iniciados, y discípulos encarnados en los referidos cuerpos, sin que entrara a formar parte de esta etapa ningún individuo de los que habían evolucionado previamente en la cadena terrestre.

Subba Rao afirma que los lemurianos eran de color negro-azulado, los atlantes de rojizo amarillento y los arios blanco-morenos. Nosotros vemos que el Manú de la cuarta raza elimina el azul del color de Su pueblo y a través del púrpura pasa al rojo de la subraza ramoahal, para mezclarlo con el blanco azulado de la séptima subraza lemuriiana y obtener la primera subraza con aspecto ya completamente humano, de suerte q que podría convivir entre nosotros. Una vez establecida del todo la raza-tipo, dispuso el Manú de los materiales necesarios para el intenso rojo-oscuro de los toltecas, la tercera subraza, que constituyó el pueblo más espléndido e imperial de la Atlántida y retuvo por muchos miles de años el gobierno del mundo. Tras largo periodo de paciente labor, después de cerca de un millón de años de inquietudes y cuidados, logró el Manú producir una hermosa semejanza del tipo que se le había encomendado. Entonces fundó definitivamente la raza y El mismo tomó cuerpo y en Su propia familia encarnaron Sus discípulos, para que de esta suerte formara Su posteridad la raza por El establecida. En sentido estrictamente liberal, el Manú de una raza es su progenitor, pues toda ella desciende físicamente de su Manú.

Sin embargo, los inmediatos descendientes del Manú no eran de muy agradable aspecto, si a juzgar vamos por nuestro actual patrón, aunque valían mucho más que el resto de las genes. Eran de menor estatura y rudimentaria organización nerviosa, con el cuerpo astral todavía imperfecto. Fue verdaderamente extraordinaria la labor realizada por el Manú, no sólo para modelar serenate cuerpo de suerte que se ajustara a los Suyos propios astral y mental, sino también para modificar el pigmento de la piel basta darle el color deseado para Su raza.

Desde entonces se sucedieron muchas generaciones que la joven raza tornara posesión del continente atlante destinado para su morada; pero una vez allí asentada, empezaron a llegar cargamentos de egos procedentes del nirvana intercatenario, para encarnar en los cuerpos de la cuarta raza. El Manú convino con el Manú-Raíz que le enviase gran número de egos dispuestos a la encarnación, es decir, los del globo D de la cadena lunar, que habían completado el cuerpo causal e individualizándose durante las cuarta y quinta rondas lunares. Algunos de estos egos encarnaron en la subraza tlavatli, y otros, más tarde, en la tolteca, cuando y a estaba floreciente. Entonces reencarnó el Manú en esta última, para fundar la ciudad de las Puertas de Oro, primera de las varias que sucesivamente llevaron este nombre. La fundación de dicha ciudad data de hace un millón de años, o sean 150.000 antes del primer cataclismo que desgarró el continente atlante.

Por entonces constituían los toltecas la raza gobernante a causa de su gran superioridad, pues eran de índole guerrera y se extendieron por el mundo para subyugar a todas las gentes, aunque sin mezclarse jamás en parte alguna con las clases inferiores. Aun en la misma ciudad de las Puertas de Oro sólo eran toltecas la aristocracia y la clase media; pero el pueblo tenía la sangre adulterada por el entronque de los cautivos de guerra pertenecientes a otras subrazas que los conquistadores habían reducido a esclavitud.

Por esta época llegó a la Tierra un cargamento de egos en uno de cuyos grupos, que se mantenía muy unido, figuraban varios de nuestros antiguos amigos, como Sirio, Orión, Leo y otros. Vaivasvata, el manú de la quinta raza, marcó a algunos de estos egos en la oreja, para que formaran parte de Sus futuros materiales. Apoyada en esta selección remonta Blavatsky el establecimiento de la quinta raza a un millón de años ha, por más que su salida de Atlantis ocurrió el año 79.997 antes de J. C. Los escogidos constituyeron más tarde un grupo cuyo intervalo entre la muerte y el nacimiento fue de 1.000 a 1.200 años (1)

Sin embargo, en la época de que tratamos, los intervalos entre muerte y nacimiento eran algo más cortos, porque los materiales reunidos en aquellas primerizas existencias no bastaban a determinar largos intervalos por mucho que se los dilatad. Los hombres no eran todavía capaces cíe sentir hondamente, si bien realizaban algo peculiar de la vida celeste, en cuyo mundo permanecían juntos los egos; y los sutiles seres de la esfera intuicional, coca ellos relacionados, demostraban fortísima afinidad uno respecto de otro.

En las esferas inferiores se experimentaba evidentemente un deprimente e indeciso sentimiento de “menesterosidad”, como si los individuos estuviesen profundamente afectados por la ausencia de sus compañeros en vidas anteriores y en el nirvana intercatenario, que no habían de llegar a la Tierra hasta cuatro mil siglos más tarde. En la esfera intuicional, el grupo de 700 años de intervalo estaba relacionado con el grupo de 1.200,años; pero cuando el primer grupo llegó ,r la Tierra, hubo una época de general regocijo entre los egos de la esfera mental superior, porque iban con ellos los futuros Maestros a quienes profundísimamente amaban y veneraban. Los directamente relacionados con algunos individuos del primitivo grupo estaban todavía en el nirvana y otros habían llegado a la Tierra con el grupo de los 1.200 años, contándose entre ellos los dos futuros Maestros que en la última encarnación fueron de nacionalidad inglesa (2). A fin de que todos los individuos estuvieran juntos en una misma encarnación, fue preciso retardar en unos y adelantar en otros el renacimiento. En una de aquellas vidas primerizas, un muy hábil guerrero llamado Corona (3), procedente de la ciudad de las Puertas de Oro, sometió a la tribu tlavatli en que nuestros amigos habían encarnado; y aunque inconsciente de los lazos que a ellos le ligaban, recibió su influencia y les trató con dulzura, de modo que en vez de esclavizarlos les otorgó varias mejoras e incorporó la tribu al imperio tolteca. Sirio renació unas cuantas veces en la subraza tlavatli hasta pasar a la tolteca. Más adelante le vemos encarnado entre los rarnohales, a fin de relacionarse con Ursa y otros compañeros.

Después pasa varias existencias en la cuarta subraza, la turania (etapa china) y otras cuantas en la sexta subraza o acadiana. Posteriormente le vimos dedicado al comercio en un pueblo semejante a los futuros fenicios. No encarnó en las subrazas por orden sucesivo; pero es actualmente muy difícil generalizar sobre esta cuestión.

Seguían llegando a la Tierra cargamentos de egos, y la principal causa de su separación parece que fue la manera de individualizarse. Estaban entremezclados egos de todos los rayos y temperamentos, aunque de análogo

grado de desarrollo general; pero no lo estaban aquellos egos que diferían en los intervalos entre muerte y renacimiento, ni tampoco se entremezclaban las numerosas clases de hombres lunares y animales-hombres. Al pasar el individuo de una clase a otra superior, persistían los fundamentales caracteres distintivos sin confundirse unas clases con otras, a menos que el individuo hubiese sido tomado de la ronda interna, sometiénolo a especial compulsación. Aun los mismos cestales, al completar su cuerpo causal, conservaron el rasgo distintivo de su origen.

El primer cargamento que conducía el grupo de los 700 años de intervalo llegó a la Tierra hacia el año 600.000 antes de J. C., o sea unos 250.000 antes del primer cataclismo que desgarró el continente atlante. Iban en este cargamento los futuros maestros Marte, Mercurio y otros Marte nació en el norte del territorio que ocupaba la subraza tlavatli, y fue Sûrya su padre y Mercurio su madre, teniendo por hermana mayor a Heracles. Era Sûrya el jefe de la tribu y muy luego fue Marte general de sus huestes. A los quince años quedó tan mortalmente herido en una batalla, que le tuvieron por muerto; pero su hermana Heracles, que le amaba entrañablemente, lo buscó y encontró en el campo, cuidándole hasta devolverle la salud. Sucedió Marte a su padre en la jefatura de la tribu y así tuvo la primera oportunidad de gobierno mundano.

Hubo un exiguo, pero interesante grupo, compuesto tan sólo de 105 individuos, que llegaron a la Tierra por aquel mismo año 600.000 antes de J. C., aunque no procedentes de la Luna, sino que fue una expedición dispuesta de propósito por el Jefe de la Jerarquía, y parece que estuvo formada por algunos individuos que en Venus habían sido animales predilectos de los Señores de la Llama y tan firmemente ligados a Estos por el cariño, que no hubieran podido evolucionar sin Ellos. Se habían individualizado en Venus, de donde los sacó el Jefe de la Jerarquía, colocándolos en el primero y segundo rayos.

Hubo otros pequeños grupos de evolución anormal, y uno de entre ellos, correspondiente ala tercera ronda, fue enviado al planeta Mercurio, de donde volvió a salir después de sometido a las especiales condiciones de dicho planeta. Algunos sufrieron tratamientos de esta índole con objeto de prepararlos para la quinta raza raíz (4).

El tercer nacimiento terrestre de Heracles tuvo por lugar- la misma tribu en que se vieron reunidos algunos individuos del grupo. Estaban algo civilizados, pero las casas eran sencillamente chozas y los ardores del clima les obligaban a ir muy ligeros de ropa. Esta vida de Heracles tuvo por característica la reanudación de los repulsivos lazos con Escorpión, que revistieron cierta importancia. La tribu en que militaba Heracles fue atacada por otra completamente salvaje a que pertenecía Escorpión. El plan de éste era sorprender a la tribu enemiga y exterminarla en sacrificio a la deidad, o de lo contrario suicidarse para de este modo atormentar a sus enemigos desde el otro mundo. La tribu de Escorpión practicaba ritos de índole pitónica que, aunque secretos, conocía Heracles. El suicidio era indispensable para realizar el proyecto de la actividad post-mortem y los hechizos con terribles maldiciones y conjuros llegaron a ser entonces efectivos, con resultado tanto más temido de

los enemigos por cuanto conocían sus consecuencias. Fracasado el ataque, empezaron los salvajes a suicidarse entre groseros ritos; pero Heracles, en parte porque su religión prohibía el suicidio, en parte porque le animaban supersticiosos temores y también porque los salvajes podían servir de fornidos esclavos, intervino para salvar del suicidio a muchos de ellos, reteniéndolos prisioneros. Más tarde tramaron éstos una conjura contra la vida de Heracles, quien los condenó a muerte, y desde entonces se reprodujo en la Tierra la prolongada serie de antagonismos no extinguida todavía.

Conviene tener en cuenta para explicar la intimidad de los lazos anudados entre diversos individuos y mantenidos durante cientos de vidas, que de entonces en adelante cierto número de seres, de entre los grandes grupos de 1.200 y 700 años, constituyeron la que podemos llamar "Tribu", cuyos miembros conservaron sus recíprocas relaciones ríe parentesco en la multitud de países donde encarnaron; y especialmente Sirio rara vez contrae matrimonio fuera de este reducido grupo. En rápida ojeada, como a vista de pájaro, echamos de ver que algunas veces estuvo reunida toda la tribu, como, por ejemplo, cuando Marte era rey de la ciudad de las Puertas de Oro; cuando fue emperador en el Perú; en el continente, cerca de la Isla Blanca, bajo el mando del Manú; y en los comienzos de la segunda y tercera subrazas, en la época de las emigraciones.

Heracles se convirtió en belicoso soldado, estrechamente adicto a Marte; Sirio, de temperamento más pacífico, siguió continuamente a Mercurio; Alcione y Mizar pertenecieron también a este grupo. Sin embargo, un buen número de individuos pertenecientes a los más extensos grupos, con quienes estuvimos muy familiarizados en aquellos primitivos tiempos. se quedaron por el camino y no los hemos encontrado en esta vida. Algunos estarán precisamente ahora en el mundo celeste.

La Sociedad Teosófica es otro ejemplo de la reunión de esta misma tribu y en ella ingresan de continuo personas que con el tiempo volverán a ser antiguos amigos. Los hay que, como Corona, están precisamente esperando ahora favorable coyuntura de reencarnación.

Por largo tiempo siguieron llegando cargamentos a la Tierra, hasta que cesó el envío al ocurrir, la catástrofe de 75.000 años antes J. C., de modo que la frase: *puerta cerrada* se aplica únicamente al tránsito del reino animal al reino humano, pero no a las entidades cuyo cuerpo causal estaba ya desarrollado. Los monos antropoides cuyos cuerpos son humanos, según afirma Blavatsky, pertenecían al reino animal de la Luna, pero no al de la Tierra, pues encarnaron en los cuerpos engendrados por el "pecado de los amentes" y son los gorilas, chimpancés orangutanes, cinocéfalos y cercopitecos. Habitan en África, donde pueden encarnar entre las todavía existentes ínfimas razas humanas del tipo lemuriano.

El año 220.000 antes de J. C. vemos a Marte en el solio imperial de la ciudad de las Puertas de Oro, con el título hereditario de "rey divino", transmitido por los grandes Iniciados de los primitivos tiempos, que habían gobernado en el pasado. Mercurio era el hierofante mayor o Sumo pontífice de

la religión del Estado. Vale notar que estos dos personajes aparecen unidos a través de los siglos; uno siempre, como gobernante y guerrero, y el otro siempre como instructor y sacerdote. También es notable que nunca veamos a Marte en cuerpo femenino, al paso que ¡Mercurio lo asume de cuando en cuando.

La tribu o grupo estaba del todo reunida en aquella época.

Vajra era el heredero de la corona; y Ulises, que había alcanzado victorias en la frontera, mandaba la guardia imperial, formada por soldados escogidos que, aun los rasos, pertenecían a la nobleza y les estaba encomendada la custodia del palacio. No salían a campaña y tan sólo rodeaban la persona del monarca en las ceremonias de corte, cuyo esplendor acrecentaban con sus ostentosos uniformes. Sin embargo, muerto Ulises, recibió Vajra el mando de la guardia imperial y por la persuasión pudo conseguir que su padre le permitiese entrar en campaña con su gente, pues como era hombre de carácter inquieto y turbulento, no le satisfacía aquella sedentaria vida de lujo y ostentación, aparte de que los soldados le adoraban por su intrépido valor y apetecían trocar sus dorados petos por el severo armamento del guerrero- Entre los soldados de la guardia estaban algunos de nuestra tribu, como Heracles, Píndaro, Beatrix, Géminis, Capella, Lutecia, Belona, Apis, Arcón, Capricornio, Teodoro, Escoto y Safo. Tenía Heracles a su servicio en calidad de pajes tres jóvenes tlavatlis (Hygeia, Bootes ,y Alcmene) que su padre había capturado en una batalla y cedidoselos de regalo. Eran los soldados notoriamente bullangueros, muy aficionados a comilonas y borracheras con escándalo de la ciudad; pero tenían la virtud de respetar a los doctos, reverenciar a los sacerdotes y asistir a las ceremonias religiosas en cumplimiento de sus deberes palatinos. Se regían por cierto código de honor severamente observado, cuyas reglas incluían la protección del débil. No carecían de refinamientos, de acuerdo con su condición; pero no se adaptaban a las ¡deas modernas.

No debemos pasar por alto la muerte de Ulises, el capitán de la guardia, porque ligó con indisolubles lazos a los tres personajes que intervinieron en aquella escena. El emperador Marte había puesto al cuidado del capitán de la guardia a su hijo Vajra, mozo atrevido e inquieto; y como por entonces se maquinaban peligrosas conjuras en la ciudad de las Puertas de Oro y hubiera sido un gran triunfo para los conspiradores apoderarse de la persona del príncipe heredero, no quería Ulises dejarle salir solo de palacio, aunque la prohibición le disgustase. Estaban un día el capitán y el príncipe sentados en las afueras de palacio, cuando una banda de audaces conspiradores surgidos repentinamente de entre la maleza, donde acechaban ocultos, se abalanzaron contra ambos y les agredieron. Cayó el príncipe sin sentido; pero Ulises, escudándolo con su cuerpo, defendióse denodadamente contra. los agresores mientras daba voces de auxilio, que oídas desde palacio acudieron algunos soldados de la guardia, a punto de que el capitán cala acribillado de heridas sobre el cuerpo del príncipe y escapaban los conspiradores. Cargaron los soldados con los desmayados cuerpos camino de palacio y los colocaron en el salón del trono a los pies del emperador allí sentado. Entonces, el moribundo capitán entreabrió los ojos y volviéndolos hacía su soberano exclamó:

“Perdonadme, señor; hice cuanto pude.” El emperador acercóse a él, y bañando el dedo en la sangre que le manaba del pecho le señaló con ella en la frente y después señaló la suya propia y sus pies, al tiempo que su armoniosa voz quebraba el silencio de la escena, diciendo: “Por la sangre derramada en mí defensa y la de los míos, nunca jamás se romperán los lazos entre nosotros. Ve en paz, fiel servidor y amigo.”

Los apagados oídos del moribundo pudieron escuchar todavía aquellas palabras- Ulises sonrióse y expiró.

El joven príncipe, que tan sólo estaba desmayado, volvió en sus sentidos. Y el vínculo perduró milenio tras milenio, por siempre jamás inquebrantable entre Maestro y discípulos.

Las vidas de Heracles no ofrecieron nada de particular durante largo tiempo, pues cuando encarnaba en cuerpo masculino era su ocupación la guerra y cuando en cuerpo femenino tener numerosa prole.

La propagación de la magia negra entre los atlantes motivó el segundo gran cataclismo del año 200-000 antes de J. C., que dejó las vastas islas de Ruta y Datilla como restos del dilatado continente que había unido Europa y África con América. Subsistieron estas islas hasta que la catástrofe del año 75.025 antes de J. C. (5) las sumergió en las aguas del actual Atlántico. Durante los inmediatos cien mil años, el pueblo atlante prosperó abundantemente hasta formar una poderosa y súper exuberante civilización cuyo foco era la ciudad de las Puertas de Oro, desde donde fue difundiéndose por toda el África y el Occidente.

Mas por desgracia, con la civilización se propagó también el conocimiento del dominio de la naturaleza, que aplicado a fines egoístas es magia negra. En ella cayeron en mayor o menor grado algunos individuos de nuestro grupo, unas veces por haber nacido en el seno de familias mago-negras y otras porque la practicaron en broma y quedaron algo contaminados de sus prácticas. Podemos recordar ahora que estas prácticas de magia negra fueron la causa de los sueños que atormentaban a Accione (6) en una vida posterior.

Acaeció el suceso unos 100.000 años antes de J. C. cuando Corona era emperador blanco de la ciudad de las Puertas de Oro, Marte uno de sus generales y Heracles esposa de Marte. Estalló una formidable rebelión acaudillada por un hombre de extraños y malignos conocimientos, un “Señor de la Faz Tenebrosa”. Aliado con los sombríos espíritus de la tierra (7) que forman el “Reino de Pan”, fue reuniendo en torno suyo un poderoso ejército que le aclamó por emperador del Sol de Medianoche, el tenebroso emperador en oposición al emperador blanco. Estableció un culto del que se erigió en ídolo principal, con enormes imágenes de sí mismo alzadas en los templos, y ceremonias desenfrenadamente sensuales que halagaban a los hombres con el deleite de sus bestiales pasiones. Opuestamente a la blanca cripta de iniciación en la ciudad de las Puertas de Oro, se estableció la cripta tenebrosa

para celebrar los misterios de Pan, el dios de la Tierra. Todo iba encaminándose hacia otro tremendo cataclismo.

Unas ciento veinte vidas atrás, era Alcione hijo de un secuaz de los abominables ritos de este tenebroso culto; pero aunque al principio se mantuvo muy alejado de ellos y se retrajo de las salvajes orgías de bestialidad que avasallaban a la mayoría de adoradores, acabó, como suele suceder, por prendarse de la hermosura de una mujer y en ello encontró adverso hado. Aquel suceso nos da a conocer las condiciones que posteriormente descargarán sobre los atlantes la rigurosa sentencia pronunciada por la Jerarquía oculta.

(1) Cómputo aproximado tanto respecto de este grupo como del que luego se menciona.

(2) Sir Tomás Moore y Tornás Vaughan (Filaletes).

(3) Conocido posteriormente en la historia con el nombre de Julio César.

(4) Conviene advertir que Blavatsky habla de individuos llegados de Mercurio a la Tierra.

(5) En guarismos redondos se fija en el año 80.000 antes de J. C. la fecha de este cataclismo.

(6) Véase: Rasgaduras en el Velo del tiempo.

(7) Entidades de forma entre animal y humana que sirvieron de tifo a los sátiros de los griegos.

CAPÍTULO IX

La magia negra entre los atlantes

EPISODIO

Alcione yace medio dormido, medio despierto, en la musgosa y pendiente margen de un tumultuoso arroyuelo. Su rostro, más bien ansioso que perplejo, refleja la turbación de su mente. Es hijo de una rica y poderosa familia perteneciente al “Sacerdocio del Sol de Medianoche”, dedicado al servicio de los dioses del mundo inferior, cuyos sacerdotes buscaban en la obscuridad de la noche, en las tenebrosas cavernas subterráneas, el paso a cada vez más profundos y desconocidos abismos.

Por entonces, las principales naciones cultas de Atlantis se habían dividido en dos opuestos campos: uno de ellos tenía por metrópoli sagrada la antigua ciudad de las Puertas de Oro, y conservaba el tradicional culto de su raza, el culto del Sol, ya en la belleza del orto, revestido de los brillantes colores de la aurora y rodeado de los radiantes mancebos y doncellas de su corte; ya en el cenit de su gloria, en su deslumbrante resplandor meridiano, cuando difunde por doquiera sus fúlgidos rayos de luz y calor; ya en el espléndido lecho de su ocaso, cuando matiza de suavísimos y exquisitos tonos las nubes que tras sí deja en promesa de su vuelta.

El pueblo adoraba al Sol con danzas corales, incienso, flores, gozosos cantos, trovas y jácaras, ofrendas de oro y joyas, y alegres juegos y deportes.

El Emperador Blanco gobernaba a los hijos del Refulgente Sol y su estirpe había mantenido sobre ellos durante miles de años indisputable señorío. Pero poco a poco, los apartados reinos gobernados por virreyes se declararon independientes y establecieron una confederación bajo la guía de un hombre de siniestra influencia que apareció entre ellos. Este hombre llamado Oduarpa, de carácter ambicioso y astuto, cayó en la cuenta de que para consolidar la confederación y dar en rostro al Emperador Blanco, era necesario recurrir a la magia negra, pactar con los moradores del mundo inferior y establecer un culto que atrajese a las gentes con el halago de la concupiscencia y los hechiceros e impíos poderes puestos en manos de sus adeptos. A consecuencia del pacto con las potestades tenebrosas, había Oduarpa prolongado su vida más allá del término normal e hizo su cuerpo invulnerable a los botes de lanza y tajos de espada por la materialización de una coraza metálica que le escudaba de pies a cabeza y repelía las armas como una cota de malla. Aspiraba Oduarpa al poder supremo e iba camino de alcanzarlo, con la presunción de coronarse en el palacio de la ciudad de las Puertas de Oro.

El padre de Alcione era uno de los más íntimos amigos de Oduarpa, cuyos recónditos proyectos conocía, y ambos esperaban que el muchacho les ayudase resueltamente en el logro de sus ambiciones. Pero Alcione tenía muy distintos anhelos y esperanzas, que calladamente alimentaba en su corazón. Había visto en sueños la majestuosa figura de Marte, uno de los generales de Corona, el Emperador Blanco; había recibido el influjo de su profunda y dominante mirada y escuchado como si a lo lejos resonaran estas palabras: "Alcione, eres mío y de los míos y ciertamente vendrás a mi y te reconocerás como mío. No te comprometas con mis enemigos, porque eres mío." Y Alcione habla prometido ser súbdito de Marte, como el vasallo de su señor.

En esto pensaba Alcione, adormecido al rumor del arroyuelo porque sentía en él otra influencia y su sangre circulaba ardorosamente por sus venas.

Disgustado Oduarpa de la indiferencia o más bien del retraimiento de Alcione respecto del culto religioso, aun en sus externos ritos de sacrificios animales y enardecedoras libaciones, pensó atraerle a los ritos secretos por los halagos de una joven (Cisne) hermosa como el estrellado cielo de media noche, que le amaba profundamente sin haber conseguido cautivar su corazón. Entre el hosco brillo y la semifascinadora mirada de los ojos de Cisne flotaba la espléndida visión, y de nuevo oía las conmovedoras palabras murmurantes: "Eres mío".

La madre de Cisne, bruja viejarrona de la peor especie, sugirió a su hija el único medio posible para ganar el corazón de Alcione, que fue recabar de él la promesa de que la acompañaría a las criptas donde se celebraban los ritos mágicos aportados desde sus antros por los moradores del mundo inferior, para adquirir mediante estos ritos el prohibido conocimiento de mudar la figura humana en animal y dar con ello rienda suelta a las brutales pasiones de lujuria y crueldad ocultas en el hombre.

Movida de su propia pasión influyó Cisne hábilmente en el corazón de Alcione hasta trocar en ardor la indiferencia y abrasarle de pasión bajo el dominio de sus halagos.

Acababa Cisne de despedirse de Alcione, tras arrancarle la promesa de reunirse con ella, luego de puesto el sol, en las inmediaciones de la cripta donde se celebraban los misterios, y sentíase él combatido entre las ansias de seguirla y su repugnancia por las conjeturadas escenas en que le esperarían para tomar parte. Todavía estaba Alcione tendido y pensativo al cerrar la noche, cuando, estremeciéndose de pronto, se puso en pie y con decidido pensamiento encaminóse al paraje de la cita.

Sorprendióse Alcione al ver reunidas en aquel lugar considerable número de personas. Allí estaba su padre con sacerdotes amigos, y ataviada con una media luna en la cabeza, en señal de desposorio, vio a Cisne rodeada de un grupo de doncellas vestidas en traje de gasa cuajada de estrellas, que dejaba entrever confusamente las morenas carnes.

También le esperaban un tropel de jóvenes de su edad, entre quienes reconoció a sus más íntimos amigos que, vestidos con abigarradas pieles de animales, llevaban címbalos y los entrechocaban al danzar en torno de él como faunos.

Al verle exclamaron: “¡Salve! Alcione, favorito del Sol Tenebroso, hijo de la Noche. Mira donde te esperan tu Luna y sus Estrellas. Pero antes debes conquistárnoslas a nosotros, que somos sus defensores.”

De pronto empujaron a Cisne hasta el centro del círculo en que bailaban los jóvenes y desapareció en la obscuridad de la cripta que frontera se abría, al mismo tiempo que abalanzándose algunos contra Alcione le despojaron de las vestiduras y le pusieron una piel como la que ellos vestían. Trastornado y fuera de juicio lanzóse entonces Alcione en seguimiento de Cisne, mientras el tropel exclamaba entre risas y voces: “¡Hala!, joven cazador, ingéniate para que los sabuesos no te alcancen la corza.”

A los pocos minutos, Alcione, seguido de muy cerca por el tropel de jóvenes, corrió hacia la cripta y vióse en una espaciosa estancia alumbrada con luz carmesí. En el centro alzábase un enorme dosel rojo tachonado de grandes carbunclos que reflejaban hacia atrás la luz, como borbotones de encendida sangre. Bajo el dosel había un trono de cobre ataraceado de oro y ante él una entreabierta sima de la que brotaban siniestras y rugientes lenguas de fuego. Llenaban el aire pesadas nubes de un extraño incienso que envenenaba y enloquecía.

El tropel empujó a Alcione hacia adelante, hasta encerrarle en un desenfrenado y tumultuoso torbellino de danzantes, que rodeando el endoselado trono, vociferaban, aullaban, daban desaforados saltos en el aire y decían a gritos: “Oduarpa! Oduarpa! Ven, que estamos anhelosos de tu presencia”.

Alrededor de la cripta resonó un sordo rumor de trueno cada vez más tonante, hasta dar un horrísono estallido precisamente encima de las cabezas. Saltaron entonces con mayor violencia las llamas y entre ellas apareció la poderosa figura de Oduarpa, semejante a la del ángel caído por la áspera y agria magia de su apostura y su semblante más bien triste que grave, pero vigorizado por indomable orgullo y férrea resolución. Sentado Oduarpa en el trono y acomodados por doquiera cuantos le seguían, que, taciturnos y silenciosos, no tomaron parte en el desenfreno, levantó la mano en señal de que continuase la insensata orgía y los salvajes danzantes se arrojaron al aire para después bañarse en las llamas que sobresalían de entre los bordes de la sima. Al ver Alcione a Cisne en medio de los mancebos y doncellas, se abalanzó hacia allá como un loco; pero ella esquivó el encuentro y su séquito se burló de él, de modo que sólo pudo tocarla para convencerse de que la habían arrebatado fuera de su alcance. Por último, alocado y jadeante, dio un desesperado empuje y los del séquito escaparon entonces cada cual con una muchacha, dejando que Alcione se arrojara sobre Cisne para estrecharla en sus brazos.

Creció en aquel punto el desenfreno de la orgía y entraron los esclavos, unos con enormes cántaros de licores ardientes y otros con copas para escanciarlos. La embriaguez de la bebida se añadió a la del baile y las lóbregas luces tornaron rojizos tintes de crepúsculo. El resto de la orgía vale más para callado que para descrito.

Mas ved que del mismo sitio por donde había aparecido Oduarpa llega una extraña procesión de hirsutos bípedos de largos brazos y garras en pies y manos, con cabeza de bruto, cubiertos de crines que les caían sobre los hombros, dándoles horrorosa y espantable figura que, sin serlo del todo definida, era horriblemente humana. Llevaban en las garrosas manos cajas y redomas, y al unirse a los más desenfrenados danzantes acrecentaron con embriagueces y lujurias la locura de aquellos disolutos cuyo cuerpo embadurnaron los monstruos con el unto que llevaban en las cajas y les dieron a beber el contenido de las redomas. He aquí entonces que caen sin sentido al suelo en confusa entremezcla, y de cada montón surge una forma animal de regañona y encolerizada catadura, que desaparece de la cripta para sumirse en las negruras de la noche.

Los resplandecientes dioses acuden en auxilio de los caminantes que encuentran estas diabólicas materializaciones astrales, feroces y sin conciencia en su aspecto animal y crueles y astutas en el humano; pero los resplandecientes dioses están a la sazón dormidos y sólo han salido de sus antros las huestes del Sol de Medianoche, los trasgos, duendes y demás entidades malignas. Con las quijadas chorreando sangre y la piel embadurnada de inmundicias, se marchan estas criaturas antes de que apunte el día y agachándose sobre los cuerpos amontonados en el suelo de la cripta se hunden en ellos y desaparecen.

De cuando en cuando se celebraban orgías como la descrita, que Oduarpa aprovechaba para acrecentar su influjo en el pueblo. Estableció ritos similares en diversos puntos y en todos se erigió en ídolo principal, de modo que poco a poco fue objeto de adoración, hasta que logró que las gentes aunasen sus voluntades con la suya para reconocerle por emperador. Las relaciones de Oduarpa con los habitantes del mundo inferior (1) acrecieron su poderío, y tuvo lugartenientes de confianza siempre dispuestos a obedecer sus órdenes, ligados a él por su común conocimiento y complicidad en las horribles abominaciones de aquel reino.

Por fin logró Oduarpa juntar un muy numeroso ejército y marchó contra el Emperador Blanco, encaminándose directamente hacia la ciudad de las Puertas de Oro, con esperanza de intimidar y vencer no sólo por el empuje de las armas, sino por el terror que infundirían sus infernales aliados, con las horribles transformaciones de los magos negros en figuras de animales. Tenía Oduarpa una guardia personal de estos brutos de hechicería que, materializados por potentes formas de deseo en cuerpos físicos, devorabais a cuantos contra él traían hostiles intentos. Cuando era incierto el éxito de una batalla, soltaba de pronto Oduarpa su horda de diabólicos aliados que, entremezclándose en la refriega, sembraban a dentelladas y zarpazos el pánico en las filas del sobresaltado enemigo en cuya huída le perseguían

aquellos veloces demonios, con añadidura de que el tropel de hechiceros tomaba igualmente formas animales para infundirse en los cadáveres.

De esta suerte se fue abriendo Oduarpa camino sin desviarse de su dirección al norte, hasta llegar cerca de la ciudad de las Puertas de Oro, donde el último ejército del Emperador Blanco aguardaba en orden de batalla; Alcione iba medio hechizado en las filas de Oduarpa, pero con suficiente conocimiento para dolerse en su corazón del ambiente que le rodeaba, aunque Cisne con otras mujeres seguían al ejército en su marcha.

Amaneció el día de la batalla decisiva. Corona, el emperador blanco, mandaba en persona el ejército imperial y al frente del ala derecha iba Marte, el general de su mayor confianza. En la noche de la víspera se le reapareció a Alcione la visión de otro tiempo y volvió a escuchar la amante voz que le decía: “Alcione, estás peleando contra tu verdadero Señor y mañana te verás conmigo cara a cara. Rompe tu rebelde espada y entrégate a mi. Morirás a mi lado, y sin embargo, bueno te será morir”.

Así sucedió en efecto. Porque en lo más encarnizado de la pelea, cuando ya muerto el emperador retrocedían las tropas, vio Alcione en su gallarda acometida contra desproporcionado número de enemigos, al general Marte en cuyo rostro reconoció el de la visión. Dio entonces Alcione un grito y rompiendo la espada se abalanza hacia Marte, empuña una lanza y atraviesa con ella a un soldado que iba a herir al general por la espalda. En aquel momento arremete furiosamente Oduarpa contra ellos, derriba a Marte y con un grito que resuena en todo el campo llama a Cisne, la transforma tras rápido hechizo en hambrienta bestia feroz, y la instiga contra Alcione ya desfallecido por desangre. Pero en el mismo punto despertó en el alma de Alcione el amor que habla sido su vida y tuvo fuerza para redimirla, porque su poderoso flujo transfiguró la forma plasmada por el devorador odio en la de la amante mujer que exhaló el último aliento al besar la moribunda faz de Alcione.

En el asalto de la ciudad de las Puertas de Oro con que Oduarpa completó su victoria, quedó prisionera Heracles, esposa de Marte, la que rechazando indignada las solicitudes del vencedor, asestóle con toda su fuerza una puñalada; pero el arma resbaló por la cota de malla, y entonces Oduarpa, con risa burlona, se abalanzó sobre ella, que ya medio desmayada no pudo resistir la violación. Al recobrar Heracles el sentido, lanzó Oduarpa contra ella sus horribles animales que la hicieron trizas y la devoraron.

Entronizado Oduarpa sobre un montón de cadáveres y rodeado de sus guardias de animales y semianimales, ciñó la corona imperial en la ciudad de las Puertas de Oro y tomó el profanado título de “rey divino”. Pero su triunfo no fue de mucha duración, porque el Manú Vaivasvata marchó contra él con un poderoso ejército, y Su sola presencia puso en huida a los súbditos del reino de Pan y desvaneció las artificiosas formas mentales plasmadas por la magia negra.

Desbaratado y disperso el ejército de Oduarpa por la aplastante victoria de Vaivasvata, refugióse el usurpador en una torre a la que los vencedores

prendieron fuego, y allí pereció miserablemente recocado dentro de su materializada coraza.

El manú Vaivasvata purificó la ciudad y restableció en ella el gobierno del Emperador Blanco en la persona de un fiel servidor de la Jerarquía. Todo marchó en derechura por algún tiempo, hasta que poco a poco fue recobrando poderío la malignidad y tomó nuevo incremento el centro meridional. Por último, el mismo “Señor de la Faz Tenebrosa” apareció reencarnado, y otra vez se puso en lucha contra el Emperador Blanco de entonces y erigió trono frente a trono. Entonces pronunció el Jerarca la sentencia de que nos habla el Comentario Oculto diciendo:

El gran Rey de la deslumbrante Faz (el Emperador Blanco) dijo a sus principales hermanos: Preparaos. Alcense los hombres de la Buena Ley y crucen la tierra mientras esté seca. Los Cuatro (los Kumaras) han levantado su vara. Sonó la hora y se acerca la negra noche. Los siervos de los Cuatro Magnates avisaron a su pueblo y algunos escaparon. Sus reyes los colocaron en sus vimánas (2) y los condujeron a las tierras de fuego y metal (oriente y norte) (3).

Erupciones de gases, diluvios y terremotos destruyeron las vastas islas atlantes de Ruta y Daitya que habla dejado el cataclismo de 200.000 años antes de J. C., quedando tan sólo la isla de Poseidonis, último resto del un tiempo dilatado continente del Atlántico. Aquellas dos islas perecieron el año 75.025 antes de J. C. y Poseidonis subsistió hasta el 9.564 antes de J. C. en que también cayó sepultada en el Océano.

(1) Llamado posteriormente “Reino de Pan”, según ya dijimos.

(2) Carrozas que marchaban por los aires. Los antiguos aeroplanos.

(3) *Doctrina Secreta*, II.

CAPÍTULO X

La civilización de los atlantes (1)

Poblaron los atlantes con sus correspondientes subrazas muchos países, y fundaron espléndidas civilizaciones. Estuvieron en Egipto, Mesopotamia, India y Américas del Norte y Sur, y los imperios por ellos erigidos subsistieron durante mucho tiempo y llegaron a una cumbre de gloria que la raza aria no ha sobrepujado todavía. Aunque en los capítulos XI y XIII de la presente obra, que tratan del Perú y Caldea, describiremos los restos de la grandeza atlante, pueden servir de complemento a la descripción algunos pormenores adicionales.

Oigamos cómo describe Scott-Elliot la famosa ciudad de las Puertas de Oro:

El terreno que circuía la ciudad estaba hermosamente arbolado en forma de parque, y dispersas en su vasta área, se alzaban las quintas de los ricos. A Occidente se veía una cadena de montañas, de donde se tomaba el agua para el abastecimiento de la población. Asentábase la ciudad en las escotaduras de una colina, de unos 500 pies (154 m.) de altura sobre el nivel del llano. En la cumbre de esta colina estaba el palacio imperial, con sus jardines, en cuyo centro brotaba de la tierra un inagotable manantial, que después de abastecer el palacio y las fuentes de los jardines, se divertía en las cuatro direcciones cardinales, para caer, formando cascadas, en el foso que, cercando los terrenos de palacio, lo aislaba de la ciudad, extendida por debajo a uno y otro lado.

De este foso o canal sangraban otros cuatro para conducir el agua a las cascadas que en cada uno de los cuatro distritos de la ciudad alimentaban otro foso o canal circundante, abierto a inferior nivel.

Había tres de estos canales concéntricamente dispuestos, de los cuales, el exterior, y de nivel más bajo, estaba a mayor altura que el ras del suelo. Un cuarto canal, cuyo cauce se abría al mismo nivel del llano, recibía el constante flujo de las aguas y las derramaba en el mar. La ciudad se extendía por parte del llano hasta la margen de este gran foso externo, que la rodeaba y defendía con sus aguas en una extensión de cerca de ciento veinte millas cuadradas (2).

De esto se infiere que la ciudad estaba dividida, en tres grandes recintos, cada uno de ellos cercado por su respectivo canal o foso. La característica del recinto superior, que se extendía en el nivel inmediatamente inferior a los terrenos del palacio, era un estadio circular para carreras deportivas y vastos jardines públicos, También vivían en este recinto los oficiales de la corte, y contaba además con una institución sin igual en nuestros tiempos. Era la Casa de los

Extranjeros”, que entre nosotros tendría pobre apariencia y miserables contigüidades; pero que era un verdadero palacio, donde cuantos extranjeros llegaban a la ciudad recibían hospedaje a costa del gobierno durante todo el tiempo que les placía estar. Las separadas casas de los vecinos y los varios templos diseminados por la ciudad, ocupaban los otros dos recintos. En los días del poderío tolteca, parece que no se conoció la pobreza, pues aun los esclavos adscritos al servicio doméstico iban bien alimentados y vestidos. Sin embargo, había unas cuantas casas relativamente pobres en la parte septentrional del recinto inferior, así como en las afueras, junto al canal que desaguaba en el mar. Los vecinos de esta barriada se dedicaban por la mayor parte a oficios de marinería, y sus casas, aunque también discontiguas, estaban más cerca unas de otras que las de los otros distritos.

En la llanura se alzaban grandes suburbios protegidos por enormes murallones de tierra, algunos con terraza, en declive hacia la ciudad por un lado, mientras que por el opuesto estaban acorazados con planchas de metal, empalmadas en serie y sostenidas por grandes arcos de madera, cuyas montañas se hundían profundamente en el suelo. Una vez colocados los arcos, entrelazados con fuertes travesaños, se les aplicaban las placas en disposición escalonada, y después se rellenaba de tierra compactamente apisonada el espacio comprendido entre el suelo y el armazón, formando en conjunto una inexpugnable trinchera contra las lanzas, espadas y flechas, que eran las usuales armas de la época. Mas, a pesar de esta defensa, quedaba la ciudad expuesta al asalto por los aires, pues los atlantes llevaron a muy excelente punto la construcción de buques aéreos o aves de guerra (3), que planeaban sobre la ciudad en flota de ataque y descargaban sobre ella una lluvia de densos y deletéreos gases que sembraban la muerte. Los puranas y epopeyas de la India aluden a estas aéreas máquinas de guerra. También tenían arreas arrojadoras para disparar haces de flechas con la punta encendida, que se esparcían por todos lados al hender el aire como cohetes, y asimismo empleaban otras armas análogas, fabricadas por hombres muy versados en las ramas superiores de la ciencia. Muchas de estas armas aparecen descritas en los antiquísimos libros a que antes nos referimos, y se atribuye su invención a algún Ser superior. Nunca se divulgaban los conocimientos necesarios para fabricarlas.

En los capítulos relativos al Perú describiremos el sistema agrario de los toltecas, entre quienes el bienestar general de las gentes y la carencia de mendigos era debida, en gran parte, a la universalización de la enseñanza primaria.

El Sabio trazó el plan de gobierno político en beneficio de la colectividad, y no en el exclusivo de determinada clase social. De aquí que el bienestar general aventajase incomparablemente al de las civilizaciones modernas.

Las ciencias adelantaron muchísimo, pues como la clarividencia era un don habitual, podían observar fácilmente los procedimientos de la Naturaleza, hoy invisibles para la mayor parte de las gentes. También fueron tan numerosas como útiles las aplicaciones de la ciencia a las artes y oficios. Los

rayos solares, enfocados a través de cristales de colores, activaban el crecimiento de plantas y animales, cuya cría y cruce, con sujeción a principios científicos, se fomentaba para el mejoramiento de las más notables especies. Así, por ejemplo, el cruce del trigo con diversas hierbas produjo varias clases de grano, aunque no fueron tan satisfactorios los experimentos que de las abejas dieron por resultado las avispas, y de las hormigas negras las blancas (4).

La banana sin semilla se derivó de una especie anterior semejante al melón, y que, como este fruto, contenía multitud de pepitas. La ciencia de aquellos tiempos conoció fuerzas hoy ignoradas. Una de ellas servía para la propulsión de las naves aéreas y marinas; otra, para alterar de tal modo la pesantez de los cuerpos, que la tierra los repelía en vez de atraerlos, con lo que era posible levantar facilísimamente piedras enormes a muy elevadas alturas.

La fuerza más sutil de todas no tenía aplicaciones mecánicas, sino que estaba bajo el dominio de la voluntad, mediante el empleo del enteramente conocido y desarrollado mecanismo del cuerpo humano, “la vina de mil cuerdas”.

Empleaban muchísimo los metales, que sabían elaborar admirablemente, siendo el oro, la plata y el calco los más usados en la decoración y en los utensilios domésticos. Los obtenían mas a menudo por procedimientos alquímicos que por beneficio de mitas, y solían interponerlos muy artísticamente, para enriquecer los proyectos decorativos, pergeñados en brillantes colores.

Se ataraceaban soberbiamente las armas con estos metales preciosos; y las de gala, que sólo se ostentaban en los festejos y ceremonias públicas, eran todas ellas de oro o plata, por lo que, en tales ocasiones, se llevaban yelmos, petos y grebas de oro sobre túnicas y calzas de hermosos colores de escarlata, naranja y un muy exquisito púrpura.

La alimentación difería según la clase social. El vulgo comía carne, pescado y aun reptiles (5). Las reses muertas pendían abiertas en canal, con todos sus desperdicios, sobre un violento fuego, del que las retiraban ¡riego de enteramente asadas, y servían las entrañas en platos si se trataba de una familia distinguida, pues la gente baja se ponía en corro alrededor de la res y cada cual procuraba arrancar con los dedos el mejor bocado, lo cual solía suscitar disputas. El resto de la res con toda su carne, que no comían porque la consideraban como desperdicio, lo echaban a las inmundicias ó servía, para alimentación de los animales domésticos. Las clases altas gustaban de los mismos manjares; pero la aristocracia palatina los saboreaba en secreto, pues tanto el divino monarca como los magnates de su inmediata corte, se alimentaban tan sólo de granos diversamente cocidos, de verduras, frutas y leche, ya en bebida, ya eh confecciones de confitería. También bebían zumos de fruta. Algunos cortesanos y magnates observaban públicamente este suave régimen dietético, y sin embargo, se regodeaban a escondidas en sus

apostentos con mas apetitosos manjares, entre tos que, como hoy, la caza y el pescado gozaban de no poca estimación.

El sistema de gobierno era autocrático, y ningún otro hubiera podido aprovechar mayormente a la felicidad del r pueblo, en los florecientes días de la civilización tolteca, bajo los reyes divinos; pero cuando su absoluto poder pasó a manos de almas más jóvenes, empezaron los abusos, de que derivaron disturbios; pues allí, como en todas partes, la decadencia tiene por punto inicial la corrupción de las clases superiores. Los gobernadores de las provincias debían velar por el bienestar y felicidad de sus administrados, y a su ineptitud se achacaban los crímenes cometidos y las hambres sobrevenidas en el territorio de su mando. Por lo general, pertenecían los gobernadores a las clases altas de la sociedad; pero los niños más aventajados e inteligentes ingresaban en las escuelas superiores, donde se les educaba para el servicio del Estado. El sexo no era impedimento, como lo es ahora, para el desempeño de cargos oficiales (6).

El enorme acrecentamiento de la riqueza y el lujo fue socavando gradualmente la más espléndida civilización hasta ahora vista en el mundo. Se pospuso el conocimiento al lucro individual, y el dominio sobre las fuerzas de la Naturaleza se empleó en la opresión, en vez de emplearse en el servicio. De aquí, la caída de los atlantes, a despecho de sus gloriosas hazañas y el poderío de sus imperios, y que la marcha del mundo fuese confiada a la raza hija de la atlante, la raza aria, que si bien tiene ya a su favor magnificas ejecutorias, no ha llegado todavía al cenit de su gloria y poderío, y dentro de unos cuantos siglos ha de alzarse a mayor altura que la raza atlante en sus más florecientes días.

A fin de dar una más vívida y detallada descripción del nivel a que llegaron los atlantes, hemos escogido dos civilizaciones, derivadas de la atlante, que se desarrollaron en los últimos tiempos, lejos del centro principal de la cuarta raza raíz. Urja de ellas descendía de la tercera subraza, la tolteca, y la otra de la cuarta subraza, la turania.

Las investigaciones a ellas referentes no formaron parte de las realizadas en el verano de 1910 y contenidas en la presente obra, sino que sus mismos autores las llevaron a cabo, durante la última década del siglo XIX, en colaboración con otros miembros de la Sociedad Teosófica, cuyos nombres no debemos publicar. Uno de los dos autores compendió estas investigaciones en forma de artículos insertos en *The Theosophical Review*, que ahora aparecen como parte de una labor mucho más extensa.

(1) Abundancia de informes sobre la materia hallará el lector en la Histeria de los Atlantes, por W. Scott-Elliot, que tan hábilmente dispuso y presentó los materiales coleccionados por varios colaboradores, entre los cuales se

contaban los autores de la presente obra, quienes, por lo tanto, están ya familiarizados con el asunto.

(2) Unos 311 Km².

(3) Hoy les llamaríamos aeroplanos.

(4) Los Señores de la Llama trajeron de Venus el trigo, las abejas y las hormigas, cuyo cruce con otras especies, ya existentes en la tierra, dio los resultados referidos. Los espíritus de la Naturaleza que tienen a su cargo algunos ramos de las evoluciones vegetal y animal, también intentaron imitar por su cuenta el cruce de estas especies traídas de otro planeta, con los recursos puramente terrestres de que disponían. Sus esfuerzos tuvieron incompleto éxito, y a ellos se deben algunos de los más ingratos resultados arriba referidos.

(5) Podríamos suprimir el aun al recordar la tortuga de nuestros antepasados.

(6) Conviene recordar que la exclusión de la mujer de los oficios políticos coincidió en Inglaterra con el predominio de la democracia y su consiguiente error de que los gobiernos se han de fundar en la fuerza física y no en la inteligencia ni en el carácter. Este concepto es el nadir de la vida política, así como su opuesto es el cenit.

CAPÍTULO XI

Dos civilizaciones atlantes (1)

(Los toltecas del antiguo Perú, 12.000 (años antes de J. C.

La civilización del Perú en el décimotercio milenio antes de la era cristiana, tuvo tan estrecha semejanza con la del imperio tolteca en su cenit, que el estudio detenido de aquel período puede servir de ejemplo de la civilización atlante. Egipto e India ofrecen otros ejemplos durante sus períodos atlantes; pero en conjunto, las principales características del imperio tolteca están mucho mejor reproducidas en la civilización peruana que aquí se describe.

El gobierno era autocrático, pues no había otra forma en aquellos tiempos, y para demostrarlo, hemos de retroceder con el pensamiento al muchísimo más primitivo período de la segregación originaria de la cuarta Raza Raíz. Es evidente, que cuando el Manú y sus lugartenientes (los grandes adeptos de una evolución más elevada) encarnaron en la juvenil raza cuyo desenvolvimiento auxiliaban, les miraba el pueblo como a dioses por su sabiduría y poder, que en todos conceptos aventajaba incomparablemente al conocimiento vulgar. En tales circunstancias, no era posible otra forma de gobierno que la autocracia, pues por ser el monarca la única persona que verdaderamente sabía algo, le tocaba gobernarlo todo. Por lo tanto, aquellos grandes Seres fueron los naturales monarcas y directores de la infantil humanidad, y el pueblo les obedecía fácilmente, porque consideraban que la sabiduría les daba autoridad, y que la más valiosa que podía recibir el ignorante era la de gobierno y guía. Así es que el ordenamiento de la sociedad provino, como debe provenir todo buen ordenamiento, de arriba y no de abajo, y aunque fue dilatándose la nueva raza, persistió este principio de gobierno, sobre el que se fundaron las poderosas monarquías de la remota antigüedad, bajo el señorío de reyes iniciados, cuyo poder y sabiduría guiaba a Sus infantiles Estados a través de las primeras dificultades.

Sucedió con ello que, aunque los verdaderos monarcas divinos transmitieron Su autoridad a manos de Sus discípulos, subsistió el mismo régimen político; y por lo tanto, los fundadores de un nuevo reino se esforzaban siempre en imitar, tan fielmente como les era posible, las espléndidas instituciones dadas ya al mundo por la divina Sabiduría. Tan sólo cuando el egoísmo se interpuso entre el pueblo y el rey, sobrevinieron alteraciones del régimen establecido, con imprudentes ensayos de gobiernos cuyo estímulo fueron la ambición y la codicia, en vez de estar animados por el cumplimiento del deber.

En el periodo que vamos a describir (12.000 años antes de J. C.), hacia ya muchos miles de años que las primitivas ciudades de las Puertas de Oro estaban sepultadas bajo las olas; y aunque el más poderoso rey de la isla de Poseidonis se arrogaba todavía el hermoso título que perteneciera a ellas, no

seguía los métodos de gobierno que les habían asegurado una estabilidad muy superior a la de las ordinarias instituciones humanas. Sin embargo, algunos siglos antes, los monarcas del país posteriormente llamado Perú, habían acometido una muy bien concebida empresa de restaurar (por supuesto, en grado muy inferior) el antiguo régimen político, que por entonces estaba en plena actuación (acaso en el cenit de su gloria), y aun mantuvo durante muchos años su eficacia. De este renacimiento peruano vamos a tratar.

Algo difícil es dar idea del aspecto físico de la raza habitante en el país, porque no hay en la tierra hoy día ninguna que se le parezca lo bastante para establecer la comparación sin extraviar a los lectores en uno u otro sentido, ya que los restos todavía subsistentes de la tercera subraza de la raza atlante no son, por lo abatidos y degenerados, ni sombra de lo que fue aquella raza en la época de su mayor gloria.

Tenían los peruanos las anchas mandíbulas y el corte general de rostro que vemos en los más elevados tipos de las pieles rojas, aunque estaba modificado el contorno de suerte que casi más bien parecían arios que atlantes, y su índole difería fundamentalmente de los actuales pieles rojas, porque, por lo general, eran francos, alegres y bondadosos, con añadidura de agudo entendimiento y mucha benevolencia en las clases superiores. El color de la piel era bronceado-rojizo, de matiz claro en la aristocracia y oscuro en la plebe, si bien la entremezcla de unas clases con otras dificultaba la distinción.

Las gentes se mostraban, por lo general, felices, satisfechas y pacíficas. Regían pocas leyes, justas y bien cumplidas, por lo que todos las obedecían sin repugnancia. El clima era deleitoso en la mayor parte del país, como a propósito para el contento de las gentes y su mayor provecho de la vida; pues les permitía llevar a cabo, sin exceso de fatiga, las labores agrícolas, recompensadas, tras moderado esfuerzo, con abundosas cosechas. Por supuesto que la excelente disposición de ánimo del pueblo facilitaba en gran manera la tarea de los gobernantes.

Según ya dijimos, la monarquía era absoluta, y sin embargo difería tan enteramente de los actuales regímenes políticos, que el solo nombre no puede dar idea del hecho. La tónica del régimen era la responsabilidad. Ciertamente que el monarca tenía poder absoluto; pero también le cabía la absoluta responsabilidad de todas las cosas, pues desde sus primeros años se le había enseñado que si en cualquier punto de su dilatado imperio existía un mal remediable, como, por ejemplo, si un hombre deseoso de trabajar no encontraba ocupación conveniente, o si un niño enfermo quedaba falto de asistencia, era una mancha para su gobierno, un borrón para su reinado y un desdoro de su honor personal.

Disponía el monarca de numerosos políticos que le ayudaban en su labor y a cuyo cuidado estaban las diversas partes en que sabía y ordenadamente se dividía el territorio nacional. Primeramente estaba el imperio dividido en provincias mandadas por una especie de virrey, a cuyas órdenes estaban los que pudiéramos llamar lugartenientes de distrito, quienes, a su vez,

eran superiores jerárquicos de los gobernadores de las comarcas y de los magistrados de las ciudades.

Cada funcionario era directamente responsable ante su inmediato superior del bienestar de todos los habitantes de la demarcación de su mando. La responsabilidad gubernativa se iba distribuyendo alícuotamente entre los funcionarios, cuya inferior categoría era la de una especie de centurión u oficial de gobierno, que tenía cien familias bajo su absoluta responsabilidad y cuidado. Aunque este funcionario era el de última categoría en la corporación de gobernantes, le ayudaban voluntariamente en su oficio diez cabezas de familia, quienes le informaban de las necesidades sentidas y de los desafueros cometidos (2).

Si cualquier funcionario de esta esmerada red descuidaba alguno de sus deberes, sólo era necesario indicárselo al inmediato superior, para que éste, por la responsabilidad que le cabía en el bienestar y satisfacción de todos sus administrados, ordenase acto seguido la correspondiente investigación. Esta desvelada vigilancia en el cumplimiento de los deberes oficiales, no se debía tanto al imperio de la ley (aunque la ley imperaba, sin duda alguna) como al universal sentimiento prevaleciente entre las clases directoras, análogo al honor del caballero y más poderoso que la sanción de cualquier ley escrita; porque, en realidad, al imperio de una superior ley interna., equivalen los dictados del despertante Ego a su personalidad sobre asuntos que conoce.

Vemos, por lo tanto, en lo expuesto un régimen político que bajo todos aspectos era la verdadera antítesis de cuantos principios se han arrogado el título de progreso moderno. Fue posible y hacedero aquel régimen político, porque la opinión pública era tan ilustrada en todas las clases sociales y tan vigorosa y definida y profundamente arraigada, que ningún ciudadano hubiera sido capaz de faltar a sus deberes cívicos, pues a quien tal hiciera le hubiesen mirado como un ser incivil e indigno del alto privilegio de ciudadanía en el gran imperio de "Los Hijos del Sol", según se titulaban los primitivos peruanos; se le hubiera mirado con el mismo horror y la misma lástima que después inspiraron los excomulgados en la Europa medieval.

De estas condiciones sociales, tan distintas de cuantas ahora conocemos, que no podemos concebirlas, se derivaba otro hecho igualmente difícil de comprender. En el antiguo Perú no había leyes escritas y, por lo tanto, tampoco establecimientos penales, pues nuestro régimen penitenciario les hubiese parecido enteramente absurdo, ya que la única situación social propia del hombre era, a los ojos de aquellas gentes, la de ciudadano del imperio, en el bien entendido de que cada cual mantenía su lugar en la comunidad con la necesaria condición de que cumpliera sus deberes para con ella. Si alguien faltaba a ellos (caso rarísimo por el estado de opinión antes expuesto), le exigía explicaciones el gobernador del distrito, quien le amonestaba de resultar culpable, y la reincidencia se consideraba un crimen tan abominable como el robo y el asesinato, cuya única penalidad era el destierro. Este régimen jurídico se fundaba en una teoría sumamente sencilla, pues para los peruanos el hombre civilizado difería principalmente del salvaje en la racional comprensión e inteligente cumplimiento de sus deberes respecto al Estado, con el que

formaba una unidad; y, por lo tanto, como si no cumplía estos deberes era un peligro para el Estado y al propio tiempo demostraba ser indigno de participar de sus beneficios, se le expulsaba de él para que fuese a vivir entre las bárbaras tribus lindantes con el imperio. Rasgo característico del proceder de los peruanos en este asunto es que designaban a dichas tribus con un nombre cuya traducción literal es “los sin ley.”

Pero rarísima vez era preciso recurrir a la extrema providencia del destierro, porque en la mayor parte de los casos bastaba una insinuación de los funcionarios gubernativos, amados y reverenciados por el pueblo para que el descarriado volviese al sendero del deber. Tampoco era perpetua la pena de destierro, sino que al cabo de algún tiempo, cuando ya eran dignos cíe ello, se les permitía regresar a título de prueba entre los hombres civilizados y disfrutar una vez más las ventajas de la ciudadanía. Entre las múltiples funciones de los oficiales gubernativos (o “padres” como se les llamaba) se contaba la de juez, aunque como no había leyes escritas por las cuales administrar justicia, correspondía más bien a nuestra idea de árbitro, pues toda disputa y querella quedaba sometida a su decisión y, en todo caso, la parte descontenta podía recurrir al funcionario superior inmediato, de modo que sí el asunto era muy litigioso cabía en lo posible que llegara a conocimiento y resolución del mismo rey.

No perdonaban medio las autoridades superiores para que todos tuviesen acceso a ellas, y parte del sistema conducente a este fin consistía en una cuidadosa ordenación cíe visitas. Cada siete años recorría el monarca en persona todo el imperio con tal propósito, y al mismo efecto habían de inspeccionar anualmente los virreyes la provincia de su mando, al paso que sus subordinados tenían la obligación de cerciorarse personalmente de que todo iba bien en la demarcación: a su cargo y proporcionar ocasiones de audiencia a cuantos quisieran consultarles o recurrir a ellos. Estos viajes revestían pomposa ceremonia y daban siempre ocasión a regocijos populares.

El régimen administrativo tenía de común con el de nuestros tiempos la estadística y registros demográficos de nacimientos, matrimonios y defunciones, que se catalogaban con escrupulosa exactitud. Cada centurión llevaba una lista nominal de todos los individuos puestos a su cargo, con una curiosa tablilla para cada uno, en la cual anotaba los principales sucesos de su respectiva vida. En los informes a su inmediato superior no daba el centurión los nombres, sino el número de individuos, y así decía tantos enfermos, tantos sanos, tantos nacimientos, tantas defunciones, etc. Estos menudos informes nutrían otros de mayor importancia, a medida que pasaban por mano de los oficiales superiores, hasta llegar en resumen a poder del monarca, quien así disponía periódicamente de una especie de censo continuo de su imperio. Otra semejanza entre aquel antiquísimo régimen y el de nuestros días nos ofrece el exquisito cuidado con que se hacía el catastro de las tierras, su división en fincas y, sobre todo, su análisis químico, con objeto de conocer la exacta constitución del suelo en todas las partes del país y sembrar las plantas más a propósito para obtener el mejor aprovechamiento posible de la tierra en general. Verdaderamente, puede afirmarse que casi más importancia. daban al estudio de la agronomía que al de otra cualquiera modalidad de trabajo.

Esto nos lleva a considerar que acaso era el sistema agrario la institución más notable de aquella antigua raza. Tan excelentemente adecuado estaba al carácter del país, que cuando miles de años más tarde una raza mucho más inferior venció y esclavizó a los degenerados peruanos, se esforzó en seguir el mismo sistema agrario cuanto mejor pudo, y al invadir los españoles el país les admiraron los vestigios que de tal sistema se conservaban todavía a su llegada. Aunque es dudoso si este sistema hubiese tenido igual éxito en países menos fértiles y más densamente poblados, estaba floreciente en la época y lugar donde lo vemos en actuación. Procuraremos ahora explicar este sistema, primero en líneas generales para mayor claridad, dejando algunos puntos de vital importancia para tratarlos en otros capítulos.

Cada ciudad o villa tenía asignada, para su cultivo, una superficie del terreno aledaño estrictamente proporcional al número de habitantes, de entre los cuales se destinaban un gran número de labriegos para el cultivo de las tierras. Estos labriegos constituían la clase trabajadora, no porque las demás clases no trabajasen, sino porque se las destinaba separadamente para las faenas del campo. Posteriormente explicaremos cómo se reclutaban los labriegos. Baste decir, por ahora, que todos ellos eran hombres en pleno vigor viril, entre veinticinco y cuarenta años, pues ni viejos ni niños ni enfermos ni endebles podían figurar en sus filas.

La tierra asignada a un poblado se dividía en dos partes iguales: tierra privada y tierra pública. Los labriegos hablan de cultivar una y otra: en su propio e individual provecho la primera y en beneficio de la colectividad la segunda, es decir, que el cultivo de la tierra pública puede considerarse equivalente a las contribuciones e impuestos de los Estados modernos. Ocurre desde luego el reparo {le que era enormemente onerosa e inicua una contribución cuya cuantía alcanzaba la mitad de la renta individual o, en otros términos, que consumía la mitad del tiempo y trabajo empleados por el productor. Sin embargo, antes de calificarlo de impuesto opresivo, espere el lector a saber qué destino se les daba a los impuestos y qué objeto tenían en la vida nacional, así como también que esta obligación no era penosa, pues el cultivo de las tierras públicas y privadas significaba en conjunto una labor mucho menos dura que la del labriego inglés, ya que si bien los peruanos trabajaban de firme, de sol a sol, en dos distintas épocas del año tenían algunas semanas de largos intervalos en que toda la labor hacedera no requería más allá de dos horas diarias de trabajo.

La tierra privada, de que trataremos primeramente, estaba repartida entre los vecinos con la más escrupulosa probidad. Todos los años, después de acopiada la cosecha se adjudicaba una porción de tierra a cada adulto, hombre o mujer, aunque cultivaban exclusivamente los hombres. Así, a un casado sin hijos le correspondía doble porción que a un soltero; un viudo con dos hijas núbiles tenía triple porción que un soltero; mas al casarse las hijas se llevaban con ellas su porción, restándola del lote del padre para añadirla al del marido. Por cada hijo que el matrimonio tuviera se les asignaba una parcela adicional, cuya área aumentaba a medida que la prole iba creciendo, con el

natural propósito de proporcionar a cada familia lo necesario para su manutención.

Todo vecino podía hacer de su lote lo que mejor le pareciese, menos dejarlo baldío, pues una u otra mies había de cultivar en él, y con tal que cosechase lo suficiente para su manutención, quedaba todo lo demás de su cuenta. Por otra parte, los peritos agrónomos estaban siempre dispuestos a dar a todo cultivador sus mejores consejos, para que nadie alegase ignorancia de lo más conveniente para sus tierras. Los ciudadanos que no pertenecían a la clase labradora, esto es, que se ganaba la vida de cualquier otro modo, podían cultivar el lote a ratos perdidos, o bien contratar a un labrador para que lo cultivase después de cumplida su propia tarea; mas en este último caso, el producto de la tierra no correspondía al propietario, sino al colono. Lo que de este modo podía hacer y con frecuencia hacia un labrador del todo voluntariamente, es otra prueba de que las faenas agrícolas, asignada; a cada cual, eran en realidad muy ligeras.

Es agradable poder atestiguar que las labores agrícolas despertaban en gran manera los sentimientos filantrópicos. El ciudadano con numerosa, prole, y por lo tanto, con un vasto lote de tierra, estaba seguro de recibir benévola ayuda de sus vecinos una vez terminadas las tareas de cada cual, y el que por justo motivo necesitaba holgar algún día, podía contar siempre con un amigo que le supliese en su ausencia. Nada decimos de los casos de enfermedad, por razones que muy luego expondremos.

Respecto al destino de la cosecha, nunca se suscitaba dificultad ninguna. La mayor parte de los ciudadanos cultivaban cereales, hortalizas o frutos para el consumo doméstico y vendían el sobrante o lo cambiaban por ropas y otras mercancías. En último caso, el gobierno estaba siempre dispuesto a comprar cuanto grano se le ofreciese a un tipo fijo, muy poco inferior al precio corriente, con objeto de entrojarse en los vastísimos graneros, que estaban invariablemente repletos para caso de hambre o cualquier otra contingencia.

Pero veamos, ahora qué destino se daba al producto de la otra mitad de las tierras cultivadas, o sea las que hemos llamado tierras públicas. Estaban éstas divididas a su vez en dos partes iguales (cada una de ellas equivalente a la cuarta parte del total de tierras laborables del país): una llamada tierra del rey y la otra tierra del Sol.

Era de ley que la tierra del Sol debía cultivarse antes de que ningún ciudadano tocara ni una brizna de su lote individual. Una vez cultivada la tierra del Sol, se procedía al cultivo de la privada, y terminada del todo esta tarea, empezaba el cultivo de la tierra del rey. Así es que, si el mal tiempo retardaba las cosechas, el primero que sufría la pérdida era el rey y, a menos que sobreviniesen extraordinarias inclemencias, no se mermaba en nada la parte correspondiente al pueblo, mientras que la del Sol quedaba en todo lo posible a cubierto de adversas contingencias.

Respecto a la cuestión de riegos (importantísima en un país cuyo suelo es en gran parte estéril) se observaban las mismas reglas. Hasta que las tierras del Sol estaban perfectamente regadas, no se conducía ni una sola gota del precioso líquido a las demás, y hasta que todos los lotes privados tenían el agua necesaria, quedaban sin ella las tierras del rey. La razón de estas ordenanzas resultará evidente cuando, más adelante, sepamos el destino del producto de cada clase de tierras.

Así veremos que una cuarta parte de la total riqueza del país iba a parar directamente a manos del rey, porque la misma distribución se hacía del dinero procedente de las industrias fabriles y mineras, es decir, que una cuarta parte era para el Sol, dos cuartas partes para el productor y la cuarta parte restante para el rey. Pero ¿en qué empleaba el rey tan cuantiosa renta?

Primeramente había de mantener todo el personal gubernativo a que ya nos referimos, pues satisfacía los sueldos de todos los funcionarios del Estado, desde los fastuosos virreyes de las regiones hasta los relativamente humildes centuriones, aparte de los gastos de viaje en las visitas oficiales.

En segundo lugar, con estas rentas costeaba las grandiosas obras públicas del imperio, cuyas ruinas nos admiran todavía al cabo de catorce mil años. El tesoro real construía y conservaba las admirables carreteras que por todo el imperio enlazaban unas ciudades con otras a través de graníticas montañas, con estupendos puentes tendidos sobre invadeables torrentes, así como la espléndida serie de acueductos, no inferiores como obra de ingeniería a los de nuestra época, que distribuían el fertilizante líquido por los más apartados rincones de un país a menudo estéril.

En tercer lugar, mantenía el rey, siempre bien provistos una serie de enormes silos situados a frecuentes intervalos por todo el imperio, pues era posible que sobreviniese la sequía y amenazase el hambre a los infelices labradores. Por regla general había en los graneros públicos suficiente acopio para mantener a toda la nación durante dos años, lo que representa una reserva de que tal vez ninguna otra raza del mundo dispuso jamás.

No obstante lo colosal de la empresa, se cumplía fielmente a pesar de todas las dificultades, aunque acaso no bastara para ello el formidable poder del monarca peruano, a no valerse del procedimiento de concentración alimenticia descubierto por los químicos y del cual hablaremos más adelante.

En cuarto lugar, el tesoro real costeaba el ejército, cuya instrucción era excelente, y de él se servía el monarca para fines distintos de la guerra, que no era muy frecuente, porque las incultas tribus colindantes conocían y respetaban el poderío imperial.

No conviene que nos detengamos ahora a describir los especiales servicios del ejército, sino que vale más completar el tosco bosquejo político de este antiguo imperio, indicando las funciones de la gran comunidad de sacerdotes del Sol en lo referente a su intervención en la vida cívica. ¿En qué empleaba esta comunidad sus cuantiosas rentas, iguales a las del rey, cuando

las de éste no sufrían merma, y muy superiores por no tener menoscabo en tiempo de carestía ó penuria? Verdaderamente obraba el rey prodigios con su parte de la riqueza nacional; pero todo cuanto hacía palidece en comparación de lo que llevaban a cabo los sacerdotes.

Primeramente, cuidaban de los espléndidos templos del Sol, sitios por todo el país, de modo que los santuarios de muchas aldeas tenían ornamentos y decorados de oro que hoy valdrían algunos miles de centenes, mientras que las catedrales de las ciudades populosas resplandecían con magnificencia ni de mucho igualada desde entonces en ningún punto de la tierra.

En segundo término, educaban gratuitamente a la niñez y juventud de ambos sexos de todo el país, no sólo en las etapas de la educación primaria, sino también en la técnica y cíe aplicación hasta los veinte años, y algunas veces más. De esta educación daremos pormenores más adelante.

En tercer lugar (y ésta les parecerá tal vez a nuestros lectores la más curiosa función cívica del sacerdocio peruano) tenían a su cuidado los enfermos de todo el país. No quiere decir esto que fuesen sencillamente los médicos de la época (aunque también lo eran), sino que desde el momento en que un hombre, una mujer o una criatura enfermaban de cualquier dolencia, quedaba a cargo de lo sacerdotes o, como éstos donosamente decían, era “huésped del Sol”. Quedaba el enfermo dispensado, desde aquel punto, de todas sus deudas para con el tesoro nacional y, durante la enfermedad, se le proporcionaban alimentos y medicinas a cargo del más próximo templo del Sol; pero si la enfermedad era grave, se le trasladaba al mismo templo, como a un hospital, para recibir allí más cuidadosa asistencia. Si el enfermo era cabeza de familia cuyo pan ganaba, también se convertían su mujer e hilos en “huéspedes del Sol” hasta que recobraba la salud. En nuestros tiempos se prestaría ciertamente tal sistema al fraude y al dolo, porque las modernas naciones carecen de la iluminada y universalmente difundida opinión pública que hizo posibles estas cosas en el antiguo Perú.

En cuarto lugar (y acaso parezca todavía más sorprendente), todos los ciudadanos de cuarenta y cinco años cumplidos, excepto las clases oficiales, eran también “huéspedes del Sol”; porque, según consideraban, un hombre que desde los veinte años (edad en que empezó a tornar su parte en ras cargas del Estado) había seguido trabajando durante veinticinco, tenía bien ganado un cómodo descanso por el resto de su vida aunque mucho viviese. Así es que todo ciudadano, sin distinción de sexo, al cumplir los cuarenta y cinco años podía, sí gustaba, adscribirse a un templo y vivir allí monásticamente entregado al estudio, o sí no, seguía con su familia como antes, empleando el tiempo a su albedrío; pero en ambos casos quedaba dispensado de todo trabajo en beneficio de la colectividad y su manutención corría a cargo de los sacerdotes del Sol. Sin embargo, no les estaba prohibido seguir trabajando en alguna ocupación de su gusto, y así la mayor parte de los varones preferían emplearse, siquiera para distraer el ocio, en cosas de su particular afición. De esta suerte fué posible que los jubilados hicieran valiosos descubrimientos e invenciones, pues como estaban a cubierto de toda

necesidad, sin la del trabajo, podían ocuparse en tareas de libre elección, como no les era dable a los demás ciudadanos.

Para los funcionarios oficiales y los sacerdotes no había jubilación a los cuarenta y cinco años, salvo en caso de salud quebrantada, pues tanto en una como en otra clase social predominaba el sentimiento de que la experiencia y sabiduría de los amos eran demasiado valiosas para desperdiciarlas, y así la mayor parte de oficiales y sacerdotes morían en el ejercicio de su cargo.

Ahora se comprenderá la importancia del ministerio sacerdotal y por qué las rentas del tesoro del Sol tenían prelación sobre toda otra, pues de ellas dependían no sólo la religión del pueblo, sino la educación de la juventud y la asistencia de enfermos y ancianos.

Tenemos, en resumen, que mediante este curioso régimen de la antigüedad, todo ciudadano de uno u otro sexo tenía asegurada su educación, con cuantas oportunidades pudiesen favorecer el desenvolvimiento de sus peculiares aptitudes. Después, había de trabajar asiduamente durante veinticinco años, pero nunca en oficios inconvenientes ni tampoco con exceso, teniendo en perspectiva una vejez cómoda y descansada, totalmente libre de cuidados y ansiedades. Por supuesto que había entre ellos familias más pobres que otras, pero no se conocía lo que nosotros llamamos pauperismo, el abandono era imposible y no existía la criminalidad. Así, no es maravilla que el destierro del país fuera considerado como la más horrenda pena de este mundo y que las bárbaras tribus colindantes se sometieran al imperio, tan pronto como se las convencía de la bondad del régimen.

Nos interesa examinar ahora las ideas religiosas de aquellas antiguas gentes. Sí hubiésemos de clasificar sus creencias entre las que actualmente conocemos, diríamos que era una especie de heliolatría, aunque ni por asomo pensaron jamás adorar al sol físico, sino que lo consideraban como algo muy superior a un mero símbolo; pero sí expresamos sus sentimientos en términos teosóficos, valdrá decir con mucha aproximación de la verdad, que consideraban al sol como el cuerpo físico del LOGOS, aunque la precisión de esta idea les hubiera parecido tal vez irreverente, y más bien dijeran a quien les preguntara, que adoraban al Espíritu del sol, de quien todo procede y a quien todo ha de volver, lo cual era presentimiento de una poderosa, verdad.

No parece que tuvieran claro concepto de la doctrina de la reencarnación; pero estaban completamente convencidos de la inmortalidad del hombre, cuyo futuro destino era ir al Espíritu del sol, acaso para identificarse con él, por más que esta idea no estuviese netamente definida en sus enseñanzas. Sabían que antes de esta meta final habían de sucederse largos períodos de existencia, aunque no hemos podido descubrir si tenían la certeza de que parte de la futura vida habla de pasarse de nuevo en este mundo.

La capital característica de la religión era el gozo y consideraban absolutamente perniciosa e ingrata toda pesadumbre, y aflicción, pues se les enseñaba que la Divinidad quería ver felices a todos Sus hijos y que se

entristecería de verlos tristes. No era para ellos la muerte motivo de aflicción, sino más bien de solemne y reverente gozo, porque indicaba que el Gran Espíritu habla considerado a otro de Sus hijos merecedor de ir más cerca de El. Por otra parte, consecuentes con esta idea, tenían profundo horror al suicidio, como un acto de la más descocada presunción. El suicida se introducía, según ellos, sin ser invitado, en los reinos superiores, pues aún no le había juzgado apto para ello la única autoridad que poseía el necesario conocimiento para decidir la cuestión. Sin embargo, en la época a que nos referimos, el suicidio era prácticamente desconocido, porque la generalidad de las gentes estaban muy satisfechas de su condición.

Las ceremonias públicas ofrecían sencillísimo carácter. Alababan diariamente al Espíritu del sol, pero nunca le dirigían plegarias, porque se les enseñaba que la Divinidad sabía mucho mejor que ellos cuanto necesitaban para su bien (3). En los templos ofrecían frutos y flores, pero no creídos de que, el dios Sol apeteciese tales ofrendas, sino sencillamente en reconocimiento de que todo lo debían a El, pues uno de los principales artículos de su fe era que toda luz y vida y poder procedía del Sol (4). En las festividades solemnes se organizaban lucidísimas procesiones y los sacerdotes dirigían al pueblo adecuadas pláticas y le daban especiales enseñanzas, aunque, también en estos sermones resplandecía la sencillez, como característica fundamental, pues todo se les representaba por medio de figuras y parábolas.

En el transcurso de nuestras investigaciones en la vida de determinada persona, ocurrió cierta vez que le seguimos a una de estas asambleas y escuchamos con ella el sermón predicado en aquellas circunstancias por un anciano sacerdote. Las pocas y sencillas palabras que pronunció darán tal vez mejor idea del espíritu interno de esta antigua religión, que cuanto nosotros pudiéramos describir.

Revestido el predicador de una especie de capa pluvial con ornamentos de oro, que era el símbolo de su ministerio, se colocó en lo alto de la gradería del templo y, después de echar una ojeada sobre el auditorio, empezó a hablarles con suave, pero potente voz, en estilo familiar, más bien como un padre que relata un cuento a sus hijos, que como predicador encargado de pronunciar un sermón.

Les habló de su Señor el Sol, exhortándoles a recordar que El les proporcionaba todo lo necesario para su bienestar material, pues sin Su gloriosa luz y calor quedaría el mundo frío y muerto, sin que fuera en él posible la vida, ya que por Su acción crecían y maduraban los frutos y graneas que les servían principal alimento, así como también Le eran deudores de la refrigerante agua, cuya necesidad sobrepujaba a todo otro elemento. Explicóles después cómo los sabios de la antigüedad enseñaren que tras esta acción visible para todos, había otra aún mayor acción invisible, e, pero que; sin embargo, podían sentir cuantos armonizaran su vida con la de su Señor. Añadió que lo mismo que el Sol cumplía en un aspecto por la vida de sus cuerpos, realizaba en otro aspecto todavía más admirable por la vida de sus almas. Repuso que ambas acciones eran absolutamente continuadas, pues aunque a veces el Sol quedara oculto a la vista de Sus hijos terrestres, la

causa de esta temporánea ocultación está en la tierra y no en el Sol, ya que bastaría subirse a un monte muy alto para traspasar más allá de las nubes y descubrir que el Señor sigue brillando perpetuamente en toda su gloria, a pesar dei velo que tan denso parece visto desde abajo.

Fácil le fue al predicador aplicar el símil al abatimiento espiritual y a las dudas que a veces parece como si cerraran el alma a influencias superiores, y dijo a este propósito, con fervoroso convencimiento, que no obstante las contrarias apariencias, tenía el símil perfecta aplicación en este caso, pues las nubes que empañan el ánimo son siempre obra de los mismos hombres, que si elevasen su espíritu lo suficiente echarían de ver la inmutabilidad del Señor y que la fuerza espiritual de santidad fluye de El tan constantemente como siempre. Así, pues, el abatimiento y la duda son brotes de la ignorancia y la insensatez, que se han de repudiar y desechar cual demostraciones de ingratitud al Donador de todo bien.

La segunda parte de la homilía fue igualmente práctica Siguió diciendo el sacerdote que tan sólo quienes gozaban de perfecta salud podían aprovechar plena-mente los beneficios de la acción solar, y que la señal de salo l perfecta en todos aspectos era la semejanza de los hombres con su Señor el Sol. Así como el hombre de cuerpo plenamente sano puede compararse a un sol menor que derrama fuerza y vida en su derredor, de modo que fortalece al débil, alivia al enfermo y consuela al triste, así también el hombre de perfecta salud de alma es un sol espiritual que irradia amor, pureza y santidad era cuantos tienen la dicha de ponerse en contacto con él. Añadió que el deber del hombre es mostrarse agradecido a los dones de su Señor, disponiéndose primeramente a recibirlos en toda su plenitud, para transmitirlos después íntegramente a sus prójimos. Ambos fines sólo pueden lograrse por la constan-te imitación de la benevolencia del Espíritu del Sol, que siempre atrae a sus fijos más y más cerca de El.

Tal fue este sermón de hace catorce mil años; y aunque sencillo, no podemos por menos de reconocer el carácter eminentemente teosófico de sus enseñanzas, que aventajan en conocimiento de la vida a los más elocuentes sermones de hoy día. Advertirnos acá y allá algunos pormenores de especial significación, como, por ejemplo, el exacto conocimiento de que la radiación de la vitalidad sobrante en un hombre sano parece indicar la, posesión de la facultad clarividente entre los de quienes derivó la radiación.

Se recordará que, además del ministerio estrictamente religioso, tenían lo sacerdotes a su cargo la educación nacional, absolutamente gratuita y del todo la misma, en sus primeras etapas, para todos los ciudadanos, sin distinción de categoría ni sexo.

Desde muy temprana edad asistían los alumnos a las clases preparatorias, donde niños y niñas recibían conjuntamente la enseñanza que, en líneas generales, era análoga a la llamada hoy educación primaria, aunque diferían notablemente las materias asignadas. Se enseñaba lectura, escritura y algo parecido a la aritmética, debiendo cada alumno adquirir cierta soltura en estas materias; pero el plan docente incluía muchos otros puntos, algo difíciles

de clasificar, que constituían un elemental y sencillo conocimiento de las reglas general es y comunes intereses de la vida, a fin de que ningún niño ni niña de diez u once años cumplidos ignorase el modo de satisfacer las necesidades de la vida y cómo se hacían las cosas de uso más común. Las relaciones entre maestros y alumnos eran sumamente cariñosas, sin nada que en lo más mínimo se asemejase al insensato sistema de premios y castigos, tan perniciosamente predominante en la moderna vida escolar.

Aunque eran muchas las horas de clase, impedía que los alumnos se fatigasen la diversidad de ocupaciones, entre las cuales se contaban algunas que nosotros tendríamos por extrañas a la escuela. Así, por ejemplo, se les enseñaba a preparar y cocer manjares sencillos, a distinguir los frutos sanos de los ponzoñosos, a guarecerse y sustentarse en caso de que se perdieran en la selva, a manejar las más sencillas herramientas de carpintería, albañilería y arquitectura, a caminar sin otra guía que la posición del sol y de las estrellas, a pilotear una canoa y a nadar, trepar y saltar con admirable destreza. También se les instruía en la asistencia de heridos y accidentados y en el empleo de hierbas medicinales. Todo este variado e interesante programa no era pura materia teórica para los alumnos, sino que constantemente se les impelía a ponerlo en práctica, de modo que, antes de salir de la escuela preparatoria, fuesen ya niños en extremo hábiles y capaces de obrar por sí mismos, hasta cierto punto, en cualquier contingencia que les pudiese sobrevenir.

Asimismo se les instruía cuidadosamente en la constitución política de su país, y se les explicaba la razón de los usos y costumbres. En cambio, ignoraban muchas cosas que aprenden los niños europeos, pues no sabían más idioma que el propio, aunque lo hablaban con mucha pureza y propiedad, gracias al esfuerzo de los maestros, que para ello se valían más bien de continuados ejercicios prácticos que del conocimiento de las reglas gramaticales. No sabían álgebra ni geometría ni historia ni más geografía que la de su país. Al salir el alumno de la escuela preparatoria hubiera sido capaz de edificar una cómoda casa, pero no de diseñarla, ni tampoco sabían química, aunque estaban perfectamente instruidas en los principios generales de higiene práctica.

Antes de terminar la etapa preparatoria, alcanzaba el alumno cierto grado de las diversas cualidades de buena ciudadanía. La mayor parte llegaban a este nivel a los doce años, pero los tardíos necesitaban algunos más.

A los directores de las escuelas preparatorias les cabía la responsabilidad de señalar la futura profesión de cada alumno, o por mejor decir, aconsejarle la más adecuada, pues a ninguno se le forzaba a ocuparse en profesión que no fuese de su gusto. Pero de todos modos había de elegirla, y luego de elegida se le destinaba a una especie de escuela técnica, cuyo especial fin era prepararle al género de vida que había elegido. En aquella escuela permanecía los nueve o diez años restantes del periodo educacional, ejercitándose principalmente en labores prácticas de la índole en que había de emplear sus energías. Esta característica predominaba en todo el plan de enseñanza, cuya parte teórica se subordinaba a la práctica, de modo que

después de enseñarles a los alumnos unas cuantas veces a hacer una cosa, habían de hacerla por sí mismos y repetirla una y otra vez hasta adquirir la conveniente facilidad de ejecución,

Sin embargo, toda esta ordenación tenía muy elástico margen; y así, por ejemplo, al alumno que tras las necesarias pruebas manifestaba ineptitud para la profesión elegida, se le concedía, previo informe de sus profesores, tornar, otra y trasladarse a la correspondiente escuela profesional. Pero estos traslados parece que fueron muy raros, porque en la mayor parte de los casos, antes de salir de la escuela preparatoria había ya revelado el alumno sus peculiares aptitudes para uno u otro de los géneros de vida que se abrían antes sus pasos.

Todo niño, cualquiera que fuese su cuna, podía seguir la carrera oficial, previa aprobación de sus maestros; aunque la educación en este caso era tan sumamente severa y tan sobresalientes las cualidades requeridas, que nunca había demasiado número de aspirantes.

Por otra parte, los maestros estaban siempre en acecho de niños de no común capacidad, a fin de disponerlos a la honrosa pero ardua carrera del Estado, si querían abrazarla.

Además de las profesiones oficiales de funcionarios y sacerdotes, había otras abiertas a la elección de la juventud, entre ellas diversidad de manufacturas col' amplios horizontes para el desenvolvimiento de la aptitud artística en sus distintas modalidades y varias series de metalistería, construcción de maquinaria y toda clase de estilos de arquitectura. Pero la principal profesión del país era la agronomía o agricultura científicas, en la que se apoyaba dilatadamente el bienestar de la nación, por lo que se la había mirado siempre con muy atento interés. Gracias a una larga serie de pacientes experimentos, proseguidos de generación en generación, se había establecido con toda certeza la calidad de los terrenos del país, de modo que en la época a que nos referimos, ya existía un gran conjunto de tradiciones sobre el particular. Los pormenorizados informes de estos experimentos se conservaban en los que ahora llamaríamos archivos del ministerio de agricultura; pero los resultados prácticos se compendiaban, para instrucción del pueblo, en una serie de breves máximas, dispuestas de modo que los estudiantes pudiesen retenerlas fácilmente en la memoria.

Sin embargo, los que se dedicaban a la profesión agrícola no habían de seguir obligadamente las opiniones de sus antepasados, sitio que, por el contrario, recibían estímulo para realizar nuevos experimentos, y quienquiera que inventaba un nuevo y útil abono ó una máquina aliviadora del trabajo muscular, lograba honrosa recompensa del gobierno imperial.

Había repartidas por todo el país gran número de granjas agrícolas costeadas por el Estado, donde los jóvenes recibían cuidadosa educación que, como en la escuela primaria, era más práctica que teórica, y cada alumno había de llevar a cabo por sí mismo, en todas sus partes, las labores que con el tiempo estaba destinado a presidir.

En estas granjas se realizaban a costa del Estado las experiencias de toda innovación, cuyo inventor no necesitaba buscar el capital necesario para ponerla en práctica, lo que en nuestros días es uno de los mayores impedimentos del éxito. No tenía más que exponer la idea al jefe de su distrito, quien, en caso necesario, tomaba consejos de varones experimentados, y si éstos no oponían alguna evidente objeción al razonamiento del inventor, se le proporcionaban los medios necesarios para ensayar su procedimiento, o construir bajo su propia dirección la proyectada máquina, sin demora ni molestia por su parte. Si las pruebas demostraban la utilidad del invento, lo adoptaba el gobierno para emplearlo donde fuese necesario.

Los agrónomos habían discurrido los medios de adaptar las diversas clases de abono a las diferentes calidades de terreno, pues no sólo empleaban para ello el guano que hoy importamos de aquel país, sino que ensayaban todo linaje de combinaciones químicas, algunas con excelente éxito. Disponían de un ingenioso aunque complicado sistema de canalización y desagüe, mucho más eficaz que cuantos conocemos hoy día.

También estaban muy adelantados en la construcción y uso de las máquinas, si bien éstas eran, por la mayor parte, más sencillas y toscas que las nuestras, y no conocían los exactísimos procedimientos de ajuste, que es la característica predominante de la moderna industria mecánica. Mas no obstante lo engorroso y pesado de aquellas máquinas, producían efectos útiles y no se descomponían fácilmente. Observamos el curioso ejemplo de una sembradora cuya parte principal parecía como si se hubiese modelado en imitación del desovador de un insecto. Tenía la forma de un carro ancho y bajo que, según rodaba por el campo, abría automáticamente diez líneas de hoyos a cierta distancia, depositaba una semilla en cada uno de ellos, la regaba y volvía a alisar la tierra.

Sin duda conocían algún tanto la hidráulica, porque algunas de sus máquinas estaban accionadas por presión de agua, sobre todo las extraordinariamente perfectas y útiles que empleaban en su acabado sistema de irrigación. Gran parte del territorio era montuoso y no podía cultivarse con provecho en su estado natural, por lo que aquellos antiguos habitantes lo labraban cuidadosamente en bancales, al estilo de lo que hoy día se hace en Ceilán. Quien haya viajado en ferrocarril de Kambukkana a Peradeniya no dejará de haber visto muchos ejemplos de esta clase de laboreo. En el antiguo Perú se cultivaba con escrupuloso cuidado hasta el último rincón del terreno aldeaño de las ciudades populosas.

Poseían los antiguos peruanos gran copia de conocimientos científicos; pero toda su ciencia era de índole rigurosamente práctica y no tenían idea de los especulativos estudios a que nosotros nos aplicamos. Así, por ejemplo, estudiaban cuidadosamente la botánica, pero en modo alguno desde nuestro punto de vista, ya que nada sabían de la clasificación de las plantas en exógenas y endógenas, ni del número de estambres de una flor ni de la disposición de las hojas en el tallo; y en cambio, conocían perfectísimamente sus virtudes medicinales, nutritivas ó tintóreas.

Lo mismo ocurría en química, pues ignoraban el número y colocación de los átomos en las combinaciones carburadas ni tenían idea de los átomos y moléculas, al menos en lo que alcanzó nuestra investigación; pero les interesaban las sustancias químicas de cuya combinación pudieran resultar valiosos abonos agrícolas y productos aprovechables en las manufacturas o proporcionarles un hermoso tinte o un útil ácido. Todo estudio científico tenía determinada finalidad práctica y toda investigación se encaminaba a descubrir algo concretamente relacionado con la vida humana y nunca con propósito de adquirir conocimientos abstractos.

Acaso la ciencia para ellos más abstracta de todas era la astronomía, que se consideraba como conocimiento más bien sagrado que profano. Difería de los demás objetos de estudio en que todo lo a ella referente se conservaba por tradición, sin cuidarse de aumentar su caudal de conocimientos astronómicos, si bien no muy copioso, lo bastante exacto para su propósito. Conocían la diferencia entre los planetas y los demás astros y los llamaban "hijos mayores del Sol" y también hermanos de la tierra, que asimismo sabían que era un planeta de forma globular, cuya rotación en torno de su eje determinaba el día y la noche, mientras que las estaciones resultaban de su revolución alrededor del sol. Igualmente sabían que las estrellas fijas eran extrañas al sistema solar y consideraban los cometas como mensajeros que otros grandes Seres enviaban al Señor del Sol. Sin embargo, cabe la duda de si tenían adecuado concepto del verdadero tamaño de los cuerpos celestes.

Predecían con perfecta exactitud los eclipses de sol y luna, no por cálculo directo, sino por el uso de una fórmula tradicional, y como comprendían su causa, no les daban mucha importancia. Hay abundantes pruebas para demostrar que los sabios de quienes heredaron las tradiciones astronómicas, debieron ser capaces de llevar a cabo directas observaciones o estar dotados de facultades clarividentes que hiciesen innecesarias dichas observaciones; pero ni de una ni de otra prerrogativa gozaban los peruanos de la época a que nos referimos. La única observación directamente personal que se les vio hacer, fue para determinar el momento exacto del paso del sol por el meridiano, midiendo al efecto cuidadosamente una alta columna del templo y disponiendo un juego de estaquillas que se movían a lo largo de ranuras de piedra para indicarlo con toda exactitud. El mismo aparato de primitiva traza se empleó para determinar la fecha de los solsticios, relacionada con la celebración de especiales funciones religiosas.

(1) Las páginas preliminares de esta descripción del antiguo Perú, según se publicaron en *Theosophical Review*, se encontrarán en el Apéndice III, con una breve exposición de las circunstancias en que originalmente se escribieron.

(2) Quienes conozcan la antigua literatura inda echarán de ver, desde luego, la similitud entre este régimen y el predominante en los primitivos tiempos de la

raza aria. Muy natural es esta semejanza, puesto que todos los manús pertenecen a la misma Jerarquía y están ocupados en análoga obra.

(3) Seria de desear que esta doctrina se comprendiese más plenamente en nuestra época.

(4) Esta enseñanza ha sido plenamente comprobada por los descubrimientos de la ciencia moderna.

CAPÍTULO XII

Dos civilizaciones atlantes

Los toltecas en el antiguo Perú. 12.000 años antes de J. C.

(Continuación)

La arquitectura de esta antigua raza difería, en muchos aspectos, de todos los estilos con que estamos familiarizados, y su estudio sería en extremo interesante para el clarividente que poseyera conocimientos técnicos sobre la materia. Nuestra carencia de tal conocimiento dificulta la exacta descripción de sus pormenores, aunque esperamos sugerir algo de la general impresión que a primera vista causa en los observadores del presente siglo.

Era dicha arquitectura de proporciones colosales, aunque sin afectación alguna, y en algunos casos daba manifiestos indicios de haberse empleado en ella largos años de trabajo, demostrando con toda evidencia su destino prácticamente utilitario más bien que ornamental. Muchos edificios eran muy vastos; pero la mayor parte de ellos parecerían hoy desproporcionados, pues la poca elevación de los techos no correspondía a las dimensiones de los aposentos. Así, por ejemplo, solían verse en el palacio de un gobernador varias estancias tan grandes como el salón de Westminster, y sin embargo, ninguno tenía más de unos tres metros y medio de altura. Aunque conocían las columnas, rara vez las empleaban, y lo que en nuestra arquitectura son graciosas columnatas, eran en la peruana paredes con sucesivas aberturas. Los pilares eran macizos y con frecuencia monolíticos.

Seguramente que no conocían el arco de clave, pero sí empleaban ventanas o puertas con dinteles semicirculares. En la mayor parte de los casos colocaban un pesado semicírculo de metal sobre los montantes de la abertura, por más que generalmente confiaban del todo en el poderoso aglutinante de que se vallan en vez de mortero. Ignoramos la composición de este material, aunque sabemos que era muy eficaz. Cortaban y disponían los enormes bloques de piedra con tanta exactitud, que apenas se echaban de ver las juntas, disimuladas exteriormente con arcilla, y se les daba después un baño de mortero caliente para llenar los intersticios, de modo que, una vez enfriado el baño, tomaban las piedras un aspecto semejante al cristal. Entonces se rascaba la arcilla y quedaba concluida la pared, con las juntas más sólidas todavía que la piedra misma, hasta el punto de no sufrir menoscabo en ellas cuando con el transcurso de los siglos se estropeaba la obra de albañilería.

La mayor parte de las casas aldeanas eran de ladrillos de arcilla de forma cúbica y un metro de lado. La arcilla no estaba cocida, sino que, después de mezclada con una preparación química, se la dejaba endurecer al aire libre durante algunos meses, de modo que, por su aspecto y consistencia, parecían

bloques de cemento más bien que ladrillos, y las casas con ellos edificadas apenas eran inferiores a las de piedra.

La traza y disposición de todas las casas, aun de las más pequeñas, se sujetaba al clásico plan oriental del patio céntrico, y todas tenían igualmente paredes cuyo espesor diputaríamos hoy por enorme. Las más sencillas y pobres cabañas contaban con cuatro aposentos, uno en cada lado del patinillo en que se abrían, y como estos aposentos carecían por lo común de ventanas, resultaba sombrío y desnudo el aspecto exterior de estas casas. Las calles pobres de las ciudades o aldeas no ostentaban ornamentaciones arquitectónicas, y tan sólo un friso, del mismo estilo en todas, quebraba la monotonía de las fachadas.

La entrada se abría siempre en un ángulo del edificio, y en los primitivos tiempos la puerta, consistía sencillamente en una enorme losa de piedra que, a manera de rastrillo, se levantaba y bajaba corredizamente ente en ranuras laterales por medio de contrapesos. Cuando la puerta estaba cerrada podían desmontarse los contrapesos y colocarlos en anaqueles, quedando entonces la losa como una masa inmovible que, seguramente, hubiera descorazonado a los ladrones, de existir gentes de esta calaña en tan bien regido país. En las casas de las clases acomodadas, la losa de la puerta estaba primorosamente, esculpida, y en tiempos posteriores, quedó substituida por una gruesa plancha de metal. Sin embargo, apenas varió su funcionamiento, aunque observamos algunas pesadas puertas metálicas que giraban sobre goznes.

Las casas mayores se edificaron en un principio con exacta sujeción al plano de las demás, aunque con mayores elementos ornamentales, no sólo en cuanto al esculpido de la piedra según modelos, sino también en la aplicación de anchas fajas de metal en su superficie. En un clima como el del Perú, las casas tan macizamente edificadas eran casi eternas, y a este tipo arquitectónico pertenecían la mayoría de las existentes en la época a que se refieren nuestras investigaciones. Algunas de época posterior (construidas, sin duda, cuando el pueblo estaba ya convencido de la consolidación del régimen político y respetaba el poder de los legisladores), tenían una doble serie de aposentos alrededor del patio, como se ve en algunas casas modernas. Una serie daba al patio, convertido para el caso en jardín, y la otra serie se abría hacia la parte exterior de la casa, estando provistos sus aposentos de amplias ventanas o, mejor dicho, aberturas que se cerraban como las puertas, pues aunque aquellos peruanos fabricaban diversidad de vidrios, no los aplicaban a las ventanas.

Vemos, por lo tanto, que el estilo general de la arquitectura doméstica, así en las grandes como en las pequeñas casas, era algo severo y monótono, aunque admirablemente adaptado al clima del país.

Las techumbres eran muy pesadas, casi planas, y todas ellas, invariablemente, de piedra o de planchas de metal. Una, de las más notables características de la edificación consistía en que no empleaban en ella para nada la madera, a causa de su combustibilidad, y por esta razón no hubo jamás incendios en el antiguo Perú.

El procedimiento constructivo era muy singular. No se valían de andamios, sino que a medida que se iba erigiendo el edificio se rellenaban los huecos de tierra, y al tener las paredes toda su altura, quedaba al mismo nivel la tierra colocada entre ellas.

Sobre las paredes se asentaban las piedras de la techumbre, derramando en sus juntas el cemento caliente, como de costumbre. Una vez hecha esta operación, se extraía la tierra y la techumbre gravitaba por su propio y prodigioso peso con perfecta seguridad, gracias a la potencia del maravilloso cemento. En efecto, el edificio todo, tanto las paredes como la techumbre, constituían, una vez terminadas, fuese cual fuese su destino, un compacto bloque como si se hubiera excavado en la roca viva. Este procedimiento, dicho sea de paso, ha sido adoptado actualmente en las construcciones erigidas en las faldas de las montañas.

Unas cuantas casas de la capital tenían sobrepuesto un primer piso; pero esta idea no logró el favor popular y tan atrevida innovación fue sumamente rara. Sin embargo, en algunas casas de los sacerdotes ó monjes del Sol, se había obtenido, por un curioso procedimiento, el mismo efecto de una serie de pisos sobrepuestos, aunque esta disposición nunca hubiera podido adoptarse extensivamente en una ciudad populosa. Al efecto, se construía una vasta plataforma de tierra de mil pies en cuadro de superficie y cincuenta a ochenta de altura, junto a la cual, pero a cincuenta pies más adentro del borde de cada lado, se levantaba otra plataforma de novecientos pies y sobre ésta una tercera de ochocientos pies de lado, y luego otra de setecientos pies de lado, y así una sobre otra, de dimensiones progresivamente decrecientes, basta la décima plataforma de sólo cien pies de lado. En el centro de esta final plataforma se levantaba un pequeño santuario dedicado al Sol.

El efecto de conjunto era algo parecido a una gran pirámide achatada, que se alzaba en anchos y lisos peldaños como una especie de colina quebrada en terrazas. En el frente perpendicular de cada una de estas enormes plataformas se abrían los aposentos o, por mejor decir, las celdas donde moraban los monjes y sus huéspedes. Cada celda tenía un aposento exterior y otro interior que recibía la luz del primero abierto al aire en la fachada, por lo que tan sólo tenía tres paredes y techo. Ambos aposentos estaban revestidos y pavimentados con losas de piedra sólidamente unidas, como de costumbre, por medio del cemento. Las terrazas delanteras se disponían en forma de jardines y senderos, de modo que la residencia en las celdas resultaba en extremo deleitosa.

En algunos casos se aprovechaba una eminencia natural del terreno para seccionarla en plataformas, aunque la mayor parte de dichas pirámides eran de construcción artificial. Frecuentemente abrían túneles en las entrañas de la plataforma inferior y construían cámaras subterráneas para servir de silos y otros menesteres.

Además de estas notables pirámides aplanadas, habla los ordinarios templos del Sol, algunos de ellos de grandes dimensiones, que cubrían vasta superficie de terreno, aunque todos tenían a los ojos de un europeo el defecto de ser demasiado bajos en proporción a su longitud. Siempre estaban rodeados de amenos jardines bajo cuyos árboles se explicaban la mayor parte de las enseñanzas que tan merecida fama hablan dado a estos templos.

Sí el exterior era algunas veces menos admirable de lo que se hubiera podido apetecer, el interior compensaba sobradamente todo posible defecto. La abundancia de metales preciosos empleados en la ornamentación seguía siendo una característica de la vida peruana cuando, miles de años más tarde, un puñado de españoles sometió a la relativamente degenerada raza que había sucedido a la cuyas costumbres estamos tratando de describir. En la época a que se refiere nuestra información, los habitantes del Perú no conocían nuestro arte del dorado, pero eran sumamente hábiles en forjar anchas y delgadas planchas de metal, por lo que no era raro que las paredes de los templos estuviesen completamente revestidas de planchas de oro y plata cuyo espesor solía medir seis milímetros y se las amoldaba a los delicados relieves de la piedra, como si hubiesen sido de papel, de modo que, desde nuestro moderno punto de vista, un templo era frecuentemente depósito de indecibles riquezas.

Pero la raza que construyó aquellos templos no miraba en modo alguno sus riquezas como nosotros las consideramos, sino sencillamente como apropiados elementos de ornamentación. Conviene recordar que no sólo se ornaban de esta manera los templos, sino que toda casa de algún respeto tenía las paredes revestidas de uno u otro metal, así como nosotros las tapizamos de papel pintado; y la casa que tenía, desnudas las paredes, era entre ellos, lo mismo que entre nosotros el enjabelgado de cal, es decir, que la falta de ornamentación se relegaba a las casas rústicas y al exterior de las urbanas.

Sin embargo, únicamente los palacios del rey y de los virreyes estaban tapizados de oro puro como los templos, pues las demás clases sociales recurrían a toda clase de hermosas y útiles aleaciones, con las que, relativamente a menor coste, obtenían riquísimos efectos.

Al hablar de la arquitectura de los antiguos peruanos, no debemos olvidar la cadena de fortalezas levantadas por orden del rey en las fronteras de su imperio, a fin de mantener en respeto a las tribus bárbaras que más allá habitaban. También sería necesaria aquí la intervención de un perito para describir exactamente y juzgar con acierto estas fortalezas, aunque, desde luego, echaría de ver que en la mayor parte de los casos estaba admirablemente elegida la posición de aquellas fortalezas y que con el conveniente artillado debieron ser inexpugnables. La altura y espesor de sus muros era enorme en algunos casos, con la peculiaridad (propia de todas las paredes de edificaciones rústicas) de que tenían forma cónica, pues desde la base, de algunos pies de espesor, iban adelgazándose hasta disminuirlo notablemente a la altura de veinte o treinta yardas. En la masa de estos maravillosos muros se abrían garitas de centinela y pasadizos secretos, estando el interior del fuerte tan bien distribuido y copiosamente aprovisionado,

que la guarnición hubiera podido resistir sin penuria muy largo asedio. Nos llamó particularmente la atención el ingenioso artificio de una serie de puertas, una dentro de otra, enlazadas por estrechos y tortuosos pasillos, que hubieran puesto a los asaltantes en marcos de los defensores.

Pero las más admirables obras de aquel pueblo singular fueron, sin duda, las carreteras, puentes y acueductos. Se dilataban las primeras en centenares y aun millares de millas por todo el territorio, salvando todo obstáculo natural con tan gallardo atrevimiento, que admiraría a los más audaces ingenieros de nuestro tiempo. Todo se hacía en este punto magníficamente, y aunque en algunos casos hubieron de emplear incalculable suma de labor, los resultados obtenidos fueron grandiosos y permanentes. Estaban las carreteras empedradas en toda su extensión con baldosas de piedra, como hoy lo están las aceras de las calles de Londres, y a una y otra margen daban regalada sombra frondosos árboles y odoríferos arbustos embalsamaban el aire con su fragancia. Por esta suerte cruzaba todo el territorio una red de espléndidas avenidas pavimentadas, por las cuales iban y venían diariamente los mensajeros del rey, que oficiaban al mismo tiempo de postillones, pues uno de sus deberes era distribuir y recoger gratuitamente la correspondencia de los ciudadanos.

Cuando los constructores de carreteras tropezaban con un río o un torrente, entonces era, de ver en grado máximo la indomable perseverancia y el paciente ingenio de aquella raza. Según hemos dicho, desconocían el principio constructivo del arco; pero se aproximaban a él en la construcción de puentes, dando a cada hilera de sillares una proyección más saliente que la inmediata inferior, hasta encontrar el apoyo de dos pilares. El maravilloso cemento endurecía después como compacta roca el conjunto de la fábrica. No conocían los cofres rajados cimentadoras, de modo que solían emplear increíble suma de trabajo para desviar el curso de un río y tender el puente. En otros casos levantaban un dique en el cauce, hasta alcanzar el paraje donde habían de asentar el pilar, y una vez hecha esta operación arrasaban el dique. A causa de estas dificultades, preferían siempre que era posible las obras de embalsamamiento a las de pontazgo, y así hacían pasar una carretera o un acueducto a través de ríos o torrentes de muy profundo cauce, previo el embalse de las aguas en multitud de atarjeas en vez de valerse de un puente ordinario.

El sistema de riegos era de admirable perfección y subsistía en gran parte en tiempos de la última raza, de modo que muchas comarcas del país, hoy áridas, fueron fértiles hasta que el abastecimiento de aguas cayó en las todavía más incompetentes manos de los conquistadores españoles. Probablemente ninguna obra de ingeniería en el mundo ha superado en magnitud a las carreteras y acueductos del Perú antiguo. Y todo esto no lo llevaban a cabo por forzosos trabajos de esclavos o cautivos, sino por jornaleros del país con ayuda del ejército.

Manténía el rey gran número de soldados para estar siempre dispuesto a dar en rostro a las tribus fronterizas; pero como su armamento era sencillo y, por otra parte, necesitaban muy poca instrucción militar, les quedaba mucho

tiempo libre para emplearlo en servicios públicos y de otra índole. Tenían a su cargo la reparación de las obras públicas de toda clase y el servicio de comeos, informes oficiales, mensajes públicos y correspondencia privada, así como la conservación de las propiedades del Estado; pero cuando se había de construir un nuevo camino o levantar otra fortaleza, tomaban a jornal los braceros necesarios para el caso.

Por supuesto, que algunas veces se encendía la guerra con las tribus vecinas, aunque en la época a que nos referimos no suscitaban graves turbulencias. Fácilmente se repelían sus incursiones y se las obligaba con tributos, o si se las consideraba en estado de recibir mayor cultura, quedaba su territorio anexionado al imperio bajo las mismas leyes de las demás provincias. Naturalmente que al principio promovían alguna dificultad aquellos nuevos ciudadanos, pues eran extraños a las costumbres y no se daban cuenta de por qué hablan de adaptarse a ellas. Sin embargo, al poco tiempo la mayor parte de ellos se aclimataban al nuevo ambiente social, y a los díscolos e incorregibles se les desterraba a otros países no sometidos todavía al imperio.

Eran aquellos peruanos sumamente humanitarios en la guerra, y no les costaba gran cosa serlo, porque casi siempre salían victoriosos en sus luchas con las tribus. Decía un adagio: “No seas nunca cruel con tu enemigo, porque mañana será tu amigo”. Al conquistar el territorio de alguna tribu vecina, evitaban cuanto les era posible la efusión de sangre, a fin de que los habitantes no repugnaran su incorporación al imperio y fuesen buenos ciudadanos con fraternales sentimientos hacia sus conquistadores.

Tenían por principales armas la lanza, la espada y el arco, así como el lazo de bolas, que todavía usan hoy los gauchos de las pampas sudamericanas, y consiste en dos bolas de piedra o de metal unidas por una cuerda, que se lanza contra las piernas de un hombre o las patas de un caballo para derribarle al suelo.

En la defensa de las fortalezas arrojaban enormes peñascos contra los asaltantes, pues la disposición del recinto permitía este medio defensivo.

Las espadas eran cortas y más bien parecían cuchillos largos, valiéndose de ellas tan sólo en el caso de romperse la lanza o quedar desarmados.

Generalmente disparaban una copiosa y sostenida lluvia de flechas para desconcertar al enemigo y arremeter contra, él a botes de lanza, sin darle tiempo a reponerse.

Las armas estaban hábilmente fabricadas, porque eran muy entendidos en metalurgia. Empleaban el Hierro, aunque no supieron convertirlo en acero, y les era menos útil que el cobre, latón y bronce, porque podían endurecer extraordinariamente estos metales ligándolos con una variedad de su notable, cemento, mientras que el hierro no admitía tan perfectamente la aleación. El resultado de este método de endurecimiento era muy valioso, pues aun al cobre puro, ligado con el cemento, se le podía dar un corte tan fino como a

nuestro mejor acero, ,y no cabe duda de que algunas aleaciones de la metalurgia peruana eran más duras que cualquier metal que podamos obtener en nuestra época.

Tal vez la más notable característica de aquella metalurgia, estribaba en su excelente finura y delicadeza. Algunos grabados en metal eran verdaderamente maravillosos y demasiado finos para echarlos de ver a simple vista, o por lo menos tratándose de nuestra presente organización visual. Entre todo y sobre todo, descollaba la maravillosa labor de filigrana, semejante a vello, en que aventajaban a toda ponderación, de modo que no se comprende cómo podían ejecutarla sin lentes de aumento. Algunas de estas labores eran tan indescriptiblemente delicadas, que no podían limpiar los objetos por los medios ordinarios, pues se hubieran quebrado al frotarlos o despolvorearlos, por mucho cuidado que se tuviese, y así los limpiaban en caso necesario con una especie de soplete.

La alfarería era otra manufactura de su especialidad. Por medio de un ingrediente químico daban a la arcilla un agradable y hermoso color carmesí, ataraceándola después con oro y plata, de modo que producían efectos no vistos por nosotros hasta ahora en ninguna parte: También aquí nos admiró la suma delicadeza de la labor. Obtenían asimismo otros hermosos colores; y una ulterior modificación de aquel siempre útil cemento hialino, daba a la preparada arcilla una transparencia casi igual a la de nuestro más límpido cristal, con la ventaja de ser mucho menos frágil y muy aproximado al cristal maleable, de que oímos hablar como una leyenda medieval. Indudablemente conocían el arte de fabricar, cierta especie de porcelana delgada, que podía doblarse sin romperse, según veremos al tratar de sus obras literarias.

Como no tenían costumbre, de emplear la madera entre los materiales fabriles, abundaban los objetos de metal y loza, fabricados mucho más hábilmente de lo que cabría sospechar en aquella época. No hay duda de que los antiguos peruanos descubrieron en sus constantes investigaciones químicas algunos procedimientos que son todavía un secreto para nuestros industriales; pero que con el tiempo redescubrirán los químicos de la quinta raza, y entonces las apremiantes necesidades y la diligente rivalidad de nuestra época exigirán la adaptación de dichos procedimientos a toda clase de objetos, nunca soñados en el antiguo Perú.

El arte pictórico estaba considerablemente extendido, y el niño que denotaba especiales aptitudes para el manejo del pincel se veía estimulado y favorecido en todo extremo. Sin embargo, los métodos corrientes eran completamente distintos de los nuestros y por su peculiar índole agravaban enormemente la dificultad de la obra, pues no pintaban en lienzo, papel ni tabla, sino en delgadas planchas de una especie de metal silícico, que dificultaba el dibujo, si bien tenía una delicada superficie de color de natilla muy parecida a la de fina porcelana mate. Estas planchas no eran quebradizas y se podían doblar como las de estaño, siendo su espesor proporcionado al tamaño, que variaba entre el de nuestras hojas de memoranda hasta las de cartón piedra.

Sobre esta superficie se aplicaban colores de exquisita brillantez y pureza, con un pincel que la propia naturaleza proporcionaba, pues consistía en una larga tira arrancada del tallo triangular de una planta fibrosa muy común. El extremo de esta tira se golpeaba en una longitud de pulgada hasta dejar desnuda la fibra que, aunque sutil como un cabello, era recia como un alambre. La parte destejada servía de pincel y la otra de mango, pudiendo renovarse la brocha repetidas veces hasta consumir toda la tira, por un procedimiento análogo al que hoy empleamos para sacar punta a los lápices, pues le bastaba al artista cortar la brocha desgastada y destejer otra pulgada del mango. La forma definitivamente prismático-triangular de este instrumento proporcionaba a la habilidad del pintor el medio de trazar líneas finísimas y de extender amplias manchas de color, según se valiese de la arista o de la cara del prisma cuya configuración conservaba la brocha de fibras.

Por lo general usaban los colores en polvo, que no desleían en agua ni en aceite, sino en un ingrediente que se secaba al momento, de suerte que una vez dado el toque era imposible alterarlo. No bosquejaban antes de pintar, sino que el artista había de dar a un tiempo la forma precisa y el color exacto, en rápidos y seguros toques, por el estilo de la pintura al fresco y algunas obras japonesas. Los colores eran fijos y de tonalidad sumamente luminosa, aventajando algunos de ellos en pureza y finura a los empleados en nuestros días. Tenían un maravilloso azul más límpido que el más exquisito ultramar y un violado y un rosa como hoy no conocemos, de los que se valían para representar, mucho más fielmente que los actuales pintores, las indescriptibles bellezas de una puesta de sol. Los adornos de oro, plata, bronce, y otro metal de intenso color carmesí desconocido de la ciencia actual, se representaban en la pintura por medio de polvillo del respectivo metal, por el estilo de las iluminaciones medioevales, y aunque este procedimiento nos parezca extraño, no puede negarse que producía sorprendentes efectos de exótica riqueza.

Tenían los pintores peruanos buena perspectiva y dibujo exacto, completamente libre de la zafia crudeza que caracterizó un periodo posterior del arte centro y sudamericano. Aunque la pintura de paisaje era aceptable en la época que estamos considerando, no formaba especialidad distinta, sino que la empleaban en el fondo de los cuadros de figura, cuyos asuntos solían ser las procesiones religiosas ó las escenas en que el rey ó algún gobernador tomaban parte principal.

Una vez terminado el cuadro (que los artistas prácticos pintaban muy rápidamente), se le daba con el pincel una cala de barniz que también tenía la propiedad de secarse al instante. La pintura quedaba así indeleble y podía exponer e al sol y a la lluvia por largo tiempo sin menoscabo alguno.

Íntimamente relacionado con el arte del país estaba la literatura, porque escribían o más bien iluminaban los libros en el mismo material y con la misma clase de colores empleados en los cuadros. Componíase el libro de cierto número de hojas delgadas de metal que solían medir 18X6 pulgadas y estaban algunas veces cosidas con alambre, aunque lo más frecuente era encuadrarlas en una caja de tres a cinco pulgadas de profundidad, comúnmente de un metal parecido al platino, con adornos de asta esculpida aplicados a la superficie

metálica por un método especial de reblandecimiento, que permitía adherirlos firmemente sin necesidad de remaches ni cemento.

Por lo que pudimos observar, no conocían nada relativo a la imprenta, y lo que más se le parecía era el empleo de una especie de velógrafo para obtener gran número de copias de las disposiciones oficiales enviadas así rápidamente a los gobernadores de provincia. Sin embargo, no observamos intento alguno de reproducción de libros por este medio, y se comprende que lo consideraran profanación, pues el país entero respetaba profundamente sus libros y los trataba con tanto cariño como un monje medieval. La copia de un libro era para ellos obra muy meritoria y muchos ejemplares estaban hermosísima y artísticamente escritos.

El campo de su literatura era algún tanto limitado. Había unos pocos tratados que pudieran clasificarse definitivamente como religiosos, o por lo menos como de ética, y su texto no difería gran cosa del sermón a que nos referimos en el capítulo anterior. Dos o tres denotaban claramente tendencias místicas; pero éstos eran menos leídos y no circulaban tanto como los que les parecían de carácter más directamente práctico. El más interesante de estos libros místicos era uno muy análogo al chino *Clásico de la Pureza*, hasta el punto de que sin duda fue éste una versión de aquél con ligeras variantes.

El conjunto de la literatura puede dividirse esbozadamente en dos partes: información científica y narraciones ejemplares. Todas las artes, oficios e industrias cultivadas en el país tenían su respectivo manual, no escritos por un solo autor, sino compilados oficialmente por el gobierno, con todos los datos, informes y reglas conocidas sobre la materia en la época de su publicación. Continuamente se completaban estos manuales con apéndices que contenían cuantos descubrimientos se iban haciendo o ideas se iban rectificando, y todo el que poseía un ejemplar lo enmendaba y ampliaba para ponerlo al corriente. Como quiera que los gobernadores estaban encargados de divulgar estos informes, llegaban a noticia de los interesados en ellos, de modo que una monografía peruana sobre determinada materia era un verdadero compendio de conocimientos útiles respecto de ella y proporcionaba resumidamente al estudiante, el resultado de las experiencias de sus predecesores en aquella especialidad.

Las narraciones ejemplares eran casi todas de un mismo tipo, con señalada finalidad ejemplar. En todas figuraba invariablemente como protagonista un rey, un gobernador o un oficial subalterno, cuya acertada o desacertada actuación se describía en las diversas contingencias narradas en el curso de la obra. Muchas de estas narraciones eran clásicas y tan populares entre ellos como entre nosotros lo son las bíblicas, pues servían para aleccionar a las gentes y enseñarles lo que en la vida privada debían hacer y debían omitir. Así es que cualquiera que fuese su categoría social, el hombre hallaba en dichas narraciones un precedente ejemplar a que ajustar sus acciones.

No sabemos con seguridad si todos aquellos relatos eran históricos, de acontecimientos reales, o si algunos de ellos eran puras ficciones, aunque lo cierto es que las gentes los tenían por verdaderos.

Cuando la acción de una de estas narraciones se desarrollaba en una provincia fronteriza, solía estar salpicada de turbulentas aventuras; pero felizmente para nuestros amigos peruanos, el fastidioso espantajo del moderno lector de novelas, el argumento amoroso, no ha aparecido aún entre ellos. Muchas situaciones de tales relatos no estaban faltas de humorismo, pues el pueblo era de carácter alegre y amigo de la risa, si bien la novela intencionadamente humorística no entraba en su literatura. Otro y todavía más lamentable lunar era la completa carencia de poesía propiamente dicha. Ciertas máximas y sentencias, expresadas en vibrante y sonora frase, corrían de boca en boca y se citaban frecuentemente, como nosotros determinados versos, aunque por muy poético que fuese el concepto, no lo expresaban en forma rítmica. Para que los niños retuviesen fácilmente en la memoria las máximas que se les enseñaban, recurrían al artificio mnemotécnico de la aliteración o mudanza de las letras de una palabra, y en las ceremonias religiosas se cantaban ciertas frases con acompañamiento de música, tal como hoy es el canto gregoriano a cuyo tono adaptarnos la letra de los salmos, sin componer la música a propósito, según ocurre con los himnos.

Esto nos mueve a considerar el arte musical de aquellos antiguos peruanos. Tenían diversidad de instrumentos, entre los cuales echamos de ver un caramillo y una especie de arpa de cuyas cuerdas arrancaban dulces, selváticas e indefinidas melodías de vibración semejante a la eólica. Pero su principal y más popular instrumento era, uno de índole parecida al armonio, que sonaba por la vibración de una lengua metálica, herida por el aire introducido en el instrumento mediante un ingenioso dispositivo mecánico en vez de pedales. No tenían claves al estilo de nuestros armonios, sino un agrupamiento en serie de pilaretes metálicos, cuyos topes sobresalían a manera de teclas, que el músico pulsaba como los modernos mecanógrafos las máquinas de escribir.

Con este instrumento se obtenían sonidos de considerable intensidad y muy bella expresión; pero como la escala musical de los antiguos peruanos era la misma que la de los atlantes y radicalmente distinta de la nuestra, resulta casi imposible para nosotros formarnos idea de los efectos obtenidos de aquel instrumento musical. De lo observado se infiere que los peruanos no conocían las que llamamos hoy piezas de música, que pudieran copiarse y reproducirse a voluntad de quienquiera, sino que cada ejecutante improvisaba su composición, y la habilidad musical no consistía en interpretar debidamente obras de maestros, sino en la facundia e ingenio de las improvisaciones.

La escultura estaba también muy floreciente entre los peruanos, aunque su estilo se caracterizaba más bien por la audacia efectista que por la gracia de la ejecución. Parece que casi todas las estatuas eran de tamaño colosal y algunas de ellas de estupenda labor, aunque, a los ojos acostumbrados al arte helénico, presenta cierto aire de aspereza la sólida consistencia de la antigua escultura peruana. Sin embargo, esculpían bajorrelieves de muy hermosa

labra, casi siempre revestidos de metal, porque el carácter de aquel pueblo se orientaba especialmente hacia la metalistería, como elemento de sus exquisitas ornamentaciones.

Respecto a los usos y costumbres de la vida social hay algunos puntos dignos de atención por lo curiosos e interesantes. Así vemos que las costumbres matrimoniales tenían un muy peculiar carácter, pues sólo se celebraban las bodas una vez al año. La opinión pública demandaba que todo ciudadano se casase, a menos de alegar poderosas razones en contrario, aunque no había nada que pudiese parecer coacción en este particular. Estaba prohibido el matrimonio entre menores; pero al llegar los jóvenes a la edad conveniente eran libres de elegir pareja, como lo son entre nosotros, aunque no podía celebrarse la boda hasta el día señalado al efecto, cuando el gobernador de la provincia ó el magistrado de la ciudad congregaba en audiencia pública a todos los jóvenes de uno y de otro sexo que durante el pasado año habían cumplido la edad núbil, y les notificaba oficialmente que eran libres de tomar estado matrimonial. Algunas parejas tenían ya resuelto aprovecharse de la oportunidad, por lo que se adelantaban a exponer su mutua voluntad ante el gobernador, quien interrogaba brevemente a los novios y los declaraba marido y mujer tras sencilla ceremonia. También decretaba el gobernador la redistribución de la propiedad rústica con arreglo a las nuevas circunstancias, pues los recién casados dejaban de pertenecer desde aquel punto a sus respectivas familias paternas y habían de constituir hogar propio. Por lo tanto, el casado recibía doble trozo de tierra que cuando soltero y, aun así, rara vez encontraba excesiva la labor relacionada con ella.

En cuanto al régimen alimenticio, observamos una particularidad. Los manjares acostumbrados eran diversos, como sucede hoy día, y aunque no sabemos si estaba prohibido pescado, es seguro que nadie lo comía en la época que consideramos. Cultivaban la patata y el *yam*, y en sus platos entraban numerosas y diversas combinaciones de maíz, arroz y leche. Con todo, tenían un extraño y en extremo artificioso manjar que bien pudiéramos llamar el sostén de su vida, pues, como el pan entre nosotros, acompañaba principalmente a todo otro manjar.

La base de dicho manjar era la harina de maíz que, amasada con varios ingredientes químicos, se sometía a una presión enorme hasta dejarla tan dura y compacta como una torta. Los ingredientes químicos se dosificaban de suerte que la masa contuviese todos los principios necesarios a la nutrición del cuerpo en el menor volumen posible, y tan feliz resultado les daba, que con una delgada rebanada tenían bastante para todo el día, pudiendo llevar un hombre consigo, sin el menor inconveniente, la provisión necesaria para un largo viaje.

La manera más sencilla de comer este manjar era la de chuparlo como un caramelo; pero si no les faltaba tiempo para ello lo hervían o guisaban de diversas maneras que aumentaban su volumen.

Aunque tenía de por sí este manjar sabor determinado, se le aromatizaba con diversas esencias en el curso de la elaboración, correspondiendo un especial color a cada una. Así, por ejemplo, las tortas de

color de rosa estaban aromatizadas con esencia de granada, las azules con vainilla, las amarillas con naranja, las listadas de rosa y blanco con guayaba, etc., de modo, que había para satisfacer todos los gustos.

Esta curiosa pasta prensada era el primordial alimento del país, y gran número de gentes no probaban otro, aunque tuvieran abundancia de platos que escoger. Lo elaboraban en cantidades tan enormes, que resultaba relativamente barato y al alcance de todos los hogares, siendo notorias sus ventajas para la alimentación de las clases trabajadoras. Cultivaban muchos frutos que, acompañados de la torta, comían quienes de ellos gustaban, pero estos suplementos de alimentación eran. cuestión de paladar y no de necesidad.

Mostraban las gentes, por lo general, mucha afición a los animales domésticos, que los tenían de varias especies, y en el transcurso del tiempo adelantaron en extraordinario grado la evolución específica de estas bestias. Las más favoritas eran monos pequeños y gatos, de los que había muchas y muy fantásticas variedades de casta casi tan distinta del tipo originario como lo son hoy las deformidades llamadas “perros de gotera”. Respecto a los gatos los tenían de extraños colores, habiendo logrado criar algunos de hermoso y brillante pelaje azul, como no se encuentra entre los cuadrúpedos.

También había gentes aficionadas a los pájaros, según era de esperar en un continente donde hay aves de tan magníficamente matizado plumaje; y no es en modo alguno imposible que a su cuidado en la selección debamos tal o cual de las espléndidas variedades ornitológicas que hoy habitan en los bosques del Amazonas. Algunas señoras de las mas ricas tenían grandes pajareras de dorado alambre en el patio de su casa, y dedicaban el tiempo sobrante al cultivo de la inteligencia y afecto de sus alados favoritos.

El traje nacional, sencillo y parco, consistía en una especie de vestidura suelta y flotante, no del todo distinta a la de hoy día en Oriente, aunque los antiguos peruanos preferían las telas de colores a las blancas, contra el gusto general de los actuales indos que prefieren el color blanco. Un peruano en traje de fiesta era digno de ver por lo brillante de su aspecto, y acaso sólo pueda tener hoy término -de comparación entre los birmanos. Por regla general, las señoras gustaban de vestidos azules, y en la época a que nos referimos era muy común uno sumamente parecido al con que los pintores medioevales suelen representar a la Virgen María. El material era, de ordinario, el algodón, si bien usaban algunas veces la fina y blanda lana de llama y vicuña. Fabricaban, asimismo, una tela muy recia con fibras de magüey manipuladas químicamente al efecto.

Tenía aquel pueblo toda clase de facilidades en el empleo de aparatos mecánicos para calcular rápidamente, según era característico de la raza atlante, y se valían del tablero contador, muy parecido al que con tanta destreza usan todavía hoy los japoneses, o bien empleaban, en vez de dicho tablero, otro aparato menos costoso, formado por una especie de orla de cuerdas nudosas, que acaso sea el original del quipus, encontrado miles de años más tarde en aquel país por los españoles.

Al estudiar una antigua civilización como ésta, se echan de ver tantos puntos interesantes por su analogía o contraste con la vida de nuestra época, que resulta muy difícil el acierto en lo que se debe relatar y lo que se debe omitir. Nos es imposible comunicar a nuestros lectores el sentimiento de vívida realidad que todo ello infundió en cuantos lo hemos visto; pero confiamos en que, para algunos por lo menos, no habremos fracasado del todo al resucitar momentáneamente este pasado, muerto hace larguísimo tiempo. Y recordemos que nosotros mismos, muchos de los que ahora vivimos y actuamos en la Sociedad Teosófica, nacimos en aquel entonces entre los habitantes del Perú antiguo. Muchos amigos queridos a quienes aflora conocemos y amamos, fueron también amigos y parientes en aquella remotísima época, de modo que el recuerdo de cuanto hemos tratado de describir debe estar dormido en lo profundo del cuerpo causal de alguno de nuestros lectores, y no sería del todo imposible que se les reavive la memoria, si sosegadamente meditan en la descripción. Si alguien lo lograra, echaría de ver cuán curiosa e interesante es la retrospectiva de aquellas tanto tiempo tía olvidadas vidas, para percatarnos de lo que desde entonces hemos ganado y dejado de ganar (1).

A primera vista parece como si en muchos aspectos de importancia hubiese habido más bien retroceso que progreso. La vida física, con todas sus circunstancias, estaba indudablemente mucho mejor gobernada a la sazón que lo está ahora y lo estuvo desde entonces. Las clases directoras tenían para las obras altruistas y el cumplimiento del deber ocasiones que acaso nunca hayan sido superadas, con añadidura de que no eran necesarios esfuerzos ni luchas de orden mental con las clases inferiores, y cuando se realizaban tenían abundante recompensa.

Seguramente que el estado de la opinión pública no es tan valioso ni el sentimiento del deber tan potente ahora como lo fueron entonces; pero la comparación resulta en verdad espinosa, pues nosotros somos una raza relativamente joven, mientras que la del antiguo Perú era uno de los más gloriosos vástagos de una raza que de muchísimos siglos había ya transpuesto la juventud.

A causa de nuestra ignorancia, estarnos atravesando ahora un período de pruebas, tormentas y violencias; pero con el tiempo, cuando tengamos un poco más de buen sentido, entraremos en una era de éxito y sosiego, y entonces, por ley de evolución, alcanzaremos un más elevado nivel que el suyo.

Hemos de recordar que, no obstante su hermosa religión, nada sabían del verdadero ocultismo ni tenían del grandioso plan del universo el vislumbre que tenemos cuantos nos aprovechamos privilegiadamente del estudio de la Teosofía. Cuando nuestra quinta raza raíz llegue a la misma etapa de la vida

de los antiguos peruanos, podremos tener la segura esperanza de hermanar las condiciones físicas, tan excelentes como las suyas, con la verdadera enseñanza filosófica y con un desarrollo intelectual y espiritual muy superior al que nos hubiera sido posible cuando, hace catorce mil años, formábamos parte de aquella espléndida reliquia de la civilización atlante.

(1) Véase: Apéndice IV.

CAPÍTULO XIII

Dos civilizaciones atlantes

La Turania en la antigua Caldea. 19.000 años antes de J. C.

Otra civilización que nos interesó por su parte tanto como la del Perú, fue la un tiempo floreciente en la región de Asia llamada posteriormente Babilonia o Caldea. Aquellos dos antiguos imperios ofrecen de común que tanto uno como otro, muchos siglos después de la gloriosa época objeto de nuestras investigaciones, cayeron en manos de pueblos muy inferiores en la escala de la civilización, que, no obstante, se asimilaron, en cuanto les cupo, las costumbres, leyes y religión de los vencidos. De la propia suerte que el Perú conquistado por Pizarro era, en casi todos sus aspectos, un pálido reflejo del Perú antiguo, así también la Babilonia de los arqueólogos era, desde muchos puntos de vista, degenerado remedo de un anterior y más poderoso imperio.

Decimos desde muchos puntos de vista, y no todos, porque es posible que en el pináculo de su gloria sobrepusiera el segundo al primer imperio en poderío militar, en extensión de territorio y en actividad comercial; pero en cambio, la primera raza aventajó indudablemente a la segunda en sencillez de costumbres, ardorosa devoción a los dogmas de la notable religión que profesaban, y en el verdadero conocimiento de los fenómenos de la naturaleza.

Difícilmente podría hallarse más áspero contraste entre dos países, que le hubo entre Perú y Babilonia. El primero tenía por capital característica su notable sistema de gobierno, y la religión formaba una parte comparativamente menor de la vida del pueblo, es decir, que las funciones de los sacerdotes como maestros, médicos y agentes del vasto plan de previsión para la vejez, era a sus ojos mucho más importante que el ministerio eventual de predicación y plegaria relacionado con el servicio de los templos. Por el contrario, en Caldea, el sistema de gobierno nada tenía de excepcional, y el principal factor de la vida era la religión, pues no se acometía empresa alguna sin su especial referencia. Así es que la religión del pueblo predominaba y henchía su vida hasta un punto tal vez igualado tan sólo entre los brahmanes de la India.

Se recordará que el culto religioso de los peruanos era una sencilla aunque en extremo hermosa forma de heliolatría, o mejor dicho, de adoración al Espíritu del Sol. Tenían pocos y claros dogmas, cuya principal característica era el júbilo que en todo reinaba. En Caldea presentaba la fe más severo y místico aspecto, con mayor complejidad de ritual. No sólo adoraban al Sol, sino a las Huestes de los cielos, y la religión consistía en un muy bien acabado ordenamiento del culto a los ángeles de las estrellas, aparte de un completo y perfecto sistema de astrología para la práctica regulación de la vida cotidiana.

Difiramos, de momento, la descripción de sus magníficos templos y su fastuoso ritual, para considerar primeramente la influencia de esta extraña religión en la vida del pueblo. Para comprender su efecto, hemos de abarcar ante todo su concepto de la astrología, que en conjunto revelaba, a nuestro entender, muchísimo sentido común, y podrían aceptarlo ventajosamente los actuales profesores de esta ciencia.

En el periodo de que tratamos, ni los sacerdotes ni los maestros, ni siquiera el vulgo, creían que los planetas físicos influyeran de por sí en los negocios humanos. A los sacerdotes se les enseñaba una muy completa teoría matemática, transmitida probablemente, por continuada tradición hereditaria, desde los primeros instructores que tuvieron directos y personales conocimientos de los grandes fenómenos de la naturaleza. No es difícil de abarcar la idea de su plan en conjunto; pero es imposible construir, con sólo nuestras tres dimensiones, una figura matemática que satisfaga en todos sus pormenores los requisitos de su hipótesis, al menos en el estado actual de nuestros conocimientos.

Consideraban el entero sistema solar, en toda su complejidad, como un gran Ser, del que eran parcial expresión cada uno de sus componentes. Los elementos constitutivos de naturaleza física, tales como el sol con su maravillosa corona, y los planetas con sus satélites, sus océanos, sus atmósferas y la variedad de éteres circundantes, eran colectivamente el cuerpo físico del Ser, la manifestación de este Ser en el plano físico.

De la propia suerte, los colectivos mundos astrales (1) formaban Su cuerpo astral, y los colectivos mundos mentales Su cuerpo mental o vehículo por medio del que se manifestaba en el plano mental.

La idea es muy clara y se corresponde íntimamente con la que se nos ha enseñado respecto del gran Locos de nuestro sistema (2). Supongamos ahora que en estos "cuerpos" del Locos, en sus diversos niveles, hay ciertas distintas clases o tipos de materia igualmente distribuidas por todo el sistema. Estos tipos de materia no corresponden en modo alguno a nuestras usuales subdivisiones de la materia según sus grados de densidad, como, por ejemplo, los sólidos, líquidos, gases y éteres del mundo físico, sino que, al contrario, constituyen series totalmente distintas de homólogas divisiones, cada una de las cuales contiene materia de todos aquellos diferentes grados, de suerte que si señalamos estos con números, tendremos materia sólida, líquida, gaseosa y etérea del primer tipo, materia sólida, líquida, gaseosa y etérea del segundo tipo y así 'sucesivamente.

Esto ocurre en todos los niveles; pero, en gracia a la claridad, contraeremos de momento nuestra atención a un solo nivel, por ejemplo, al astral, que acaso nos permita comprender más fácilmente la idea. Con frecuencia se ha dicho que el cuerpo astral de un hombre contiene materia de cada uno de los subplanos astrales y que la proporción entre la más densa y la más sutil denota la capacidad de aquel cuerpo para responder a los más groseros o más refinados deseos, lo cual indica, hasta cierto punto, su grado de evolución. Análogamente, en todo cuerpo astral hay materia de cada uno de

aquellos tipos o divisiones homólogas, cuya proporción denota el temperamento psíquico del hombre, es decir, si es apacible o excitable, sanguíneo o flemático, paciente o irascible, etc.

Según la teoría caldea, cada uno de estos tipos de materia en el cuerpo astral del LOGOS, y en particular la masa de esencia elemental actuante a través de cada tipo, constituye, en cierto modo, un vehículo separado (casi una separada entidad) con sus peculiares afinidades, capaz de vibrar bajo influencias que, probablemente, no provocarían respuesta en los demás tipos. Difieren estos tipos entre sí, porque su materia componente dimana de distintos centros del LOGOS y se mantiene en estrecha simpatía con el centro de procedencia, de suerte que la más leve alteración de cualquier clase en las condiciones de este centro, se refleja instantáneamente, de un modo u otro, en toda la materia del respectivo tipo.

Puesto que todo hombre tiene materia de todos estos tipos, es evidente que toda modificación o actuación en cualquiera de estos grandes centros debe afectar, más o menos, a todos los seres del sistema, y el grado en que cada individuo quede afecto dependerá de la proporción que del influido tipo de materia haya en su cuerpo astral. Esto significa que encontramos tantos tipos distintos de hombres como de materia, y a causa de la composición constitutiva de sus cuerpos astrales, son unos hombres más receptibles que otros a determinadas influencias.

Cuando observamos el sistema solar desde un plano suficientemente elevado, advertimos que está constituido por estos grandes centros, rodeados, cada uno de ellos, por una enorme esfera de influencia, que señala los límites en que especialmente actúa la fuerza de él dimanante. Cada uno de estos centros tiene una especie de ordenado y peculiar cambio, o movimiento periódico, correspondiente tal vez, aunque en nivel infinitamente superior, a los normales latidos del corazón humano. Pero como estos periódicos cambios son unos mucho más rápidos que otros, resulta una curiosa y complicada serie de efectos, habiéndose observado que el movimiento relativo de los planetas físicos nos da el hilo del ordenamiento de estas grandes esferas en determinado instante. Sostenían los caldeos que al condensarse poco a poco la ardiente nebulosa de que se originó el sistema planetario, quedó determinada la posición de los planetas físicos por la formación de vórtices en ciertos puntos de intersección de estas esferas entre sí y con un plano dado.

Difieren ampliamente en calidad las influencias de estas esferas y, aparte de otros medios, se muestra esta diferencia en su acción sobre la esencia elemental del hombre y de cuanto le rodea. Pero no olvidemos que si bien para mayor claridad nos hemos contraído al plano astral, dicha influencia no sólo se ejerce en este plano sino en *todos* los demás; y en efecto, las influencias pueden y seguramente deben tener otras y más importantes modalidades de acción, hoy por hoy desconocidas, aunque si sabemos que cada una de las mencionadas esferas produce su peculiar efecto en las múltiples variedades de la esencia elemental.

Así, por ejemplo, una de estas influencias estimula poderosamente la actividad y vitalidad de aquellas clases de esencia elemental peculiares del centro de que proceden, mientras que enfrenan y regulan las demás. La influencia de otra esfera se muestra poderosa en un muy distinto conjunto de esencias elementales pertenecientes a su centro, sin afectar para nada el conjunto anterior. Se observan toda clase de combinaciones y permutaciones B estas influencias, de modo que la acción de una de ellas está en algunos casos poderosamente intensificada y, en otros, casi neutralizada por otra influencia.

Sin remedio se nos ha de preguntar aquí si los sacerdotes caldeos eran fatalistas, es decir, si por haber descubierto y calculado los exactos efectos de estas influencias en los diversos tipos de seres humanos, creían que dichos efectos eran inevitables y que la voluntad humana no podía resistirlos. A esto respondían resueltamente los caldeos, que las influencias no avasallaban en lo mas mínimo la voluntad humana, sino a lo sumo facilitaban o dificultaban la facultad volitiva en determinadas esferas de acción. Puesto que los cuerpos astral y mental de; hombre están compuestos de la viviente y vivificada materia a que ahora llamamos esencia elemental, toda excitación inacostumbrada de cualquier clase de esta esencia o un repentino acrecentamiento de su actividad, debe afectar indudablemente, en algún modo, ya sus emociones, ya su mente, o unas y otra, siendo notorio que estas influencias deben obrar diferentemente en cada hombre, a causa de la variedad de esenciales elementales que constituyen sus cuerpos.

Pero los caldeos afirmaban explícitamente que en ningún caso podía el hombre quedar arrastrado por dichas influencias en ninguna modalidad de actuación, sin el consentimiento de su voluntad, aunque si podían ayudarle o entorpecerle en cuantos esfuerzos intentara. Enseñaban los sacerdotes caldeos que el hombre verdaderamente fuerte no había de conturbarse por las influencias planetarias que pudiesen acometerle; pero que, por lo general, para el común de las gentes no valía la pena de saber en qué momento puede aplicarse más ventajosamente tal o cual fuerza.

Tenían mucho cuidado en exponer que las influencias no son de por si ni mejores ni peores que cualesquiera otras fuerzas de la naturaleza, pues bien sabemos que la electricidad y demás primarias fuerzas naturales pueden favorecer o perjudicar según se las emplee, y así como nosotros decimos que ciertos experimentos tienen mayores probabilidades de éxito cuando la atmósfera está muy cargada de electricidad, mientras que otros ;fracasarían en semejantes condiciones, así también decían los sacerdotes caldeos que todo esfuerzo para utilizar las fuerzas de nuestra naturaleza mental o emocional alcanzará más o menos fácilmente su objeto, según las influencias predominantes al realizarlo.

Por lo tanto, dejaron siempre establecido que el hombre de recia voluntad o el estudiante de verdadero ocultismo podían prescindir de estos factores cual de cantidad despreciable; pero que como la mayoría de la raza humana se presta aún a ser abandonado juguete de las fuerzas del deseo y no tiene desarrollada todavía la voluntad propiamente digna de este nombre,

resulta que su debilidad permite asumir a estas influencias una importancia, que de por sí carecen.

Al actuar una influencia cualquiera, no puede jamás determinar que un suceso ocurra necesariamente, sino tan sólo que dicho suceso tenga mayores probabilidades de realización. Por ejemplo, la llamada hoy en astrología influencia marciana, orienta pasionalmente ciertas vibraciones de la esencia astral, y así puede vaticinársele con seguridad a un hombre de temperamento apasionado y sensual, que cuando predomine aquella influencia, cometerá algún acto pasional o sensual, no ciertamente porque se vea forzado a cometerlo, sino tan sólo porque ha sobrevenido una condición en que le es difícilísimo mantenerse en equilibrio, pues la acción influyente no solo obra en la esencia elemental del propio hombre, dilatando su actividad, sino que también aviva para reaccionar sobre él la materia análoga del medio circundante. Solían poner por ejemplo, que cierta variedad de influencias determina eventualmente un estado de cosas que intensifica en considerable grado toda suerte de excitación nerviosa, de lo que deriva al exterior un general sentimiento de irritabilidad. En semejantes circunstancias, se suscitan las disputas más fácilmente que de ordinario, aun con los más fútiles pretextos, y el gran número de gentes que siempre están a punto de perder el temple, se descomponen a la menor provocación.

Decían, asimismo, que algunas veces las mencionadas influencias, al actuar sobre el latente descontento de la envidia ignorante, determinan una erupción del frenesí popular, del que pueden seguir tremendos desastres. Evidentemente que esta advertencia, dada hace miles de años, no es menos necesaria en nuestra época, porque precisamente de este modo se soliviantaron los ánimos de los parisienses, cuando en 1870 recorrían las calles gritando: ¡a Berlín!, ¡a Berlín!; y así también se han levantado más de una vez los furiosos aullidos de ¡dín!, ¡dín!, en que tan fácilmente prorrumpen el insensato fanatismo de una inculta muchedumbre de musulmanes. La astrología de los sacerdotes caldeos tuvo por principal objeto el cálculo de la posición y actuación de estas esferas de influencia, de modo que más bien trataron de establecer reglas de vida que vaticinar el porvenir. Por lo menos, sus predicciones se referían a la inclinación de los individuos y no a determinados acontecimientos, que es, precisamente, el carácter de la moderna astrología.

Sin embargo, no cabe duda de que los caldeos estaban en lo cierto al afirmar el poder de la voluntad humana para modificar el destino kármico del individuo. El karma puede colocar a un hombre en determinado ambiente, o bajo ciertas influencias; pero no puede impelerle a cometer un crimen, aunque en las circunstancias en que se vea necesite muchísima resolución, por su parte, para no perpetrarlo. Así nos parece que, tanto entonces como ahora, la astrología no va más allá de prevenir al hombre de las circunstancias en que habrá de encontrarse en tal o cual época; pero el definido vaticinio de su conducta en dichas circunstancias, sólo puede basarse teóricamente en probabilidades, aun cuando sepamos que estas probabilidades están muy cercanas a la certidumbre en el caso de los abúlicos vulgares.

Los cálculos de los antiguos sacerdotes les capacitaban para publicar anualmente una especie de almanaque oficial, que regulaba con mucha amplitud la vida social. Señalaban los sacerdotes las épocas más propicias al buen éxito de las labores del campo y el momento mejor adecuado a la procreación de animales y plantas. Eran, a la par, médicos y maestros del pueblo, y sabían perfectamente bajo qué influencias administrar con mayor eficacia las medicinas.

Dividían los sacerdotes al pueblo en varias clases, asignando a cada una de ellas lo que ahora llamaríamos el planeta influyente, y el calendario contenía multitud de advertencias dirigidas a las diferentes clases, como por ejemplo:

“En el séptimo día, los adoradores de Marte han de prevenirse especialmente contra la irascibilidad inmotivada.”

“Del duodécimo al decimoquinto día, hay inusitado riesgo de caer en temeridad en cuestiones afectivas, especialmente para los adoradores de Venus “

No cabe duda de que estas advertencias eran muy provechosas para la masa popular, por muy extraño que hoy nos parezca un tan acabado sistema de prevenir contingencias de menor cuantía.

De esta peculiar división del pueblo en clases, correspondientes a los planetas que indicaban el centro de influencia a que estaba sujeta cada una de ellas, resultó una muy curiosa ordenación del servicio público de los templos, al par que de las devociones privadas de los fieles. Todos empleaban igualmente en la oración ciertas horas del día, reguladas por el movimiento aparente del sol. A la del alba, al mediodía y al ocaso cantaban los sacerdotes en los templos una especie de motetes o versículos, con asistencia de los fieles más piadosos, que tomaban este acto por normal obligación, y quienes no podían asistir cómodamente, recitaban a las mismas horas piadosas frases de alabanza y súplica.

Pero del todo independientemente de estas costumbres, comunes al pueblo en masa, cada individuo rezaba oraciones especiales a la divinidad de su particular devoción, en horas que variaban de conformidad con el movimiento de su respectivo planeta. El instante en que éste pasaba por el meridiano, se consideraba, según parece, como el más favorable, y en segundo lugar, a pocos minutos después del orto o antes del ocaso. Sin embargo, se le podía invocar a toda hora mientras estaba sobre el horizonte y, aun después de ocultado el planeta, no se, substruía enteramente su peculiar divinidad a la impetración de los devotos, aunque en tal caso se la invocaba tan sólo en extraordinarias contingencias, con ceremonias del todo distintas.

Los calendarios especiales que los sacerdotes componían para los devotos de cada divinidad planetaria, contenían todos los pormenores relativos a las horas de oración, con los versículos apropiados al rezo. Cada planeta tenía dedicado periódicamente una especie de libro de horas, del que cuidaban

de procurarse un ejemplar los adscritos al respectivo planeta. Estos calendarios eran a veces mucho más que meros recordatorios de las horas de oración, pues se componían en determinadas condiciones planetarias (bajo la influencia de su peculiar divinidad) y se les atribuían varias propiedades talismánicas, de modo que el devoto de un planeta llevaba siempre encima el último calendario publicado.

De todo esto se infiere que los hombres religiosos de la antigua Caldea no tenían horas cotidianamente fijas de adoración o plegaria, como hoy sucede, sino que variaban las horas del día empleadas en la meditación y prácticas piadosas, que correspondían unas veces por la mañana, otras al mediodía, algunas por la tarde y, aun en ocasiones, a media noche. Pero fuese la hora que fuese, y aunque resultara intempestiva respecto del trabajo, recreo o descanso, no faltaba la oración, pues se tenía por grave quebranto del deber no aprovecharla. En lo que alcanzan nuestras investigaciones, parece que los caldeos no pensaban que el Espíritu del planeta pudiese resentirse ni que fuese capaz de encolerizarse por que algún devoto omitiera la oración a su debida hora. Al contrario, creían que en aquel momento la divinidad derramaba su bendición, y hubiera sido locura o ingratitud desperdiciar la oportunidad tan amorosamente deparada.

Además de estas devociones particulares de las gentes, se celebraban magnificas y fastuosas ceremonias públicas. Cada planeta tenía dedicadas al menos dos fiestas solemnes y más de dos el sol y la luna. Cada Espíritu planetario tenía su respectivo templo en todas las poblaciones del país, y de ordinario se contentaban los devotos con visitar frecuentemente el más cercano; pero, en las fiestas solemnes, se congregaba enorme gentío en una vasta llanura de las inmediaciones de la capital, donde habla un grupo de magníficos templos, sin par en todo el país.

Eran estos templos merecedores de atención como hermosos ejemplares de un prehistórico estilo arquitectónico; pero su mayor interés consistía en estar dispuestos con el evidente intento de reproducir la ordenación del sistema solar, con tal acierto comprendido, que demostraba, sin duda alguna, el profundo conocimiento de sus autores sobre la materia. El mayor y más espléndido era el grandioso templo del Sol, que luego será necesario describir algo al pormenor. Los demás templos, levantados a distancias sucesivamente mayores de aquél, parecían, a primera vista, haber sido construidos según dictaba la conveniencia, sin sujeción a un plan ordenado; pero, vistos más de cerca, denotaban un plan constructivo muy notable, pues no sólo las progresivas distancias que los separaban del principal tenían su definida razón y significado, sino que las respectivas dimensiones de algunas partes importantes no eran arbitrarias, porque representaban relativamente las magnitudes de los planetas y sus distancias del globo solar.

Ahora bien: quien sepa algo de astronomía, advertirá que estaba de antemano condenado a fracaso todo intento de coordinar un modelo reducido del sistema solar, con templos destinados al ordinario culto religioso, pues la diferencia de magnitud, así como las distancias entre el Sol y los planetas son tan enormes que, a menos de construir los templos como casas de muñecas,

no habría país lo suficientemente vasto para contenerla representación total del sistema planetario. ¿Cómo vencieron tan grave dificultad los sabios caldeos que proyectaron aquel maravilloso grupo de templos? Precisamente como se procede hoy al ilustrar las obras de astronomía, esto es, empleando dos distintas escalas, a cuyas relativas proporciones se sujeta el trazado. En aquel admirable monumento de la habilidad de los antiguos, no hay prueba alguna de que sus autores conociesen las magnitudes y distancias absolutas de los planetas, aunque bien pudieron conocerlas; pero sí es cierto que conocían perfectamente sus magnitudes y distancias relativas. Habían aprendido, o tal vez descubierto por si mismos, la ley de los augurios, y los templos en cuestión nos permiten conjeturar cuán adelantados estaban en sus conocimientos, por más que no anduviesen muy seguros en lo tocante a las magnitudes planetarias, pues sus cálculos difieren en varios puntos de los aceptados por la astronomía moderna.

Los templos dedicados a los planetas del grupo menor o interno constituían una especie de claustro irregular, casi contiguo a los muros del grandioso templo del Sol, mientras que los dedicados a los gigantes astros del grupo externo de la familia solar se alzaban a cada vez mayor distancia de la llanura, hasta el lejanísimo Neptuno que parecía perderse en el horizonte. El trazado de los templos no era el mismo en todos y seguramente que cada variación tenía su especial significado, aunque en muchos casos no acertamos a comprenderlo. Sin embargo, todos ofrecían el mismo carácter y cada uno de ellos tenía una cúpula central hemisférica, que parecía relacionarse, de propósito, con el globo simbolizado en ella.

Todos estos hemisferios estaban brillantemente coloreados y sus matices se acomodaban a la tradición caldea referente a su particular planeta. El principio según el cual se elegían estos matices, dista mucho de ser claro; pero habremos de tratar nuevamente de ellos cuando examinemos las ceremonias de las grandes festividades. Estas cúpulas no siempre guardaban la debida proporción con las dimensiones de sus respectivos templos, aunque comparadas unas con otras, vemos que correspondían íntimamente a la magnitud de los planetas que simbolizaban.

Respecto a Mercurio, Venus, la Luna y Marte, las mediciones caldeas del respectivo tamaño corresponden precisamente a las nuestras; pero las de Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, aunque muchísimo mayores que el grupo interno, eran más pequeñas que si hubieran sido construidas a la misma escala de nuestros actuales cálculos.

Esto pudo provenir del empleo de otro módulo para aquellos enormes globos; pero nos parece mucho más probable que las mediciones caldeas fuesen exactas y que en la astronomía moderna hubiésemos computado exageradamente la magnitud de los planetas externos. Hasta ahora no se ha observado que la superficie visible en Júpiter y Saturno es una densa y profunda atmósfera y en modo alguno el núcleo del planeta; y si esto es así, la representación caldea de estos globos es tan exacta como lo restante de su plan.

Otro punto favorable a nuestras conjeturas es que, de admitirlas, resultaría más adecuada a la de los otros mundos, dentro de nuestro alcance visual, tan extraordinariamente baja densidad asignada, por los modernos astrónomos a los planetas externos.

Buen número de curiosos pormenores concurren a demostrarnos que el autor' de estos hermosos templos comprendía acabadamente el mecanismo del sistema solar, pues Vulcano, el planeta todavía más cercano al Sol que Mercurio, estaba debidamente representado, y en el lugar correspondiente a nuestra Tierra se levantaba el templo de la Luna, de grandes proporciones, aunque el hemisferio que lo coronaba parecía relativamente pequeño, no obstante estar construido a la misma escala que el resto de la fábrica. Contiguo a este templo de la Luna se veía sostenida por columnas una aislada cúpula, cuyo tamaño denotaba bien a las claras el intento de representar la Tierra, aunque carecía de santuario.

En el espacio, exactamente calculado, que medía entre Marte y Júpiter, no había templo alguno, sino cierto número de columnas rematadas por una delgada cúpula de la usual configuración hemisférica que, según colegimos, representaban los asteroides. Los satélites estaban cuidadosamente indicados por cercanas y proporcionadas cúpulas subalternas, dispuestas alrededor de la planetaria, y los anillos de Saturno aparecían muy distintamente.

En la fiesta titular de cada planeta, los devotos de la correspondiente divinidad (3) llevaban encima, o en lugar del traje ordinario, un manto o capa pluvial del color consagrado al planeta. Estos colores eran de brillantísimo tono y la tela de la prenda, lustrosa como el raso, de modo que producía sorprendente efecto, sobre todo por la variedad de matices, como sucede en la que hoy llamamos seda tornasolada.

No estará de más enumerar estos colores, aunque, según hemos dicho, no aparezca siempre claro el motivo de su elección.

Los devotos del Sol llevaban un hermoso manto de fina seda entretejida de hilos de oro, de modo que parecía toda ella de este metal, pero flexible y plegable como la muselina, en vez de la rigidez y espesor de nuestros actuales tejidos de oro.

El color de Vulcano era rojo de fuego, muy intenso y brillante, acaso como símbolo de la extrema proximidad de Vulcano al Sol y de las ígneas condiciones en que debe de estar.

Mercurio tenía, por distintivo un brillante color anaranjado con tornasoles de limón, cuyos matices solían verse en las auras de sus devotos, tan distintamente como en su traje; pero aunque en algunos casos el color predominante en el aura pareciese determinar su aplicación al vestido, en otros casos es difícil explicar de este modo la elección de color.

Los devotos de Venus vestían de hermoso azul celeste, ligeramente tornasolado de verde, que, al menor movimiento del ropaje, producía centelleante e irisado efecto.

La indumentaria de los de la Luna era, por supuesto, blanca; pero tan entretejida de hilos de plata, que de este metal parecía toda ella, como de oro la del Sol. Sin embargo, según la luz que la hería, mostraba aquella tela hermosos cambiantes de violeta pálido que avaloraban su efecto.

Los fieles de Marte vestían adecuadamente de espléndido y brillante escarlata, tornasolado de carmín, que, desde ciertos puntos de vista, daba el tono a la tela. Era este color enteramente inconfundible y del todo distinto de los de Vulcano y Mercurio, pudiendo haber determinado su adopción, ya por predominar el; el aura, ya por la roja luz del planeta físico.

Júpiter vestía a sus fieles de fulgurante color azul turquí, con salpicaduras de plata. No es fácil explicar la elección de este color, a no ser que se atribuya a combinaciones áureas.

Los devotos de Saturno iban vestidos de verde claro, con reflejos gris perla, mientras que los nacidos bajo la influencia de Urano llevaban un magnífico y rico azul intenso, el inimaginable color del Atlántico meridional que sólo conocen quienes lo han visto. El vestido adecuado a Neptuno, el menos llamativo de todos, era de color índigo oscuro y liso, aunque a la mucha luz desplegaba inesperada riqueza.

En las fiestas solemnes de cualquiera de estos planetas, se presentaban sus fieles con el traje completo para dirigirse procesionalmente al templo, engalanados con guirnaldas de flores, enarbolando banderas y pértigas doradas y entonando armoniosos himnos, cuyo son llenaba los aires. Pero la ostentación culminaba en una de las dos fiestas solemnes del dios Sol, cuando se congregaba todo el pueblo, cada cual vestido con el magnífico ropaje de su respectiva divinidad, y toda aquella muchedumbre circunvalaba procesionalmente el templo del Sol. En esta, fiesta, los devotos del Sol llenaban de bote en bote el grandioso edificio, mientras que los fieles de Vulcano marchaban arrimados a los muros, los de Mercurio algo más apartados, más todavía los de Venus, y así sucesivamente los de los demás planetas, según su situación respecto del Sol. Dispuesta de este modo en anillos concéntricos, la masa popular, vestida de brillantes colores, volteaba poco a poco, pero con paso firme, como enorme rueda viviente iluminada por los torrentes de luz que fluían del Sol tropical, en espectáculo de tan admirable brillantez, como jamás haya presencia de el mundo.

Conviene ahora describir en lo posible la traza y aspecto del grandioso templo del Sol, a fin de relatar las todavía más interesantes ceremonias que en él se celebraban. Era su planta cruciforme, con un vasto espacio circular (cubierto por la cúpula hemisférica), donde se intersectaban los brazos de la cruz. Nos lo imaginaremos más acertadamente, si en vez de compararla planta a la de nuestras ordinarias iglesias cruciformes, con nave, presbiterio y crucero, nos representamos una gran rotonda cupulada, como el salón de lectura del

Museo Británico, de la que arrancan cuatro enormes naves en los respectivos puntos cardinales, pues los brazos de la cruz eran de igual longitud. Entre estos brazos había otras grandes aberturas que conducían a espaciosos patios, de muros circunvalantes unidos en el extremo, de modo que daban al pavimento la configuración de un enorme pétalo. En consecuencia, podemos considerar la planta del templo como una cruz de brazos iguales, tendida sobre una flor crucífera, o de cuatro pétalos, de modo que cada brazo estaba colocado entre los pétalos.

Así es que un hombre situado en el centro, debajo de la cúpula, podía dilatar la vista en todas direcciones. Estaba el edificio cuidadosamente orientado, de suerte que cada brazo señalaba un punto cardinal. El extremo sur quedaba abierto y era la entrada principal, frente al altar mayor, sito en el extremo del brazo norte. Los brazos oriental y occidental tenían también altares muy grandes en comparación de los actuales, pero mucho menores del erigido en el brazo septentrional. Los altares de oriente y occidente cumplían, al parecer, el mismo objeto que los ahora dedicados a la Virgen María y al patriarca San José en los templos católicos, pues uno de ellos estaba consagrado al Sol y el otro a la Luna, y en ellos se celebraban algunos de los diarios servicios religiosos relacionados con aquellos dos laminares. Sin embargo, la multitud se congregaba en rededor del altar mayor del brazo septentrional, donde se efectuaban las principales ceremonias, y cuya disposición y ornamentos eran muy curiosos e interesantes.

Del muro trasero y en el lugar correspondiente a la vidriera oriental de una iglesia ordinaria (aunque en nuestro caso era el lado norte) pendía un enorme espejo cóncavo, mucho mayor de cuantos puedan hoy verse.

Era de metal, probablemente todo él de plata, y estaba pulimentado en grado máximo. Observamos que el cuidado de este espejo, para mantenerlo siempre reluciente y sin empañar, se consideraba como uno de los más obligados deberes religiosos. La perfecta talla de este espejo y su invariable configuración, no obstante el enorme peso, son problemas que pondrían en aprieto a nuestros modernos artífices y resolvieron satisfactoriamente aquellos hombres de la remota antigüedad.

A lo largo del centro de la techumbre de este enorme brazo septentrional, corría a cielo abierto una estrecha hendidura, dispuesta calculadamente para que por ella entrara la luz de cualquier estrella, y se reflejase en el espejo al pasar por el meridiano. Sabido es que los espejos cóncavos tienen la propiedad de formar fronteramente en el aire, a manera de foco, la imagen reflejada en su superficie; y de este principio se aprovecharon ingeniosamente los sacerdotes para el propuesto fin de recoger y aplicar la influencia de cada planeta en el momento de su máxima intensidad.

En el punto del suelo situado bajo el foco del espejo, había un pedestal con un brasero encima; y al pasar el planeta por el meridiano y penetrar su luz por la hendidura del techo, se quemaba un puñado de fragante incienso entre las ardientes ascuas de carbón. Inmediatamente ascendía una columna de luminoso humo gris, en cuyo seno aparecía la vivida imagen del astro.

Entonces humillaban los fieles la frente y resonaba el alegre cántico de los sacerdotes. Esta ceremonia tenía cierta semejanza con la elevación de la ostia en una iglesia católica.

En caso necesario, se ponía en acción otro mecanismo, consistente en un espejo plano de forma circular, que desde el techo podía bajarse por medio de bramantes hasta ocupar exactamente el foco del gran espejo cóncavo, cuya reflejada imagen del planeta recogía, y por la difusión de la concentrada luz, recibida del espejo cóncavo, podía arrojar la imagen sobre ciertos puntos del pavimento, en los que yacían de antemano los enfermos para cuya curación se consideraba necesaria la particular influencia del planeta, mientras que los sacerdotes impetraban del Espíritu planetario que derramase salud y vigor sobre los enfermos. No cabe duda de que la curación fue recompensa frecuente de sus esfuerzos, aunque bien pudo ser que la fe tuviera parte importantísima en el resultado. Cuando el Sol pasaba por el meridiano, se encendían los fuegos sagrados merced al mismo mecanismo, por más que una de las más interesantes ceremonias de esta índole se efectuaba siempre en el altar del brazo occidental, sobre el que ardía perpetuamente el “fuego sagrado de la Luna”, que tan sólo se dejaba extinguir una vez al año, la noche anterior al equinoccio de primavera; y a la mañana siguiente, al penetrar los rayos solares por un orificio abierto encima del altar oriental, caían directamente sobre el extremo occidental y por medio de un globo de vidrio lleno de agua, que suspendido en el trayecto actuaba de lente, encendía el Sol el sagrado fuego de la Luna, que se mantenía cuidadosamente por todo otro año.

La superficie interna de la gran cúpula representaba en su pintura la noche estrellada, y merced a un complicado mecanismo, se movían las principales constelaciones exactamente como las celestes, de suerte que a cualquier hora del día, o en noches nubladas, podían saber los fieles la precisa situación de cualquier signo zodiacal y de los planetas relacionados con él. Los planetas se representaban por medio de cuerpos luminosos; y en los albores de esta religión, así como en los primitivos días de los misterios, dichos cuerpos fueron verdaderas materializaciones que, actualizadas por los instructores adeptos, se movían libremente en el aire; pero posteriormente, en los últimos tiempos de la religión y los misterios, cuando hombres menos evolucionados ocuparon el lugar de aquellos excelsos Seres, fue muy difícil o imposible conseguir que actuaran debidamente las materializaciones y, en consecuencia, quedaron substituidas por ingeniosos artificios mecánicos, entre ellos una especie de planetario gigantesco. La superficie externa de la cúpula estaba revestida de una sutil plancha de oro, siendo de notar los cambiantes efectos en ella producidos, con el evidente intento de representar lo que se llaman “hojas de sauce” y “granos de arroz” del Sol.

Otra interesante característica de este templo era una cripta o cámara subterránea, reservada para el exclusivo uso de los sacerdotes, sin duda con el propósito de entregarse a la meditación y al mejoramiento de sí mismos. Esta cripta no recibía otra luz que la de un lucernario de gruesas planchas de varios colores, parecidas al cristal, colocadas en el pavimento del templo y dispuestas de modo que diesen paso a los rayos del sol cuando fuese necesario, para que iluminaran los diversos centros corporales (entre los ojos,

en la base de la columna vertebral, etc.) de los sacerdotes entregados a la meditación. Este procedimiento ayudaba seguramente al desarrollo de la adivinación, clarividencia e intuición, y era evidente que el particular colorido de luz utilizada a través del lucernario, dependía no tan sólo del fin propuesto, sino del tipo planetario a que el sacerdote pertenecía. También advertimos que el tirso o varilla hueca cargada de electricidad o fuego vital, se empleaba en aquellas ocasiones, lo mismo que después lo fue en los misterios de Grecia. En el estudio de esta antigua religión del mundo interesa comprender lo que verdaderamente significaban los sacerdotes al hablar del Ángel de la estrella o Espíritu planetario. La observación algún tanto cuidadosa demuestra que estos dos términos, aunque sinónimos, no lo eran siempre, pues parece que el título de Espíritu planetario incluía tres conceptos enteramente distintos.

En primer lugar, relacionaban con cada planeta la existencia de una entidad semi-inteligente y, sin embargo poderosa en extremo, que en nuestra terminología teosófica podremos llamar, acaso con mayor propiedad, la colectiva esencia elemental del planeta considerado como una enorme criatura. Sabemos que en el hombre, la esencia elemental de su cuerpo astral constituye, en todo intento y propósito, una entidad aparte, llamada a veces deseo elemental. Sabemos también que las diversas clases y tipos de esta esencia, se combinan en una unidad temporánea capaz de actuar definitivamente en defensa propia, como, por ejemplo, contra la desintegración consiguiente a la muerte física. Si análogamente concebimos que la totalidad de los reinos elementales de determinado planeta actúan energéticamente en conjunto, comprenderemos con acabada exactitud la teoría sustentada por los antiguos caldeos respecto a esta primera variedad del Espíritu planetario, a la que le cuadraría mucho mejor el nombre de "elemental planetario." Los sacerdotes caldeos enfocaban sobre los enfermos, o sobre un talismán destinado a ulteriores usos, la influencia o más bien el magnetismo de este elemental planetario.

Según los sacerdotes, los planetas físicos visibles a simple vista señalaban la posición o condición de los grandes centros en el cuerpo del LOGOS, de los cuales fluían respectivamente los diez tipos de la esencia constitutiva de todas las cosas. Cada uno de estos diez tipos de esencia, en sí mismo considerado, se identificaba con un planeta y solía llamársele Espíritu del planeta, cual denominación tomaba de este modo un nuevo y muy distinto significado. En este sentido decían que el Espíritu de cada planeta estaba omnipresente en el sistema solar, actuando en el interior de todo hombre, en cuyas acciones se mostraba, y manifestándose por medio de ciertas plantas y minerales a que daba sus distintivas propiedades. Por supuesto, que la actuación de este Espíritu planetario en el interior del hombre estaba condicionada por la influencia recibida del centro al que pertenecía, y en ello se fundaban las predicciones astrológicas de los sacerdotes.

Sin embargo, cuando los caldeos impetraban la bendición del Espíritu de un planeta, o se esforzaban en alzarse hasta El por fervorosa y ardiente meditación, tenía aquel término otro significado distinto. Según ellos, cada uno de estos grandes centros engendraba toda una jerarquía de espíritus superiores, que por su medio actuaban presididos por un excelso Ser, al que

designaban con el preeminente título de “Espíritu del planeta”, o más frecuentemente con el de Ángel Estelar, cuya bendición impetraban los nacidos bajo su influencia, quienes consideraban a su respectivo Ángel, lo mismo que los cristianos a los principales arcángeles o “Siete Espíritus ante el trono del Señor”, como un potente ministro del divino poder del LOGOS, como un canal por el que fluía Su inefable esplendor.

Era creencia popular que cuando en el templo principal se celebraba la fiesta solemne de un planeta, en el crítico momento de brillar la imagen del astro entre la nube de incienso, aquellos cuyos ojos había abierto el fervor de la devoción veían a veces la potente forma del Ángel Estelar, en cuya frente brillaba el ígneo orbe al derramar su benigna mirada sobre los fieles que evolucionaban estrechamente relacionados con El.

Era dogma de esta antigua fe que, en raros casos, los hombres superiormente evolucionados, henchidos de sentidísima devoción a su Ángel, podían alzarse a El por la eficacia de prolongada y continua meditación y cambiar con ello su dirección evolutiva, hasta el punto de no renacer ya más en la Tierra, sino en el planeta del Ángel de su devoción. Los archivos del templo contenían ejemplos de sacerdotes que, por haberlo así logrado, pasaron más allá de la vista humana. Se aseguraba también que, una o dos veces en la historia, había ocurrido caso análogo con respecto al todavía superior orden de divinidades estelares, correspondientes a las lejanas estrellas fijas, externas a nuestro sistema solar. Pero estos casos se consideraban como atrevidísimos vuelos en lo desconocido, sobre los cuales guardaban silencio aun los sacerdotes de superior categoría.

Por extraños que nos parezcan estos métodos y por mucho que difieran de cuanto se nos enseña en nuestros estudios teosóficos, fuera insensatez desestimarlos o dudar de que, para quienes los siguieron, pudieran ser tan eficaces como los nuestros. Sabemos que en la gran Fraternidad Blanca hay muchos maestros, y que si bien son las mismas para todas las cualidades requeridas por la respectiva, etapa del Sendero, cada gran Instructor adopta, en el aleccionamiento de Sus discípulos, el método de preparación que juzga más conveniente para ellos. Y como todos estos caminos conducen igualmente a la cumbre del monte, no es de nuestra incumbencia decir cuál es el más corto ó mejor para nuestro prójimo. Cada hombre tiene Su más corto camino, cuya designación depende del punto de partida. Pretender que todo el mundo se acomode a nuestro punto de partida y vaya por nuestro mismo camino, nos llevarla a la ilusión nacida del prejuicio y de la ignorancia que obceca al fanatismo mojigato. Ciertamente es que a nosotros no se nos ha enseñado a adorar a los excelsos Ángeles estelares ni a representarnos como meta la posibilidad de incorporarnos a la evolución dévica en una etapa relativamente temprana; pero siempre tendremos en cuenta que hay otras modalidades de ocultismo, aparte de la en que la Teosofía nos ha introducido y de la cual conocernos bien poca cosa todavía.

Acaso fuera mejor no emplear la palabra “adoración” para denotar los sentimientos de los caldeos respecto de los ángeles estelares, porque en

Occidente induce dicha palabra a error, y lo que ellos sentían era más bien profundo afecto, veneración y lealtad hacia los Maestros de Sabiduría.

La religión caldea estaba arraigada en el corazón del pueblo e indudablemente producía positivos bienes y realzaba la conducta de la mayor parte de sus fieles. Eran los sacerdotes varones de copiosa erudición en determinadas materias, con profundos conocimientos de historia y astronomía, cuyo estudio hermanaban congruentemente para clasificar los acontecimientos históricos según su presupuesta relación con los diversos ciclos astronómicos. Estaban también muy cabalmente versados en química, algunos de cuyos fenómenos utilizaban en sus ceremonias. Observamos el caso de un sacerdote (4) que, de pie sobre la techumbre llana de un templo, invocaba en privado acto de devoción a un espíritu planetario. Tenía en la mano un bastón embadurnado en su extremo con una sustancia de apariencia bituminosa y comenzó su invocación señalando frente a él con el bastón en el pavimento, el signo astrológico del planeta, cuya traza dejó en la superficie de la piedra o yeso una fosforescencia debida a la sustancia bituminosa.

Por regla general, cada sacerdote se dedicaba con especialidad al estudio de determinada materia. Unos llegaban a sobresalir en medicina por la constante investigación de las propiedades de varias hierbas y drogas confeccionadas bajo tal o cual combinación de influencias as planetarias; otros se dedicaban exclusivamente a la agricultura para determinar qué clase de terrenos eran más a propósito, según la especie de cosecha, y cómo era posible mejorarlo, al paso que cultivaban toda clase de plantas útiles y obtenían nuevas variedades, experimentando la rapidez y vigor de su crecimiento por la acción de vidrios coloreados. El empleo de la luz matizada para favorecer el desarrollo vegetal fue común a varios pueblos atlantes y formó parte de las primitivas enseñanzas de la raza. Otro grupo de sacerdotes constituyó una especie de oficina meteorológica que predecía con notable precisión los ordinarios cambios del tiempo y sus extraordinarias alteraciones, como tempestades, ciclones y tormentas. Posteriormente esta oficina pasó a cargo del Estado, y los sacerdotes cuyas predicciones fallaban eran destituidos por ineptos.

Se atribula enorme importancia a las influencias prenatales, y las madres estaban obligadas a recluirse y vivir medio monásticamente algunos meses antes y después del alumbramiento.

La educación pública no estaba, como en el Perú, directamente en manos de los sacerdotes, aunque éstos determinaban, según sus cálculos (auxiliados, sin duda, en algunos casos, por la intuición clarividente), el planeta a que el niño pertenecía. Los niños asistían a la escuela de su respectivo planeta y les enseñaban maestros de su mismo tipo planetario, de suerte que los hijos de Saturno no podían asistir en modo alguno a una escuela de Júpiter, ni los hijos de Venus tener por maestro a un adorador de Mercurio. La educación asignada a cada tipo difería considerablemente, pues el propósito de los maestros era en todo caso desenvolver las buenas cualidades y contrariar los vicios que la larga experiencia de los instructores les hacia esperar en los alumnos de cada tipo.

Para los caldeos, la casi exclusiva finalidad de la educación era formar el carácter, y la mera enseñanza de conocimientos quedaba en lugar completamente subalterno. A todos los niños se les enseñaba la curiosa escritura jeroglífica del país y los rudimentos del cálculo vulgar, sin nada más de lo que ahora tenemos por materia de enseñanza. Aprendían los alumnos de memoria gran número de preceptos religiosos, ó más bien morales, que trazaban la norma de conducta exigible de un hijo de Marte, Venus, Júpiter ó el planeta que fuese, en cualquier eventualidad ó contingencia del porvenir. Por toda literatura estudiaban un voluminoso comentario de estos preceptos, repleto de interminables relatos de aventuras y vicisitudes, cuyos protagonistas se conducían unas veces sabia y otras neciamente. Se les enseñaba a los alumnos a exponer, su criterio sobre estos relatos y fundamentarlo razonadamente, declarando además cómo se hubieran portado ellos en análogas circunstancias.

Aunque los niños pasaban muchos años en la escuela, consumían el tiempo en familiarizarse todo lo posible, no sólo teórica, sino también prácticamente, con las enseñanzas de aquel voluminoso e inmanejable comentario a que llamaban *Libro del Deber*. A fin de inculcar las lecciones en la mente de los niños, se les obligaba a representar, como en un teatro, los diversos personajes de los relatos- Todo joven con manifiesta afición a la historia, matemáticas, agricultura, química ó medicina podía, al salir de la escuela, adscribirse en calidad de aprendiz a la persona de algún sacerdote versado en la respectiva especialidad; pero los programas de la escuela primaria no contenían ninguna de dichas materias científicas ni tampoco preparaban a su estudio, pues no iba más allá de la general educación que se juzgaba conveniente a todos los alumnos, fuese cual fuese su ulterior profesión.

No era muy extensa la literatura del país- Se conservaban cuidadosamente las crónicas oficiales, se registraba la transmisión de bienes raíces, y los decretos y proclamas reales se archivaban para tenerlos siempre como precedente; pero aunque estos documentos ofreciesen excelentes si bien algún tanto áridos materiales al historiador, no hay indicio de que se escribiera una historia debidamente eslabonada, pues se enseñaba por tradición oral, y determinados sucesos se tabulaban en relación con los ciclos astronómicos. Sin embargo, estos registros eran meras tablas cronológicas y no historias en el sentido que hoy darnos a esta palabra.

La poesía estaba representada por una serie de libros sagrados que contenían relatos eminentemente simbólicos y figurativos del origen del universo y del hombre, aparte de una porción de baladas ó sagas que celebraban las hazañas de los héroes legendarios, si bien estas baladas no se transcribían, sino que se las prestaban unos a otros los cantores.

Como muchas razas orientales, eran los caldeos en extremo aficionados a escuchar e improvisar leyendas, de las que la tradición secular ha conservado gran número, correspondientes a un remoto periodo de mucho más tosca civilización.

Estas antiquísimas leyendas permiten reconstruir un basto bosquejo de la primitiva historia de la raza. La masa general de la población era evidentemente del tronco turanio, perteneciente a la cuarta subraza de la raza raíz atlante. Constituyeron, sin duda, en su origen un grupo de pequeñas tribus en incesante contienda, que se mantenían del rudimentario cultivo de la tierra, sin conocer apenas nada de arquitectura ' ni linaje alguno de civilización (5).

En aquel entonces, 30.000 años antes de J. C., cuando todavía eran semisalvajes, llegó a ellos de Oriente un gran caudillo llamado Teodoro, perteneciente a otra raza, quien después de la conquista de Persia y Mesopotamia por los arios y el establecimiento del gobierno del Manú en aquellas regiones, fue nombrado gobernador por el Manú bajo el imperio de su nieto Corona, que le había sucedido en el trono de Persia (6).

De Teodoro descendió la dinastía real de la antigua Caldea, cuyos monarcas diferían notablemente de sus vasallos en aspecto físico, pues eran de facciones vigo rosas, complexión broncea y ojos de profunda y brillante mirada. Las muy posteriores esculturas babilónicas que hoy conocemos dan una débil idea de aquel regio tipo, aunque en la época correspondiente a dichas estatuas ya se había transfundido la sangre aria a casi toda la raza, mientras que en los tiempos a que nos referimos, apenas había comenzado la entremezcla.

Tras un largo periodo de esplendor y prosperidad, el poderoso imperio caldeo fue decayendo y desmoronándose lentamente, hasta que lo invadieron y desmembraron las hordas de bárbaros, cuyo fanatismo religioso, aferrado con puritano fervor a una fe rudimentaria, y hostil a un sentimiento religioso más noble y bello que el suyo, destruyó sin dejar vestigio los gloriosos templos antes descritos, tan solícitamente erigidos por los adoradores de los ángeles estelares. Aquellos expoliadores fueron a su vez arrojados del país por los acadianos, procedentes de las montañas septentrionales y asimismo atlantes, aunque de la sexta subraza quienes se mezclaron gradualmente con los supervivientes de la antigua raza y con otras tribus de tipo turanio, hasta constituir la nación sumíro-acadiana, de que posteriormente derivó el imperio babilónico, en cuyos pobladores fue acrecentándose cada vez la entremezcla de sangre aria, primeramente de la subraza árabe o semítica y después de la subraza irania, hasta que al llegar a los tiempos llamados comúnmente históricos, apenas quedaba ya rastro de la antigua subraza turania, según denotan las esculturas y mosaicos de Asiria.

El pueblo babilónico, por lo menos en sus orígenes, mantenía una robusta tradición de las superiores cualidades de su predecesor, y todos sus esfuerzos se convirtieron a restaurar las condiciones sociales y el culto religioso de los pasados tiempos, si bien el éxito fue tan sólo parcial, pues como sus creencias estaban adulteradas por las extrañas, aparte del embrollo introducido por las reminiscencias de otra y más reciente tradición del pensamiento religioso predominante en aquella mezcolanza, no podía menos de resultar un pálido y contrahecho remedo del magnífico culto de los

ángeles estelares, que floreció en la áurea edad cuya descripción hemos intentado.

Por inverosímiles y desmayadas que parezcan estas representaciones del pasado, exceptuando para quienes las pueden ver en directa observación, es su estudio no sólo de profundo interés, sino de suma utilidad para el estudiante de ocultismo, pues le ayuda a dilatar sus conceptos y de cuando en cuando le permite vislumbrar pasajera y vagamente la actuación del vasto conjunto en que todo cuanto nos cabe imaginar de evolución y progreso es como diminuta ruedecilla de enorme máquina o como un soldado del poderoso ejército real. También servirá este estudio para estimularle a conocer algo de la gloria y belleza que un tiempo existieron en esta nuestra tierra y convencerse de que sólo es pálido anticipo de la gloria y belleza del porvenir.

Pero no debemos dejar este ligero bosquejo de dos históricas viñetas de la pasada Edad de oro (intercaladas en la vasta descripción de la historia universal), sin aludir a un pensamiento que inevitablemente ha de ocurrírsele a quien las estudie.

Quienes amamos a la humanidad y, aunque débilmente, nos esforzamos en ayudarla en su penoso camino, podemos examinar sin pesimistas dudas las condiciones en que los antiguos caldeos y, acaso más todavía, los antiguos peruanos, vivieron felices al amparo de la religión, libres del azote de la intemperancia y de los horrores de la miseria- Al examinar estas condiciones de existencia social, puede asaltarnos la duda y preguntarnos: “¿Es que en realidad evoluciona el género humano? ¿Es beneficioso para la humanidad que cuando las civilizaciones llegan al pináculo de su esplendor hayan de derrumbarse y hundirse sin dejar vestigio? ¿Nos ha de suceder lo mismo a nosotros?”

Sí, porque sabemos que la ley del progreso es una ley de cambios cíclicos, bajo cuya acción desaparecen personajes, razas, imperios y mundos para no renacer jamás en la misma forma que tuvieron, pues todas las formas, por bellas que sean, han de perecer a fin de que crezca y se difunda la vida en ellas palpitante. Sabemos que esta ley es la expresión de una Voluntad, de la divina Voluntad del LOGOS, y que, por lo tanto, su actuación ha de ser, en último término, beneficiosa para nuestra amada humanidad.

Nadie amó tanto a los hombres como El los ama, pues El mismo se sacrificó para que pudiera existir el hombre. El tiene presente, del principio al fin, la evolución entera, y se complace en ella.

En Su mano, la mano que bendice al hombre, están los destinos del hombre. ¿Hay entre nosotros corazón alguno descontento de dejar su destino en la divina mano, no satisfecho en lo más íntimo de su ser oírle decir al LOGOS, como un insigne Maestro dijo una vez a Su discípulo: “Ahora no sabes lo que hago; pero ya lo sabrás más adelante?”

(1) No tan sólo las esferas astrales de los planetas físicos, sino también los planetas puramente astrales de la cadena planetaria, como, por ejemplo, los globos B y F de la cadena terrestre.

(2) En efecto, la teoría caldea sobre esta materia es la misma que actualmente sostienen muchos teósofos. En *Un texto de Teosofía* y *El lado oculto de las cosas*, expone Leadbeater, como resultado de sus investigaciones respecto a la influencia de los planetas, afirmaciones idénticas a las creencias profesadas hace miles de años por los sacerdotes caldeos, como resultado también de sus propias investigaciones.

(3) Estos devotos eran las gentes que, como diríamos hoy, hablan nacido bajo la influencia del respectivo planeta.

(4) Erato, uno de los miembros de la Sociedad Teosófica, cuyas vidas se han publicado en *The Theosophist* (y en la revista *Sophia*, en España).

(5) En esta condición se hallaban 75-000 años antes de J. C. cuando el manú Vaivasvata llegó con su pequeña caravana entre ellos.

(6) Véase el cap. XVIII.

CAPÍTULO XIV

Comienzos de la quinta raza raíz

La afirmación sentada en La Doctrina Secreta de que el origen de la quinta raza raíz se remonta a un millón de arios, parece referirse, según ya dijimos, a los comienzos (Ir, la selección de materiales por el señor Vaivasvata, manú de la raza. Era Vaivasvata un Señor de la Luna que recibió el primer grado de iniciación en el globo G de la séptima ronda, donde también obtuvo el arhatado. Así, pues, hace cosa de un millón de años escogió Vaivasvata, de, entre el cargamento en que iba nuestro grupo de doce siglos, unas cuantas gentes con esperma de modelarlas para Su raza y con las que, por lo tanto, se mantenía en relación. Cuatrocientos mil años más tarde escogió algunos otros individuos. Esta selección era semejante a la que los ganaderos efectúan en los rebaños para las reses más convenientes de las que muchas desechan después, para ir depurando de vez en vez la selección.

El aislamiento de una tribu de la quinta subraza blanca (la raza de color de luna, como poéticamente la denominan las Estancias de Dzyan) que habitaba en las montañas septentrionales de Ruta, unos 100.000 años antes de J. C., fue el primer paso decisivo en el establecimiento de la raza. Diremos de paso que la quinta subraza era generalmente montañesa y sus más genuinos representantes son en la actualidad las cabilas marroquíes de la cordillera del Atlas. Difiera su religión de la de los toltecas del llano y de esta circunstancia se aprovechó el Manú para aislar la subraza. Entonces, el Bodhisattva, Su hermano, que más tarde fue el señor Gautama el Buddha, fundó una nueva religión, y a las gentes que la aceptaban se les ordenó mantenerse separadas y no mezclarse en matrimonio con las demás tribus. Los discípulos del Bodhisattva marcharon a otras tierras y trajeron unos cuantos prosélitos, que más tarde se incorporaron a la masa principal. Se les dijo que algún día habrían de emigrar a una tierra muy lejana, que sería para ellos “la tierra prometida”, y que estarían bajo el gobierno de un señor y rey, a quien no conocerían físicamente. De este modo se les mantendría en estado de preparación para el advenimiento del excelso Ser que había de acaudillarles en su éxodo y conducirlos a un paraje seguro, donde se librarían del futuro cataclismo (1). Parte de la historia de Israel deriva probablemente de estos hechos, aunque la selección del pueblo hebreo ocurrió en época posterior, mientras que aquellos sus antecesores, de quienes hablamos, fueron realmente un “pueblo escogido” y puesto aparte con un capital propósito.

La causa inmediata de la emigración fue que la subraza blanca estaba a punto de caer bajo el dominio del señor Tenebroso, de cuya influencia quería abstraer el Manú a Su pueblo. En consecuencia, el ario 79.797 antes de J. C. los reunió en la costa para embarcar allí en travesía del mar de Sahara y seguir después a pie por el Sur de Egipto hasta la Arabia. Se dispuso, al efecto, una flota de treinta naves, de las que la de mayor porte sería de unas 500 toneladas

y tres servían tan sólo para el transporte de provisiones. Eran naves toscamente construidas, que obedecían bien al impulso del viento, pero que viraban muy mal. Llevaban algunos remos, además de velas, y ninguna tenía condiciones para resistir un largo viaje; pero sólo habían de atravesar las bajas aguas de la boca del Sahara, que era una especie de corcovado golfo en comunicación con el Atlántico. Conducía la flota en cada viaje unas dos mil novecientas personas para desembarcarlas en la costa oriental del Sahara y volver al punto de partida, a fin de embarcar otro contingente. Tres viajes efectuó la flota hasta transportar los nueve mil hombres, mujeres y niños, a que, con los adherentes de otras partes, ascendía la pequeña nación que desde allí emprendió a pie la marcha hacia Oriente (2). Llevaban consigo rebaños de un animal que parecía cruzado de búfalo y elefante con algo de cerdo, y les servía de alimento cuando escaseaban otras provisiones, aunque de ordinario se le consideraba demasiado valioso para tal empleo. Las operaciones de embarco, desembarco, acampamento en espera de los contingentes y preparativos de la caminata duraron algunos años, a cuyo término el Jefe de la Jerarquía envió al Manú con otros oficiales superiores para que los condujera a la meseta central de la bahía, donde habían de permanecer cierto tiempo. Por aquella época dominaban los atlantes en Egipto como conquistadores del país y habían erigido las pirámides a que Cheops dio su nombre muchos miles de años después. Cuando hace unos 77.000 años quedó el Egipto inundado por las aguas diluviales, las gentes intentaron trepar a las pirámides para salvarse de las aguas que de continuo subían de nivel, pero no pudieron lograrlo a causa de la lisura de sus caras. Pereció la gran civilización atlante, a la que siguieron el diluvio, una dominación de raza negra, otro imperio atlante y uno ario (13.500 años antes de 3. C.), todos ellos precursores del que la historia conoce con el nombre de pueblo egipcio. Pero no hemos de entrar en este fascinador vericuetto.

Baste decir que cuando nuestros emigrantes bordearon la frontera, florecía en Egipto una esplendorosa civilización tolteca, cuyo monarca, atento a las tradiciones del país que ponían a todos los demás pueblos bajo el explotador dominio de los toltecas, invitó a los emigrantes a quedarse en aquella tierra. Algunos cayeron en la tentación y se establecieron en el bajo Egipto, a pesar del mandato contrario del Manú, y poco después sucumbieron al esclavizante dominio de los toltecas.

El resto llegaron a la Arabia por el camino que hoy es canal de Suez y allí los estableció el Manú, por grupos, en los diversos valles de las altas tierras montaneras. Estaba el país escasamente poblado por una raza negra y los valles eran fértiles al amor del regadío; pero los emigrantes no gustaron mucho de la nueva tierra, y mientras la mayoría, preparados por Vaivasvata en Ruta, le permanecían incondicionalmente adictos, los más jóvenes murmuraban, porque aquello era una labor de zapadores y no un viaje de recreo.

En uno de los valles encontramos gran número de individuos de los grupos de 1200 y 700 años, incluyendo algunos miembros de "la familia," cuya adhesión degeneraba seguramente en violento fanatismo, pues propusieron el exterminio de cuantos no fuesen enteramente adictos al Manú y la ludía con los desertores que se habían establecido cómodamente en Egipto. Esto les

acarreó la cólera de los egipcios, de lo que provino la matanza y consiguiente eliminación de los adictos.

Marte y Corona resistieron intrépidamente la acometida de los egipcios, mientras que otro contingente, en el que figuraba un joven soltero llamado Heracles, quedó aniquilado por no haber advertido bien la dirección del enemigo. Llegó entonces el Manú Vaivasvata con refuerzos y mudó la suerte de aquel día, rechazando a los egipcios. Otra columna de éstos fue atacada a su vez por fuerzas superiores, en cuyas filas sobresalía Sirio, el padre de Heracles, que se enfureció al encontrar a su hijo entre los muertos. Como los de Sirio condecían el país, empujaron a los egipcios hacia una depresión parecida a un cráter, en cuyos escalonados bordes había esparcidos muchos peñascos sueltos, que lanzaron contra los circundantes enemigos. En esta ocasión vimos por última vez a Sirio, que, rodaba por las escotaduras, entre un alud de piedras, blandiendo la lanza y entonando un canto bélico de no muy lisonjera índole, hasta confundirse en la ensangrentada masa de piedras y cadáveres que llenaban la parte inferior del cráter.

Los pocos soldados egipcios que escaparon a la matanza, fueron condenados sin dilación a muerte, al llegar a su tierra, por haber deshonrado al ejército con su derrota.

Disfrutaron después de esto algún tiempo de paz los colonos, ocupados en el cultivo de sus valles, que eran muy fríos en invierno y ardorosos en verano. Habían traído de Atlantis diversidad de semillas, que algunos arraigaron en la nueva tierra. Cultivaban un fruto desabrido semejante a la manzana, y en los declives de la parte más cálida de sus valles maduraba otro, tamaño como la cabeza de un hombre, de pegajosidad, aspecto y sabor parecidos al dátil. Una especie de cráter, en cuyo fondo reflejaban las rocas los rayos del sol, servía de estufa donde cultivaban otro fruto que la grandor del coco, de que parecían estar en extremo orgullosos, pues era nutritivo y al hervirlo dejaba azúcar por evaporación del agua, mientras que el residuo daba una harina con la cual hacían una especie de torta dulce. Dos de estas tortas llevaba Sirio entre las ropas al rodar por la cuesta de la muerte.

En otra encarnación apareció Heracles como una alta, esbelta y atractiva joven que de un árbol, semejante al tamarindo, colgaba una cuna de corteza en que estaba su hermanito Safo.

Los selectos de la quinta subraza atlante crecieron y se multiplicaron extraordinariamente hasta constituir al cabo de dos mil años una nación de algunos millones de individuos. En general, estuvieron enteramente separados del resto del mundo por un cinturón de arena que sólo podían atravesar las caravanas con abundante provisión de agua y por un solo camino de oasis, cerca de donde hoy está la Meca. De cuando en cuando se desgajaban del tronco principal grupos de emigrantes que iban a establecerse en el Sur de Palestina unos y en el Sur de Egipto otros, estimulados estos movimientos por los representantes del Manú, a causa de que la meseta no bastaba a contener tanta muchedumbre. El Manú despedía del país a gentes de tipo metros estimarle y conservaba incontaminados, dentro de Su circuito de arenas

desiertas, a los que mayores esperanzas despertaban. De cuando en cuando, por sugestión del Manú; se formaba una caravana de emigrantes que iba a constituir una colonia o a fundar una ciudad. Los moradores de una de estas ciudades desarrollaron el caballo. Eventualmente encarnaba el mismo Manú, y sus descendientes formaban una estirpe aparte, de tipo algún tanto mejorado; pero, por lo general, no estaba presente en cuerpo físico, sino que gobernaba al pueblo por ministerio de Sus lugartenientes, entre quienes sobresalían Júpiter y Marte. Se dedicaban las gentes a la agricultura y el pastoreo, sin aglomerarse en grandes ciudades; pero al cabo de unos tres mil años estaba la meseta tan densamente poblada, que parecía una sola y enorme ciudad. A fin de aligerar la densidad de población en el núcleo central, envió el Manú gran número de gente al África para fundar una populosa colonia que, posteriormente, fue por completo exterminada.

Pocos años antes de la catástrofe del 75.025 de la era precristiana, en obediencia a un mensaje recibido del Jefe de la Jerarquía, escogió el Manú unos setecientos de Sus propios descendientes y los condujo hacia el norte, después de haberlos constituido en secta heterodoxa, exigiéndoles mayor austeridad de conducta que a los ortodoxos, quienes por ello los miraban desfavorablemente. En consecuencia, les previno el Manú que le siguieran a una tierra distante algunas jornadas, donde podrían vivir en paz y sin temor a las persecuciones de los ortodoxos. Ni siquiera los lugartenientes del Manú obtuvieron Su plena confianza, sino que eran meros ejecutores de las órdenes recibidas. Entre ellos estaban varios que ahora son maestros y otros que han trascendido ya la evolución terrestre.

Como no era muy grande el número de escogidos, formaron una sola caravana, y el Manú envió un mensaje al monarca del imperio sumiro-acadiano pidiéndole permiso para atravesar su territorio, que a la sazón comprendía la actual Turquía Asiática, Persia y comarcas ulteriores. Sin dificultad llegó la caravana de Manú a la frontera del imperio, y merced al pasaporte del emperador, que se portó amistosamente, alcanzaron en derechura el Turquestán, donde el Manú hubo de tratar con una confederación de Estados turanios, feudatarios del imperio, en cuyo territorio estaba comprendido el actual Tibet.

Transpuso la caravana unas montañas no muy altas, entre ellas la actual cordillera de Tianshán, que limitaban el mar de Gobi y se extendían hacia el Océano Artico. En dirección sesgada hacia el norte, atravesaron la Mesopotamia y la Asiria. La confederación turania dio permiso para el cruce, no sólo porque lo exiguo de la caravana alejaba todo recelo, sino también porque el Manú decía que estaba cumpliendo el mandato recibido del Altísimo. Después de algunos años de peregrinación, llegó la caravana a las costas del mar de Gobi; pero en obediencia a las órdenes recibidas, no quiso el Manú permanecer en la llanura, sino que se encaminó por las colinas hacia el norte, donde un vasto mar bajío se dilataba hasta el Océano Ártico y, por lo tanto, hasta el Polo.

La estrella lemuriana estaba a; la sazón mucho más levantada y su punta más próxima caía a unas mil millas hacia el norte. Situó el Manú parte de

su gente en un promontorio que miraba al nordeste, pero el mayor número se estableció en una fértil hondonada parecida a un cráter, algo así como la *Taza del Diablo* de Surrey, aunque mucho mayor. Estaba esta hondonada más tierra adentro, si bien de lo alto de una cumbre contigua se divisaba el mar.

Desde el promontorio, que era muy elevado, se distinguía el mar de Gobi y la tierra que habrían de habitar pasado el inminente cataclismo-La isla Blanca caía hacia el sudeste y no se divisaba entonces desde el promontorio; pero pudo divisarse cuando, posteriormente, quedó sembrada de elevados templos. El promontorio y la tierra contigua estaban formados de capas de roca, que apenas hubieran podido con volver los terremotos, a no hendirse la tierra entera. Allí hablan de permanecer el Manú y los suyos hasta que pasara todo peligro, y emplearon unos cuantos años en establecerse. Algunos individuos murieron en el camino y otros a poco de la llegada, y el mismo Manú reencarnó para mejorar más rápidamente la raza.

Según ya hemos dicho, este pueblo era de la propia estirpe del Manú, pues de El descendían físicamente, y según iban feneciendo los cuerpos, infundía los Egos en otros nuevos y mejores.

En Atlantis gobernaba otra vez el reencarnado Hombre de Metal, sin que, por lo visto, le hubiesen servido de provecho sus anteriores experiencias. Era dueño de la ciudad de las Puertas de Oro y tenía oprimidos a los atiantes de más noble índole.

La ciudad fié repentinamente destruida por la invasión de las aguas del mar, a través de las enormes hendiduras causadas por la explosión de gases subterráneos; pero, al contrario de lo ocurrido en el cataclismo que sumergió la isla de Poseidonis en veinticuatro horas, aquellas convulsiones continuaron durante dos años con nuevos estallidos y hundimientos, cuyos efectos eran cada vez más perturbadores. Los Himalayas subieron un poco de altura y la India meridional quedó sumergida con todos sus habitantes. Anegóse el Egipto sin dejar otra cosa en pie que las pirámides, desapareció el istmo que se extendía desde aquel país a los que hoy son Marruecos y Argelia, y ambas tierras quedaron formando dos islas basadas por el Mediterráneo y el Sahara. El mar de Gobi asumió forma circular, y la tierra llamada hoy Siberia quedó separada del Océano Ártico; levantóse el Asia central, y los torrentes de aguas diluviales abrieron profundos cauces en el blando suelo. Mientras proseguían estas perturbaciones sísmicas, la comunidad del Manú no experimentó alteración alguna en la tierra donde se asentaba; pero el pueblo estaba sin cesar aterrorizado por los frecuentes terremotos y casi paralizado por el temor de que el Sol, oculto durante un año tras masas de nubes, formadas en su mayor parte por finísimo polvo, hubiese desaparecido para siempre. Las circunstancias climatológicas excedían a toda descripción. Caían incesantemente terribles aguaceros, y masas de vapor y nubes de polvo rodeaban la tierra y oscurecían la atmósfera. Ninguna planta medraba a su punto y sufría el pueblo rigurosas privaciones que disminuyeron la población a trescientos individuos, de los mil a que habían llegado los setecientos escogidos en un principio. Únicamente sobrevivieron los más robustos; los débiles sucumbieron.

Al cabo de cinco años ya se habían establecido nuevamente. La depresión crateriana era un lago, y algunos años de temperatura cálida siguieron a los de perturbación atmosférica. Mucha tierra virgen se había levantado a la superficie y pudieron cultivar el suelo. Pero el Manú se iba haciendo viejo y recibí() orden de conducir a su pueblo a la isla Blanca. Escucharla fue obedecerla.

Allí le mostró el mismo Jefe de la Jerarquía el grandioso plan del porvenir, que se dilataba por millares de decenas de millares de años. El pueblo del Manú había de habitar en el continente, en las costas del mar de Gobi, para multiplicarse y robustecerse. La nueva raza había de nacer en la isla Blanca y, luego de crecida, fundarla en la costa opuesta una poderosa ciudad, cuyo plan les fue sugerido para morar en ella. A lo largo de las costas del Gobi, a la distancia de veinte millas, corría una cordillera cuyas estribaciones formaban colinas de poca altura que llegaban hasta el mar. Había allí cuatro grandes valles, extendidos desde el interior de la cordillera hasta la costa, enteramente separados uno de otro por las interpuestas colinas. Debería situar el Manú en estos valles a algunas familias escogidas para desenvolver allí cuatro distintas subrazas y enviarlas oportunamente a diferentes partes del mundo. También enviaría a algunos de los suyos a nacer en otros países y los restituiría después a la isla Blanca con objeto de formar nuevas mezclas, puesto que habían de contraer matrimonio con individuos de su familia, y cuando el tipo estuviera bien dispuesto, encarnaría Él otra vez para fijarlo. La raza raíz necesitaría también alguna mezcla, porque el tipo no era del todo satisfactorio.

De esta suerte se habían de formar un tipo primordial y varios subtipos, cuyas diferencias se definiesen en los primeros días, para obtener cinco grupos que se propagasen en distintos aspectos. Conviene advertir que, después de refinar a su pueblo durante generaciones y de prohibir los matrimonios con gentes extrañas, creyó el Manú necesario, por, último, mezclar algo de sangre extranjera y separar la descendencia mezclada.

Hacia el año 70.000 antes de J. C., procedió el Manú a establecer a su pueblo en el continente, ordenándole construir ciudades, donde crecieron y se multiplicaron durante algunos miles de años. No hubieron de vivir al principio como salvajes, porque ya eran gentes civilizadas y empleaban buen número de máquinas ahorradoras de trabajo. En una de las ciudades que se asentaban a lo largo de la costa, encontramos algunas caras conocidas. Marte, nieto del Manú, era el jefe de la comunidad, y con su esposa Mercurio y sus hijos (entre quienes estaban Sirio y Alcione) vivía en una alegre casa rodeada de un vasto jardín con hermosos árboles (3). También vimos en la ciudad a Corona y a Orfeo, un anciano y majestuoso caballero muy digno y respetado. Júpiter era el gobernador de la provincia (4), con autoridad delegada por el Manú, reconocido rey de la comunidad y residente en Shamballa. Mientras estábamos observando esta ciudad, llegaron a tumultuoso galope un tropel de hombres que, sin duda, regresaban de una excursión. Montaban animales de áspera catadura, parecidos a caballos, y los capitaneaba Vajra, hermano de Marte, ante cuya casa se detuvieron para muy luego galopar de nuevo tan

tumultuosamente como habían venido. Les seguimos hasta otra ciudad, también sita en las costas del Gobi, de la que Viraj era jefe.. Su hijo Heracles iba era la tropa de jinetes, entre los cuales distinguimos asimismo a Ulises.

Aquí vimos otras caras conocidas. Ceteo y Ulises estaba enemistados, porque primeramente habían reñido por cuestión de una res que ambos afirmaban haber muerto; después, por un pedazo de tierra que uno y otro necesitaban; y finalmente por una mujer que, los (los apetecían. Pólux y Heracles eran muy amigos, porque en una excursión había aquél salvado la vida de éste a riesgo de la suya propia. Psiquis, una de las hijas de Heracles, robusta y gallarda muchacha, nos llamó la atención, porque a la edad de catorce años llevaba en brazos a su hermanito Fides, cuando al verse acometida por un cabrio de enorme cornamenta, ensortijada en la base y puntiaguda en el extremo agarró valerosamente a la bestia por los cuernos y, humillándole la cabeza hasta las pezuñas, le golpeó las patas traseras hasta derribarlo al suelo. El pequeñuelo Fides parecía ser el niño mimado de la familia, porque vimos que Heracles lo llevaba a menudo al hombro.

Mucha emoción causó años después la marcha de Júpiter, Corona., Marte y Vajra, llamados por el Manú, ya entonces muy viejo. Obedientes aquellos a Su orden, al volver a la colonia erigieron algunos niños para enviarlos a Shamballa. Estos niños eran lo mejor de la comunidad, y desde entonces se han encumbrado a la categoría de maestros. Eran los niños, Urano y Neptuno, y las niñas, Súrya y Bhraspati, hijos los cuatro de Alcione. También fueron elegidos el niño Saturno y la ninfa Venus. Les acompañaron en calidad de ayas unas cuantas mujeres y recibieron crianza en Shamballa. A su debido tiempo Saturno se casó con Súrya, y el primogénito de este matrimonio fue el propio Manú, que quiso renacer para realzar la raza a más alto nivel.

Entretanto habían sobrevenido muchas vicisitudes en el continente. Poco después de la salida de los citados niños, los turanos cayeron sobre la comunidad como devastadora inundación, pues tal era el peligro del que el Manú había advertido a sus lugartenientes, y del que se salvaron los nitros. Los invasores fueron valerosamente rechazados varias veces; pero como tras una horda llegaba otra, vencieron al fin toda resistencia, y ni hombre, mujer o niño quedaron con vida en la general matanza. Nuestro antiguo conocido Escorpión era el jefe de una de las tribus, que otra vez renovó su perpetuo conflicto con Heracles. Murieron buen número de niños que prometían mucho; pero no tuvo gran importancia su muerte, porque abuelos, padres e hijos dejaron al mismo tiempo la vida terrestre y estuvieron dispuestos a regresar cuando el Manú fundó Su familia- Marte fue el primero en volver, y nació en Shamballa, como hermano menor del Manú, con Viraj por hermana.

Repitióse entonces el ciclo en superior nivel. Inventaron, ó mejor dicho, reinventaron los hombres muchas cosas útiles, y al cabo de algunos miles de años floreció una populosa civilización en cuya vanguardia figuraban nuestros antiguos amigos, entre ellos Heracles, que esta vez era hijo de Marte Los del grupo de servidores renacidos entonces, trabajaron de firme bajo la dirección de sus caudillos, cuya voluntad se esforzaban en cumplir, y aunque a veces eran de comprensión tardía y algo lerdos, por lo que cometían no pocos yerros,

rebosaban de lealtad y buenas intenciones, que les unían estrechamente a quien servían.

Para residencia de todos los individuos de una familia en sucesivas generaciones, edificaban casas muy grandes y bien fortificadas, con una sola puerta y ventanas que daban a un vasto patio central, donde las mujeres y niños podían estar seguros. Más adelante circuyeron las villas y ciudades de robustos muros, para reforzar la defensa, porque los salvajes turanios rondaban de continuo por los contornos de la comunidad, aterrorizando a los habitantes con sus brutales depredaciones y repentinos asaltos. Las aldeas fronterizas andaban en continua alarma, mientras que los habitantes de la costa disfrutaban de mayor tranquilidad.

Cuando de nuevo llegó a constituir la raza una pequeña, nación, sobrevino otra acometida de turanios con la consiguiente matanza, de la que tan sólo se salvaron unos cuantos niños, enviados con sus ayas a Shamballa.

Conviene advertir que, a pesar de su sed de sangre, no atacaron los turanios la isla Blanca, que tenían en profundísima veneración. De esta suerte quedó siempre resguardada la raza tipo, no obstante haber sido aniquilada por dos veces la masa general, pues en toda ocasión el Manú y Sus lugartenientes encarnaban entre ella, tan pronto como les era posible, para purificarla más y más en incesante aproximación al anhelado tipo.

(1) El ocurrido el año 75.025 antes de J. C., generalmente llamado el de los 80.000 años antes de J. C.

(2) De los nueve mil pertenecían las cinco sextas partes a la quinta subraza; un doceavo eran acadianos y el doceavo restante toltecas, todos ellos lo mejor de sus respectivas subrazas.

(3) Véase Apéndice III.

(4) Si este nombre merece el conjunto de la embrionaria raza que contaba unas siete mil almas.

CAPÍTULO XV

Edificación de la gran ciudad

Después del segundo exterminio, consideró el Manú necesario infundir en su raza algo más de sangre tolteca, que, como recordaremos, sólo entraba en proporción de una duodécima.. Al efecto, dispuso que Marte (muerto en los comienzos de la última guerra) reencarnara en la más pura familia tolteca de Poseidonis y se restituyese a la naciente comunidad al cumplir los veinticinco años, para casarse con la más buena y hermosa hija del propio Manú, salvada en su niñez del segundo exterminio. Era esta joven Júpiter, maestro y amigo de su esposo Marte en pasadas vidas. De esta unión nació Viráj que reunía en soberbio ejemplar humano las más relevantes cualidades de las dos razas progenitoras. Casó Viráj con Saturno, y el propio Manú Vaivasvata reencarnó de nuevo como hijo primogénito del joven matrimonio. En este punto (unos 60.000 años antes de J. C.) comienza verdaderamente la quinta raza raíz ó raza aria, pues desde entonces ya no sufrió nuevo exterminio. De la tenue semilla brotó una hermosa y pura civilización de lozano florecimiento, separada en gran manera del resto del mundo.

Los descendientes del Manú permanecieron en la isla Blanca hasta llegar a ciento, pues les dejó ordenado el Manú que cuando contasen este número se fueron al continente, para edificar la, ciudad cuyo plano El habla trazado con destino a capital de su raza, indicando la longitud, anchura y orientación de las calles, el tamaño de los principales edificios y demás elementos urbanos. Se realizó la obra con arreglo a la traza del Manú, y las principales calles de la ciudad quedaron orientadas en sentido convergente a la isla Blanca, de modo que en ella hubiesen terminado de, prolongarlas a través del adyacente mar, de cuyas orilla arrancaban unas no muy altas peñas desde las cuales s o, iba dilatando la tierra en suave cuesta, hasta las purpúreas montañas que veinte millas a lo lejos se erguían.

Aunque abierto a los cierzos, era el paraje aquél muy conveniente a la edificación de la ciudad, que extendida por la vasta y suavemente inclinada planicie se desplegaba como un abanico a orillas del mar. Las calles eran tan anchurosas, que aun desde el extremo superior, lindante con las montañas, se divisaba a muy simple vista la isla Blanca como culminante punto que parecía dominar toda la vida de la ciudad, una vez completada su espléndida traza. Edificáronla unos mil años antes de que hubiese de estar densamente poblada y así fué creciendo disgregadamente como Londres. El centenar de hijos y nietos del Manú parecían absurdamente insuficientes para la grandiosa obra que habían de comenzar y sus descendientes concluir. Construyeron para su morada barrios interinos que no alterasen el plano de la ciudad y cultivaron la tierra necesaria para sustentarse, dedicando todo el tiempo libre a la preparación de la obra. Procedieron al replanteo y explanaron las calles

abatiendo los árboles, cuya madera les sirvió para construir su barrio. Después fueron algunos a las montañas vecinas en busca de metales y piedras útiles para la edificación y, al efecto, excavaron minas y abrieron canteras, de las que arrancaron piedras blancas, grises, rojas y verdes, parecidas al mármol, pero todavía más duras, si bien pudieron poseer, para endurecerlas, algún secreto aprendido de los atlantes, donde la arquitectura había alcanzado notable perfección. Más tarde se adelantaron por la montaña hasta encontrar pórfiros de magnífico color de púrpura, que utilizaron con saliente efecto.

Curioso espectáculo ofrecía ver ocupados en su labor aquellos constructores de la futura ciudad, que como descendientes todos del Manú y similares en educación y costumbres, se trataban y conducían como una sola familia, aunque ya su número llegaba a miles. Indudablemente, la presencia del Manú y de Sus lugartenientes, mantenía vivo el sentimiento de familia que formaba de la creciente nación una verdadera fraternidad, todos cuyos individuos se conocían. Trabajaban gustosos, porque cumplían los deseos del su a un tiempo padre y rey. En los campos cultivaban cereales (pues parece que tenían trigo, centeno y avena) y además cortaban y labraban las enormes piedras arrancadas de la montaña. Todo lo cumplían jubilosamente, como un deber religioso acopiador de merecimientos, sin repugnar ninguna clase de trabajo.

El estilo arquitectónico era ciclópeo, con enormes piedras, mucho mayores todavía que las de Karnac, para cuya colocación se servían de máquinas y deslizaban enormes piedras sobre rodillos. En casos apurados, daba el Manú instrucciones para la mayor facilidad de la tarea, tal vez por algunos procedimientos magnéticos; pero generalmente habían de emplear toda su fuerza e ingenio en el manejo de estas enormes piedras, algunas de cincuenta metros de largo, que lograban arrastrar por los caminos. Sin embargo, cuando habían de levantarlas hasta su respectivo asiento, el Manú y Sus lugartenientes les sugerían ocultos procedimientos. Algunos de estos lugartenientes aventajaban en categoría a los Maestros, pues de Señores de la Luna se habían convertido en Chohanes de Rayos. Iban de un lado para otro inspeccionando el trabajo de los operarios y se les llamaba genéricamente Maharishis, entre cuyos nombres propios oímos los de Rhudhra, de sonido muy gutural, y el de Vásukhya (1).

Los edificios eran de proporciones análogas a las que después tuvieron los de Egipto, pero de aspecto mucho más airoso y ligero, como sucedía en los edificios de la isla Blanca, cuyas cúpulas no eran de forma esférica sino bulbosa, es decir, abultadas en la base para ir definiendo suavemente hasta terminar en punta como un capullo de loto cuyas encerradas hojas se hubiesen retorcido. Parecía como si hubiesen dos hélices superpuestas, una a la derecha y otra a la izquierda, cuyos filetes se entrecruzasen sobre el bulboso capullo.

Los cimientos de aquellos edificios eran por todo extremo sólidos y sustentaban un cuerpo de minaretes y arcos de peculiar y muy graciosa curva, rematado por la cúpula en forma de capullo de loto. Algunos siglos tardó la construcción de esta serie de edificios; pero luego determinados, fue la isla

Blanca una verdadera maravilla, pues por la ventaja de su elevada situación levantaron allí los arios magníficos templos de mármol blanco con aplicaciones de oro, que cubrían por entero la isla, convirtiéndola en una ciudad sagrada. Alzábanse los templos en rededor del gran templo central, coronado por los minaretes y arcos antes referidos, con la cúpula en forma de capullo de loto que caía sobre la vasta sala, donde los cuatro Kumáras se aparecían en ocasiones especiales, como las solemnes fiestas religiosas y los festivales y ceremonias de importancia nacional (2).

Mirada desde el extremo de una de las calles, diez millas a lo lejos, causaba muy hermoso y emocionante efecto la vista de la blanca, y dorada isla Blanca, como una nívea cúpula caída en medio del azul mar de Gobi (3), pues todos los edificios parecían saltar en la serena atmósfera en dirección al centro, como deseosos de que los coronase la hermosa cúpula.

Levantándonos sobre ella en el aire y mirándola como desde un globo, veíamos la isla Blanca semejante a un círculo dividido por una cruz, pues las calles estaban dispuestas como cuatro radios coincidentes en el templo central. Desde el promontorio noroeste del primitivo establecimiento de la raza, presentaba la isla magnífico aspecto que difícilmente podía ser accidental, pues tomaba la figura del ojo simbólico del rito masónico, recortado de modo que las curvas eran cilíndricas y las más oscuras líneas de la ciudad figuraban el iris mirado desde el continente.

Tanto el exterior como el interior de los templos de la isla Blanca estaban adornados con esculturas, de las que muchas contenían símbolos masónicos, porque la Masonería heredó sus símbolos de los Misterios, y todos los Misterios arios derivaron de este antiguo centro de iniciación. En una estancia contigua al templo central, destinada sin duda a la enseñanza, había una serie de esculturas que representaban desde el átomo físico a los átomos químicos, dispuestos ordenadamente con líneas explicativas de sus diversas combinaciones. En verdad, nada nuevo hay bajo el sol (4).

En otra estancia se veían varios modelos, en uno de los cuales están recíprocamente atravesadas las lemniscatas de Crookes, para formar un átomo con una rosa cuádruple. Muchas figuras estaban esculpidas en altorrelieve, tales como el átomo pránico, la culebra de oxígeno y el globo de nitrógeno. ¡Lástima que el cataclismo final derruyera estos monumentales edificios! De otro modo hubieran podido durar miles y miles de años.

La ciudad del continente se edificó con piedras de diversos colores extraídas de las canteras, y algunos edificios resultaron de muy hermoso aspecto, por la acertada combinación del gris y el rojo o el rosa y el verde con sorprendentes toques de pórvido purpúreo.

Al llevar nuestra investigación a unos cuantos siglos adelante, vimos que todavía se trabajaba en la edificación de la ciudad, aunque con muchos más operarios, hasta que al cabo de mil años estuvo terminada en toda su magnificencia la capital del futuro imperio.

Según crecía el número de operarios, iban invadiendo las tierras aledañas para mantenerse de su cultivo, pues eran muy fértiles, y unas veces trabajaban en el campo y otras en la fábrica de los grandiosos templos. Siglo tras siglo continuó esta expansión a lo largo de la costa del Gobi y por el vasto declive de las montañas vecinas, con arreglo a la traza original del Manú.

Había en la montaña minas de oro y piedras preciosas. En la construcción, y especialmente en los edificios de mármol blanco, empleaban oro en abundancia, cuyo efecto ornamental era de extraordinaria y nítida riqueza. También entraban por mucho en las ornamentaciones las piedras preciosas, incrustadas como brillantes puntos en cuadros de color. Los dibujos decorativos tenían por elemento la calcedonia pulimentada, y los modelos eran de una preciosa piedra parecida al ónix mexicano. Uno de los más frecuentes y hermosos motivos ornamentales de los edificios públicos consistía en la combinación de nefrítica verde oscura y pórfido purpúreo. Abundaban las esculturas así en el exterior como en el interior de los edificios, pero no se veían pinturas murales ni dibujos con perspectiva. Los largos frisos ostentaban altorrelieves representativos de procesiones, cuyas figuras eran todas del mismo tamaño, sin dar idea alguna de la distancia ni del espacio, pues no se veían árboles ni nubes en el fondo. Estos frisos recordaban los mármoles de Elgin y parecían excelentemente esculpidos con acertada imitación del natural. En los mismos frisos se veían algunas figuras pintadas, así como estatuas sueltas en las vías públicas y casas particulares.

Quedó la ciudad enlazada con la isla Blanca por medio de un magnífico puente de construcción tan notable que por él se la llamó Ciudad del Puente (5). Era este puente de airosa traza, y tenía palmados con torneado de macizas volutas y decorado de grandes grupos escultóricos. Los extremos se apoyaban en las rocas costeras del continente y en la ribera de la isla Blanca. Las baldosas de la calzada medían 49 metros de largo con proporcionada anchura, constituyendo en conjunto una construcción digna, por lo severa, de la isla a que servía de único enlace con tierra firme.

El año 45.000 antes de J. C. estaba la ciudad en el cenit de su esplendor; pues era entonces la capital de un dilatado imperio que comprendía todo el centro y oriente de Asia, desde el Tíbet al mar y desde la Manchuria a Siam, aparte de la soberanía que alegaba sobre todas las islas comprendidas entre Japón y Australia. En alguno de estos países se advierten todavía vestigios de, la dominación de aquel imperio, pues el indeleble toque de la sangre aria se echa de ver en pueblos tan primitivos como los cabelludos ainos del Japón y los aborígenes de Australia.

En el apogeo de su gloria ostentaba la ciudad la magnífica arquitectura que hemos descrito, de carácter ciclópeo en cuanto a sus proporciones, pero de muy delicada y pulida labra. Hemos visto que los fundadores de la ciudad edificaron los maravillosos templos cuyas colosales ruinas son la admiración de cuantos las contemplan hoy en Shamballa (6) y dotaron al mundo del incomparable puente que un tiempo enlazó la isla sagrada con la margen continental (7). Su escultura era majestuosa, su colorido brillante y muy notable su ingenio mecánico. En la época de su culminante esplendor no

desmerecieron en comparación de los atlantes, y aunque nunca les aventajaron en lujo, sus costumbres fueron notoriamente más puras.

Tal fue la poderosa ciudad trazada por el Manú Vaivasvata y construida por sus hijos. Muchas y muy grandes fueron las ciudades de Asia, pero la Ciudad del Puente las sobrepujó a todas. Sobre ella planearon constantemente las poderosas Presencias (que tenían y aún tienen su terrena morada en la sagrada isla Blanca) para darle, entre todas las ciudades del mundo, la perenne bendición de su inmediata proximidad.

(1) Mucha fue nuestra sorpresa al advertir en estos nombres una evidente forma de sánscrito en tan remotísima época. Parece que el lenguaje traído de Venus por los Señores de la Llama fue este primitivo sánscrito, un idioma verdaderamente divino, que no sufrió alteración notable mientras los Señores de la Llama estuvieron en contacto con el pueblo.

(2) Quienes hayan leído las Vidas de Alcyone, recordarán que según se describe en la décima, los caudillos de la emigración, reunidos en esta sala, vieron aparecer a los cuatro Kumáras,

(3) En aquella época el mar de Gobi era un poco menor que el actual mar Negro.

(4) Si los autores de esta obra hubiesen tenido noticia a su debido tiempo de la existencia de estas esculturas, seguramente se ahorrarán muchas molestias en sus investigaciones de química oculta.

(5) También se la llamó Manova, esto es, ciudad del Manú.

(6) Shamballa es todavía la imperecedera tierra sagrada, donde moran los cuatro Kumáras y se reúnen cada siete años los iniciados de todas las naciones.

(7) Todavía está en pie este puente, tan poderoso como siempre, aunque ahora sólo fluyen por bajo de él las movedizas arenas del desierto.

CAPÍTULO XVI

Primeros tiempos de la civilización e imperio arios

Los hijos del Maná no fueron, en modo alguno, un pueblo primitivo, pues en sus orígenes abarcaron unos cuantos centenares de miles de años de civilización atlante y miles de años bajo el gobierno de su propio Manú en Arabia y norte de Asia. Las gentes, aun el proletariado ínfimo, sabían todas leer y escribir, y ningún linaje de trabajo era para ellos despreciable desde el momento en que trabajaban en la obra del Manú, fuese cual fuese. Observarnos a un hombre que barría las calles, y corno pasara por su lado un sacerdote cuyo porte dignísimo y ricas vestiduras denotaban muy elevada categoría, saludó cortésmente al barrendero como un hermano, como un igual, como lino de la fraterna familia de los hijos del Manú. Fomentaban el sentimiento de la confraternidad de la raza sobre el fundamento de una maravillosa igualdad (como la que a veces suele verse entre los masones) y mutua cortesía, sin que por ello dejara de reconocerse el mérito personal, ni de tener, en consideración a los hombres de valía, agradeciéndoles el auxilio que prestaban. Nadie trataba de sobreponerse a los demás y cada cual hacia cuanto estaba de su parte por el bienestar ajeno, con lo que se evitaban contiendas. En esto fue la civilización aria muy diferente de la más complicada y opulenta de los atlantes, donde cada uno buscaba su propia comodidad y exaltación de si mismo, entre mutuos recelos y desconfianzas. En cambio, los arios confiaban completamente unos en otros, y para todo bastaba la palabra, que hubiera sido preciso no ser ario para quebrantarla.

Otra característica curiosa de este pueblo era el gran número de amigos y conocidos que cada cual tenia, pues como ahora sucede en las aldeas, se conocían unos a otros los vecinos de las ciudades, con mayor ó menor frecuencia de trato. Cuando a causa del aumento de población resultó imposible el mutuo conocimiento de todos los vecinos, estaban obligados los magistrados municipales a conocer a los de su distrito, y el conocimiento del mayor número era ventajosa circunstancia para el desempeño del cargo.

No obstante, el sentimiento de fraternidad se contraía a la raza sin dilatarse a los pueblos de otra distinta, como, por ejemplo, los turanios, a quienes consideraban de tronco diferente, diversa cultura e índole artificiosa y astuta, sin necesidad de ajena dependencia.

Tanto con ellos como con los demás extranjeros se mantenían los arios en digna reserva, sin darles jamás trato familiar ni admitirlos en el interior de las casas, sino que los recibían en el patio; pero no se les mostraban hostiles ni los menospreciaban. Tenían casas y patios separados para hospedaje de los extranjeros, que eran muy pocos, pues sólo eventualmente llegaban caravanas de mercaderes y, de cuando en cuando, embajadores de otras naciones, a quienes recibían con mucha hospitalidad y cortesía, pero mantenidos siempre

en aquella inalterable reserva que señalaba una barrera imposible de franquear.

Cuando más tarde sometieron los arios a su dominio otros países, los trataron algunas veces con mano dura; y esto observamos en la conducta de un gobernador enviado a país turanio que, sin ser cruel ni vejante, se portaba con severidad y dureza. Parece que este rigor fue la característica de la política de los arios en los países sometidos, sin menoscabo del sentimiento de confraternidad entre los de su propia raza.

Como en todas partes, la confraternidad en el mundo físico requería allí cierto grado común de educación, cultura, moralidad y honradez. El ario consideraba el nombre de su raza sinónimo de “noble” y esto implicaba un código de honor y de costumbres, imposible de menospreciar. El ario habla de ser, como ahora decimos, un “caballero” y ajustarse a determinado módulo de obligaciones sociales. Podía emplearse en cualquier linaje de trabajo y adquirir cualquier grado de instrucción; pero había un nivel mínimo de buen comportamiento y buenos modales, del cual no le era permitido descender. Así fue creciendo el sentimiento de reserva hacia cuantos “no eran d-l gremio” y cuyos usos, costumbres, moralidad y cualidades no conocían. Los hijos del Manú fueron urea nación aristocrática en el verdadero sentido de la palabra y, ufanos de su ilustre prosapia, comprendían plenamente los deberes que de ello se derivaban. Dieron su verdadero valor al adagio: nobleza obliga.

La civilización florecía brillante y dichosa entre las músicas, danzas y regocijos propios de su religión, cuya principal característica eran las alabanzas y acciones de gracias. Continuamente cantaba el pueblo himnos laudatorios y reconocía la oculta actuación de los devas tras las fuerzas naturales. Todas las mañanas loaban a las ninfas de la Aurora, y el Espíritu del Sol era el principal objeto de adoración. Honraban como a dioses a los cuatro Kumáras, cuya presencia sentía indudablemente un pueblo tan en contacto con la Naturaleza y de tan exquisita sensibilidad psíquica. Detrás del trono del Jefe de los Kumáras, situado en la vasta nave del templo central, se veía un enorme Sol de oro, de forma semiesférica, que desde el muro proyectaba en los días de ceremonia la refulgente luz con que se le iluminaba. También el planeta Venus era objeto de culto, acaso horque, según tradición, de aquel astro hablan descendido los Señores de la Llama. Igualmente adoraban al Firmamento como origen de todas las cosas y al Átomo como minúscula manifestación de la Divinidad.

Ejemplo de los festivales religiosos de los arios nos dará una solemne ceremonia.

Desde muy temprano, hombres, mujeres y niños recorrían In en procesión las calles convergentes a la anchurosa media luna que daba al grandioso puente. El pavimento estaba cubierto de flores y las ventanas engalanadas con colgaduras y gallardetes. Grandes pebeteros despedían nubes de incienso, y las gentes, que iban vestidas con trajes de seda de diversos colores y lucían abundantes joyas., espléndidos adornos de coral y

coronas y guirnaldas de flores de encantadores matices, tocaban por el camino discos de metal y bocinas de cuerno.

Al cruzar el puente en ordenada sucesión, cesaban las músicas y pasaban en silencio entre los salientes templos has a llegar al santuario principal, en cuya nave mayor se reunían. En la roquiza tribuna, cubierta de símbolos de oro fundido, estaba tallado el trono en peña viva con incrustaciones de oro y valiosas alhajas. Enfrente se alzaba el altar con una pira de maderas olorosas; y encima, el enorme Sol de oro centelleaba débilmente, mientras que el planeta Venus pendía de la bóveda superior.

Luego de llena la nave de bote en bote, excepto los espacios frontero y laterales del trono, se situó en este lugar un grupo de augustos personajes entrados en la nave por el fondo del templo. Eran los tres Manús revestidos de los ornamentos ceremoniales: el Maháguru; el Bodhisattva de la época, Vyása, colocado junto a Vaivasvata; Súrya, al lado de su poderoso hermano y predecesor; y los tres Kumáras, cerca del trono. Invisibles a los ojos de la multitud, que indudablemente presentía Su presencia, planeaban en los aires, colocados en anchuroso semicírculo, los devas, de magnífico aspecto purpúreo-argentino, que asistían a la fiesta. Entonces cayó la multitud en tan profundo silencio que no se ola tú la respiración, y suavemente, dulcemente, sin apenas interrumpir el silencio, resonaron las exquisitas armonías de un canto entonado por los potísimos y santísimos Seres situados alrededor del trono. Era aquel canto una invocación al Señor, al Gobernador, para que descendiese entre Su prole. Apagados los suaves y solemnes acentos, se oyó, como en respuesta, una sola nota argentina; el áureo globo del Sol refulgió en todo su esplendor encima del trono y apareció una brillante estrella cuyos rayos parecían dispararse sobre las cabezas de la expectante multitud. Allí sentado en el trono, estaba el supremo Señor de la Jerarquía, más refulgente que el Sol y que la estrella, que de él parecían tomar prestado su esplendor. Todos humillaron la frente hasta el suelo y escondieron su vista de la esplendente gloria de Su presencia. Pero el Señor de la Jerarquía atenuó bondadoso el brillo de aquella gloria, para que los fieles pudieran levantar los ojos y verle a El, al Kumára Sanat, el "Eterno Virgen", en todo el esplendor de su inalterable juventud, no obstante ser el Anciano de los Días. La multitud exhaló entonces un profundo suspiro de pavorosa admiración, que expresaba su reverente y devoto amor, al que respondió El con una luminosa sonrisa, que acrecentó más todavía la ardorosa belleza de Su rostro.

Después, el Jefe de la Jerarquía extendió las manos hacia el frontero altar y al punto prendióse fuego en él y las llamas se levantaron en el aire. Desapareció entonces, dejando vatio el trono; desvaneciósse la estrella, se debilitó el fulgor del globo solar y tan sólo permaneció inalterable el fuego que sobre el altar habían encendido Sus manos: Los sacerdotes y los cabezas de familia allí presentes (1) recibieron para los altares de los diversos templos y de los hogares de la ciudad una brasa del fuego sagrado, contenida en un vaso con tapadera, donde se conservaba inextinguible.

Organizósse nuevamente la procesión, que a paso lento salía de la nave para recruzar el puente y volver a la ciudad, donde el pueblo entonaba

jubilosos cantos, y entrelazados de las manos recorrían las calles con vehementes muestras de alegría y mutuas congratulaciones, acompañadas de la bendición de los viejos a los jóvenes. Colocaban la brasa del fuego sagrado en el altar de la familia, para encender la llama que habían de conservar viva durante el año, y a los cabezas de familia no presentes en la ceremonia, se les dejaba encender una tea, pues hasta la ceremonia del año siguiente no era posible adquirir fuego sagrado para los altares domésticos. El resto del día se pasaba entre músicas, convites y bailes, hasta que la feliz ciudad caía rendida de sueño. Tal era la fiesta del Fuego Sagrado, celebrada todos los años el día del solsticio de verano en la Ciudad del Puente.

Algunos se dedicaban casi por entero al estudio y eran muy versados en ciencias ocultas, cuyo conocimiento -empleaban en provecho de ciertas ramas de la administración pública. Lograban adquirir clarividencia y dominio sobre varias fuerzas naturales, de modo que sabían plasmar formas de pensamiento y prescindir a voluntad de sus cuerpos físicos. Pero recordando los deplorables resultados que entre los atlantes diera el oculto poder, divorciado de la moralidad y el desinterés, los maestros de estas enseñanzas ponían mucho cuidado en la elección de discípulos, y un lugarteniente del Manú ejercía la superintendencia de las clases.

Los estudiantes más adelantados tenían para con el Estado el deber de relacionar unas con otras las provincias del imperio; y aunque no había periódicos, tenían una oficina de información general, donde todo ciudadano podía adquirir las noticias que le interesasen, pues no era costumbre darlas a la publicidad. Al efecto, cada provincia contaba con un comisionado que por ocultos medios se enteraba de cuanto digno de información ocurría en el territorio de su cargo. De esta suerte se daba noticia de las embajadas que venían con mensajes de paz o de guerra, como en nuestros días se transmiten las novedades por las telegrafías alámbrica e inalámbrica.

En cierta ocasión gobernaba Corona una apartada provincia y el Manú no podía sugerirle sus instrucciones, por lo que ordenó a uno de aquellos estudiantes adelantados que, dejando su cuerpo físico, se encaminase astralmente adonde Corona estaba y se materializase al llegar junto a él, para comunicarle de palabra las instrucciones que mentalmente no había sido posible sugerirle. De esta suerte, el Manú gobernaba personalmente su imperio por dilatado que fuese. Diversos eran los materiales empleados en la escritura. Observamos a un hombre que con un puntiagudo instrumento escribía sobre la al parecer encerada superficie de una caja oblonga, como si grabase al agua fuerte. Después repasó lo escrito con una pluma hueca, de la que fluía un líquido coloreado que se endurecía al secarse, dejando los caracteres embebidos en la cera. Algunos escribían por procedimientos de su propia invención.

La mecánica no había llegado al punto que alcanzó entre los atlantes, pues las máquinas eran muy sencillas y la mayor parte del trabajo era manual. Indudablemente no quiso el Manú que se reprodujese entre su pueblo el lujo de los atlantes.

Desde su primitivo origen, por los años 60.000 antes de J. C., fueron creciendo los arios Basta constituir un populoso reino que circuía el mar de Gobi y llegó gradualmente a enseñorearse de muchas naciones vecinas, incluso los turanios, que tan despiadadamente habían exterminado a sus antecesores. Este pueblo fue la raíz troncal de todas las naciones arias y de él arrancaron desde el año 40.000 antes de J. C., las grandes emigraciones que constituyeron las subrazas arias. Permaneció este pueblo raíz en su tierra nativa hasta que hubieron salido de su seno, en dirección a Oriente, cuatro de estas grandes emigraciones y numerosas huestes de conquistadores que se apoderaron de la India. Los últimos arios salieron del país solariego para unirse en la India con sus precursores hacia el año 9,564 antes de J. C., poco antes del hundimiento de Poseidonis (2) y su éxodo tuvo por determinante que pudieran escapar al- espantoso cataclismo.

Desde el año 60.000 hasta el 40.000 antes de J. C., la raíz troncal creció y floreció sobresalientemente para culminar en el cenit de su gloria por los años 45.000 antes de J. C. Conquistaron la China y el Japón, poblados principalmente por mongoles (3) y se desparramaron por el Norte y el Oriente hasta que les detuvieron los fríos. También anexionaron a su imperio la isla de Formosa y el reino de Siam habitados por los turanios (4) y tlavatlís (5) y colonizaron las islas de Sumatra, Java y otras adyacentes, no tan enteramente a flote como ahora. Generalmente eran bien acogidos los arios por los habitantes de los países adonde llegaban, quienes los miraban como a dioses y mayormente se inclinaban a rendirles adoración que a pelear contra ellos. Todavía subsiste en la isla Cebeles un curioso resto de los invasores arios en la tribu montanera de los toales. Esta isla, situada al este de Borneo, cayó bajo la dominación aria, que desde allí fué extendiéndose por la actual península de Malaya, islas Filipinas y de Liu-Kiu, archipiélago oriental y las islas sitas en la vía de Australia, que también invadieron, y a la sazón estaba densamente poblada por los lemurianos (6).

Por el año 50.000 antes de J. C., gobernaba Corona un vasto reino en estos mares esmaltados de islas. Había nacido -en aquella región, erigiendo un reino feudatario del Manú, cuyas instrucciones obedecía, porque el Manú era el soberano de los diversos reinos de su dilatadísimo imperio. Estuviese o no encarnado, los reyes gobernaban en su nombre y Él les enviaba de cuando en cuando las instrucciones convenientes al mejor desempeño de sus regias funciones.

Hacia el año 40.000 antes de J. C. se inició la decadencia del imperio, y las islas y provincias más apartadas se declararon en bárbara independencia. El Manú encaramaba todavía eventualmente; pero por lo general dirigía las cosas desde los planos superiores. Sin embargo, el reino central mantuvo su esplendorosa civilización, satisfecho y tranquilo, durante más de 25.000 años, empleando todas sus actividades en derramar su influencia por doquiera para el establecimiento de las subrazas.

(1) En tiempos posteriores, cuando ya fue muy crecido el número de habitantes, recibían el fuego sagrado los magistrados municipales, para distribuirlo por las casas de su distrito.

(2) Esta raíz troncal se llama generalmente “primera subraza” en literatura teosófica; pero conviene advertir que es la originaria raza raíz de la cual derivaron las ramas o subrazas. La *primera emigración* recibe el nombre de *segunda subraza* v así sucesivamente. Los que emigraron a la India constituyeron la primera subraza aria.

(3) La séptima subraza atlante.

(4) Cuarta subraza atlante.

(5) Segunda subraza atlante.

(6) La tercera raza raíz.

CAPÍTULO XVII

La segunda subraza-La árabe

Ya dijimos que el Jefe de la Jerarquía instruyó en Shambala al Manú, en el plan trazado para el desenvolvimiento de la raza, cuando condujo su pequeño rebaño desde Arabia a la interina residencia del norte, y de allí a la isla Blanca, tras el gran cataclismo del año 75.025 antes de J. C. Con arreglo a dicho plan había de aprovechar el Manú, para la selección y desenvolvimiento de otras tantas subrazas, los cuatro largos valles que, separados unos de otros por colinas, se extendían tras la cordillera, distante veinte millas de las costas del Gobi. Esta obra iba a comenzar entonces.

De la numerosa hueste de servidores que se había ido formando en la noble civilización aria, escogió el Manú unas cuantas familias que, deseosas de ser exploradores, dejaron la Ciudad del Puente y fuéronse a fundar, en las tierras vírgenes una nueva colonia del Manú. Entre los elegidos se contaban muchos que, en nuestros tiempos, pertenecen o han pertenecido a la Sociedad Teosófica (1), y de ellos envió el Manú algunas familias a guiar el camino. En la tercera generación, Marte y Mercurio reencarnaron entre los descendientes de estas familias, y después reencarnaron el Manú y otros egos superiores con propósito de especializar el proyectado tipo de la subraza, formando un cuerpo en el que encarnó de nuevo el Manú al llegar al conveniente grado de especialización.

Este otro grupo de egos superiores son los encargados de establecer el tipo de toda nueva subraza, hasta darle su mayor perfección. Tal es la, Edad de Oro a que todas naciones vuelven los ojos en posteriores días. Después vienen los egos más jóvenes a encarnar en el tipo y seguir adelante, pero son de por sí incapaces de mantenerlo en el nivel establecido. Siempre que esto ocurre, un grupo (le estos egos jóvenes prepara el camino, y después reciben la ayuda de egos superiores de la categoría de Maestros, quienes proporcionan cuerpos a la mayoría del vulgo para establecer el nuevo tipo. Los egos jóvenes se agrupan entonces y hacen cuanto está de su parte, guiados al principio por algunos de los más viejos, hasta que se les deja que por sí mismos aprendan las lecciones por experiencia.

Entre los jóvenes egos escogidos para formar las primeras familias de exploradores, vemos a Heracles, hijo de Corona y Teodoro y esposo de Sirio, mujer alta, musculosa, muy de su casa y en extremo amante de su numerosa prole, entre quienes descubrimos a Alcione, Mizar, Urano, Selene y Neptuno (2). Trajo cautivos Heracles de una correría algunos nobles tlavatlis, y al hijo de uno de ellos, Apis, le dio en matrimonio su sobrina Géminis, con mucho enojo de la altiva familia aria que consideró desigual aquel enlace, porque adulteraba la pureza de su sangre; pero sin duda lo dispuso así el Manú a fin de mezclarla algún tanto con la tlavatli. De aquel matrimonio nacieron dos lindísimos mellizos: Espiga y Fides. Entre las familias emigrantes formaron otro

matrimonio Hector y Aurora, cuya hija Albireo casó con Selene y tuvieron por hijo a Mercurio. grano se unió con Andrómeda, quienes engendraron a Marte y Venus; Vulcano aparece como hijo de Alcione.

Advertirá el lector que Urano y Neptuno, hoy Maestros, nacieron en la segunda generación; que Marte y Venus, también hoy Maestros, encarnaron en la familia de aquellos en la tercera generación; que el asimismo actualmente Maestro Mercurio nació en la tercera generación, como hijo de Selene, y el de igual categoría, Vulcano, en la misma generación como hijo de Alcione. El Manú encarna en la cuarta generación, como hijo de Marte y Mercurio.

Algunos de nuestros amigos, entre ellos Castor y su mujer Rhea, vivían en la Ciudad del Puente, y diputaban por insensatez emigrar a los valles para fundar una nueva civilización cuando tan excelente era la del país, pues no valía la pena de ir a plantar nabos en un baldío valle en vez de vivir culta y refinadamente en la ciudad. Además, la nueva religión seguida por los moradores del valle les parecía a los ciudadanos del todo innecesaria, pues la vieja era mucho mejor.

Lachesis, otro de los amigos que acompañan a Cástor en el transcurso del tiempo, era un rico mercader, cuyo hijo Velleda, de carácter irascible, disgustaba a los parroquianos con sus intemperancias, lo que enojaba mucho a su cortés padre. Estaba Lachesis casado con Amalthea, quien se fugó en compañía de su-amante Calypso; pero como los de la ciudad juzgasen desfavorablemente esta conducta, no quisieron recibirlos en ella, viéndose precisados a refugiarse en el valle, donde no encontraron mejor acogida.

Cruz fue el príncipe tolteca que desde Poseidonis vino a visitar la Ciudad del Puente, y en su séquito observamos la presencia de Foceas.

Durante algunos siglos creció y se multiplicó el pueblo establecido en el valle, adelantando en la especialización del tipo, hasta que en el año 40.000 antes de J. C. juzgó el Manú que ya eran lo bastante numerosos y estaban lo suficientemente preparados para desparramarlos por el mundo. Así los envió bajo la guía de Marte, auxiliado por Corona y Teodoro, a recorrer el camino por el que tantos miles de años antes habían venido con intento de arianizar a los descendientes de los árabes que dejaron tras ellos; porque, de todos los atlantes, eran estos árabes los más cercanos a la posesión de las nuevas características. Aún estaban los árabes donde el Manú los había establecido y constituían cierto número de tribus, a medio civilizar, que ocupaban toda la península arábiga, con unas cuantas colonias en la costa Somalí. Por entonces reinaba en la región ahora llamada Persia y Mesopotamia, un poderoso monarca de amigables sentimientos, por lo que el Manú, puesto más tarde a la cabeza de los emigrantes, recabó fácilmente el permiso de atravesar con su hueste el país a lo largo de una vía cuidadosamente indicada y guardada. Conviene advertir que el carácter de esta emigración difirió de las de años posteriores, pues cuando se encaminaron a la India, se puso en marcha toda la tribu incluso viejos, mujeres y niños; pero en el presente caso los viejos y los padres de familia con mucha prole se quedaron atrás y se confió el éxodo a los hombres útiles para la guerra, con sus esposas y un número relativamente

exiguo de niños. Muchos eran jóvenes solteros. Ascendían los combatientes a 130.000 y las mujeres y niños a 100.000.

Dos años antes había enviado el Manú mensajeros que advirtiesen a los árabes de Su llegada; pero esta noticia no fue recibida del todo favorablemente y así no estaba el Manú muy seguro de que lo acogieran con agrado. Después de cruzar la faja de desierto que entonces, como ahora, separaba la Arabia del resto del mundo y cuando estuvo a la vista de los campamentos árabes, encontrósse el Manú con una tropa de caballería que inmediatamente atacó la vanguardia de Su ejército. Fácilmente rechazó el Manú la acometida e hizo algunos prisioneros, a quienes trató de convencerles de lo pacífico de Su propósito. Se había alterado de tal suerte el idioma, que muy difícil les fué entenderse; pero por fin logró el Manú tranquilizar a los prisioneros y les despachó a preparar una entrevista con su caudillo. Tras algunas dificultades y de cambiar unos cuantos mensajes, llegó el jefe árabe con el ánimo en sospecha y rebelde a la conciliación, hasta que de su larga conferencia con el Manú salió en diversa actitud y pudo servirse de aquella extraña invasión en su propio provecho, pues andaba mortalmente enemistado con una tribu vecina y, como no tenía fuerzas suficientes para resistir el notoriamente poderoso ejército del Manú, pensaba que, de aliarse con aquellos extranjeros, podría dar buena y pronta cuenta de sus inveterados enemigos. Por este motivo, tomó una actitud contemporalizadora y permitió que los invasores se estableciesen en un vasto y despoblado valle de los confines de su territorio.

Agradecidos aceptaron los árabes el ofrecimiento y muy luego mudó de aspecto aquel valle. Como procedían de una nación eminentemente civilizada, eran entendidos en las artes del cultivo y no tardaron en tener el valle bien regado por una caudalosa corriente que de parte a parte lo cruzaba. Al cabo del año no les quedaba ni un rincón de tierra inculta y habían obtenido ya algunas cosechas excelentes. A los tres años estaban definitivamente establecidos, en próspera comunidad, con recursos propios.

Sin embargo, el caudillo árabe que los había acogido no estaba en modo alguno satisfecho, sino que veía con celosos ojos sus adelantos, diciendo que como el valle formaba parte de sus dominios, a su pueblo y no a los extranjeros correspondía aprovecharse de aquellas mejoras. Además, cuando el caudillo árabe solicitó el auxilio del Manú en sus depredatorias correrías, respondióle Este diciendo que, si bien estaba siempre dispuesto a defenderle de toda agresión, no quería, participar en un injustificado ataque a un pueblo pacífico. Esta respuesta encolerizó al árabe hasta el punto de que, para vigorizar su poder, concertó la paz con su hereditario enemigo y le indujo a coligarse contra los invasores.

Sin embargo, fracasó este plan porque el Manú deshizo las tropas coligadas, y como los dos caudillos murieron en la batalla, se erigió en soberano de ambos países, cuyos súbditos le reconocieron resignadamente y muy luego echaron de ver que el nuevo régimen les daba mayor prosperidad y dicha con menos guerras y más trabajo. De este modo aseguró el Manú su dominación en Arabia, procediendo seguidamente a arianizar a sus nuevos vasallos tan pronto como le fuese posible. De cuando en cuando hubieron de

rechazar el ataque de otras tribus que, invariablemente derrotadas con graves pérdidas, comprendieron muy luego la conveniencia de no molestar a sus vecinos.

Al correr de los años fue prosperando poderosamente y cada vez más fuerte el reino del Manú, mientras que las luchas intestinas debilitaban a las tribus colindantes; y en consecuencia, poco a poco, y según iban presentándose las ocasiones, se las anexionó el Manú una tras otra, generalmente sin efusión de sangre y previo el pleno consentimiento de la mayoría. Antes de Su muerte, ocurrida cuarenta años más tarde, la mitad septentrional de la Arabia estaba sujeta a Su obediencia y podía considerarse definitivamente aria. También hubiera podido dilatar Su soberanía al Sur; pero surgió allí un fanático apóstol (3) que en sus predicaciones recordaba al pueblo que pertenecían a una raza escogida y les era preciso observar el mandamiento que en pasados tiempos les diera su Manú, al prohibirles matrimoniar con extranjeros; y por lo tanto, no debían mezclar su sangre con la de aquellos gentiles de ignorada procedencia, cuya supuesta civilización y odiosa tiranía negaban al hombre el inalienable derecho de matar libremente a otro cuando bien le pareciese. Estas predicaciones avivaron el espíritu de independencia que es el rasgo principal del carácter árabe, y dando de mano a las discordias que durante siglos las habían perniciosamente enemistado, se unieron las tribus del Sur contra su reencarnado caudillo, y se le opusieron en Su propio nombre, pues el grito de coalición contra El fue Su primitivo mandamiento de conservar la pureza de la raza.

Extraño parecía que el manú Vaivasvata pudiera de este modo luchar consigo mismo; pero Alastor era tan sólo un anacronismo contra el cual no cabía acción posible. Cuando el Manú tuvo necesidad de seleccionar un pueblo prohibió el matrimonio con gentes extrañas; pero cuando quiso arianizar a los descendientes de sus primitivos elegidos, fue esencial la entremezcla de sangres. No obstante, Alastor, con muchos de su estofa, diputaba por herético todo cuanto significara progreso y adaptación, y se prevaleció del fanatismo de sus secuaces.

En el transcurso de esta larga lucha, durante un intervalo de relativa paz, tuvo el Manú la satisfacción de recibir la visita de Su poderoso hermano el Mahaguru (el futuro buda), reencarnado en la segunda subraza antes de comenzar ésta su dilatado periodo de conquistas, a fin de adoctrinarla en la nueva religión que había ya predicado en Egipto, como reforma de la antigua fe allí dominante.

El gran imperio atlante de Egipto (en pugna con el manú Vaivasvata, cuando éste libró a su pueblo del cataclismo de 75.025 antes de J. C. y le condujo a establecerse en Arabia) pereció con la sumersión del país en el fondo de las aguas. Posteriormente se estableció en las pantanosas tierras, ya habitables, un pueblo de raza negra que permaneció allí por algún tiempo, dejando bárbaros vestigios de su ocupación. Sucedióle el segundo imperio atlante con una poderosa dinastía de reyes divinos y muchos de los héroes a quienes más tarde Grecia honró como semidioses, entre ellos, Hércules o Heracles, el de las doce hazañas, cuya tradición pasó a Grecia. Este imperio

atlante subsistió hasta allá por el año 13.500 antes de J. C., cuando los arios procedentes del sur de la India fundaron allí un imperio de su propia raíz. Por lo tanto, aún subsistía el año 40.000 antes de J. C. (o sea la época en que el Manú estaba por segunda vez en Arabia) y Había llegado a muy alto punto de majestuosa y espléndida civilización, pues tenía templos tan magníficos como el de Karnac, con largas y oscuras galerías y un muy pomposo ritual correspondiente a completas enseñanzas religiosas. Eran los egipcios una raza de hondísimos sentimientos religiosos y acomodaban su vida a los fundamentos de la fe con tal intensidad, que de ella sería pálido reflejo la devoción de los católicos romanos y anglicanos el día de Viernes Santo. Tenían mucha receptividad psíquica y notaban la acción de las influencias suprafísicas, por lo que creían sin asomo de escepticismo en la existencia de seres y mundos superiores. La religión era su verdadera vida. Edificaron magníficos templos para despertar ideas de grandiosidad y reverencia en la mente del vulgo, de modo que todo el esplendor y colorido de la vida nimbaba su religión. Las gentes vestían comúnmente de blanco; pero las procesiones religiosas semejaban soberbios ríos de vivos colores que resplandecían entre el oro y las piedras preciosas. Las ceremonias con que se conmemoraba la muerte de Osiris eran de palpitante realidad, y la gente sentía verdadero dolor al recordar el asesinato del dios, pues lloraba, y gemía ruidosamente, poseída de apasionada emoción al clamar por la vuelta de Osiris.

Entre este pueblo reencarnó el Maháguru en la personalidad de Tehuti o Toth, llamado después Hermes por los griegos. Vino a enseñar la sabia doctrina de la "Luz interna" a los sacerdotes de los templos que formaban la poderosa jerarquía sacerdotal de Egipto, presidida por el Faraón. En el recinto interno del templo principal enseñóles la doctrina de "la Luz que alumbraba a todo hombre que viene al mundo." Esta frase de Hermes se fué transmitiendo de labio en labio a través de los siglos, hasta quedar con las mismas palabras egipcias en el cuarto Evangelio. Enseñó el Maháguru a los sacerdotes la universalidad de la Luz, símbolo de Dios que moraba en el corazón de todo hombre, y así decía:

Yo soy aquella Luz. Aquella Luz soy yo. Aquella Luz es el verdadero hombre, aunque los hombres no la reconozcan y la menosprecien. Osiris es la Luz. Procede (de) la Luz. Mora en la Luz. Es la Luz. La Luz está, oculta por doquiera, en las rocas y en las piedras. Cuando un hombre se identifica con Osiris, que es la Luz, se identifica también con el todo de que era parte y entonces ve la Luz en todos los seres, por densamente velada, oprimida y oculta que esté. La Luz ^ y lo demás no es. La Luz es la vida de los hombres. Aunque los sacerdotes celebren gloriosas ceremonias y tengan muchos deberes que cumplir y puedan auxiliar por muchos medios a los hombres, aquella Luz está más cerca que otra cosa alguna en el corazón de todo hombre. Porque la Realidad está más cerca de todo hombre que cualquier ceremonia, pues con sólo mirar a su interior vea la Luz. Tal es el objeto de toda ceremonia y las ceremonias no se han de abrogar, porque yo no vengo a destruir sino a completar. El sabio trasciende la ceremonia y va a Osiris, va a la Luz, a la Luz Amun Ra, de quien todo procede y a quien todo ha de volver.

Osiris está en los cielos; pero también está en el corazón del hombre. Cuando el Osiris del corazón conoce al Osiris de los cielos, el hombre se convierte en Dios y el Osiris, un tiempo mutilado en fragmentos, recobra su entereza. Pero he ahí que Osiris, el divino Espíritu e Isis, la Madre eterna, dan vida a Horus, el hombre nacido de entrambos y sin embargo uno con Osiris. En Osiris se sumerge Horus, e Isis, que fue la Materia, es por virtud de él la reina de la Vida y la Sabiduría. Y Osiris, Isis y Horus nacieron todos de la Luz.

Dos son los nacimientos de Horus. Nació de Isis como Dios en forma humana, que tomó carne de la Materia, de la Madre eterna, de la perpetua Virgen. También nació en Osiris para redimir a su Madre de la prolongada búsqueda de los miembros de su esposo esparcidos por la tierra. Nace en Osiris cuando el Osiris del corazón ve al Osiris de los cielos y reconoce que los dos son uno solo.

Esto enseñó el Maháguru y se regocijaron los sacerdotes sabios. Al Faraón rey le dio este lema:

“Busca la Luz;” porque decía que únicamente puede gobernar bien un monarca cuando ve la Luz en el corazón de todos los seres. Al pueblo le dio este otro lema: “Tú eres la Luz. Deja que la Luz brille.” Hermes inscribió este lema alrededor de la entrada (4) de un grandioso templo, de modo que el letrado subía por una columna, cruzaba el travesaño y bajaba por la otra columna. El mismo lema se inscribió detrás de las puertas de las casas, y de la entrada en que estaba inscrito se sacaron pequeñas reproducciones de metales preciosos, y también de barro cocido barnizado de azul con vetas oscuras, para que aun las gentes más míseras pudiesen adquirirlos.

Otro lema favorito fue: “Seguid la Luz”, que más tarde pasó a Occidente transformado en el de: “Seguid al Rey” que adoptaron los caballeros de la Mesa Redonda. Las gentes acostumbraban a decir de sus muertos: “Ha ido a la Luz”.

La jubilosa civilización egipcia acrecentó todavía más su júbilo, porque Hermes, la encarnación de la Luz, había morado entre ellos. Los sacerdotes a quienes enseñara, transmitieron Sus enseñanzas y secretas instrucciones envueltas en sus Misterios, y de todos los países vinieron estudiantes a aprender la “sabiduría de los egipcios”, cuyas escuelas cobraron fama en el mundo entero.

Por entonces fue Hermes a Arabia, con propósito de aleccionar a los caudillos de la subraza allí establecida. Mucho se gozaron el Maháguru y el Manú en estrecharse las manos y ver su sonrisa retratada en los ojos del compañero, al recordar en aquel destierro su lejana mansión solariega, la Ciudad del Puente y la blanca Shamballa. Porque aun los Seres superiores están algunas veces pesarosos, mientras conviven entre la pequeñez de los ignorantes hombres.

De este modo advino a la segunda subraza el supremo Instructor y le dio la doctrina de la “Luz interna”. Pero volvamos a la historia del desenvolvimiento

de este pueblo en Arabia. A consecuencia de la oposición suscitada por Alastor contra el Manú en el sur, quedó dividida la península en dos partes, y durante muchas generaciones se satisficieron los sucesores del Manú con su propio reino, sin pensamiento de ensanchar el territorio. Pasados algunos siglos subió al trono un mas ambicioso monarca que, aprovechándose de las discordias intestinas del sur, lanzó sus ejércitos en dirección al mar y se proclamó emperador de Arabia, permitiendo el libre ejercicio de su culto a los nuevos vasallos, que no extremaron la resistencia al convencerse de las ventajas que sobre el régimen derrocado tenia para ellos el recién instituido.

Sin embargo, un grupo de fanáticos meridionales se creyeron en el deber de protestar contra lo que consideraban el triunfo del mal; y acaudillados por un profeta de ruda y fogosa elocuencia, abandonaron su conquistada patria y se establecieron en la frontera costa Somalí, donde se multiplicaron y subsistieron durante algunos siglos bajo el gobierno del profeta y sus sucesores; hasta sobrevenir un acontecimiento que determinó una escisión entre ellos. Se supo que el profeta reinante a la sazón, mientras por una parte proclamaba fanáticamente la pureza de la raza, se había amancebado con una joven negra del interior del país. Al derramarse la voz de este suceso, promovióse un serio alboroto; pero el profeta arrostró las circunstancias, decretando que la severa prohibición de matrimoniar con extranjeros tenia por único objeto impedir que se mezclasen con los invasores del norte y no podía aplicarse a las mujeres negras, consideradas más bien que como esposas como esclavas, de propiedad análoga a la de un mueble cualquiera. Este audaz decreto dividió a la comunidad en dos bandos. La mayoría lo aceptó al principio con vacilación y después con tanto entusiasmo, que hubo copiosa demanda de esclavas negras; pero una no exigua minoría se rebeló contra la innovación, calificándola de estatuto artificioso para encubrir libidinosos apetitos, como así era en verdad.

Al verse desatendidos, se separaron horrorizados de la mayoría, diciendo que no querían vivir por más tiempo con herejes que habían abandonado todos sus principios. Un ambicioso predicador, perpetuo aspirante a la jefatura, se puso a la cabeza de los descontentos, que en numerosa caravana, partieron llenos de santa indignación. Rodearon la costa del golfo de Adén hasta llegar a la del mar Rojo, donde eventualmente se abrieron camino a Egipto. Su singular aventura movió el ánimo del Faraón, quien les ofreció una comarca fronteriza de su reino, por si gustaban establecerse en ella. Aceptaron los inmigrantes, y allí vivieron y prosperaron pacíficamente durante siglos al beneficioso amparo del gobierno egipcio, aunque sin mezclarse en modo alguno con su pueblo.

Pero vino tiempo en que un Faraón quiso gravarles los tributos y forzarlos al trabajo en obras públicas, lo cual consideraron ellos lesivo para sus privilegios; y en consecuencia, emigraron en masa con rumbo a Palestina, donde se establecieron. Este es el pueblo llamado en la historia hebreo o judío, que todavía mantiene tan firmemente como siempre su creencia en ser el pueblo escogido.

Los que en mayoría quedaron en la Somalia tuvieron asimismo sus aventuras. A causa del tráfico de esclavas, entablaron mayores relaciones con las tribus del interior, a las que hasta entonces habían tenido rígidamente refrenadas fuera de los límites del territorio nacional; pero advertidos los salvajes del rico botín que podrían allegar del merodeo en el país civilizado, hicieron frecuentes incursiones en la colonia y acosaron a los naturales, de modo que, después de obligarles a pelear durante algunos años con pérdida de miles de vidas y cada vez mayor merma de territorio, les determinaron a emigrar en masa y encaminarse, a través del golfo de Adén, hacia la tierra de sus antepasados, donde se les recibió amistosamente y muy luego quedaron absorbidos en la masa general de la población. Hablan tomado el nombre de “verdaderos árabes”, aunque menos que nadie merecían este título; y aun hoy es tradición de que los verdaderos árabes desembarcaron en Adén y poco a poco se fueron extendiendo por el norte. Por otra parte, los actuales árabes hamyaríticos del sur del país muestran indelebles señales de su entremezcla con la raza negra de hace miles de años; y según la leyenda, los mostárabes o árabes adyecticios del norte emigraron temporáneamente mucho más allá de Persia, y después volvieron a la tierra nativa con muchos estigmas de su estancia en extraños países.

La segunda subraza fue creciendo, multiplicándose y progresando durante algunos miles de años, hasta dilatar sus dominios por casi toda el África, excepto el imperio egipcio, que posteriormente invadieron y en él fundaron la dinastía hyksa. Sin embargo, el apogeo de su grandeza coincide con la época en que gobernaban la gran isla de Argelia y a lo largo de la costa oriental llegaron hasta el cabo de Buena Esperanza, donde fundaron un reino que abarcaba las actuales regiones de Matabelelandia, Transvaal y Lorenzo Marquez.

Después de varios renacimientos en Arabia, nuestra hueste de exploradores intervino en la fundación del imperio sudafricano, en cuyo trono vemos a Marte con su fiel Heracles de gobernador de una provincia. También nació Sirio en Mashonalandia y fue marido de Alcione, entre cuyas esclavas negras encontramos a Boreas, que en muchas existencias había de ser su fiel servidor.

Hermosa era la Matabelelandia con sus valles poblados de galanos árboles y repletos de manadas de antílopes. Edificaron grandes ciudades de tipo macizo, predilecto de la reza, con magníficos templos, y la civilización allí desarrollada no dejó de tener su valía. Pero entre el atraso de los indígenas africanos y la cultura de los árabes conquistadores se abría un abismo imposible de salvar, por lo que los africanos quedaron en completa sujeción, desempeñando los oficios de labradores y criados.

Los árabes fundaron también colonias en la costa occidental de África, donde chocaron con los guerreros de Poseidonis y hubieron de retirarse. El imperio meridional invadió la isla de Madagascar con propósito de ocuparla; pero tan sólo lograron mantener unas cuantas colonias en diversos puntos de la costa.

Al desmembrarse turbulentamente el gran imperio súmerico-acadiano de Persia, Mesopotamia y Turkeistán, un monarca árabe concibió el propósito de reunir bajo su cetro los pequeños Estados resultantes del desmembramiento; y puesto al frente de su ejército, emprendió contra ellos una porfiada guerra que duró veinte años y le hizo dueño de las llanuras de Mesopotamia y de casi toda Persia, hasta el vasto lago salado de Khorasán, que hoy es desierto. Sin embargo, no pudo aquel soberano conquistar el Kurdistán ni someter a las tribus montaneras que acosaban a las tropas en su marcha. Muerto el monarca, su hijo resolvió prudentemente consolidar más bien que extender su imperio, cuya unidad se mantuvo por algunos siglos y hubiera podido durar mucho más a no sobrevenir en la misma Arabia discordias dinásticas, de que el gobernador de Persia, primo del soberano árabe, se aprovechó para proclamarse independiente y fundar una dinastía que duró dos siglos, aunque conmovida por incesantes guerras, hasta disgregarse el reino en pequeñas tribus que hubieron de sufrir frecuentes correrías de los nómadas salvajes del Asia central, cuya influencia tan notable es en la historia de aquella región. Otro monarca árabe, estimulado por los relatos de las fabulosas riquezas de la India, expidió para invadirla una flota que fracasó en la empresa, pues las naves quedaron muy luego destruidas y los hombres muertos ó prisioneros.

A la final ruina del imperio árabe de Persia y Caldea sucedieron algunos siglos de sangrienta anarquía que dejó casi despoblado el país, hasta que, por último, resolvió el Manú restaurar el orden, enviando allá a la tercera subraza que fundó el gran imperio persa de los iraníes.

(1) Que precisamente están haciendo hoy lo que entonces hicieron, esto es, abrir camino a un nuevo tipo de humanidad y civilización. Son los zapadores y minadores de un poderoso ejército para facilitar cuyo avance desbrozan el terreno, trazan caminos y tienden puentes. Esta obra podrá ser ingrata, pero es necesaria y para muchos adecuada a su temperamento.

(2) Véase la lista completa en el Apéndice VII.

(3) Como este personaje ha de reaparecer más tarde, le distinguiremos con el nombre de Alastor.

(4) La palabra inglesa pylon significa entrada de un templo egipcio.-N de los T.

CAPÍTULO XVIII

Tercera subraza.-La irania

De nuevo hemos de volver a la ciudad del Puente, todavía esplendorosa, aunque ya en decadencia, porque hemos llegado al año 30.000 antes de J. C. Desde las postrimerías de la segunda subraza hasta los comienzos de la tercera, media un intervalo de diez mil años. Para el establecimiento de la tercera subraza escogió el Manú hombres que, como en casos anteriores, había cuidadosamente preparado durante algunos siglos, manteniéndolos aparte en uno de Sus valles montaneros para irlos desarrollando hasta tener tipo peculiar y propio. En la primitiva selección de entre los atlantes incluyó el Manú una corta proporción de lo mejor de la sexta subraza atlante, utilizando en esta ocasión las familias que habían conservado con mayor pureza la sangre acadiana, y dispuso que encarnasen en ellas nuestro grupo de exploradores, de los cuales fueron destacados uno o dos para traer filtraduras de sangre acadiana desde países más occidentales. Así vemos que el gallardo y robusto joven Heracles, dolicocefalo y acadiano de limpia sangre, llega a la ciudad del Puente en una caravana venida de su país nativo, la Mesopotamia. Se había unido a la caravana por espíritu de aventura, por juvenil deseo de ver mundo y seguramente sin la menor idea de que el Manú le había enviado a renacer en Mesopotamia para luego restituirle al Asia central, donde se reuniría a sus antiguos amigos en la acostumbrada obra de exploración. Heracles quedó intensamente atraído por el esplendor y belleza de la antigua y ordenada civilización a que llegaba, y muy luego le adscribió definitivamente a ella el amor sentido por Orión, hija de Sirio.

Desagradaron estos amores a Sirio y su esposa Mizar porque Sirio, hijo menor del manú Vaivasvata y de Mercurio su mujer, desaprobaba la entrada de un joven acadiano en el seno de su familia. Sin embargo, una insinuación del Manú, su padre, bastó para moverle a condescendencia, porque, como siempre, estaba Sirio pronto a obedecer a la autoridad, y el Manú era al mismo tiempo su padre y su rey. A fin de cumplir la ley establecida por el mismo Manú, era necesario que una familia aria adoptase a Heracles, y de ello se encargó la de Osiris, hermano mayor de Sirio.

El Manú era ya muy viejo, y como a Sirio no le necesitaba para sucederle, fue enviado con su familia (incluso su yerno Heracles e hijos) (1) al valle escogido para la formación de la tercera su braza, donde el digno y respetable Palas (posteriormente Platón) ejercía de sacerdote y Helios de sacerdotisa.

El pueblo de aquel valle, según iba multiplicándose, fué más aficionado al pastoreo que al cultivo, y mantenían numerosos rebaños de ovejas y carneros, así como muchos caballos.

El Manú, que en esta ocasión había. alterado notablemente su aspecto físico, advino a la, tercera subraza en la quinta generación y dejó que el pueblo fuese multiplicándose durante unos dos mil años, hasta que pudo poner en pie de guerra 300.000 combatientes capaces de soportar fatigosas y forzadas marchas. Entonces dispuso que reencarnaran Marte, Corona, Teodoro, Vulcano y Vajra para ser capitanes de Su hueste por Él mismo acaudillada. Esta vez no tuvo la emigración el ordinario carácter de éxodo, sino sencillamente consistió en la movilización del ejército, pues las mujeres y los niños quedaron en el valle bajo el acertado gobierno de las vigorosas y nobles matronas Neptuno y Osiris, respectivas esposas de Marte y Corona.

Formaban el Estado Mayor de los caudillos una lucida guardia de jóvenes solteros, ufanos y satisfechos de sí mismos y siempre dispuestos a transmitir las órdenes por doquiera, con el entusiasmo a que les movía la idea de prestar un buen servicio al combatir a las órdenes del propio Manú. Pero la marcha no era muy divertida, porque atravesaban un país de difícil paso y les fue preciso salvar la cordillera de Tian-shan que daba acceso a la región de Kashgar, cuya mayor altura es de 2.770 metros, si bien en mucha parte del camino siguieron el curso de un río que cruzaba torrentes y valles. El Manú logró vencer fácilmente, con su brioso ejército de 300.000 hombres, a las nómadas hordas que se aventuraron a disputarle el paso por los desiertos de la región de Kashgar. Aquellas tribus zumbaban por los flancos del ejército y sostenían alguna que otra escaramuza sin empeñar batalla formal. Blandían lanzas, cortas unas y otras largas, así como también espadas cortas y recias, arcos y hondas. La caballería iba armada de lanzas y espadas con escudos a través de la espalda; los infantes usaban lanzones y habla un cuerpo de arqueros que formaba en el centro del ejército y otro de honderos que iba en los flancos.

Algunas veces, al acercarse a un poblado, los habitantes salían a recibirlos gozosamente y les proporcionaban ganado y víveres de toda clase, porque como temían y odiaban a las belicosas tribus montaneras, cuyas correrías y depredaciones assolaban el llano, se inclinaban a favor de un poder que restaurase y mantuviese el orden.

Sin dificultad sometieron la Persia en dos años y después subyugaron la Mesopotamia. El Manú estableció destacamentos militares a frecuentes intervalos y distribuyó el país entre Sus generales. Se construyeron fuertes, primero de tierra y después de piedra, hasta forman una red sobre todo el territorio para impedir el ataque de los montañeses que, sin necesidad de intento para someterlos, quedaron relegados a sus guaridas con privación absoluta de saquear a los pacíficos habitantes del llano.

Los soldados de la guardia, ya barbudos y veteranos guerreros, acompañaron a sus jefes por doquiera y el país quedó conquistado en derechura al desierto, hacia el sur, y hasta las montañas kurdas por el norte. Durante algunos años hubo eventuales combates, y cuando el país estuvo del todo pacificado y bien dispuesto, llamó el Manú a la numerosa caravana de mujeres y niños de los soldados que se habían quedado en el valle de la

tercera subraza. La llegada de la caravana despertó vivo regocijo y menudearon los matrimonios. Heracles y Alcione se enamoraron con animosa rivalidad de una hermosa muchacha llamada Fides, quien prefirió a Alcione, por lo que el desconsolado Heracles quiso suicidarse al sentir que la vida ya no tenía para él valor alguno. Sin embargo, su padre Marte intervino en la cuestión diciéndole que tuviese cordura; y para distraerle de su arrebató, le mandó al frente de una expedición contra el cabecilla insurrecto Trapecio. En estas condiciones serenóse el ánimo de Heracles, deshizo a su adversario y al volver, ya enteramente tranquilo, contrajo matrimonio con Psiquis, sobrina de Marte y prohijada por éste al morir el padre de ella en el campo de batalla.

Durante cincuenta años gobernó personalmente el Manú el nuevo imperio, cuyas provincias visitó diversas veces y confió su gobierno a individuos de Su familia; pero poco antes de morir abdicó la corona del Asia central en Su nieto Marte y dio en soberanía independiente el reino de Persia a Su otro nieto Corona, con Teodoro por gobernador de Mesopotamia. Desde entonces fue acrecentándose el poderío de la tercera subraza, que en pocos siglos dominó toda el Asia occidental, del Mediterráneo a los Pamires y del golfo Pérsico al mar de Aral. Con algunas variaciones subsistió este imperio hasta allá por los años de 2.200 antes de J. C.

En este largo período de 28.000 años ocurrió un suceso de suprema importancia: el advenimiento del Maháguru en figura del primer Zarathustra para fundar la religión mazdeista, o del fuego, el año 29.700 antes de J. C.

Rabia llegado el país a un notable punto de ordenamiento bajo el cetro de los sucesores de Corona, de cuya dinastía era Marte (reencarnado por supuesto), el décimo. Ya no tenían espíritu belicoso, aunque eventuales correrías recordaban a los habitantes la vecindad de las turbulentas tribus más allá del cinturón de fuertes, por entonces bien contruidos y poderosos. Eran un pueblo principalmente agrícola, aunque tenían numerosos ganados y rebaños, cuya presa determinaba las correrías de los montañeses.

El supremo Instructor escogió por vehículo el cuerpo de Mercurio, segundo hijo de Marte, y Súrya fue el sumo sacerdote, el hierofante de la época que presidía la religión oficial, entremezcla del culto de los astros y de la naturaleza. La autoridad del sumo sacerdote era inmensa, principalmente por razón de su cargo; pero en parte también porque era de sangre real. Tanto el padre de Mercurio como el sumo sacerdote recibieron previo aviso de que el niño estaba destinado a entregar su cuerpo para uso del Maháguru; y en consecuencia, le había educado Súrya solícitamente desde la infancia, con ayuda del padre, en vista de su glorioso destino.

Llegó el día de aparecer por primera vez en público el Maháguru, quien vino de Shamballa en cuerpo astral para posesionarse del cuerpo físico de Mercurio. Del palacio real salió una gran procesión que se dirigió al templo metropolitano de la ciudad. Bajo un dosel de oro iba el rey, majestuoso y arrogante, y a su izquierda, bajo otro dosel cuajado de pedrería, marchaba el sumo sacerdote. Entre ambos, en una carroza de oro, conducida a hombros para que se pudiese ver bien, iba el segundo hijo del rey, conocido de todo el

pueblo. Pero ¿por qué el paso de la carroza levanta murmullos de sorpresa y admiración? ¿Aquél era verdaderamente el príncipe a quien habían conocido pequeñuelo? ¿Por qué iba en el centro de la procesión, mientras que el rey y el hierofante marchaban humildemente a su lado? ¿Qué era aquella nueva majestad, aquella dignidad desconocida, aquella mirada tan tierna y a la par tan penetrante que cruzaba ante la muchedumbre? No tenía tal porte ni así les había mirado el príncipe que entre ellos creciera.

Desfiló la procesión para entrar en el vasto patio del templo, ya invadido por la muchedumbre del pueblo, que vestía los vistosos trajes de fiesta con mantos del color de su respectivo planeta. A uno y otro lado de la gradería, que se alzaba hasta la plataforma frontera a la puerta principal del templo, se alineaban los sacerdotes revestidos de blancos hábitos talarés con irisadas sobrevestas de seda. En el centro de la plataforma se había levantado una pira con haces de leña, en que sin arder despedían su fragancia las gomas e incienso para admiración del pueblo.

Llegó la procesión al nivel del peldaño inferior de la gradería, donde se detuvieron todos menos los tres personajes principales que subieron por ella, colocándose el rey y el hierofante a derecha e izquierda respectivamente del altar, y en el centro, detrás de ambos, el príncipe, en cuyo cuerpo se había infundido el Maháguru. Entonces, el hierofante Súrya Habló a los sacerdotes y al pueblo, diciéndoles que ya no era el príncipe a quien habían conocido El que estaba en el altar, sino que era el Mensajero del Altísimo y de los Hijos del Fuego que moraban en el lejano Oriente, de donde habían salido sus antepasados. Añadió que el Mensajero traía la palabra de los Hijos del Fuego a Sus hijos, y todos habían de obedecerle, reverenciarle y escucharle cuando - hablara en Su nombre. Dijo también Súrya que, como jerarca de la iglesia, recibía humildemente al Mensajero.

Entonces, en el silencio de la atenta muchedumbre, resonó la argentina voz del Maháguru y nadie hubo que no la oyese como si a él sólo le hablase. Díjoles que te enviaban los Hijos del Fuego, los Señores de la Llama, residentes en la sagrada ciudad de la isla Blanca, la lejana Shamballa, y que les traía de Su parte una revelación, un símbolo que habrían, de guardar siempre en sus mentes. Les enseñó que el fuego era el más puro elemento y el purificador de todas las cosas y que, de allí en adelante, sería para ellos el símbolo de lo más sagrado. Siguió diciendo que el fuego estaba plasmado en el Sol de los cielos y, aunque oculto, ardía también en el corazón del hombre. Que era calor, luz, salud y fuerza, y que en él y por él todo tenía movimiento y vida.

Mucho les enseñó, además, del profundo significado del fuego y cómo debían ver en todas las cosas la oculta presencia de este elemento.

Dicho esto, levantó el Maháguru la mano derecha y, ¡oh maravilla!, blandía en ella un refulgente cetro como si fuese haz de rayos que de todos lados despedía chispas de fuego. Señaló el Maháguru con el cetro hacia el oriente de los cielos, al paso que pronunciaba en voz alta algunas palabras de idioma desconocido, y al punto descendió de lo alto una lengua de fuego que

cayó en el altar, mientras que sobre Su cabeza brillaba una estrella que parecía bañarle en sus fulgores. Pueblo y clero prosternáronse faz en tierra; Súrya y el rey se postraron a Sus pies en señal de homenaje; y las nubes de oloroso incienso que se elevaban del altar velaron por algunos momentos a los tres personajes.

Entonces, con la mano levantada en actitud de bendecir descendió el Maháguru por la gradería, y acompañado del rey y del hierofante volvieron, precedidos de la procesional comitiva, al palacio de donde habían salido. Y maravillóse el pueblo con vivo regocijo de que el Dios de sus padres se hubiese acordado de ellos al enviarles la Palabra de Paz. Y se llevaron a sus casas las flores que sobre ellos habían llovido del cielo al descender el fuego y las guardaron en sus relicarios para vinculada herencia de las venideras generaciones.

Mucho tiempo permaneció el Maháguru en la ciudad, y diariamente iba al templo a instruir a los sacerdotes, enseñándoles que el fuego y el agua purificaban todas las cosas, y que la misma agua quedaba purificada por el fuego, por lo que nunca se hablan de profanar estos elementos. Les dijo que todo fuego era el fuego del sol y que estaba en todas las cosas, de donde podía extraerse, pues del fuego y del agua procedían todas las cosas, porque el fuego y el agua eran los dos espíritus: vida el fuego y forma el agua (2).

Reunió el Maháguru a su alrededor una augusta asamblea de Maestros y discípulos, a quienes, al partir, dejó encargada la difusión de sus enseñanzas. La partida del Maháguru fue tan dramática como su primera predicación. Hablase reunido el pueblo, según costumbre, para escuchar su palabra y nadie sospechaba que hubiese de ser por última vez. Estaba el Maháguru en la plataforma, pero sin altar, y les inculcaba el deber de adquirir conocimientos y practicar el amor, exhortándolos a seguir y obedecer a Súrya, que le substituiría en la dignidad de Instructor. Díjoles después que se marchaba y les bendecía; y levantando los brazos hacia el oriente del firmamento, pronunció en voz alta algunas palabras, y en el mismo punto descendió del cielo un torbellino de fuego que, arrebatándole de la vista del gentío, lo trasportó hacia oriente. El Maháguru había partido.

Dio entonces el pueblo con su rostro en tierra, exclamando que El era un Dios, y todos se regocijaron sobremanera de que hubiese vivido entre ellos. Sin embargo, el rey estaba muy triste y durante muchos días lamentó su partida. Mercurio, que en cuerpo astral había permanecido siempre junto a El para servirle, restituyóse con El a la morada de los Santos, y por algún tiempo descansó en paz.

Después de la partida no decayó por ello el culto de los astros, pues el pueblo consideró las enseñanzas del Maháguru como reforma y no como substitución de su antigua fe, y siguieron adorando al sol, la luna y los planetas; pero desde entonces tuvieron el fuego por sagrado y lo miraron como imagen, emblema y sustancia del sol, de suerte que la nueva religión amplió y no substituyó a la antigua.

Poco a poco fue afirmándose más y más robustamente la fe en el fuego. El sabeísmo emigró de Persia a Mesopotamia, donde fue la religión dominante en muy científica forma, pues allí llegó la astrología al cenit de su esplendor, sirviendo de guía en los humanos asuntos así públicos como particulares. Sus sacerdotes estaban muy versados en ciencias ocultas, y los magos cobraron fama en todo el Oriente por su sabiduría. En Persia prevaleció la religión del fuego y otros profetas posteriores prosiguieron la obra del gran Zarathustra, estableciendo la religión zoroastriana con su literatura sagrada, que aún subsiste hoy día.

Contaba la tercera subraza cerca de un millón de almas al establecerse en Persia y Mesopotamia, cuyas condiciones de suelo y clima favorecieron su rápida multiplicación, al paso que se asimilaban los indígenas esparcidos por el país cuando ellos lo invadieron.

Durante los 28.000 años del imperio persa, hubo, como es natural, muchas alteraciones. La mayor parte del tiempo estuvieron separadas Persia y Mesopotamia, con gobiernos independientes, bajo la nominal soberanía, ya de uno, ya de otro estado, respecto de su vecino. Algunas veces ambos países quedaron divididos en pequeños Estados feudatarios de un soberano central. En todo el transcurso de su historia, hubieron de luchar con las dificultades que les oponían los mongoles, por una parte, y los montañeses del Kurdistán y los indos del Kush, por otra. En ocasiones se vieron precisados los iraníes a retroceder ante estas tribus, y en otras las rechazaron al ensanchar las fronteras de la civilización. Hubo época en que dominaron la mayor parte del Asia Menor y establecieron temporáneas colonias en las costas del Mediterráneo; en otro periodo de su historia, fueron dueños de las islas de Chipre, Rodas y Creta; pero el poderío atlante era demasiado robusto en aquella parte del mundo, y por lo general, eludían todo conflicto con aquella raza. En los límites occidentales de su imperio les disputaron el dominio en diversas épocas las confederaciones escita e hitita. Una vez, por lo menos, conquistaron la Siria, que muy luego abandonaron por considerarla de escasa utilidad.

Dos veces se las hubieron con Egipto, si bien poco lograron contra él. Durante la mayor parte del largo período de su historia, mantuvieron la civilización a muy alto nivel, y muchos restos de su pujante arquitectura yacen sepultados bajo las arenas del desierto. Se sucedieron en el trono varias dinastías y prevalecieron diversos idiomas en el curso de su accidentada historia. Esquivaron hostilidades con la India, de la que los separaba una zona selvática e inhospitalaria. Lo mismo pasaba en los confines de la Arabia, con la que por esta razón no tuvieron muchas querellas. Eran los iraníes industriales y muy buenos mercaderes y negociantes, mucho más sedentarios que la segunda subraza y con mejor definidas ideas religiosas. Los parsis superiores de hoy día dan una ligera idea del aspecto general de la raza. Los actuales habitantes de Persia tienen todavía mucha sangre iraní, aunque muy entremezclada con la de los conquistadores árabes. Los kurdos, afganes y baluchis descienden también de los arios, pero con repetidas adulteraciones.

(1) Véase la lista completa en el Apéndice VIII.

(2) Probablemente derivó de este postulado la ulterior ense-ñanza de los dos principios simbolizados en Ormuzd y Ahrimán. Hay pasajes comprobatorios de que el reverso de Ormuzd no fue originariamente un espíritu maligno, sino más bien el símbolo de la materia, mientras que Ormuzd lo era del espíritu.

CAPÍTULO XIX

Cuarta subraza.-Céltica (1)

Por entonces estaba la gran raza central del Asia en completa decadencia; pero el Manú había cuidado de conservar la dignidad, fuerza y vigor primitivos en las dos ramas, educadas con mayor esmero para respectiva simiente de las subrazas cuarta y quinta. El procedimiento seguido en su ordenación difirió algún tanto de las primitivas selecciones. El tipo de la raza raíz y los puntos en que había de distinguirse de la atlante quedaron enteramente fijados, y así pudo el Manú dedicar Su atención a otro linaje de especificaciones.

Los destinados a constituir la cuarta subraza fueron separados, como de costumbre, en un amplio valle montanero, no muy lejano de la capital. Eligió el Manú un número de gentes de lo más refinado que pudo hallar en la ciudad, para formar con ellas el núcleo de la nueva subraza, y dividió en clases la colonia; pues, como se esforzaba en desenvolver ciertas características, en despertar la imaginación y la sensibilidad artística y estimular la poesía, oratoria, música y pintura, no era posible que los individuos susceptibles de estas modalidades se dedicaran a la agricultura y otros trabajos de pesada labor. Todo el que denotaba talento artístico en la escuela recibía educación especial; y así, por ejemplo, a Neptuno, que revelaba aptitudes para el recitado, se le educó de modo que pudiera explayar esta artística facultad. Era Neptuno muy hermoso, pues los artistas de esta subraza se caracterizaron por su belleza física. La masa general del pueblo fue también educada de modo que sintiese entusiasmo y devoción por sus caudillos.

Siglos de penoso trabajo costó educir estas cualidades; pero tan eficaz fué la labor, que distinguieron característicamente a los celtas.

La comunidad del valle estaba gobernada como Estado independiente y gozaban en él de gran predicamento las antedichas artes, que por todos los medios se procuraba fomentar. En estas condiciones, y según pasaba el tiempo, crecía la subraza algún tanto presumida, pues miraba despectivamente a los demás habitantes del reino, considerándolos como lo que ahora llamamos nosotros "filisteos" (2). Verdaderamente estaba justificada su vanidad, porque eran gentes en extremo hermosas, de gustos refinados, muy cultas y con mucho talento artístico. La época señalada para su éxodo correspondió al año 20.000 antes de J. C. con orden de que bordeasen la frontera septentrional del reino de Persia, para asentarse entre las montañas llamadas ahora del Cáucaso, que entonces ocupaban unas tribus salvajes cuyos instintos depredatorios eran continua molestia de Persia. Aprovechándose el Manú de esta circunstancia, entabló tratos con el rey de Persia, no sólo a fin de que permitiese el libre paso y la manutención de su numerosa hueste, sino para que la auxiliase con un poderoso ejército en la empresa de someter a los montañeses, y aun con este refuerzo no les fue fácil la tarea. Sin embargo, pronto se apoderaron del territorio suficiente para mantenerse, y sin dificultad

desbarataban a las tribus cuando podían atraerlas a campal batalla; pero no era tan completo su éxito en la guerra de guerrillas, y muchos años pasaron antes de que se pusieran a cubierto de todo ataque. Primero se establecieron los conquistadores en el distrito de Eriván, a orillas del lago Sevanga; pero como con los siglos fuesen creciendo en número, exterminaron o redujeron a las tribus colindantes, hasta que por fin se apoderaron de toda la Georgia y Mingrelia. Al cabo de dos mil años hablan ocupado Armenia y Kurdistán y posteriormente cayó en sus manos la Frigia, de modo que eran dueños de toda el Asia Menor y del Cáucaso. En su montañoso país florecieron sobremanera, hasta llegar a ser una muy poderosa nación.

Más bien que un imperio constituían una confederación de tribus, porque su territorio era muy quebrado, con numerosos valles de difícil comunicación. Aun después de colonizar las costas del Mediterráneo, consideraban el Cáucaso como su verdadera patria, y el hoy mar latino fue en verdad un segundo centro, del que la subraza salió, a cumplir glorioso destino. Por el año 10.000 antes de J. C. amortiguaron su marcha hacia occidente, y ya no caminaron como nación, sino como tribus, por lo que sólo en número relativamente corto llegaron por fin a Europa, que estaban destinados a ocupar.

Ni siquiera una misma tribu marchaba compactamente unida, sino que dejaba en su valle solariego gran número de individuos para seguir cultivando la tierra, los cuales se entremezclaron con otras razas, y sus descendientes, los actuales georgianos, llevan sangre semita en las venas. Tan sólo marchaba la tribu en peso cuando quería establecerse en un país ya en poder de su misma subraza.

El primer grupo que del Asia Menor vino a Europa fueron los antiguos griegos, no los griegos históricos, sino sus remotos antecesores los pelasgos. Conviene recordar que Platón dice en sus obras *Timeo* y *Critias*, que los sacerdotes egipcios le hablaron a un griego helénico de la espléndida raza que había precedido a la de él en su país y rechazado la invasión de un poderoso pueblo de occidente, cuyo conquistador empuje se estrelló contra el heroico valor de aquellos griegos, en comparación de los cuales fueron pigmeos los que con tanta grandeza nos describe la historia. De los pelasgos arrancaron los troyanos, que combatieron con los griegos helénicos, y sus descendientes poblaron la ciudad de Agadé, en el Asia Menor, manteniendo durante largo tiempo el dominio de aquellos mares y el monopolio del comercio a favor de la posesión de las islas de Chipre y Creta; en donde fue desenvolviéndose una muy exquisita civilización, que subsistió miles de años y estaba todavía floreciente en el de 2. 800 antes de J. C. Se recordará siempre el nombre de Minos, fundador de la civilización cretense, que era de abolengo pelasgo y floreció precedentemente a los 10.000 años antes de J. C. La última determinante de que la subraza se estableciera como potencia en Europa, fue una agresión por parte del emperador de Poseidonis.

Las costas e islas del Mediterráneo habían estado durante muchos siglos en manos de naciones menores, en su mayor parte etruscas o acadianas y algunas semitas, que, aparte de incidentales contiendas, se dedicaban de ordinario al comercio pacífico. Pero se le ocurrió un día al emperador de

Poseidonis anexionarse todos aquellos Estados para dilatar su reino y emular las tradiciones de sus antepasados.

Al efecto, con un poderoso ejército y una numerosa armada emprendió la conquista, apoderándose sin dificultad de la vasta isla de Argelia y devastando las costas de España, Portugal e Italia, cuyas poblaciones no tuvieron más remedio que someterse. Marchó después contra Egipto, que no era potencia naval muy temible, y ya andaban los egipcios discutiendo si entrar en negociaciones con el enemigo, pues nada. esperaban de una resistencia que pudiera irritarle, cuando una imprevista dificultad vino a frustrar los planes del emperador, que ya tenía por seguro el vencimiento. Los marinos griegos de Levante, sin amedrentarse de las fuerzas navales del emperador, le intimaron la prohibición de molestarlos en su comercio; pero tan confiado estaba el de Poseidonis en la victoria, que para atacar a los griegos destinó tan sólo la mitad de su flota. Empeñado el combate, la escuadra griega, cuyos buques, aunque de menor porte y no tan bien armados, eran mucho más veleros y de mejor gobierno que los de la flota atlante, derrotaron a ésta completamente, con pérdida de miles de hombres y sin dejar una sola nave a flote. Los marinos griegos conocían muy bien los mares porque navegaban, y en muchas ocasiones atraían al enemigo a parajes donde seguramente perdiese sus más poderosas naves. Los buques atlantes tenían grandes bancos de remeros y eran chapuceros armatostes, incapaces de resistir un temporal, que muy fácilmente hacían agua y sólo podían navegar en mares altos, mientras que las ligeras naves griegas se colaban por los canales, navegables para ellas, y no para las de sus enemigos, que embarrancaban al punto.

Sin perder tiempo concentraron los atlantes la segunda división de su flota y repitieron con ella el ataque, tan infructuosamente como la vez primera, aunque a los griegos les costó algo cara la victoria. El emperador atlante hubo de huir y logró desembarcar en Sicilia, donde disponía de algunas tropas; pero tan pronto como se supo allí la derrota de la escuadra, se levantaron contra él los oprimidos pueblos y le fue preciso mantenerse a la defensiva en su retirada a lo largo de Italia, llevándose de paso las guarniciones que estableciera en el país. Con todo, al llegar a la Riviera, sólo le seguían unos cuantos hombres completamente extenuados, y hubo de disfrazarse para continuar su camino por el sur de Francia, hasta que se le deparó ocasión de restituirse a su reino en un buque mercante. Como es natural, juró vengarse de los griegos; y al efecto, quiso disponer otra expedición que no pudo llevar a cabo, porque al enterarse del desastre se sublevaron algunas tribus descontentadizas de su propia isla, y durante todo el resto de su reinado no estuvo en disposición de guerrear en el extranjero.

El triunfo de los griegos afirmó en sumo grado su situación en el Mediterráneo, y al cabo de un siglo tenían ya colonias en muchos puntos de la costa. Pero les acometió por entonces otro enemigo mucho más temible que el emperador de Poseidonis: el hundimiento de esta isla levantó una inmensa oleada que destruyó la mayor parte de las colonias griegas y produjo gravísimos daños en las demás. A consecuencia del cataclismo quedaron secos los mares de Gobi y del Sahara y sobrevinieron tremendas convulsiones sísmicas.

Sin embargo, muy poca cosa afectaron estas vicisitudes al tronco principal de la subraza, que residía en las montañas. De los países de emigración llegaron al Cáucaso mensajeros que en demanda de urgente auxilio fueron de tribu en tribu arengando a las gentes e instándolas a que acudieran en socorro de sus afligidos hermanos. Tanto por sentimientos de compañerismo como por el deseo de mejorar de condición y acrecentar su fortuna en el comercio, las tribus se mancomunaron, en cuanto les pareció ya pasada la catástrofe, para enviar exploradores que se informaran con certeza del destino de sus hermanos de ultramar, y al volver los mensajeros se organizó en gran escala la expedición de auxilio.

Las primeras colonias griegas se habían establecido en la costa y los colonos eran intrépidos marinos, que no siempre hallaban amistoso trato en las gentes del interior, aunque les amedrentaba la audacia y valor de los griegos. Pero destruidas casi todas las colonias por el cataclismo, los pocos supervivientes hubieron de verse perseguidos por los indígenas y aun a veces sujetos a esclavitud. Al levantarse el fondo del mar del Sahara, las aguas se derramaron en la vasta cuenca sita entre Egipto y Túnez, donde ahora se asienta Trípoli, y la enorme ola devastó las costas, sin causar grave daño en el interior. Precisamente en aquellas costas se habían establecido los colonos griegos, por lo que fueron los mayormente perjudicados. El Sahara se hundió de nuevo, poco a poco, y levantóse otra costa cuyos contornos son los del África actual, quedando la vasta isla argelina unida al continente para formar con la nueva tierra la costa septentrional de África.

Como quiera que todas las naves habían desaparecido en la catástrofe, fue preciso construir otras nuevas, y tanta era la energía de los griegos, que al cabo de pocos años volvían a estar habitados casi todos los puertos del Asia Menor, y de ellos salían a cruzar los mares inúmeros buques, con propósito de restablecer las colonias y salvar el honor del nombre griego, libertando a los compatriotas que gemían esclavos de los extranjeros. Todo esto llevaron a cabo en brevísimo tiempo, y aquellos antiguos griegos fueron los primeros en reponerse de los estragos del cataclismo que les dio ocasión de anexionarse los mejores fondeaderos de la nueva costa; y como la mayor parte del comercio con Egipto estaba en sus manos, el Mediterráneo fue durante muchos siglos un mar griego. Tiempo llegó, aunque mucho más tarde, en que los fenicios y los cartagineses compartieron con los griegos el comercio marítimo, cuya acción dilataron éstos hacia oriente con una expedición a la isla de Java, donde fundaron una colonia relacionada largo tiempo con occidente.

Los fenicios eran un pueblo de la cuarta raza, derivado de los semitas y acadianos (quinta y sexta subrazas atlantes), con predominio de sangre acadiana. Los cartagineses eran también acadianos entremezcla dos de árabes con un tinte de sangre negra. Unos y otros fueron pueblos comerciantes; y en época muy posterior, cuando Cartago florecía en toda su pujanza, el ejército estaba compuesto casi enteramente de mercenarios reclutados entre las tribus africanas de Libia y Numidia.

Casi continua fue la emigración de Asia Menor a Europa, por lo que no es fácil dividirla en distintos grupos. Si consideramos a los antiguos griegos como primeros emigrantes, podremos clasificar a los albaneses en el segundo grupo y a los italianos en el tercero, habiendo ocupado estos dos últimos los mismos países, poco más o menos, en donde están hoy establecidos. Tras un intervalo sobrevino el cuarto grupo emigratorio, de asombrosa vitalidad, al que los modernos etnólogos contraen la denominación de "celtas" y poco a poco llegó a ser la raza predominante en el norte de Italia, en todo Francia, Bélgica e islas Británicas, en la parte occidental de Suiza y comarcas renanas de Alemania. Los griegos históricos fueron una mezcla derivada del quinto grupo emigratorio, amalgamado con los colonos del segundo, tercero y cuarto, aparte de una infusión de la quinta subraza, procedente del norte y establecida en Grecia, cuyos individuos produjeron el tipo de ojos azules y dorada cabellera, que rara vez se hallaba entre los griegos.

El quinto grupo emigratorio se perdió en el norte de África, y tan sólo. vestigios quedan de su sangre, muy entremezclada con la semita (3), entre los beréberes, moros, cabileños y aun entre los guanches de las islas Canarias, que se mezclaron con los tlavatlís. Este quinto grupo emigratorio se entremezcló con el cuarto en la península ibérica, y en la última época de su existencia (hace tan sólo dos mil años) contribuyeron seguramente a la constitución de los heterogéneos elementos que formaron la población de Irlanda, pues a este quinto grupo pertenecían los invasores milesianos que, procedentes de España, penetraron en Irlanda (algunos de ellos fundaron la dinastía milesiana de Francia) y la sometieron por efecto de curiosas fórmulas mágicas.

Pero antes había llegado ya otro elemento mucho más valioso del pueblo irlandés: el sexto grupo emigratorio, que salió del Asia Menor en dirección totalmente distinta, encaminándose hacia el noroeste, hasta llegar a Escandinavia, donde se entremezclaron algún tanto con la quinta subraza (teutónica), de la cual hablaremos en el siguiente capítulo. Desde el norte cayeron sobre Irlanda, y la historia los llama: Tuatha-de-Danaan, considerándolos más bien como dioses que como hombres. La ligera entremezcla con la subraza teutónica dio a este último grupo emigratorio algunas características, tanto en su aspecto externo como en su disposición psíquica, que los diferenciaba de los demás grupos de la subraza. Pero, en conjunto, cabe describir el tipo celta, diciendo que tenían los ojos y el pelo castaños o negros y el cráneo redondo. Por lo general, no eran de estatura elevada, y su carácter denotaba claramente el resultado de los esfuerzos realizados por el Manú miles de años antes. Tenían viva imaginación y notables aptitudes para la elocuencia, la poesía y la música, y aunque fáciles al abatimiento en el fracaso, seguían con entusiasmo y valor a sus caudillos. Les faltaban condiciones para lo que hoy llamamos negocios y no guardaban mucho miramiento a la verdad.

La Atenas prehistórica (4) se fundó ocho mil años antes de la era cristiana. Después de la catástrofe del año 9.564, emigraron algunos griegos a Hellas y se establecieron en el país donde el Maháguru, o supremo Instructor,

encarnó en la personalidad de Orfeo, fundador de los antiquísimos misterios órficos de que derivaron los de toda Grecia.

Advino Orfeo hacia el año 7.000 antes de J. C. y residió de ordinario en los bosques, donde reunía a sus discípulos. No le dieron reyes la bienvenida ni le aclamaron cortes, pues asumió la figura de bardo, amante de la naturaleza y gustoso de vivir en los asoleados campos y en las umbrías selvas, con aversión de las ciudades y del gentío humano. A Su alrededor acudieron en tropel los discípulos y les enseñaba en las cañadas, cuyo silencio sólo interrumpían el canto de las aves y los melódicos sonidos de la selva, que no bastaban a quebrantar la quietud del paraje.

Enseñóles la música vocal e instrumental con la lira de cinco cuerdas de que, sin duda, derivó la de Apolo, empleando al efecto la escala de siete tonos. Los devas se agrupaban para escuchar los delicados sonos que arrancaba Orfeo al pulsar la lira, con cuya sorprendente música purificó y explayó los cuerpos astral y mental de sus discípulos, substrayéndolos del físico para actuar libremente en los mundos superiores. La música de Orfeo era completamente distinta de las seriadas repeticiones con que obtuvieron el mismo resultado los músicos de la raza troncal, cuyo estilo introdujeron en la India. Orfeo se valió de la melodía y no de la repetición de sonidos análogos, y cada centro etéreo necesitaba su propia melodía para animarlo y ponerlo en actividad. Mostró Orfeo a Sus discípulos vividas escenas musicales, y por el mismo medio se continuó esta enseñanza en los Misterios que de El la derivaron por tradición. Enseñó que el sonido estaba en todas las cosas, y que si el hombre se armonizase consigo mismo, la divina armonía se manifestaría en él y por él, y alegraría a la naturaleza entera. Recorrió Orfeo el país de Hellas entonando cantos y escogiendo por doquiera a quienes anhelaban seguirle. También tuvo cantos a propósito para el pueblo, y por toda Grecia entretejió una red musical que había de influir en la belleza física y el genio artístico de los helenos. Discípulo de Orfeo fue Neptuno, joven hermosísimo que siguió a su maestro por doquiera y solía llevarle la lira.

Las tradiciones órficas llegaron a oídos del pueblo y se derramaron por todo el país. Posteriormente lo simbolizaron en la figura del dios del Sol, Febo-Apolo, y en los países del Norte se le llamó Balder el Hermoso (5).

Al reflexionar sobre el simbolismo empleado por este supremo Instructor en sus figuras de Vyása, Hermes, Zarathustra y Orfeo, descubrirlos la unidad doctrinal subyacente en la diversidad de símbolos. Invariablemente enseñó la unidad de la Vida y la identidad de Dios con Su universo. Para Vyasa, Dios era el Sol que daba calor y vida; para Hermes, la Luz, que igualmente brillaba en cielos y tierra; para Zarathustra, el Fuego, oculto en todas las cosas; para Orfeo, la Armonía en que todas las cosas vibraban al unísono. Pero sol, luz, fuego y sonido no daban más que un solo y sencillo mensaje: la Vida una, el Amor uno, que está sobre todo, en todo y por todo.

Algunos discípulos de Orfeo pasaron de Hellas a Egipto, donde fraternizaron con los doctores de la Luz interna, llegando después en su apostolado hasta Java, y así se propagó el Sonido por los ámbitos del mundo.

Pero ya no había de volver el supremo Instructor a enseñar a una subraza. Cerca de siete mil años más tarde, descendió por última vez entre Su pueblo, y en un cuerpo escogido, en India, alcanzó la iluminación final y terminó sus vidas en la tierra. Era ya buda.

(1) Nuestra hueste de Siervos no tomaron parte en la fundación de las subrazas cuarta y quinta. Trabajaban en muchos países, y se les puede encontrar en las Vidas de Alcione.

(2) Gente indocta y refractaria a la belleza artística. - N. de los T.

(3) Quinta subraza atlante, a la que originariamente perteneció el nombre de semita, dado también en la subraza árabe, segunda de la raza aria.

(4) Fundada en el mismo lugar de la actual del mismo nombre. La Atenas histórica data del año 1000 antes de J. C., y el Partenón se construyó el año 480 de la era precristiana.

(5) Porque, según, vimos, el sexto grupo emigratorio de la subraza celta, se encaminó a Escandinavia, donde introdujo la tradición del Cantor de Hellas.

CAPÍTULO XX

Quinta subraza.-Teutónica

Hemos de retroceder ahora al año 20.000 antes de J. C., con objeto de señalar el origen de la quinta subraza, preparada simultáneamente con la cuarta, aunque por distinto procedimiento. El Manú dispuso para ella un valle muy apartado de la capital, en la costa norte del mar de Gobi, y aportó factores que no habían aparecido en la cuarta subraza. Trajo de Persia unos cuantos de los mejores ejemplares de la tercera subraza, ya enteramente especializada por entonces, y también llamó a cierto número de semitas de Arabia. Eligió al efecto hombres altos y hermosos; y al encarnar entre ellos, utilizó siempre un cuerpo dotado de aquellas características. Conviene recordar que el Manú establece cada subraza encarnándose en ella, como hizo para establecer la raza raíz, y la forma que escoge por morada determina el futuro aspecto de la subraza. La quinta era de robusto y vigoroso tipo, mucho mayor que el de la subraza precedente, de elevada estatura, hermoso rostro, cabeza alargada, cabellos finos y ojos azules. El carácter era también distinto del de la raza céltica, pues predominaban la aspereza y la persistencia con menos audacia que la cuarta subraza. Sus cualidades no fueron de índole artística, sino más bien adecuadas a los negocios y al sentido práctico, con tonos de brusca sinceridad y rectitud que a lo positivo posponían lo poético.

Mientras la cuarta subraza desarrollaba su hermoso y artístico tipo en el valle, la adusta subraza quinta iba formando también su tipo en la residencia que se le había señalado, con lo que las dos distintas evoluciones prosiguieron simultáneamente. Por la época en que las dos subrazas estaban dispuestas a la emigración, era ya notoria la diferencia entre ambas; y aunque juntas salieron del Asia central hacia el año 20.000 antes de J. C., y juntas pasaron a Persia, fueron muy diversos sus ulteriores destinos.

La quinta subraza, poco numerosa, fue impelida a costear el mar Caspio y establecerse en el territorio de Daghestán. Allí creció lentamente durante miles de años y extendióse poco a poco por las estribaciones septentrionales de la cordillera del Cáucaso, ocupando los distritos de Terek y Kubán, donde permanecieron hasta que, mil años después del cataclismo de 9.564, emprendieron la marcha para dominar el mundo. En todo aquel largo período de espera no habían estado ociosos, pues se diferenciaron en distintos tipos. Por aquel entonces iban en vía de ser habitables las tierras pantanosas de la llanura central de Europa, y como obediente a un acuerdo unánime, se encaminó la subraza, formada en poderoso ejército, hacia el noroeste, hasta llegar adonde hoy se asienta Cracovia de Polonia. Allí permanecieron algunos siglos, porque los pantanos no se habían desecado todavía lo suficiente para proporcionar tierra habitable, y las fiebres palúdicas diezmaron sus filas. De

este centro secundario derivaron los grupos emigratorios. El primero fue el eslavo, ramificado en dos: uno se encaminó al nordeste y de él descienden mayormente los rusos modernos; el otro dirigióse más hacia el sur y está representado actualmente por los croatas, serbios y bosnios. El segundo grupo emigratorio fue el lético, que no marchó muy lejos y del cual procedieron los letas, lituanos y prusianos. El tercer grupo fue el germánico, parte del cual llegó muy allá, pues si los llamados especialmente teutones se desparramaron por la Alemania meridional, las otras dos ramas, o sean los godos y escandinavos, se extendieron hasta la punta septentrional de Europa.

A la época histórica corresponde la posterior invasión de Normandía por los escandinavos, de la Europa meridional por los godos, la propagación de esta quinta subraza por Australia, América del Norte y África del Sur, y su dominio en la India, donde arraiga el tronco de la raza.

Como sus predecesoras, ha establecido ya la subraza teutónica el imperio del mundo, de cuyos comienzos somos testigos. El tremendo desatino que en el siglo XVIII separó de la Gran Bretaña sus colonias de Norte América podría repararse por medio de una alianza ofensiva y defensiva entre ambas mitades y otra alianza de la misma índole con Alemania, tercer fragmento de la subraza teutónica, a fin de constituir un imperio confederado. Posteriores acontecimientos demuestran la elevación de la India a su propio lugar en este dilatado imperio, destinado a ser tan poderoso en Oriente como en Occidente.

A medida que este imperio mundial vaya ascendiendo a su cenit en los siglos futuros, el grupo de potentes genios a que mucho más allá nos referimos, encarnarán con objeto de elevarlo al pináculo de la gloria literaria y científica, de modo que sobrepuje a la pasada culminación de los extinguidos imperios árabe, persa y romano, correspondientes a las segunda, tercera y cuarta subrazas de la raza aria.

Porque el irresistible rodar de los siglos va desarrollando el plan divino, en el que la quinta raza raíz ha de cumplir su actuación para que la sucedan la sexta y séptima y den al linaje humano el grado de perfeccionamiento correspondiente a la etapa de la Tierra en la cuarta ronda de su cadena. La lengua del hombre evolucionante no es capaz de expresar las alturas de inimaginado esplendor que encubre el lejano porvenir.

CAPÍTULO XXI

Invasión de la India por la quinta raza raíz

Hemos bosquejado la emigración de las segunda, tercera, cuarta y quinta subrazas de la raza aria, desde el Asia Central. Hemos visto su magnificente civilización y lo dilatado de su imperio, y que desde el año 40.000 antes de J. C. en adelante fue decayendo lentamente. Del año 40.000 al 20.000 antes de J. C., el Manú Vaivasvata se ocupó principalmente en la formación de las subrazas, y tanto El como su inmediato grupo encarnaron durante aquellos veinte mil años en las comarcas destinadas a la propagación de aquéllas. El primitivo imperio ya estaba muy decaído, como le sucede a toda institución humana, cuando las subrazas salieron a cumplir su destino. Los mongoles y turanos, por tanto tiempo sometidos a los arios; recobraron la independencia, y el reino cuya capital era la Ciudad del Puente quedó sumamente reducido. El pueblo, sin alientos para construir, vegetaba entre las ruinas de la magna obra de sus antepasados. Los egos que por virtud de la educación recibida demostraban talento y disposición encarnaban en las civilizaciones hermanas, con lo que iba descendiendo el nivel intelectual del Estado matriz. También era nulo el comercio y las gentes se dedicaban tan sólo al cultivo y pastoreo. El núcleo central del reino se mantenía aún unido, pero las comarcas periféricas se habían proclamado independientes.

Hacia el año 18.800 antes de J. C. había ya terminado por entonces la tarea de formar y establecer las subrazas. El Manú, cumplidas las emigraciones y establecidas las subrazas, convirtió de nuevo la atención hacia el núcleo raíz, porque deseaba irlo arrancando poco a poco de su ancestral terruño y transplantarlo a la India, país escogido para su ulterior evolución. Desde que las numerosas huestes atlantes penetraron por los puertos de la cordillera himaláyica y ocuparon la India, cuyo suelo estaba ya suficientemente enjuto para establecerse en él, se había ido desarrollando allí la espléndida civilización atlante; pero anteriormente a esta época ya existió muy hacia el sur un dilatado reino atlante, extendido hasta el mar, que antes de la catástrofe del 75.025 antes de J. C. lo limitaba por el norte. Esta superexuberante civilización había ya llegado al último extremo de decadencia, y las clases aristocráticas de subraza tolteca eran perezosas y egoístas, aunque todavía quedaban restos de bellas letras y copiosa tradición de conocimiento oculto, que por lo necesarios para la obra del porvenir hablan de conservarse. Estaba muy debilitado el espíritu guerrero; y la riqueza del país, deplorablemente perdida, despertaba la codicia de otros pueblos más viriles, capaces de conquistarlas y de proseguir la obra.

El completo arranque de la raza de su central solar asiático fue necesario por las siguientes razones:

1.^a Porque Shamballa había de quedar en la soledad, pues por entonces habla terminado la obra llevada a cabo en contacto con el mundo, y la raza debía seguir creciendo sin vigilancia externa.

2.^a Porque era preciso arianizar la India.

3.^a Porque la raza habla de emprender la marcha, antes de sobrevenir el futuro cataclismo que había de alterar muchísimo la región del Asia central.

El Manú no había encarnado en el seno de la raza raíz desde que guió la emigración de las cuarta y quinta subrazas, esto es, desde el año 20.000 antes de J. C., por lo que su recuerdo era poco menos que mítico en el Asia central; y pocos siglos antes de la época que estamos considerando, se hablan suscitado discusiones acerca de si se debían o no observar las leyes del Manú que prohibían el matrimonio con extranjeros. Algunos opinaban que el precepto estaba ya abrogado por haberse obtenido él fin propuesto, y apoyadas en esta opinión hubo familias que concertaron matrimonio con las de los gobernantes tártaros. De aquí provino un cisma y los partidarios del matrimonio libre salieron del reino para establecerse en comunidad independiente. Sin embargo, no fueron muy allá en punto a la libertad de matrimonio, y cabe presumir que los pocos que se concertaron con extranjeros, tuvieron por finalidad aportar una ligera pero necesaria infusión de sangre extraña y acaso determinar la deseada separación. Al desaparecer la causa originaria de desunión, no por ello se aproximaron más cercanamente las comunidades, sino que, según pasaban los siglos, se acentuaba su hostilidad, y el creciente número de las del reino central empujó más y más hacia los valles montaneros del norte a las de la periferia.

En la mencionada época (año 18.800 antes de J. C.) Marte era rey de una tribu limítrofe que sufría mucho por las incursiones de las del reino central, con las que continuamente estaba peleando para sostener a la suya, amenazada de aniquilación. Su maestro Júpiter le aconsejó que no peleara; pero esto no le sirvió de auxilio y desesperadamente oraba y pensaba en un medio de salvación para su pueblo tan valiente y leal y, sin embargo, irremisiblemente perdido.

En lo más crítico de su perplejidad apareciósele el Manú en sueños y le ordenó que guiase su tribu hacia el sudoeste (1) para entrar en la bendita tierra de India, destinada a residencia de la raza. Le encargó que pelease cuanto menos pudiese durante la marcha a su futura patria, ni atacase a quienes le dejaran pasar tranquilamente hasta la extremidad meridional de la India. Le dijo, además, que en tiempos por venir toda la raza seguiría el mismo camino y que él tomarla frecuentemente parte en las futuras emigraciones para, en época todavía más lejana, realizar con su esposa Mercurio la misma obra que entonces llevaba a cabo el Manú.

Jubilosamente alentado con esto, comenzó Marte a prepararse, y después de referir al pueblo el sueño que había tenido, les ordenó que estuviesen dispuestos para la marcha. Casi todos le obedecieron, pero nuestro antiguo conocido, el en otro tiempo árabe Alastor, de nuevo rebelde, capitaneaba a los pocos que se negaron a seguir a Marte, diciendo que no iban

a dejar su vieja patria y sus históricas enseñanzas por el sueño histórico de un hombre rendido y desesperado. Así es que, secretamente, reveló Alastor al enemigo el cansino que habla de seguir el pueblo, y en castigo fue condenado a muerte después del fracaso de aquella expedición.

Marte emprendió la marcha, el año 18.875 (2) antes de J. C., por el camino señalado; y tras muchas penalidades y no pocas escaramuzas (pues, sin atacar, se veía atacado), llegó a las dilatadas llanuras de la India, y durante algún tiempo disfrutó de la hospitalidad de Viraj, su compañero en muchas vidas, que en aquélla era el rey Podishpar, cuyos dominios se extendían por la mayor parte de la India septentrional. Se consolidó la alianza por el matrimonio de Corona, hijo de Podishpar, con Brhaspati, hija de Marte y viuda de Vulcano, muerto en una de las refriegas sostenidas durante la marcha.

Había entonces en la India meridional un vasto reino gobernado por el rey Huyaranda, por otro nombre Lahira (Saturno), del que era sumo sacerdote Byarsha (Súrya) y vicario general Osiris.

Muchos años antes del suceso, advirtió Sûrya a Saturno que por mandato de los dioses iban a llegar gentes extranjeras, por lo que despachó el rey a Cruz, príncipe heredero, para que fuese a su encuentro, les diera la bienvenida y los asentara en el país. Más adelante declaró Sûrya que los “narigudos extranjeros del norte” eran muy aptos para el sacerdocio y podrían mantener hereditariamente el oficio sacerdotal. Los que aceptaron la propuesta y abrazaron el estado sacerdotal fueron los antecesores de los brahmanes del sur de la India, que se abstuvieron de contraer matrimonio con los indígenas y formaron separada clase social. Otros se enlazaron matrimonialmente con la aristocracia tolteca, y de este modo fueron arianizando poco a poco a las clases superiores del país, hasta, que pacíficamente pasó el sur de la India al dominio de los arios; porque Cruz, que había heredado a Saturno, murió sin sucesión, y el pueblo puso en el trono a Heracles, segundo hijo de Marte y primer monarca de la dinastía aria. Desde esta emigración en adelante, a todos los que inmigraron en la India se les comprendió en la “primera subraza,” puesto que el núcleo troncal de la raza emigró a la India. Los nacimientos en este núcleo se adscriben a la primera subraza, ya ocurran en la misma India, ya en los países colonizados y arianizados por él. Además de los referidos, encontramos en esta, emigración a Urano, primogénito de Marte, que vivió eremíticamente en el Nilghiris; y el tercer hijo, Alcione, fue vicario general por dimisión de Osiris, ya muy viejo. Demetrio fue la segunda hija de Marte.

Curioso ejemplo de la traída de amigos desde el extranjero, nos lo ofrece la llegada del joven caudillo mongol Tauro que, escapado de la cólera de su hermano mayor, se refugió junto a Marte en el reino del Asia central. Vino con su mujer Proción, y una de sus hijas era Cisne, casada con Aries.

Por los años de 13.500 antes de J. C., envió el reino ario de la India meridional una importante expedición a Egipto, según mandato recibido del Jefe de la Jerarquía, por intermedio del Manú. La expedición tomó la vía marítima de Ceilán hasta el mar Rojo, que entonces a duras penas era un abra.

No tenía la expedición por objeto colonizar el Egipto, pues este país era ya un poderoso imperio, sino más bien asentar allí, bajo el dominio del gobierno egipcio, una benéfica, potente y civilizadora influencia.

Iba Marte al frente de la expedición, y Súrya era el sumo sacerdote egipcio, como lo habla sido cerca de tres mil años antes en la India meridional. Lo mismo que entonces, preparó el camino a los arios, informando al Faraón de su próxima llegada y aconsejándole que los acogiera favorablemente. Escuchó el rey el consejo, y poco después, por insinuación del mismo Súrya, dio a su hija en matrimonio a Marte y le nombró heredero de la corona. De este modo quedó pacíficamente establecida en Egipto una dinastía aria a la muerte del Faraón entonces reinante. Gobernó gloriosamente esta dinastía por algunos milenios, hasta que el hundimiento de Poseidonis provocó la inundación del país y todos los habitantes hubieron de refugiarse en las montañas. Sin embargo, pronto se retiraron las aguas y recobró el país su antiguo esplendor. El historiador Maneto se refiere evidentemente a la dinastía aria, cuando dice que Unas (3) fue el último rey de la quinta dinastía. Bajo el reinado de los Faraones arios cobraron su mayor fama las escuelas de Egipto, y durante mucho tiempo presidieron el saber del mundo occidental.

Egipto fue el segundo gran imperio de la primera subraza, si contamos en primer lugar el imperio de la raza raíz. Desde Egipto se infundió la sangre aria en varias tribus del África oriental, y parece como si algunas veces requiriesen cuerpos de tipo inferior los egos poco adelantados que hablan pasado por subrazas anteriores sin progresar gran cosa, y se les ponla en contacto con una raza superior a fin de impelerlos hacia adelante. Algunos de los tipos ínfimos de aldeanos de las civilizadas cuarta y quinta subrazas arias estaban notoriamente menos adelantados que los zulúes. Por otra parte, un tinte de sangre aria en una tribu inculta le dio ciertas características necesarias para su mejoramiento.

El Manú se valió del reino de la India meridional como de un subsidiario centro de irradiación en coyunturas similares a la de la arianización de Egipto. Envío colonos a Java, Australia e islas de Polinesia, según comprueban los rasgos arios que aún hoy pueden observarse en los llamados polinesios de tez morena en distinción de los melanesios.

Mientras todo esto se llevaba a cabo en el sur de la India, seguía trabajando el Manú en el gradual transporte de Su raza, desde el centro de Asia al norte de la India. Una de las primitivas emigraciones se estableció en el Panjab, y tras porfiada lucha concertó la paz con los habitantes que sobrevivieron a la contienda. Otra masa emigratoria se dirigió hacia oriente para asentarse en Assam y norte de Bengala. La expedición inmediatamente anterior a la en que debemos detenernos por unos minutos tuvo efecto por los años 17.520 antes de J. C. Parte de ella llegó sin novedad a su destino, por el mismo camino que habla seguido Marte más de mil años antes, mientras que una corta división quedó aniquilada al penetrar en el hoy llamado paso de Khyber. El año 17.455 salió una tercera expedición acaudillada por Marte, hijo primogénito de Júpiter, soberano del reino central. La esposa de Júpiter era Saturno y Mercurio su hermana. Con mucho escrúpulo escogió Marte los

individuos de la expedición entre los más vigorosos hombres y mujeres que pudo hallar. Entre ellos se contaban Psiquis y su esposa Arturo con tres hijos: Alcione, Albireo y Leto; así como también fueron escogidos Capella y su mujer Judex.

El valeroso capitán Vulcano era el guerrero en quien más confiaba Marte; y con Vajra por subalterno, condujo una columna de la expedición, mientras que Marte guiaba la otra.

Al fin de la jornada se encontraron ambas columnas, según estaba concertado; y asentando a las mujeres y niños en un campamento fuertemente atrincherado, entre las actuales Jammu y Gujranwala, prosiguieron hasta donde hoy se levanta Delhi, y edificaron en aquel imperial paraje la primera ciudad, a la que dieron el nombre de Ravigúr o Ciudad del Sol. En el camino habían trabado una escaramuza con las fuerzas de Cástor, poderoso reyezuelo del país, logrando vencerle y seguir adelante. Ya edificada la nueva ciudad, trasladaron a ella a las mujeres, niños y guarnición del campamento, empezando con ello la primitiva época de Delhi como capital. Marte dejó el reino a su primogénito Heracles, quien recibió mucha ayuda de Alcione, nueve años mayor que él y queridísimo amigo suyo.

Una de las más numerosas emigraciones del reino central ocurrió el año 15.950 antes de J. C., y estaba formada por tres poderosos ejércitos al mando del generalísimo Marte. Al frente del ala derecha iba Corona, con orden de pasar a Bengala por Cachemira, Panjab y las provincias llamadas hoy de La Unión. El ala izquierda había de cruzar el Tíbet para llegar al Bhután y de allí a Bengala. El centro, mandado por Marte en persona, con Mercurio por lugarteniente, había de atravesar el Tíbet en demanda del Nepal y proseguir hasta encontrarse con los otros dos cuerpos de ejército en Bengala, destinada a servirles de residencia. Sin embargo, Corona empleó los cuarenta años de marcha en formarse un reino propio, y llegó a Bengala cuando ya Marte era muy viejo y hacía largo tiempo que allí reinaba. Vulcano se reunió con Marte para establecerse finalmente en Assam. Marte, auxiliado por Vulcano, sometió primero a Bengala, y después, tras desesperada lucha, a Orissa, fijando definitivamente su capital en el centro de Bengala. Al llegar a viejo abdicó la corona en su primogénito Júpiter y se retiró del mundo.

Para señalar la importancia de esta emigración de tan lejano alcance, baste decir que tomaron parte en ella diez personajes que en la actualidad son Maestros, conviene a saber: Marte, Mercurio, Vulcano, Júpiter, Brhaspati, Osiris, Urano, Saturno, Neptuno y Viraj. También hubo muchos de los que llevan nombres familiares (4).

Desde aquella época en adelante hubo continuas inmigraciones en India, procedentes del Asia central, unas veces en partidas sueltas, otras en considerables ejércitos, de modo que los antiguos emigrados resistían la invasión de los nuevos, y éstos saqueaban las comarcas donde se habían establecido aquellos. Durante miles de años se sucedieron las oleadas emigratorias, y algunos años de talento estudiaron la filosofía de los toltecas, a quienes dieron a veces el nombre de nágas. A las clases inferiores de la

población atlante, compuestas en su mayor parte de los morenos tlavatlis, les llamaron dásyas, mientras que a las gentes negras, descendientes de los lemurianos, a quienes miraban con horror, les apellidaban daityas y takshakas.

Hubo algunos enlaces matrimoniales entre los arios más despreocupados y los toltecas; y así vemos, hacia el afilo 12.850 antes de J. C., que Alcione siente viva simpatía por Psiquis, hijo del magnate atlante Orfeo, y se casa con Mizar, hija de este último, aunque el padre de él, Algoj, era un fanático ario que abominaba de la civilización atlante. A consecuencia de esto, hubieron de fluir Alcione y su joven esposa en busca de refugio, que les dió Vesta, jefe de una partida de arios invasores; y un pariente suyo llamado Draco, que con su esposa Casiopea pertenecían a una banda tiempo ha establecida en India, ayudaron a los refugiados en la adquisición de una heredad, donde se mantuvieron en amistosas relaciones con el rico atlante Aletheia.

Por lo tanto, parece evidente que, al menos en algunos casos, existían cordiales relaciones entre ambas razas, sin que las quebrantara la irrupción de otra numerosa hueste de arios, nuevamente acaudillada por Marte, que por aquellas inmediaciones pasó en dirección a la India central, donde había de fundar un imperio.

Estas continuas emigraciones dejaron despoblado el reino del Asia central allá por los años de 9.700 antes de J. C.

Las convulsiones provocadas por el cataclismo de 9.564 arruinaron la Ciudad del Puente y derruyeron la mayor parte de los magníficos templos de la isla Blanca. Las últimas partidas de emigrantes tuvieron alguna dificultad en llegar a la India, pues quedaron detenidas en el Afghanistan y Baluchistán durante unos dos mil años. Muchos murieron a manos de los mongoles que depredaban su territorio, y el resto pudo al fin abrirse camino por las llanuras ya densamente pobladas.

Cuando el Manú tuvo a todo su pueblo establecido en India, nació el riesgo de que la sangre aria se atenuase hasta quedar en mero vestigio entre la enorme mayoría de atlantes y atlanto-lemurianos, por lo que prohibió nuevamente el matrimonio con extranjeros, y hacia el año 8.000 antes de J. C. estableció el régimen de castas, con propósito de prevenir ulteriores adulteraciones y que pudieran perpetuarse las ya efectuadas. En un principio, estableció el Manú tres castas tan sólo, a saber: brahmana, rājana y visha. La primera comprendía los arios de pura estirpe; la segunda, los arios con mezcla de tolteca; y la tercera, los arios con sangre mongol.

De aquí provino el llamar varnas o colores a las castas, pues los arios puros eran blancos, los ario-toltecas, cobrizos, y los ario-mongoles, amarillos. Los individuos de distinta casta podían contraer matrimonio entre si; pero muy luego fue robusteciéndose el sentimiento de que los matrimonios debían contraerse únicamente entre individuos de una misma casta. Posteriormente, los que ni siquiera eran arios mestizos quedaron comprendidos en la genérica denominación de shúdras, aunque en muchos de estos individuos hubiera

podido descubrirse un ligero tinte de sangre aria. Muchas tribus montaneras tienen algo de ario, y las hay que lo son del todo, como los gipsios y siapos.

En la época de las emigraciones, una tribu tomó distinto rumbo de las otras, logrando establecerse en un valle del distrito de Susamir. Olvidados allí del resto del mundo, disfrutaron durante muchos siglos de su primitiva vida pastoral, hasta que, el año 2.200 antes de J. C., levantóse entre los mongoles un denodado guerrero que devastó cuanto pudo alcanzar de Asia y, aparte de otras comarcas, aniquiló por completo los restos del imperio persa. Finalmente fue vencido el caudillo mongol y desbaratadas sus huestes, que hablan dejado tras si la desolación y la muerte. Al cabo de unos cien años, supieron los arios del valle de Susamir que estaba inhabitado un país muy fértil; y en consecuencia, enviaron exploradores, cuyos favorables informes les determinaron a emigrar en masa a Persia. Este pueblo hablaba el idioma zendar, y viene de propósito aludir a su emigración final, porque nos muestra el despoblamiento a que habla llegado Persia aun en la época del último Zoroastro. Los restos de la tercera subraza, que pudieron escapar del país substrayéndose a la gen-eral matanza infligida por las hordas mongoles, regresaron a su patria, luego de pasado el peligro, e hicieron causa común con los inmigrantes arios. De esta fusión nació y fue desenvolviéndose gradualmente el último imperio persa.

(1) La vanguardia de la más formidable emigración que registra la historia universal.

(2) Véase: Apéndice x.

(3) Maneto fija la época de este monarca en el año 3.900 antes de J. C., mientras que nosotros la remontamos al 4.030. Los reyes hyksos de raza árabe corresponden al 1.500.

(4) Véanse el Apéndice XII y la X *Vida de Alcione*.

EL HOMBRE

¿Adónde VA?

.....

PREFACIO

Las siguientes páginas constituyen un intentado bosquejo de los originarios comienzos de la sexta raza raíz, análogos a la primitiva etapa de la quinta raza raíz en Arabia. Antes de que la sexta raza tenga existencia propia y tome posesión de su continente que poco a poco, trecho tras trecho, se está levantando ahora en el Pacifico, han de pasar muchísimos miles de años. La América del Norte habrá quedado hecha pedazos y la faja occidental donde se haya establecido la primera Colonia será la extrema tierra oriental del nuevo continente.

Mientras esta Colonia viva en embrión, la quinta raza estará en su cenit y concentrará en si la pompa y gloria de la tierra. La Colonia parecerá muy deleznable cosa a los ojos del mundo, como si fuese una comunidad de gentes animosas y esclavamente dedicadas a su Caudillo.

Este bosquejo se publicó ya en *The Theosonhist* y todo él es obra de mi colega.
A. B.

CAPÍTULO XXII

Los comienzos de la sexta raza raíz

PRELIMINAR

La Visión del Rey Asoka.-Hace unos doce años se dedicaron los autores de esta obra al examen de algunas vidas pasadas del coronel H. S. Olcott, quien, según saben la mayor parte de los miembros de la Sociedad, fue en la penúltima encarnación el gran rey budista Asoka; y quienes hayan leído la memoria biográfica escrita para la Asamblea americana, recordarán que, hacia el fin de aquella vida, tuvo una época de gran depresión y duda y para disiparlas le mostró su Maestro dos notables representaciones: una del pasado y otra del futuro. Se había lamentado mucho del fracaso de sus planes, y su principal duda fue si podría perseverar hasta el fin, conservando el lazo de unión con su Maestro hasta alcanzar la meta. Para desvanecer esta duda, el Maestro le explicó primero, por la vista del pasado, cómo había, sido originariamente establecida largo tiempo atrás, en la Atlántida, la relación entre ambos y cómo le había prometido entonces que ese lazo no se rompería jamás. Después, por la visión del futuro, se le mostró el Maestro como el Manú de la sexta raza raíz, de quien el rey Asoka sería lugarteniente en aquel elevado cargo.

La escena se desplegaba en un hermosísimo paisaje a modo de parque, cuyos floridos cerros bajaban en suaves pendientes hasta un mar de zafiro. El Maestro M. se hallaba de pie, rodeado de un corto ejército de discípulos y ayudantes, y en el momento en que el fascinado rey contemplaba la encantadora escena, el Maestro K. H. apareció en ella, seguido de su cohorte de discípulos. Los dos Maestros se abrazaron y los grupos de discípulos se entremezclaron, cambiando gozosos saludos, y aquel cuadro maravilloso se desvaneció entonces de nuestra absorta. vista. Pero la impresión que nos dejó ha permanecido indeleble, allegándonos cierto conocimiento, mas extraño que cuanto pudiera decirse, y que infunde reverencial temor. Usábamos entonces la vista del cuerno causal, por cuya razón distinguíamos claramente a los egos que componían aquella multitud. A muchos los reconocimos instantáneamente, otros, que entonces reconocíamos, los hemos encontrado después en el plano físico. Es verdaderamente inexplicable el encontrar (quizá al otro lado del mundo) algún miembro de la Sociedad a quien físicamente no hemos visto nunca, y sin darse él cuenta, cambiar una mirada que significa decir: “he aquí otro que estará con nosotros hasta el fin”.

También quiénes no estarán allí: pero de esto, gracias a Dios, no hemos de hacer deducciones, porque gran número de los que no se hallen al principio de la raza, se unirán a ella más adelante, aparte de que también hay otros

centros de actividad relacionados con la obra del Maestro. Este centro particular que estábamos examinando, existirá con el especial objeto de la fundación de la nueva raza raíz, y por tanto, será único; pues sólo podrán pertenecer a ella quienes, por medio de cuidadosa preparación propia, se hagan aptos para tomar parte en esta obra peculiar. Precisamente, a fin de que se conozca con toda claridad la naturaleza de esa obra y la clase de educación que para ella se requiere, nos ha sido permitido exponer ante nuestros miembros este bosquejo de aquella vida futura. Dicha preparación envuelve el propio sacrificio en grado supremo, y la anulación rigurosa de la personalidad, como se verá muy claramente a medida que avancemos en nuestro relato, así como también implica absoluta confianza en la sabiduría de los Maestros. Muchos y muy buenos miembros de nuestra Sociedad no poseen aún estas cualidades; y por muy evolucionados que estén en otro sentido, no pueden tener sitio en esta hueste especial de trabajadores, pues la labor del Manú es muy grande y no ha de malgastar fuerzas ni tiempo en argüir con los recalitrantes que creen saber más que Él. Sin embargo, la obra externa de esta Sociedad continuará en siglos futuros; y en sus enormemente extendidas ramificaciones habrá sitio suficiente para cuantos quieran ayudar, aunque no sean aún capaces de la total renunciación de sí mismos requerida de quienes ayudan al Manú.

La visión mostrada al rey no nos dio clave alguna ni de la fecha del suceso previsto ni del sitio en donde ha de ocurrir, aunque actualmente poseemos todos los informes relativos a dicho punto. Entonces sólo sabíamos que la ocasión era importante y estaba relacionada con la fundación de la nueva raza. Verdaderamente, esto mismo se le comunicó al rey Asoka, y conociendo como conocíamos los cargos que nuestros dos reverenciados Maestros desempeñarán en la sexta raza raíz, asociamos fácilmente las dos ideas.

El Deva Protector. -Estaba yo hablando con un grupo de amigos acerca del pasaje del Jñâneshvari en que se dice que el yogui oye y comprende el lenguaje de los devas, y trataba yo de explicar en qué maravillosos éxtasis de colores y sonidos se expresan ciertos órdenes superiores de ángeles, cuando me di cuenta de la presencia de uno de ellos, que en varias ocasiones anteriores ha tenido a bien ayudarme en mis esfuerzos por comprender los misterios de su gloriosa existencia. Viendo, a lo que supongo, lo inadecuado de mis esfuerzos para describirla, puso ante mí dos representaciones de singular viveza y me dijo: "Ahí tienes; descríbeles esto".

Cada representación mostraba el interior de un gran templo cuya arquitectura no se parecía a ninguna de las que conozco, y en cada uno de ellos oficiaba de sacerdote un deva, dirigiendo las devociones de una numerosa congregación. En uno de los templos, el oficiante actuaba enteramente por medio de la manipulación de un espléndido e indescriptible despliegue de colores, mientras que en el otro caso se valía de la música para despertar por una parte las emociones de la congregación y manifestar por otra sus anhelos a la Deidad. Más adelante describiré estos templos y los métodos en ellos adoptados; por ahora me ocuparé en las investigaciones posteriores de que ésta fue punto de partida. El deva que mostraba las visiones explicó

que representaban escenas de un porvenir en que los devas actuarían mucho más libremente que ahora entre los hombres, ayudándolos no sólo en sus devociones, sino también de muchas otras maneras. Dándole las gracias por su bondadosa ayuda, describí lo mejor que pude a mi grupo aquellos encantadores cuadros, y el mismo deva hizo de cuando en cuando algunas observaciones.

Previsión del porvenir.-Terminada la reunión del grupo, y ya solo en mi habitación, recordé aquellos cuadros con el mayor placer, los fijé en mi mente en sus más mínimos pormenores y traté de descubrir hasta qué punto sería posible relacionar con ellos otras circunstancias anexas. Con grandísima satisfacción vi que esto era perfectamente posible; que esforzándome podía extender mi vista desde los templos a la ciudad y campiña circundante, y de esta manera ver y describir al por menor esta vida del porvenir. Esto, naturalmente, sugiere multitud de preguntas referentes al linaje de clarividencia por la cual puede preverse el futuro, la extensión que se supone que alcanza ese futuro, y hasta qué punto, en caso de ser posible, puede modificar lo visto la voluntad de los actores del drama; porque si todo está desde luego determinado y no pueden cambiarlo, ¿no nos volveremos a ver frente a la enojosa teoría de la predestinación? No soy más competente para resolver esta cuestión del libre albedrío y de la predestinación que cualquiera de los miles que han escrito sobre el particular; pero al menos puedo atestiguar indubitadamente que existe un plano en que el pasado, el presente y el futuro han perdido sus características relativas, y están los tres real y absolutamente presentes en la conciencia.

Examiné en muchos casos los anales del pasado, y más de una vez describí cuán absolutamente, reales y vividos son para el investigador que vive en la escena y puede adiestrarse en mirarla desde afuera como un simple espectador, o identificar su conciencia durante cierto tiempo con la de algún personaje que tome parte en ella, teniendo así la grandísima ventaja de una opinión contemporánea en el asunto que se investiga. Sólo puedo decir que análoga experiencia tuve en esta visión, la primera extensa y relacionada que del futuro examiné. Este futuro era en un todo tan real y vívidamente presente, como cualquiera escena del pasado o como la habitación en que estoy sentado ahora al escribir, pues también en este caso hay la posibilidad de contemplar el todo como un espectador o identificarse con la conciencia de alguno que esté actuando en tal escena, y por este medio darse exacta cuenta de sus móviles y de su concepto de la vida.

Como durante parte de la investigación estaba presente conmigo en cuerpo físico uno de los que claramente veía actuando en aquella comunidad del porvenir, hice un esfuerzo especial para indagar hasta qué punto le sería posible a este ego, por su acción en los siglos intermedios substraerse a aquel movimiento o modificar su actitud respecto de él. Me pareció claro, después de análisis cuidadoso y repetido examen, que no podía evitar ni modificar de un modo apreciable el destino que se le deparaba; porque la Mónada cobijante, el Espíritu interno, actuando por medio de la porción de sí mismo no desarrollada aun en Ego, había ya determinado respecto de este punto y puesto en acción las causas que debían producirlo inevitablemente. El Ego tenía

incuestionablemente una gran libertad en esos siglos intermedios y podía moverse a uno u otro lado fuera del camino que se le había señalado, y apresurar o retardar su progreso; pero no obstante, el inexorable poder impulsor, su verísimo Yo, no permitiría tan absoluta y final divergencia del camino que le hiciera perder la oportunidad que se le ofrecía. La voluntad del verdadero hombre está ya determinada y prevalecerá seguramente.

Sé muy bien cuán difícil es discurrir sobre este asunto, Y en modo alguno pretendo darle nueva solución sino contribuir a su estudio en la forma de documento testimonial. Baste declarar por ahora que esto es descripción exacta de lo que inevitablemente ha de suceder; y sabiéndolo así, lo expongo a los lectores como asunto de profundo interés, al mismo tiempo que de poderoso estímulo para quienes se sientan capaces de aceptarlo, manifestando a la vez que no siento el menor deseo de darlo a conocer a los que aún no tienen la certeza de que sea posible prever el remoto porvenir hasta en sus más mínimos pormenores.

CAPÍTULO XXIII

Los comienzos de la sexta raza raíz

Se puso en claro que estos vistosísimos oficios del templo no representaban el culto ordinario de la época, sino que eran peculiares de una determinada comunidad de personas que vivían apartadas del resto del mundo; y poca investigación más se necesitó para demostrarnos que era la misma comunidad cuyo establecimiento había sido objeto de la visión del rey Asoka hacía tanto tiempo. Esta comunidad es, en efecto, la segregación hecha por el Manú de la sexta raza raíz; pero que en lugar de conducirla a sitios remotos y desiertos, inaccesibles al resto del mundo (como hizo el Manú de la quinta raza), nuestro Maestro la sitúa en medio de un país populoso y la resguarda de mezclarse con las demás gentes sólo por medio de vallas morales. Así como el material para la quinta raza raíz tuvo que tomarse de la quinta subraza del tronco atlante, así también los cuerpos materiales de los que ha de surgir la sexta raza raíz, han de ser elegidos de la sexta subraza de nuestra presente raza aria. Es, por tanto, muy natural que esta comunidad fuese establecida, como se vio que lo estaba, en el gran continente de Norte América, en donde ya se están tomando providencias para el desarrollo de la sexta subraza. Es igualmente natural que la parte del continente escogido sea la que, tanto en paisaje como en clima, se aproxime más a nuestra idea del Paraíso, o sea la Baja California. Se ha visto también que la fecha de los sucesos fotografiados en la visión del rey Asoka, esto es, la fundación de la comunidad, corresponde casi exactamente a setecientos años más allá de nuestra época actual; pero las vistas mostradas por el Deva y las reveladas por las investigaciones a que aquéllas dieron lugar pertenecen a un período de unos ciento cincuenta años más tarde, cuando la comunidad esté ya por completo establecida y subsista por sus propios medios.

Fundación de la Comunidad.-El plan es el siguiente: De la Sociedad Teosófica, tal como es hoy, y tal como será en los siglos futuros, el Manú y el Sumo Sacerdote de la raza futura escogen gentes por completo sinceras que se han dedicado enteramente a Su servicio, y les ofrecen oportunidad de ser sus cooperadores en esta gran obra. No hay que negar que la obra será ardua y que requerirá el mayor sacrificio por parte de quienes tengan el privilegio de tomar parte en ella. El Logos, antes de llamar a la existencia esta parte de Su sistema, tenía en Su mente un plan detallado de lo que pensaba hacer con ella, qué nivel debe alcanzar cada raza en cada ronda y en qué puntos debe diferenciarse de sus predecesoras. El conjunto de Su poderosa forma de pensamiento existe aún ahora en el plano de la Mente Divina; y cuando se nombra a un Manú para encargarle de una raza raíz, su primer procedimiento es materializar esa forma de pensamiento en un plano inferior, donde la pueda tener a mano para cualquier referencia. Su tarea consiste luego en tomar del mundo existente los hombres, que más se asemejen a ese tipo, apartarlos del resto y desarrollar gradualmente en ellos, en cuanto sea posible, las cualidades que han de constituir las especiales características de la nueva raza. Cuando

haya llevado este proceso a la mayor perfección posible con el material dispuesto, el mismo Manú encarnará en el grupo segregado. Como quiera que desde hace mucho tiempo agotó todo karma adverso, es perfectamente libre de moldear sus vehículos causal, mental y astral, exactamente con arreglo al modelo que el Logos pone ante él. Sin duda alguna puede ejercer gran influencia en su vehículo físico, aun cuando haya de obtenerlo de padres que, después de todo, pertenecen aún a la quinta raza raíz, aunque ya especializados en gran parte.

Solamente los cuerpos que físicamente desciendan en línea directa de él, constituirán la nueva raza raíz; y puesto que él, a su vez, debe contraer matrimonio en la antigua raza raíz, el tipo resultante no será absolutamente puro. En la primera generación sus hijos han de casarse también con individuos de la raza anterior, si bien dentro de los límites del grupo segregado; pero después de la primera generación, ya no habrá más mezclas de la sangre antigua, desde el momento en que estará absolutamente prohibido todo casamiento fuera de la familia nuevamente constituida. Más adelante, el mismo Manú volverá a encarnar, probablemente como su propio bisnieto, y así purificará aún más la raza, mientras que, por otra parte, nunca cesará en sus esfuerzos de dar a todos sus vehículos, incluyendo entonces hasta el físico, más y más aproximada semejanza al modelo proporcionado por el Logos.

Reunión de los Miembros.-A fin de que este especial moldeamiento se lleve a cabo tan rápida y completamente como sea posible, es de todo punto necesario que cuantos egos encarnen en estos nuevos vehículos, entiendan perfectamente lo que se hace y se dediquen por completo a la obra. A tal objeto, el Manú reúne en torno suyo gran número de estos discípulos y cooperadores y los pone en los cuerpos que él mismo suministra, de modo que se dediquen por completo a esta tarea, tomando un nuevo cuerpo tan pronto como consideren necesario desechar el viejo. Por tanto, según hemos dicho, la labor de Sus cooperadores será sumamente ardua, pues habrán de nacer una y otra vez sin el intervalo usual en otros planos, y además, cada una de esta no interrumpida sucesión de vidas ha de ser absolutamente desinteresada y consagrada por entero a los intereses de la nueva raza, sin el menor pensamiento de sí mismo o de aspiración personal. En suma: el hombre que participe en esta obra no deberá vivir para sí, sino para la raza, y esto siglo tras siglo. No es carga muy ligera para echársela a cuestras; pero, por otra parte, los que de ella participen harán inevitablemente progresos anormalmente rápidos, y no sólo tendrán la gloria de tornar parte principal en la evolución de la humanidad, sino también el inestimable privilegio de trabajar durante muchísimas vidas bajo la dirección física inmediata de los Maestros a quienes tanto aman. Y quienes han gozado de la dulce bendición de Su presencia saben bien que en Su presencia no hay labor ardua ni obstáculos insuperables; antes todas las dificultades se desvanecen y miramos con sorpresa los tropiezos pasados sin comprender cómo hemos podido desesperar o desanimarnos. El sentimiento es exactamente el del apóstol cuando dijo: “Yo puedo hacer todas las cosas por medio de Cristo, que me fortalece.”

Establecimiento en el territorio.-Cuando se aproxime el tiempo a Su juicio más adecuado para la fundación de la raza, cuidará de que los discípulos

escogidos nazcan en la sexta subraza. Cuando todos hayan alcanzado la madurez, El (o todos juntos) comprarán una vasta posesión en sitio conveniente, y todos irán allí para empezar su nueva vida en comunidad. Esta escena de la toma de posesión de la propiedad fue la mostrada al rey Asoka, y el paraje en que los dos Maestros se encontraron está cerca de los linderos de la posesión. Luego, conducirán a sus prosélitos al punto céntrico, escogido para capital de la comunidad, y tomarán posesión de las moradas previamente preparadas para ellos; pues mucho tiempo antes, el Manú y sus lugartenientes inmediatos han debido dirigir la construcción de un magnífico grupo de edificaciones, a propósito para el caso: un gran templo o iglesia central, vastos edificios destinados a bibliotecas, museos y salas de Consejo, y alrededor unas cuatrocientas moradas, cada una situada en su propio lote de terreno. Aunque muy diferentes en estilo y detalles, estas casas estarán construidas con arreglo a cierto plan general que más adelante describiremos. Toda esta obra habrá sido hecha a las órdenes de un contratista por operarios ordinarios, muchos de los cuales parece se traerán de lejos y se les pagarán buenos jornales a fin de que la labor sea inmejorable. Se necesitará mucha y muy complicada maquinaria para el trabajo de la colonia, y en los primeros tiempos se emplearán forasteros para manejarla e instruir a los colonos en su uso; pero al cabo de pocos años, cuando los colonos hayan aprendido a hacer y componer lo necesario a su bienestar, ya no necesitarán más ayuda exterior. Aun ya en la primera generación, la colonia llegará a sostenerse por sí sola, y después ya no se importará labor alguna. Parece que habrá de gastarse mucho dinero en establecer la colonia y ponerla en régimen; pero, una vez firmemente establecida, se sostendrá por sí misma en completa independencia del mundo externo. Sin embargo, la comunidad no perderá el contacto con el resto del mundo, pues siempre cuidará de estar al corriente de los nuevos descubrimientos e inventos y de las mejoras en las máquinas.

Descendencia del Manú.-Sin embargo, las principales investigaciones que hicimos se refieren a un período ciento cincuenta años posterior, cuando la comunidad haya crecido enormemente y cuente con cosa de cien mil individuos, todos ellos descendientes físicos directos del Manú, a excepción de unos pocos que habrán sido admitidos del mundo forastero en condiciones que luego describiré. En un principio nos pareció improbable que los descendientes de un solo hombre pudiesen llegar en ese tiempo a número tan crecido; pero el examen que hicimos nos demostró que todo esto sucederá con mucha naturalidad. Cuando el Manú considere conveniente casarse, algunos discípulos escogidos estarán dispuestos a abandonar sus cuerpos viejos tan pronto como Él pueda proporcionarles otros nuevos. Él tendrá doce hijos y es digno de notarse que se arreglará de manera que cada uno nazca bajo una influencia especial ó, como dirían los astrólogos, bajo un signo del Zodíaco. Todos estos hijos crecerán debidamente y casarán con hijos escogidos de otros miembros de la comunidad.

Todas las precauciones estarán tomadas para proporcionar elementos perfectamente sanos y apropiados, de suerte que no haya mortandad infantil, y lo que ahora llamaríamos familias numerosas parece que será allí regla general. Unos cincuenta años después de fundada la colonia vivirán ya ciento cuatro nietos del Manú. A los ochenta años, el número de los descendientes

resultó incomputable desde el punto de vista del clarividente; pero tomando a la ventura diez de entre los ciento cuatro nietos, encontramos que en dicho tiempo tendrán entre ellos noventa y cinco hijos, lo que nos produce en números redondos mil descendientes directos en esta generación no contando los primeros doce hijos ni los ciento cuatro nietos. Avanzando un cuarto de siglo más, esto es, a los ciento cinco años de la fundación de la Colonia, encontramos bien contados diez mil descendientes directos; y con esto se ve claro que en el transcurso de cuarenta y cinco años más no habrá dificultad alguna en que lleguen sobradamente a cien mil.

Gobierno.-Ahora será necesario describir el gobierno y condiciones generales de nuestra comunidad, para ver métodos de educación y de culto y sus relaciones con el mundo externo. Estas últimas parecen por completo amistosas. La comunidad pagará contribución territorial al gobierno del país, y en compensación quedará por completo autónoma, puesto que construirá sus vías de comunicación sin requerir servicios de ninguna clase del gobierno político.

Será generalmente muy respetada y sus individuos considerados como muy buenos y diligentes, aunque no precisamente ascetas en algunas cosas. En ocasiones les visitarán viajeros de otros países, como sucede con los turistas en este siglo veinte, para admirar sus templos y demás edificios, y aunque no se les pondrá obstáculo alguno, tampoco se les animará en lo más mínimo. Los comentarios de los visitantes parece que, por regla general, expresarán la siguiente opinión: "Todo es muy hermoso e interesante; pero no me gustaría vivir entre ellos."

Como los miembros estaban separados del mundo exterior hacia ya siglo y medio, las antiguas relaciones de familia se habían debilitado mucho. En unos cuantos casos esas relaciones se recordaban todavía y se cambiaban visitas ocasionalmente. Respecto de este punto no habrá restricción alguna; un individuo de la colonia podrá visitar a un amigo de fuera de ella o invitar libremente a visitarle y vivir con él. La única regla respecto a estas materias será la estricta prohibición de todo matrimonio con individuos extraños a la comunidad. Sin embargo, las visitas de que hemos hablado no serán muy frecuentes, porque todo el pensamiento de la comunidad estará tan concentrado en un punto, que a las gentes del mundo exterior no les interesará gran cosa aquella vida.

El Espíritu de la Nueva Raza.-Lo predominante en esta comunidad será el espíritu que la anime. Cada individuo de ella sabe que está allí para cierto objeto definitivo, que no pierde de vista ni un momento. Todos habrán hecho voto de dedicarse al servicio del Manú para el mayor progreso de la nueva raza. Todos ellos estarán resueltos a trabajar y tendrán la mayor confianza posible en la sabiduría del Manú, sin discutir ni por asomo las reglas que promulgue. Debemos recordar que estas gentes serán, por decirlo así, selección de selección. Durante los siglos intermedios, muchos miles habrán sido atraídos a la Teosofía, y de éstos serán escogidos los más anhelosos y los más penetrados de estas ideas. La mayor parte habrán encarnado recientemente repetidas veces, conservando su memoria en gran parte, y en

todas estas encarnaciones habrán aprendido que sus vidas en la nueva raza tendrán que ser por completo de sacrificio en provecho de ella. A este fin se habrán ejercitado en la renuncia de los deseos personales; y por consiguiente, existirá en ellos una fuerte opinión pública en favor del desinterés, de tal suerte que cuanto implique la menor manifestación de personalidad, será considerado vergonzoso y degradante.

Tendrán fuertemente arraigada la idea, de que en esta selección se les ha ofrecido una gloriosa oportunidad, y que el hacerse indignos de ella y, por consiguiente, tener que dejar la comunidad por el mundo externo, sería una mancha indeleble en su honor. Por otra parte, el Manú elogiará a los que progresen y sugieran algo nuevo y útil que ayude al desarrollo de la comunidad y no a los que obren en lo más mínimo en sentido personal. Esta gran fuerza de opinión pública hará prácticamente inútil la necesidad de leyes, en la ordinaria acepción de la palabra. La comunidad toda podrá compararse con cierta propiedad a un ejército que entra en batalla, cuyos soldados borran de momento toda diferencia particular que los separe, con la única idea de vencer al enemigo. Si alguna clase de diferencia de opinión surgiese entre dos individuos de la comunidad, será inmediatamente sometida al Manú o al miembro más cercano de Su Consejo, y nadie pensará en discutir la decisión que recayere.

El Manú y Su Consejo.-Se ve, por tanto, que en la comunidad apenas existe gobierno en el sentido ordinario de la palabra. El gobierno del Manú será absoluto y reunirá en torno suyo un Consejo de unos doce discípulos de los más superiormente desarrollados, algunos de ellos ya adeptos del nivel asekha, quienes serán también jefes de los distintos departamentos en la administración de los asuntos, y harán constantemente nuevos experimentos con propósito de aumentar el bienestar y la eficacia de la raza. Los miembros del Consejo estarán suficientemente desarrollados para obrar en completa libertad en los planos inferiores, por lo menos hasta el plano causal; y por consiguiente, podemos figurárnoslos como en perpetua sesión, consultándose constantemente, aun en el acto mismo de administrar.

No hay tribunales ni fuerza de policía, que por otra parte no parece necesaria, pues, naturalmente, no habrá crímenes ni violencias en una comunidad tan por completo dedicada a un solo fin. Se ve claramente que si cualquier miembro ofendiera al espíritu de la corporación, el único castigo que podría imponérsele sería la expulsión; pero como esto fuera para él el fin de sus esperanzas y el fracaso completo de aspiraciones acariciadas durante muchas vidas, no es de suponer que nadie se exponga en lo más mínimo a semejante riesgo.

Respecto al temperamento general de los individuos, será común a todos cierto grado de percepción psíquica que, en muchos casos, estará ya sumamente desarrollada, de manera que todos podrán ver algo del funcionamiento de las fuerzas con las cuales tienen que tratar; y el progreso enormemente mayor del Manú, del Sumo Sacerdote y de su Consejo será para ellos un hecho claramente definido e indubitable, de manera que todos tendrán ante sus ojos las mayores razones posibles para aceptar sus decisiones- En la

vida física ordinaria, aun en los casos en que los hombres tienen perfecta confianza en la sabiduría y buena voluntad de un gobernante, queda la duda de que éste pueda estar mal informado en ciertos puntos, y que por esta razón sus decisiones no concuerden siempre con la abstracta justicia.

Sin embargo, allí no será posible ni sombra de duda, puesto que por diaria experiencia reconocerán su omnisciencia en lo que a la comunidad concierne, y que, por lo tanto, es imposible que ninguna circunstancia pueda escapar a su observación. Aun cuando en algún asunto sea su parecer diferente de lo que se esperaba, comprenderán que no es así por ignorar cualquier circunstancia respecto del mismo, sino más bien por tomarse en cuenta circunstancias desconocidas de las gentes.

Vemos, pues, que no existirán en la comunidad los dos tipos sociales que perpetuamente trastornan la vida ordinaria, es decir, los que intencionadamente violan las leyes con objeto de lucro, y los que perturban porque se imaginan haber sido agraviados o mal comprendidos. La primera clase no existirá allí, porque sólo se admitirán en la comunidad a quienes dejen la personalidad tras sí y se dediquen por entero al bien de aquélla; la segunda clase tampoco podrá existir, porque para todos será evidente la imposibilidad de la mala comprensión o la injusticia. En condiciones semejantes resulta fácil el problema de gobierno.

CAPÍTULO XXIV

Religión y Templos

La carencia de reglamentos da a todo el lugar un notable aire de libertad, aunque al mismo tiempo la atmósfera del pensamiento único nos impresiona poderosamente. Los hombres serán de tipos muy diferentes y marcharán por senderos de desarrollo, inteligencia, devoción o acción, aunque todos estarán unánimes en reconocer que el Manú sabe absolutamente bien lo que hace y que los diferentes caminos son otras tantas maneras de servirle y que cualquier progreso que uno consiga no lo obtiene para sí mismo, sino para la raza, para ser transferido a su descendencia. Ya no existirán diferentes religiones en el sentido que damos a la palabra, si bien la enseñanza única se dará en formas típicas distintas. Sin embargo, la cuestión del culto religioso es de tal importancia, que lo consideraremos especialmente, relacionándolo con los nuevos métodos de educación y los particulares de la vida individual y social de la comunidad.

La Teosofía en la Comunidad-- Puesto que los dos Maestros fundadores de la Sociedad Teosófica han de ser también los Jefes de esta Comunidad, es muy natural que la creencia religiosa corriente en ella sea lo que ahora llamamos Teosofía. Cuanto hoy poseemos, cuanto se sabe en los círculos íntimos de nuestra Sección Esotérica será creencia general de la Comunidad, y muchos puntos respecto de los cuales nuestro conocimiento es aún rudimentario, parece que estarán allí perfectamente comprendidos y asimilados en sus menores detalles. El bosquejo de nuestra Teosofía no será ya materia de discusión, sino de certidumbre; y no debe olvidarse que los hechos de la vida después de la muerte y de la existencia y naturaleza de los planos superiores serán asuntos de conocimiento experimental para casi todos los miembros de la colonia. Allí, lo mismo que pasa en nuestros tiempos, las gentes se dedicarán a diversos estudios. Unos se aficionarán principalmente a la filosofía y metafísica elevadas, al paso que la mayoría preferirá expresar sus sentimientos religiosos bajo los aspectos que se les proporcionen al efecto en diversos templos. Una gran dosis de sentido práctico parece que informará el pensamiento general, y no nos equivocáramos mucho al decir que la religión de esta Comunidad será hacer lo que se les enseñe. No habrá divorcio entre la ciencia y la religión, porque ambas igualmente estarán dedicadas a un mismo objeto y concurrirán al bien del Estado. Los hombres ya no rendirán culto a diversas manifestaciones, porque todos tendrán conocimiento exacto de la existencia del Logos solar. Muchos tendrán aún la costumbre de saludar al Sol a su salida; pero todos sabrán perfectamente que debe ser considerado como un centro del cuerpo del Logos.

Los Devas.- Un rasgo muy saliente de la vida religiosa será el grado en que los Devas tomen parte en ella. Muchas religiones del siglo xx han hablado de una pretérita Edad de Oro, en que los ángeles o deidades convivían

libremente entre los hombres; pero aquel feliz estado de cosas cesó a causa de lo grosero de la siguiente etapa de evolución. Según parece, esto volverá a ser un hecho corriente por lo que respecta a nuestra Comunidad, porque habitualmente residirán Devas superiores entre la gente, aportándoles muchas y nuevas posibilidades de desarrollo y atrayendo cada uno de ellos los afines a su propia naturaleza. Esto no debe sorprendernos, pues hasta en el siglo xx concederán los Devas mucha ayuda a los capaces de recibirla. Semejantes oportunidades de aprender y tales sendas de más rápido progreso no estaban entonces abiertas a la mayoría; pero no por falta de voluntad de los Devas, sino a causa de lo poco avanzado de la evolución humana. Hoy día nos encontramos como párvulos de la escuela del mundo. Los profesores insignes de las universidades vienen a veces a nuestra escuela para instruir a los discípulos más adelantados, y nosotros solemos verlos pasar a distancia; pero su ministerio no nos aprovecha porque no estamos aún en edad o estado de desarrollo en que pueda sernos útil. Las clases existen, y los maestros también están aquí a nuestra disposición, para tan pronto como hayamos alcanzado la edad requerida. Nuestra Comunidad estará ya lo suficientemente adelantada y, por lo tanto, recogerá el beneficio de su constante trato con estos seres superiores así como de sus frecuentes enseñanzas.

El culto en los templos.- Los Devas no harán apariciones esporádicas, sino que actuarán definidamente como parte de una organización regular bajo la dirección del Sumo Sacerdote, quien presidirá el desarrollo religioso de la Comunidad y el departamento educativo. Para la expresión externa de esta religión habrá varias clases de cultos, cuyo ministerio es la función especial de los Devas. Observamos cuatro tipos de estos templos, y aun cuando el esquema y objeto de dichos cultos serán los mismos en todos, habrá en la forma y el método notables diferencias que trataremos de describir. La base principal del culto religioso será que cada individuo, según el tipo a que pertenezca, tendrá su sendero por el cual llegue más fácilmente a lo divino. Para unos este sendero es el del afecto, para otros el de la devoción, para otros el de la simpatía y para otros el de la inteligencia. Cada una de estas sendas tendrá su templo, y en todos ellos se procurará relacionar activa y conscientemente la cualidad predominante en el individuo con la cualidad correspondiente en el Lobos, de que aquélla es manifestación, pues de esta manera puede el hombre recibir más fácilmente educación y auxilio y alzarse por cierto tiempo a un nivel de espiritualidad y poder muy superior al más elevado que le sea posible alcanzar en estado normal; y cada esfuerzo de elevación espiritual de esta clase hará más fácil el esfuerzo similar siguiente, al mismo tiempo que cada vez se eleve algo el nivel normal. Todo oficio que se celebre tendrá por objeto causar un efecto definido y calculado sobre los asistentes, y los oficios solemnes o de una serie de años estarán cuidadosamente ordenados con la idea de favorecer el desarrollo medio de la congregación y elevarlo hasta cierto punto. En esta obra será especialmente valiosa la cooperación del Deva, porque actúa como verdadero sacerdote e intermediario entre el pueblo y el Logos, recibiendo, reuniendo y encauzando las corrientes de aspiración, y atrayendo a su nivel, distribuyendo y aplicando el flujo de influencia divina que como respuesta viene de lo alto.

El Templo Carrniesí.- El primer templo examinado fue uno de los que el Deva mostró originalmente en sus cuadros. Uno de los en que el progreso se efectuará principalmente por medio del afecto, y cuyos oficios tendrán como capital característica la espléndida inundación de color que los acompaña y es realmente su principal expresión. Imagínese un magnifico edificio circular algo parecido a una catedral, pero de un orden de arquitectura desconocido al presente, y mucho más abierta al aire libre que cualquier catedral en los ordinarios climas europeos. Imagínesele lleno de una congregación reverente, y al Deva Sacerdote de pie en el centro ante ellos, en la cúspide de una especie de eminencia piramidal o cónica de afiligranada labra e igualmente visible desde todas las partes del gran edificio.

Con viene advertir que, al entrar, cada devoto se sienta tranquila y reverentemente en el suelo, luego cierra los ojos y pasa ante su visión mental una sucesión de sábanas o nubes de color, muy semejantes a las que algunas veces pasan ante nuestros ojos en la obscuridad, momentos antes de dormir. Cada cual tiene un orden peculiar de estos colores, y evidentemente son hasta cierto punto su expresión personal. Esto parece ser, como si dijéramos, un equivalente a la oración preliminar al entrar en una iglesia del siglo xx, y tiene por objeto calmar a la persona, concentrar sus pensamientos, si vagaban, y ponerla a tono con la atmósfera circundante y el objeto a que ésta sirve. Al principiar los oficios, el Deva se materializa en la cúspide de la pirámide, asumiendo para el caso una magnifica y gloriosa forma humana, y llevando en esta clase de templo flotantes vestiduras de hermoso carmín (1).

Su primera acción es emanar de la cabeza una llamarada de brillantes colores algún tanto parecidos al espectro solar, con la diferencia de que en diversas ocasiones están en distinto orden y proporción. Es materialmente imposible describir con exactitud esta faja de colores, pues más que espectro, es y no es pintura, pues aunque encierra formas geométricas, no conozco medio alguno de dibujarla o representarla, por estar en más dimensiones que las percibidas por nuestros sentidos actuales. Esta faja parece ser la nota fundamental o texto de aquel determinado oficio, indicando a los que lo comprenden el objeto exacto que se propone alcanzar, y la dirección en que su afecto y aspiración deben ser encauzados. Es, en suma, un pensamiento expresado en el lenguaje policromo de los Devas, inteligible para toda la congregación. Es completamente visible en los planos físico, astral y mental, pues aun cuando la mayoría de la congregación es -muy posible que por lo menos posea la vista astral, puede haber, sin embargo, alguno en quien esta vista sea eventual.

Cada circunstante trata entonces de imitar este texto o nota fundamental, formando en el espacio frente a él, con el poder de su voluntad, una faja de colores tan semejante como sea posible. Unos lo consiguen mucho mejor que otros, de suerte que cada una de estas imitaciones expresará, no sólo el asunto indicado por el Deva, sino también el carácter del devoto. Algunos podrán imitarlo de un modo tan definido, que sea visible en el plano físico, al paso que otros sólo podrán reproducirlo en los planos astral y mental. Obsérvese que algunos de los que más fiel y brillantemente imitan la forma trazada por el Deva, no la transportan al plano físico.

El Deva, extendiendo sus brazos sobre los asistentes, derrama sobre ellos, por medio de esta forma de colores, una maravillosa corriente de influencia que llega a cada uno por medio de su correspondiente imitación y los realza en el preciso grado en que su forma-color se asemeja a la del Deva. La influencia no proviene solamente del Deva-Sacerdote, pues encima y por completo fuera de él, aparte del templo o del mundo material, hay un círculo de Devas superiores a cuyas fuerzas sirve aquél de canal. El efecto astral de la emanación es muy notable. Un océano de luz carmesí pálido se difunde en la vasta aura del Deva y se derrama en grandes oleadas sobre la congregación, actuando sobre ella y poniendo en mayor actividad sus emociones. Cada circunstancia lanza su peculiar forma-color en el rosado mar; pero por hermosa que sea, resulta inferior a la del Deva, es decir, individualmente más grosera y menos brillante que el conjunto de brillantez en que resplandece; y de este modo tenemos un muy curioso y hermosísimo efecto de llamas de carmesí intenso que atraviesan un mar de color de rosa, como llamas volcánicas que se elevan en los aires frente a una soberbia puesta de sol.

Para comprender hasta cierto punto cómo se produce esta actividad de vibración simpática, debemos tener en cuenta que el aura del Deva es muchísimo más extensa y flexible que la del ser humano. El sentimiento que en un hombre ordinario se expresaría con una sonrisa de saludo, causarla en un Deva una repentina expansión y brillantez en el aura, y se manifestarla no sólo en color, sino también en sonido musical. Un saludo de un Deva a otro sería una espléndida cuerda sonora o más bien un arpegio; una conversación entre dos Devas sería como una fuga; una oración pronunciada por uno de ellos, como un espléndido oratorio. Un Rupadeva de desarrollo ordinario tiene con frecuencia un aura de centenares de metros de diámetro, que aumenta en el acto enormemente cuando algo le interesa o excita su entusiasmo. Por tanto, un sacerdote-deva abarca toda su congregación dentro de su aura y puede obrar sobre ella de un modo muy íntimo, lo mismo interior que exteriormente. Nuestros lectores podrán quizá formarse una idea de esta aura, si recuerdan la del arhat en el Hombre Visible é Invisible; pero figurándosela menos fija y más fluida, más encendida y chispeante, consistente casi por completo en palpitantes rayos ígneos que producen el mismo efecto general de ordenación de colores. Es como si las esferas de color permaneciesen formadas de rayos ardientes, siempre fluyendo hacia fuera, y que al pasar por cada sección del radio asumiesen su color.

Los Lazos con el Logos.- La primera oleada de influencia sobre el pueblo eleva a cada individuo a su más alto nivel, despertándole los afectos más nobles de que es capaz. Cuando el Deva ve que todos están a tono en la nota debida, invierte la corriente de su fuerza concentrada y define su aura en una forma esférica más reducida, en cuya parte superior se eleva una enorme columna. En lugar de extender los brazos sobre el concurso, los levanta sobre su cabeza, y a esta señal cada persona de aquella vasta congregación envía hacia el Sacerdote-Deva su más elevada expresión de afecto y anhelo y se difunde toda entera en adoración y amor a los pies de la deidad. El Deva recoge en sí aquellas ardorosas corrientes y las lanza hacia lo alto como una gran fuente de llamas multicolores que se extiende a medida que se eleva y la

recoge el círculo de Devas en expectación, quienes la pasan por ellos mismos y la convergen como rayos refractados por una lente hasta que llega al Jefe principal de su rayo, la poderosa entidad que mira al mismo Logos y representa el rayo en relación con Él.

Este Jefe recoge parecidas corrientes de todas partes de su mundo y las trenza en una gran cuerda que ata la tierra a los pies de su Dios. Combina estas corrientes, convirtiéndolas en un gran río que transcurre en torno de los divinos Pies, y lleva nuestro pétalo de loto muy cerca del corazón de la flor. Y Él responde. En la luz del mismo Logos brilla por un momento un resplandor aún mayor; un relámpago de reconocimiento fluye en respuesta al jefe de los Devas, por cuyo medio pasa aquel río de poder al círculo expectante de más abajo; y al pasar desde éste al Sacerdote-Deva, expectante en su cúspide, vuelve a bajar los brazos y a extenderlos en actitud de bendición sobre su pueblo. Un diluvio de colores brillantes sobre toda ponderación llena el vasto recinto; torrentes de líquido fuego, pero delicados como los matices de una puesta de sol egipcia, bañan a todos en sus fulgores; y de toda aquella gloria cada uno toma para sí cuanto le es posible, lo que su estado de evolución le permite asimilarse.

Los vehículos de cada circunstante quedan vivificados e intensificados por este ímpetu descendente del poder divino; y durante un momento, cada uno se da cuenta, en lo que es capaz, de lo que realmente significa la vida de Dios y cómo cada uno debe expresar el amor a sus semejantes. Esta bendición es mucho más completa y personal que la dada al principio de los oficios, pues ahora se adapta exactamente a cada individuo, fortaleciéndole en sus debilidades y desarrollando al mismo tiempo, en la mayor posibilidad, lo mejor que en él existe, proporcionándole, no sólo una formidable y trascendental experiencia, sino también un recuerdo que será para él como radiante y ardiente luz durante mucho tiempo. Esto parece que ha de ser el culto diario, la cotidiana práctica religiosa de los que pertenezcan al rayo del afecto.

Tampoco se limita la influencia de este culto a los presentes, sino que sus radiaciones se extienden a un gran distrito y, por decirlo así, purifican las atmósferas astral y mental. El efecto es claramente perceptible para cualquier persona de mediana sensibilidad, aun a la distancia de dos o tres millas del templo. Cada oficio envía también una enorme erupción de rosadas formas de pensamiento, que inunda el país circundante con pensamientos de amor, de suerte que toda la atmósfera queda llena de ellos. En el mismo templo se forma un vasto y duradero vórtice carmesí, cuya influencia siente cualquiera que entre en el templo, e irradia constantemente sobre toda la comarca. Además, cada individuo, al regresar a su casa después de los oficios, es un centro de fuerza de no insignificante orden, y las radiaciones que emana son vivamente perceptibles por cualquier vecino que no haya podido asistir a los oficios.

El Sermón.- Algunas veces, además de lo expuesto, o quizá como un oficio aparte, el Deva pronuncia una especie de sermón cromático, tomando la forma-color que hemos descrito como nota fundamental o texto del día y explicándola al concurso por un proceso de desenvolvimiento, la mayor parte sin palabras, y quizá haciéndolo pasar por una serie de mutaciones, al objeto

de allegarles instrucción variada. Un sermón de colores de esta naturaleza, sumamente vívido y sorprendente, tuvo por objeto demostrar el efecto del amor sobre las diversas cualidades de quienes lo reciben. Las oscuras nubes de la malignidad, el escarlata de la cólera, el verde sucio del engaño, el duro gris castaño del egoísmo, el verde castaño de los celos y el pesado gris oscuro del abatimiento fueron sometidos sucesivamente a la acción del ardiente fuego carmesí del amor. Mostróse los estados por que pasaban, evidenciando que al fin ninguno de ellos podía resistir su fuerza, y finalmente, que todos se fundían en él y quedaban consumidos.

El Incienso.- Aun cuando el color es por todos conceptos el rasgo principal del culto que hemos descrito, el Deva no desdeña aprovecharse de los otros sentidos además del de la vista. Durante los oficios, y aun antes de principiar, se había quemado incienso debajo de su elevada pirámide, en incensarios oscilantes, de que cuidaban dos muchachos. La clase de incienso varia según las diferentes partes de los oficios. Las gentes serán mucho más sensible a los perfumes que nosotros y distinguirán con exactitud las diferentes clases de incienso, lo que cada clase significa y con qué objeto se usa. El número de olores agradables empleados de este modo será mucho mayor que ahora, y además se habrá descubierto algún método para hacerlos más volátiles, de manera que instantáneamente se difundan por el ambiente. El perfume influye en el cuerpo etéreo poco más o menos como los colores en el astral, y contribuye a armonizar rápidamente los vehículos del hombre. Aquellas gentes poseerán muchos nuevos datos respecto del efecto de los Devas sobre ciertas partes del cerebro, como veremos más adelante al tratar de los procedimientos educativos.

El Sonido.- Cada cambio de color irá acompañado de un sonido apropiado, y aun cuando esto es una característica de segundo orden en el templo del color descrito, no dejará de tener sus marcados efectos. Sin embargo, ahora trataremos de describir unos oficios algún tanto semejantes en un templo donde la música es el rasgo dominante y el color sólo se emplea para ayudar a sus efectos, precisamente como el sonido ayuda al color en el templo del afecto. Vulgarmente, los templos en que el progreso se efectúa por el desarrollo del afecto se llamarán “templos carmesí”; primero, porque todos saben que el carmesí es el color del aura que indica el afecto, y que, por lo tanto, es el color prevaleciente en las espléndidas emanaciones que en ellos ocurren; y segundo, porque, en reconocimiento de ese mismo hecho, las primorosas líneas de la arquitectura estarán señaladas por líneas carmesíes y aun habrá templos completamente de este color. La mayor parte de los templos estarán construidos con piedras de un hermoso gris pálido, de superficie pulimentada y parecida al mármol, y el color del decorado exterior denotará la índole de los oficios religiosos que en el interior se celebren. Sin embargo, algunas veces los templos del afecto estarán construidos con piedras pulimentadas de un hermoso color de rosa pálido, que se elevarán con maravillosa belleza frente al verde vívido de los árboles que siempre los circundarán. Los templos en que predomine la música se llamarán también “templos azules”, porque siendo su principal objeto despertar la devoción más elevada posible les corresponde el azul como color más adecuado a sus oficios, y por consiguiente, se adoptará en el decorado exterior e interior.

El Templo Azul.- El bosquejo general de los oficios en un templo azul se parece mucho al que ya hemos descrito, con la diferencia de que el sonido es el principal agente en vez del color. Del mismo modo que el templo de color estimula el amor en el hombre, poniéndole en relación consciente con el amor divino, así este templo trata de promover la evolución del hombre por la devoción, que la música realza e intensifica enormemente y pone en relación directa con el Logos. Y así como en el templo carmesí hay lo que pudiéramos llamar un vórtice permanente de supremo y nobilísimo afecto, del mismo modo en los templos de la música habrá parecida atmósfera de devoción desinteresada, que instantáneamente afecte a quien entre en ellos.

Los miembros de la congregación se pondrán en contacto con la atmósfera del templo, trayendo consigo un curioso instrumento musical, sin semejanza con ninguno de los conocidos antes en la tierra. No es violín, sino más bien una pequeña arpa circular con resplandecientes cuerdas de metal. Pero este curioso instrumento tiene notables propiedades y es algo más que un mero instrumento, pues estará especialmente magnetizado por su propietario, y sólo él deberá usarlo. Estará a tono con su dueño; será una expresión suya; un conducto por cuyo medio se puede llegar a él desde lo alto en el plano físico. Al pulsar el instrumento se pulsará a sí mismo, y al paso que produzca en él vibraciones, las recibirá por su conducto.

Los Oficios de Devoción.- Cuando el devoto entra en el templo, vibra en su mente una sucesión de armoniosos sonidos, como una pieza de música cuyo objeto es el mismo que la serie de colores que pasa ante el hombre del templo del color en el mismo punto de los oficios. Al materializarse el deva toma un instrumento de la misma naturaleza, y principia los oficios tocando un acorde o más bien un arpeggio, equivalente a la nota fundamental de color empleada en el otro templo. El efecto de este acorde será muy sorprendente. El instrumento del deva es pequeño y al parecer de poca potencia, aunque de tonos maravillosamente dulces; pero cuando lo pulsa, parece como si, condensado el acorde en el ambiente, lo repitieran mil músicos invisibles, y resonando a través de la gran cúpula del templo derramara en la congregación un diluvio de armonía, un mar de sonidos. Cada circunstante pulsará entonces su instrumento, muy suavemente al principio, y aumentando gradualmente el sonido hasta que todos se concierten en esta maravillosa sinfonía. Así, como sucede en el templo del color, cada individuo se pone en armonía con la idea principal que el Deva desea representar en los oficios; y lo mismo que en el otro templo, el pueblo recibirá la bendición que eleve a cada cual al mayor nivel posible, haciendo brotar de él una ansiosa respuesta expresada a la par en sonido y en color.

Aquí se usa igualmente el incienso, que varía también según la parte de los oficios. Cuando la congregación está bien a tono, cada individuo comienza a tocar definitivamente. Se ve claro que todos desempeñan una parte determinada, aunque no parece que haya habido previo ensayo. Una vez esté el oficio en su apogeo, el Sacerdote-Deva recogerá su aura y principiará a derramar el sonido internamente en lugar de sobre el concurso. Cada cual pone toda su vida en lo que toca, dirigiéndose definitivamente al Deva, de

manera que pueda elevarse por su medio. Es notabilísimo el efecto de las emociones superiores del pueblo, cuya vívida devoción y anhelo se elevan, por medio del Deva oficiante, en poderosa corriente dirigida a un gran círculo superior de Devas que la atraerán a sí para transmitirla a mayor nivel, elevándola en corriente aún más potente hasta el Deva Jefe de su rayo, sobre el que convergen miles de corrientes devocionales de toda la tierra, y él a su vez las reúne, las teje en una sola, y al enviarla a lo alto, se enlaza con el mismo Logos.

Con ello toma parte en el concierto de los mundos del sistema, y estas corrientes dimanantes de todos los mundos forman algo así como la potente lira de doce cuerdas que el Logos pulsa sentado en el Loto de Su sistema. Es imposible expresar esto en palabras, pero el autor lo ha visto y sabe que es verdad. El Logos escucha, responde y pulsa en Su sistema. Así, por primera vez, tenemos una breve vislumbre de la estupenda vida del Logos entre los otros Logos, Sus iguales; pero el pensamiento desfallece ante esta gloria y nuestras mentes son incapaces de comprenderla. Por lo menos es evidente que el conjunto de los grandes Devas músicos representan la música para el Logos, y El se comunica por su conducto musicalmente con sus mundos.

La Bendición.- Llega luego la respuesta en un diluvio de armoniosos sonidos demasiado formidable para descrito, que del Jefe del rayo desciende al círculo de Devas y de éstos al Sacerdote-Deva del templo, modificado en cada etapa para adaptarlo a más inferiores niveles, hasta que al fin lo derrama el oficiante en forma que pueda asimilárselo la congregación. Es un gran océano de suaves y dulces sonidos en crescendo, una explosión de música celeste que los rodea, envuelve y arroba; y sin embargo, derrama en ellos por conducto de sus propios instrumentos vibraciones tan vividas y elevadoras, que sus cuerpos superiores entran en acción y sus conciencias se elevan a niveles a que jamás pueden aproximarse en su vida externa. Cada circunstancia sostiene su instrumento frente a sí, y por su medio se produce en él tan maravilloso efecto. Parece como si cada instrumento entresacase de aquella gran sinfonía las vibraciones propias del dueño cuya expresión es. Cada arpa, no sólo selecciona y responde, sino que también provoca sonidos mucho más intensos que los suyos. El ambiente está saturado por los gandharvas o devas-músicos, de suerte que todo sonido se multiplica y cada simple tono produce un gran acorde de tonos y semitonos de ultraterrestre belleza y dulzura. Esta benedicta respuesta de lo alto es una sensación tan asombrosa, que no hay palabras para expresarla. Hay que verla, oírla y sentirla para de algún modo comprenderla.

Este magnífico crescendo final acompañará, por decirlo así, a los congregantes hasta su casa, persistirá en ellos aun después de concluidos los oficios, y a menudo el individuo tratará de reproducirlo en menor grado en una especie de doméstico oficio privado. También en este templo hay lo que pudiera considerarse como sermón, que pronuncia el Deva por medio de su instrumento y los asistentes lo reciben por medio del suyo. Claro está que no es lo mismo para todos, pues unos comprenden más y otros menos el significado y propósito del Deva.

El Intelecto.- Todos los efectos obtenidos en el templo carmesí por el amor, mediante los hermosos mares de color, se obtendrán aquí por medio de la devoción con el maravilloso empleo de la música. Es claro que en ambos casos la acción preliminar recae en los cuerpos intuicional y emocional. Recae directamente en el cuerpo intuicional de quienes lo han desarrollado hasta el punto responsivo, e indirectamente, por medio del astral, en los algo menos desarrollados. El entendimiento está influido solamente por reflejo de estos planos, al paso que en la siguiente variedad de templo que vamos a describir, esta acción queda invertida, porque el estímulo obra directamente sobre el entendimiento, por cuyo medio y conducto ha de despertarse pronto el principio intuicional. Los resultados eventuales son indudablemente los mismos, pero el orden del procedimiento es diferente.

El Templo Amarillo.- Si los individuos del templo carmesí evolucionan por medio del color y los del azul por medio del sonido, podremos considerar la forma como el vehículo principalmente empleado en el templo amarillo, pues de este color es el templo especialmente dedicado al desarrollo intelectual, ya que lo simboliza en los diversos vehículos del hombre.

También son iguales la arquitectura y la disposición interna del templo, excepto que el decorado y relieves son amarillos en vez de carmesíes o azules. El esquema general de los oficios es también idéntico. Primero, el texto o nota fundamental que los pone a tono; luego, el anhelo, oración o esfuerzo del concurso que atrae la respuesta del Logos. La forma de enseñanza que, a falta de otra más propia, he llamado sermón, parece que también tiene su parte en estos oficios, así como todos usan incienso, aunque es notable la diferencia entre el usado en el templo amarillo y el empleado en el azul y el carmesí. En el caso presente, el vórtice estimula la actividad intelectual, de suerte que con sólo penetrar en el templo, el nombre siente su mentalidad más penetrante y vivida y puede juzgar y comprender mejor.

Los devotos de este templo no traerán consigo instrumentos músicos, y en lugar de pasar ante sus ojos una sucesión de nubes de color, vislumbrarán en cuanto tomen asiento ciertas formas mentales. Cada individuo tendrá su forma peculiar como expresión propia, análoga al instrumento en el templo de la devoción y a la faja policroma en el del amor. Estas formas serán todas diferentes, y muchas de ellas denotarán, a lo que se ve, el poder de divisar en la mente algunas sencillísimas figuras de cuatro dimensiones. Por supuesto que la potencia visual no será la misma en todos, pues unos podrán imaginarse las figuras mucho más completas y definidas que otros; pero resulta curioso que lo indefinido parece mostrarse en los dos extremos de la escala. Los pensadores menos educados que aún estén aprendiendo a pensar, trazarán formas mal señaladas, o bien si al principio pueden trazarlas claras, no podrán sostenerlas y continuamente caerán en lo indefinido. No las llegarán a materializar, aunque sí las plasmarán vigorosamente en la materia mental, según parece que son capaces de hacerlo casi todos, aun los menos adelantados. Es evidente que al principio se les sugieren las formas y se les dice que las sostengan más bien como medio que como objeto de contemplación. Por lo que puede verse, cada forma ha de ser la expresión de su creador, cuyo mayor progreso la modifica sin cambiarla esencialmente.

El individuo debe pensar y recibir impresiones por medio de la forma, del mismo modo que los otros las reciben por los instrumentos y colores. En las personas más inteligentes la forma resultará más definida y complicada; pero algunas de las mejor definidas tomarán otra vez una apariencia algo indefinida a causa de su aproximación a un plano superior donde adquieran más dimensiones y por lo muy vividas no sea posible fijarlas.

El Estimulo Intelectual.- Al aparecer el Deva, plasma también una forma, no expresión de si mismo, sino como en los demás templos, la nota fundamental de los oficios, que define el objeto especial que se propone. Entonces la congregación se proyectará en sus formas, y tratará de responder por medio de ellas a la forma del Deva y comprenderla. Algunas veces esta forma será cambiante, esto es, que se desenvolverá o se manifestará en determinado número de movimientos sucesivos. Al plasmarla, el Sacerdote-Deva derramará por su conducto sobre los asistentes un gran flujo de luz amarilla, al efecto de estimular intensamente sus facultades intelectuales en la senda especial que está indicando. Actuará con mucha fuerza sobre sus cuerpos causales y mentales, y relativamente muy poco en el emocional e intuicional. A los que normalmente no tengan conciencia del cuerpo mental, se les despertará con este procedimiento, de suerte que por primera vez podrán usarlo con toda libertad y ver claramente por él. A quienes no tengan normalmente la vista de cuatro dimensiones se la despertaría en aquellos momentos, y a otros menos adelantados les liará ver las cosas con alguna más claridad y comprender temporáneamente ideas por lo común demasiado metafísicas para ellos.

El Sentimiento Intelectual.- El esfuerzo mental no está del todo desprovisto de sentimiento, pues al menos hay un goce intenso en elevarse, aun cuando se siente casi exclusivamente por medio del cuerpo mental. Todos dirigirán al Sacerdote-Deva el pensamiento por medio de sus formas y harán esta ofrenda individual como una especie de sacrificio al Logos de lo mejor que tienen por dar. En el Deva y por medio del Deva se darán en ofrenda a la Luz que arde en-lo alto; se sumergirán y sumirán en él. Es el rojo-blanco de la intelectualidad elevado a su máximo poder. Lo mismo que en los demás templos, el Sacerdote-Deva sintetiza las diferentes formas que se le dirigen y entrefunde las corrientes de fuerza antes de lanzarlas al círculo superior, constituido en esta ocasión por los que llamaremos Devas amarillos, que desarrollan la inteligencia y se dedican a ayudarla y guiarla en el hombre.

Como antes, absorben la fuerza para lanzarla de nuevo enormemente intensificada a un nivel superior, al Jefe de su rayo y especie de centro para el cambio de fuerzas. El aspecto intelectual del Logos actúa desde lo alto sobre él y por medio de él, al paso que todas las inteligencias humanas llegan a él desde abajo. El recibe y eleva, el tributo del templo, y en cambio, abre las compuertas al flujo de la Inteligencia divina, que,, atenuada tal muchos grados en el camino, se derrama sobre la expectante congregación y la realza sobre la diaria normalidad a la altura a que llegarán en el porvenir. El temporáneo efecto de semejante oleada descendente es casi incalculable. Todos los egos presentes entran en rigurosa actividad, y la conciencia del cuerpo causal se pone en acción en cuantos en algún modo son capaces de ello. En otros

significará meramente un gran aumento de actividad mental; algunos quedarán tan elevados sobre lo normal que llegarán a salirse del cuerpo, al paso que otros entrarán en una especie de samadhi, porque la conciencia se transporta a un vehículo no bastante desarrollado todavía para expresarla.

La respuesta de arriba no es un mero estímulo. Contiene también una vasta masa de formas; al parecer toda clase de formas posibles en la senda especial elegida en su día. Estas formas se las asimilan los asistentes que pueden utilizarlas, siendo de notar que la misma forma significa más para unos que para otros. Por ejemplo, una forma que aporte a un hombre algún detalle interesante de la evolución física puede representar para otro la vasta evolución cósmica. Para muchos es como si estuviesen viendo en forma visible las estancias de Dzian. Todos tratarán de pensar en lo mismo, pero de muy distintos modos, y por consiguiente, atraerán a sí formas muy diferentes del vasto y ordenado sistema que está a su disposición. Cada cual entresacará de aquella multiplicidad lo que más le convenga. Observé que algunos parecían adquirir nuevos puntos de vista del asunto, substituyendo su propia forma de pensamiento con otro, no superior, sino de distinto aspecto de la cuestión.

Hay individuos que con este método se elevan indudablemente a la conciencia intuicional. Por un pensar intenso, por la comprensión de las corrientes convergentes, alcanzan primero un vislumbre intelectual de la constitución del universo; y luego, por medio de una intensa presión hacia arriba, se lo asimilan y compenetran. Generalmente viene como una ola, y casi sobrecoge al individuo, tanto más cuanto que en su senda ha tenido hasta entonces poca práctica en la comprensión de los sentimientos de la humanidad. Desde su punto de vista intelectual lía estado examinando y disecando filosóficamente a las gentes como plantas al microscopio; y en un momento se le hace patente que todos son tan divinos como él, llenos de los mismos sentimientos y emociones, aciertos y desaciertos; que son más que hermanos, puesto que están en él mismo y no fuera de él. Este es un gran choque para el hombre que, después de recibirlo, necesita tiempo para volver a equilibrarse y desarrollar, otras cualidades hasta entonces algún tanto abandonadas.

El servicio religioso del templo amarillo termina como los otros, y la forma mental de cada hombre mejora permanentemente por el ejercicio.

Magia Mental.- Aquí también tenemos la forma de enseñanza a que hemos llamado sermón, y en este caso es generalmente una exposición de los cambios sufridos por determinada forma o serie de formas. El Deva parece que a veces pronuncia palabras, aunque muy pocas. Es como si les mostrara los cuadros cambiantes de una linterna mágica nombrándoselos a medida que pasan ante ellos. Materializa clara y vigorosamente la forma de pensamiento especial que les está enseñando, y cada miembro de la congregación trata de copiarla en su materia mental. En una de las que se describen, se observó la transferencia de formas de plano en plano; una especie de magia mental que demuestra cómo un pensamiento puede cambiarse en otro. En el mental inferior mostró cómo un pensamiento egoísta puede convertirse en desinteresado. Ninguno, por supuesto, es crudamente egoísta, o no estaría en

la comunidad; pero pueden quedar sutiles formas de pensamiento concentradamente egoístas. Hay también cierto riesgo de orgullo intelectual, y se les enseña a transmutarlo en el culto de la sabiduría del Logos.

En otros casos se muestran muy interesantes metamorfosis, como formas que se cambian una en otra y se invierten como un guante. De esta manera, por ejemplo, un dodecaedro se transforma en icosaedro. No solamente se enseriarán estos cambios, sino que también se explicará su significado interno en los diferentes planos, siendo también muy interesante el desenvolvimiento de los sucesivos significados exotéricas y observar cómo algunos miembros de la congregación se detienen ante uno de ellos, sintiéndose satisfechos de sí mismos por comprenderlo, mientras que otros penetran uno o dos grados más allá, dentro del corazón del significado. Lo que la mayoría de congregantes ve tan sólo como una transmutación de sus propios pensamientos, puede ser para unos cuantos más adelantados una traslación de fuerza cósmica de un plano a otro. Semejante sermón es un verdadero ejercicio de intensidad y actividad mental, y se necesita muy fija y sostenida atención para seguirlo.

En todos estos templos es un punto muy importante la educación de la voluntad, tan necesaria para concentrar la atención sobre las diferentes variaciones de pinturas, música o formas de pensamiento. Todo esto se ve muy clara por el intenso resplandor de los cuerpos causales; pero reacciona sobre los vehículos mentales y aun sobre el cerebro físico que, por regla general, parece mayor en estos precusores de la Sexta raza raíz, que en los hombres de la quinta. Algunos han creído que el mucho estudio y desarrollo mental tendía en gran parte a atrofiar o destruir el poder de proyección de formas mentales; pero esto no parece ser el caso de los devotos del templo amarillo. Quizá la diferencia esté en que antaño el estudio era en gran parte de meras palabras, al paso que estas gentes han estado durante muchas vidas dedicándose a la meditación que necesariamente envuelve la práctica constante de la proyección mental en sumo grado.

El Templo Verde.- Queda aún por describir otro tipo de templo decorado de un encantador verde pálido, porque las formas de pensamiento en él producidas son precisamente de este color. De los templos ya descritos, el carmesí y el azul parecen tener muchos puntos comunes, y un lazo semejante une el amarillo y el verde. Pudiera decirse que el azul y el carmesí corresponden a dos tipos de lo que en la India se llama bhakti-yoga. En este sentido, el templo amarillo pudiera imaginarse como si representara el jñana-yoga, y el templo verde el karma-yoga, o bien en Occidente pudiéramos caracterizarlos respectivamente como los templos del amor, de la devoción, del intelecto y de la acción. La congregación del templo verde opera también principalmente, en el plano mental; pero su especialidad es traducir el pensamiento en acción: hacer las cosas. Parte de su culto ordinario es enviar corrientes de pensamiento, intencionalmente dispuestas, en primer término hacia la comunidad y luego, por medio de ella, al mundo en general. En los demás templos también se piensa en el mundo externo, por cuanto lo incluyen en sus pensamientos de amor y devoción o discurren sobre él intelectualmente; pero la idea de los fieles del templo verde es la acción respecto a todas las

cosas, y consideran que no abarcan con seguridad la idea mientras no la ponen en acción.

Por otra parte, los fieles del templo amarillo toman la misma idea de un modo muy diferente, y consideran muy posible comprenderla perfectamente sin necesidad de acción. Pero los devotos del templo verde no creen cumplir su misión en el mundo, a menos de estar constantemente en movimiento activo. La forma de pensamiento no es para ellos efectiva, si no contiene algo de su verde típico porque, dicen, les falta simpatía, y de aquí que todas sus fuerzas se expresen en acción y que su dicha esté en la acción, y por medio del propio sacrificio en la acción obtienen el logro.

Tienen en sus mentes concentrados y poderosos planes, y en algunos casos observé que muchos de ellos se combinaban para imaginar un plan y ejecutarlo. Tienen sumo cuidado en acumular muchos conocimientos sobre cualquier asunto que tomen como especialidad. A menudo cada uno se asigna un área en el mundo, en la cual lanza sus formas de pensamiento con determinado objeto. Por ejemplo: uno se encarga de educación en Groenlandia o de la reforma social en Kamtchatka. Se ocupan, naturalmente, de países apartados, porque en esta época ya se ha hecho todo lo concebible en los ordinariamente conocidos. Sin embargo, no emplean el hipnotismo ni tratan en modo alguno de dominar la voluntad de nadie a quien deseen ayudar, sino simplemente de inculcarles sus ideas y mejoras en el cerebro.

Los Devas Curadores.-También el esquema general de los oficios de esta clase es el mismo que el de los demás. No traen consigo ningún instrumento físico, sino que tienen formas mentales lo mismo que las gentes del intelecto, sólo que en este caso son siempre planes de actividad. Cada uno se dedica a un plan especial y por su medio se dedica al mismo tiempo al Logos. Ponen ante sí sus planes y su realización del mismo modo que los otros hombres sus pensamientos o formas de color. Es muy de notar que estos planes son siempre de muy elevado concepto. Por ejemplo; el plan de un individuo para la organización de un país atrasado, comprenderá como eje principal la idea de la elevación mental y moral de sus habitantes. Los devotos del templo verde no son filantrópicos en la antigua acepción de la palabra, por más que sus corazones rebosen de simpatía hacia el prójimo, expresada en el más bello matiz del color característico. A la verdad, considerando los vislumbres que del resto del mundo se han recogido, parece que la filantropía ordinaria es innecesaria, porque la pobreza ha desaparecido. Sus planes tienden todos al auxilio de las gentes o al mejoramiento de las condiciones sociales.

Las indicaciones de toda clase y género de actividad parecen tener aquí su sitio, y los devotos de este templo apelan a los devas activos o curadores, simbolizados por los místicos cristianos en el arcángel Rafael. Su sacerdote deva pone ante ellos, como texto o idea dominante de los oficios, un aspecto de sus ideas que da fuerza a todas ellas. Tratan de presentar claramente sus diversos esquemas, y por su medio adquieren desarrollo para sí mismos al tratar de simpatizar con otras gentes y ayudarlas. Después de la concertación preliminar y de la bendición, que constituye el comienzo de los oficios, viene de

nuevo la oferta de sus planes. La bendición puede considerarse como portadora de la simpatía de los devas para todos sus planes y la identificación del sacerdote deva con todos y cada, uno de ellos.

Cuando llega el momento de la aspiración, cada uno ofrece su plan como algo propio que ha de dar en tributo de su cerebro que presenta ante el Señor, así como también cree que de este modo pone su ser y su vida en sus planes como un sacrificio dedicado al Logos. Una vez más se obtiene el mismo magnifico efecto de la espléndida sábana y de las fuentes, el gran mar resplandeciente del luminoso verde pálido crepuscular, y en medio de él las llamaradas de verde más oscuro lanzadas por el pensamiento simpático de los circunstantes. Lo mismo que antes, todo lo reúne en un haz el sacerdote deva y lo envía a lo alto, al círculo de devas curadores, y por su medio al Jefe del Rayo, quien a su vez presenta este aspecto del mundo al Logos.

Al ofrecerse así ellos y sus pensamientos, retorna el gran flujo de la respuesta, is corriente de bendición y buena voluntad que a su vez ilumina el sacrificio ofrecido mediante la senda o aspecto por el cual se ha dirigido cada uno. Los devas superiores parece que magnetizan al hombre y aumentan su poder en este aspecto y sus similares, elevándolo al mismo tiempo a más altos niveles. La respuesta no sólo fortalece los buenos pensamientos que ya tienen, sino que también les hace concebir mayores actividades para sus pensamientos. Es un acto definido de proyección que ejecutan en un momento de meditación silenciosa, después de recibirla bendición.

Hay diversidad de tipos entre estos fieles, pues ponen en actividad diferentes centros del cuerpo mental, cuyas corrientes de fuerza proyectan a veces desde un centro, y a veces desde otro. En la bendición final parece como si el Logos se vertiese en ellos por medio de sus elevas y luego otra vez desde ellos en los objetos de su simpatía, de suerte que ocurre otra transmutación adicional de fuerza y el acto culminante de ellos al ser agentes activos de Su acción. La simpatía intensa es el sentimiento más cultivado por estos fieles; y puede decirse que es su nota fundamental, por medio de la que se elevan gradualmente a través de los cuerpos mental y causal hasta el intuicional, donde encuentran el pináculo de la simpatía, porque, allí el objeto de la simpatía no está ya fuera, sino dentro de uno mismo.

El sermón en este caso parece ser frecuentemente una exposición de la adaptabilidad de diversos tipos de esencia elemental a la fuerza de pensamiento requerida, y está explicado a medida que lo expone, pues el leva construye y materializa en la congregación las forras de pensamiento, de suerte que los fieles aprenden exactamente la mejor manera de producirlas y los mejores materiales que deben aplicar a su construcción.

Independientes.- En las especiales modalidades de desarrollo de estos templos aparece una semi-indicación de los cuatro subplanos inferiores del plano mental, según éstos se presentan durante la vida después de la muerte, pues debe recordarse que el afecto, la devoción, la acción dedicada a la Deidad y el concepto claro de lo justo por lo justo, son respectivamente las capitales características de estos subplanos. Es, por lo tanto, evidente que no

hay diferencia de adelanto entre los Egos que siguen una modalidad y los que siguen otra; todas estas sendas son indudablemente iguales y todas son escalas que conducen desde el nivel de la humanidad ordinaria al sendero de santidad, que se eleva hasta la altura del adeptado. La gran mayoría de la comunidad pertenece a uno u otro de estos tipos, de suerte que todos estos templos están diariamente llenos de multitud de devotos.

Hay algunas personas que parece ajo asisten a ninguno de estos oficios, sencillamente porque ninguno es para ellos el modo apropiado de desarrollo. Sin embargo, no existe la menor idea de que estos pocos sean irreligiosos o de algún modo inferiores a los más cumplidos devotos. Se reconoce universalmente que son muchos los caminos que conducen a la cima del monte, y que cada hombre tiene absoluta libertad de escoger el que más conveniente le parece, sin que se le ocurra censurar al vecino por escoger otro, ni aun siquiera por no querer escoger ninguno de los que se le ofrecen. Cada cual liere a su modo lo mejor que puede, para hacerse más apto para la obra que le corresponde en el porvenir, así como para llevar a efecto la que le corresponde en el presente. Nadie alimenta el sentimiento de: "estoy en mejor camino que fulano", porque vea obrar diferentemente a otro. Los fieles habituales de un templo visitan también a menudo otros; verdaderamente hay algunos que los visitan por turno, con arreglo a lo que sienten en el momento, diciéndose: "Creo que necesito un toque de amarillo esta mañana que me ilumine la inteligencia;" o: "estoy demasiado metafísico y me conviene probar un tónico del templo verde;" o bien: "últimamente he trabajado demasiado intelectualmente y me conviene conceder el turno al amor o a la devoción."

Congregación de Muertos.- Muchos acostumbran asistir a los magníficos aunque más elementales oficios que con frecuencia se celebran en los templos, ostensiblemente para los niños, que describiré al tratar de la educación. Es interesante observar que la naturaleza especial de los oficios de los templos de esta comunidad ha llamado evidentemente mucho la atención del mundo astral, pues gran número de personas fallecidas suelen asistir a ellos. Han advertido la participación de las devas y las formidables fuerzas que, como consecuencia, están en actividad en ellos, y evidentemente desean aprovecharse de tales ventajas. Debe entenderse, por supuesto, que esta congregación de personas fallecidas se compone exclusivamente de individuos del mundo exterior, pues en la comunidad no hay muertos, ya que cada individuo, así que desecha su cuerpo físico, pronto asume otro, a fin de llevar a efecto la obra a que se ha dedicado.

El Maestro de la Religión.- El aspecto religioso y educativo de la vida de la comunidad está exclusivamente bajo la dirección del Maestro K. H., quien se impone como deber el visitar sucesivamente los templos, ocupando el lugar del deva oficiante y demostrando con ello que combina en Sí mismo, en el más alto grado, las cualidades de todos los tipos. Los devas que se dedican a la religión y a la educación están bajo sus órdenes. Algunos individuos de la comunidad están especialmente instruidos por los devas, y parece probable que pasarán a su debido tiempo al orden de evolución dévica.

(1) Como veremos mas adelante, el color varía según el tiempo.

CAPÍTULO XXV

La educación y la familia

La Educación de los Niños.- Como es lógico suponer, mucha será la atención que se dedique en la comunidad a la educación de los niños. Se considera este punto de tan capital importancia, que nada que pueda ayudar en algún modo deja de aprovecharse, y se pondrán en práctica toda clase de auxiliares: el color, la luz, el sonido, las formas, la electricidad; y los (levas que toman tan gran parte en la obra se valen de la ayuda de ejércitos de espíritus de la Naturaleza. Se ha llegado a comprobar que muchos hechos, antes ignorados o tenidos por insignificantes, influyen adecuadamente en el proceso educativo. Por ejemplo, que los elementos circundantes favorables al estudio de las matemáticas no son los más a propósito para la música o la geografía. Las gentes sabrán que pueden estimularse las diversas partes del cerebro físico por el empleo de diferentes luces y colores, y que para algunos asuntos es muy útil una atmósfera ligeramente cargada de electricidad, al paso que para otros es positivamente perjudicial. En un extremo de cada habitación destinada a las clases habrá un transformador eléctrico, por cuyo medio puedan cambiarse a voluntad las condiciones atmosféricas. Algunas habitaciones estarán tapizadas de amarillo y decoradas exclusivamente con flores amarillas y compenetradas de luz amarilla. En otras, por el contrario, predominará el azul, el rojo, el violeta, el verde, o el blanco. También se ha visto que varios perfumes tienen efecto estimulante, y por lo tanto, se emplean con arreglo a un ordenado sistema.

Quizá la innovación más importante sea la obra de los espíritus de la Naturaleza, que sienten intenso placer en ejecutar las tareas que se les encomiendan, y gozan en ayudar y estimular a los niños, como los jardineros gozan en la producción de plantas escogidas. Entre otras cosas, toman las influencias apropiadas de la luz, color, sonido y electricidad, y las enfocan y, por decirlo así, las esparcen sobre los niños de suerte que produzcan los mejores efectos posibles. También los emplean los instructores en casos individuales. Si, por ejemplo, un discípulo no entiende el tema que se le ha dado, acto continuo se manda a un espíritu de la Naturaleza que toque y estimule cierto centro particular de su cerebro, y al punto comprende lo que se le enseña. Todo instructor ha de ser clarividente, pues esta facultad es requisito indispensable para el desempeño de su cargo. Estos instructores serán individuos de la comunidad (hombres y mujeres indistintamente) y los devas se materializarán en ocasiones especiales para dar ciertas lecciones; pero parece que nunca asumirán toda la responsabilidad de una escuela.

Parece que también existen aquí los cuatro grandes tipos simbolizados en los templos. A los niños se les observa cuidadosamente y se les trata con arreglo al resultado de la observación. En la mayor parte de los casos se les clasifica desde un principio en uno ú otro orden de desarrollo y se les depara todo género de oportunidades para que elijan la que prefieran, pues tampoco

aquí hay nada que se parezca a imposición. Hasta los párvulos saben perfectamente el objeto de la comunidad y se dan completa cuenta de que es su deber, así como su derecho, ordenar su conducta consiguientemente. Hay que tener presente que todos estos individuos son reencarnaciones inmediatas, y que la mayor parte aportan, por lo menos, algún recuerdo de sus vidas pasadas, de suerte que para ellos la educación es simplemente el proceso de obtener, tan rápidamente como sea posible, una nueva serie de vehículos disciplinados y recobrar con igual prontitud cualquier eslabón que pueda haberse perdido en la transición de un cuerpo físico a otro.

No se sigue de esto que los hijos de un hombre perteneciente, por ejemplo, al orden musical, hayan de ser también musicales. Como sus vidas anteriores son siempre conocidas de los padres y de los instructores, se les da todo género de facilidades para que se desarrollen, bien por la modalidad de su última vida o bien por alguna otra que les sea ahora más asimilable. Hay siempre completa cooperación entre los padres y los maestros de escuela. Un individuo particular a quien se observó bajo este aspecto llevaba sus hijos al maestro de escuela, le explicaba al pormenor todo lo concerniente a ellos y le visitaba después con frecuencia para discutir lo que les fuera más conveniente. Si, por ejemplo, el maestro de escuela cree que cierto color es especialmente deseable para determinado discípulo, comunica su idea a los padres, y entonces se rodea al niño de este color, se le viste del mismo, etc. Todas las escuelas están, por supuesto, bajo la dirección del Maestro K. H., y cada maestro de escuela es personalmente responsable ante Él.

Ejercicio de la Imaginación-Tomemos como ejemplo la práctica de una escuela anexa a uno de los templos amarillos, y veamos cómo se procede al desarrollo intelectual de la clase de párvulos. Primeramente el maestro pone ante ellos una pequeña bola brillante y les dice que forjen mentalmente una imagen de ella. Algunos parvulillos pueden hacerlo muy bien. El maestro les dice:

“Tu ves mi cara: Cierra los ojos. ¿Puedes verla todavía? Mira esta bola. ¿Puedes cerrar los ojos y seguir viéndola?”

Debe recordarse que el maestro de escuela, por medio de su facultad clarividente, ve si los niños forjan o no imágenes perfectas. A los que pueden forjarlas se les dedica a practicar durante algún tiempo toda clase de formas simples y de colores. Luego se les dice que supongan que aquel punto se mueve, dejando tras sí un rastro, como los cometas; luego han de imaginarse un rastro luminoso, es decir, una línea. Después se les dice que se imaginen esta línea moviéndose en ángulos rectos respecto de sí misma, dejando frente de ella un rastro semejante, de suerte que mentalmente construyan un cuadrado. Después se pone ante ellos toda clase de permutaciones y divisiones de dicho cuadrado. Se le divide en triángulos de varias clases y se les explica que todas estas cosas son símbolos vivientes con su peculiar significado. Hasta a los parvulitos se les enseña algo como lo que sigue:

-¿Qué significa el punto para ti? -Uno.

-¿Qué es el Uno? -Dios.

-¿Dónde está? -En todas partes.

Y en seguida aprenden que dos significa la dualidad del espíritu y de la materia; que tres puntos de cierta clase y color significan tres aspectos de la deidad, mientras que otros tres de diferente clase significan el alma del hombre. Observé que una clase posterior tiene también un tres intermedio que claramente significa la mónada. De este modo, asociando ideas capitales a objetos sencillos, hasta los párvulos poseerán una serie de conocimientos teosóficos que sorprenderían a cualquier persona acostumbrada a un sistema de educación más antiguo y menos racional. Observé también un ingenioso aparato propio de los jardines de la infancia., una especie de bola de marfil (al menos parecía marfil), que al tocar un resorte, se abre en forma de cruz, con una rosa dibujada encima como el símbolo de la RosaCruz, de la que salen cierto número de bolitas, cada una de las cuales se subdivide a su vez. Por otro movimiento se vuelve a cerrar, estando el mecanismo muy hábilmente disimulado. Esto es un símbolo explicativo de la idea del Uno que se multiplica en lo vario y de la vuelta eventual de lo vario al Uno.

Clases más adelantadas.-En una clase más adelantada, el cuadrado luminoso se mueve otra vez en ángulos rectos y produce un cubo, y mas adelante el cubo se mueve en ángulo recto respecto de si mismo y produce un tesseracto (1) que la mayor parte de los niños pueden ver y formar su imagen muy claramente en sus mentes. A los niños que tienen aptitudes para ello, se les enseña a pintar cuadros, árboles y animales, vistas y escenas de la historia, y se les enseña también a vivificar su cuadro diciéndoles que la concentración de su pensamiento puede cambiar el cuadro físico, y los niños se enorgullecen mucho al conseguirlo. Después de pintar un cuadro lo mejor que pueden, los niños se concentran en él y tratan de mejorarlo y modificarlo con su pensamiento. En una semana más o menos, trabajando en la concentración cierto tiempo cada día, producen modificaciones muy considerables, y un niño de catorce años podrá hacerlo muy rápidamente a fuerza de mucha práctica.

Una vez modificado su cuadro, se le enseña al niño a plasmar con él una forma de pensamiento contemplándolo ávidamente y luego cerrando los ojos y proyectándolo ante si. Primeramente se ejercita en cuadros puramente físicos; luego se le da un recipiente de cristal que contiene un gas coloreado, y por el esfuerzo de su voluntad ha de moldear el gas, dándole forma por medio del pensamiento y convertirlo dentro del recipiente en una esfera, en un cubo, en un tetraedro o en cualquier otra forma por el estilo. Muchos niños podrán hacer esto muy fácilmente después de un poco de práctica. Luego se les dice que plasmen la forma de un hombre y después la del cuadro que antes miraron. Cuando ya saben manejar fácilmente esta materia gaseosa, tratan de hacer lo mismo con la etérea, y después con materia puramente mental. El maestro hará materializaciones para ellos, a fin de que las examinen cuando sea necesario, y de esta manera progresarán gradualmente en operaciones cada vez más complicadas de creación del pensamiento. Todas las clases estarán abiertas a las visitas de parientes y amigos, y muchos adultos gustarán de asistir a ellas y practicar los ejercicios que se den a los niños.

El régimen escolar.-No parece que haya internado en las escuelas, y todos los niños vivirán dichosos en sus casas, asistiendo a la escuela más conveniente para ellos. Observé unos pocos casos en que los sacerdotes devas educaban niños para ocupar su lugar; pero, aun así, no parece que el niño deje su casa, aunque está protegido por un escudo que impide la perturbación de las vibraciones que el deva vierte en él.

Un niño no asiste a la misma clase para aprender todas las materias de enseñanza como en los regímenes antiguos, sino que puede estar en la primera clase para una asignatura, en la tercera para otra y, quizá, en la quinta para otra. Hasta para los más pequeños la ordenación no parece tanto una clase como una especie de sala de conferencias. Al tratar de comprender el sistema, no se debe perder de vista ni por un momento el efecto de las reencarnaciones inmediatas, y que, por consiguiente, no sólo son estos niños por término medio mucho más inteligentes y desarrollados que otros de su edad, sino que a menudo están desigualmente desarrollados. Algunos niños de cuatro años recordarán más de la encarnación anterior y de lo que entonces aprendieron que otros de ocho y nueve, al paso que algunos recordarán cierta materia de un modo completo y claro y, sin embargo, habrán perdido totalmente sus conocimientos de otras que parecen muy fáciles. Por esto se verá que se trata de condiciones completamente anormales, y que los planes adoptados tienen que adecuárseles espiritualmente.

Al empezar la clase todos están de pie y entonan un canto. En la sesión de la mañana parece que tienen cuatro lecciones, pero cortas, y siempre hay entre ellas un intervalo dedicado al juego. Como todas las demás casas, las escuelas no tienen paredes, sino que están construidas sobre columnas, de suerte que toda la vida de los niños, así como la del resto de la comunidad, se pasará al aire libre; pero los niños saldrán de este simulado aposento después de cada clase y jugarán en el parque que rodea la escuela. Niños y niñas asisten juntos a las clases. Parece que la sesión matinal comprende las materias de cultura general y enseñanza obligatoria, y por la tarde se dan lecciones de asignaturas especiales para quienes deseen aprenderlas; pero gran parte de los niños quedarán satisfechos con el trabajo de la mañana.

Plan de enseñanza.-El plan de enseñanza parece ser muy diferente del actual. Las asignaturas son, en su mayor parte, distintas, y aun las análogas se enseñarán por procedimientos totalmente diferentes. Por ejemplo, la aritmética está muy simplificada y las pesas y medidas se subordinan al sistema decimal. Se calcula muy poco, y las prolijas operaciones con largas hileras de números les parecerían insufriblemente enojosas. No se enseña nada que no sea prácticamente útil en la vida civil y todo lo demás es de estudio voluntario. En siglos anteriores había tablas de logaritmos para eludir cálculos largos y complicados. Ahora tendrán el mismo sistema, pero inmensamente ampliado, y sin embargo, mucho más intenso y por medio de las tablas obtendrá, quien las sepa manejar, el resultado de los más difíciles cálculos. Los niños sabrán calcular lo mismo que hoy se calcula con auxilio de los logaritmos; pero habitualmente se emplearán las tablas para no malgastar tiempo en un procedimiento fastidioso que exige largas hileras de guarismos.

La aritmética apenas será para ellos tema de estudio, sino que se considerará únicamente como preparación a los cálculos geométricos de los cuerpos sólidos y de las dimensiones superiores. El plan en conjunto difiere tanto del actual, que no es fácil describirlo atinadamente. Por ejemplo: los problemas de sumar nunca se referirán a monedas y no habrá cálculos complicados. Bastará comprender la operación de sumar y saber cómo se hace. El maestro tendrá mucho cuidado en no sobrecargar el cerebro de los niños, sino desarrollar sus facultades y enseñarles a descubrir los hechos. Por ejemplo, nadie soñaría en multiplicar dos factores de seis guarismos, pues, o bien usaría una máquina de calcular (que parecen comunes), o bien las tablas ya referidas.

La enseñanza de la lectura y escritura será mucho más sencilla que hoy, pues los niños deletrearán fonéticamente, y la pronunciación no podrá equivocarse, porque cada sílaba tendrá siempre determinado sonido. La escritura es al parecer abreviada y costará bastante aprenderla; pero una vez aprendida, el niño poseerá un instrumento más delicado y flexible que cualquier idioma antiguo, toda vez que podrá escribir tan aprisa como hoy hablamos. Los signos son muy convencionales y a veces un trazo rápido como un relámpago expresará toda una frase.

El idioma será el inglés, puesto que la comunidad se habrá desarrollado en un país de lengua inglesa; pero estará considerablemente modificado. Han desaparecido muchas formas de participio y algunas palabras son distintas. Pero las materias de enseñanza se aprenden ahora de un modo muy diferente. Nadie aprenderá historia, salvo algunos interesantes relatos aislados, aunque todos dispondrán de un epitome de historia universal. La geografía se aprenderá hasta cierto límite. Sabrán, con gran precisión, dónde viven las razas, en qué difieren y qué cualidades están desarrollando. Pero la geografía comercial no tendrá interés alguno, ni nadie se preocupará de las exportaciones de Bulgaria, ni de saber donde se fabrican los tejidos de lana, pues no le importará saberlo, porque todos estos datos los encontrará cuando los necesite en libros propios del ajuar doméstico, y se consideraría perder tiempo el recargar la memoria con semejantes fruslerías.

El plan es estrictamente utilitario, y los niños no aprenden nada de lo que puedan obtener fácilmente de una enciclopedia. El plan contrae la instrucción a los conocimientos necesarios y útiles. Un niño de doce años conserva, en su cerebro físico, el recuerdo de cuanto sabía en vidas anteriores. Es costumbre llevar, de una vida a otra, un talismán, que ayuda al niño a recobrar la memoria en los nuevos vehículos; pues como lo ha llevado en su vida anterior, está cargado del magnetismo de ella y puede despertar en la actual las mismas vibraciones.

Los Oficios Religiosos de los Niños.- Otro aspecto muy interesante de la educación son los oficios de los niños en el templo. Además de los niños asisten a ellos muchos adultos, especialmente quienes no están todavía en disposición de aprovechar los demás oficios que se han descrito. Los oficios de los niños en el templo de la música son bellísimos. Los niños practican una serie de graciosas evoluciones, y a la vez cantan y tocan instrumentos al

marchar. Los oficios de los niños en el templo de color es algo parecido a una brillante y espléndida pantomima que seguramente habrá sido ensayada repetidas veces.

En un caso observé que representaban las danzas corales de los sacerdotes de Babilonia, que simbolizan los movimientos de los planetas alrededor del Sol. Esta se ejecuta en una llanura abierta, como se hacía en Asiria; y los grupos de niños vestidos de colores emblemáticos (correspondientes a los diversos planetas) se mueven armoniosamente, de manera que el juego les da al propio tiempo una lección de astronomía. Pero saben muy bien que aquélla es una sagrada ceremonia religiosa, y que el cumplirla acabadamente, no sólo les es útil, sino que también constituye una especie de ofrenda de sus servicios a la Deidad. Se les habrá advertido que la misma ceremonia era propia de una antigua religión miles de años atrás. Los niños tendrán gran placer en ello, y habrá verdadera emulación por representar el papel del Sol. Los orgullosos padres también se ocuparán en ello, y les complacerá decir: "Mi chico hace hoy de Mercurio," etc. Todos los planetas tienen satélites y en algunos casos más de los ordinariamente conocidos, de donde se colige que la astronomía habrá progresado. Los anillos de Saturno están notablemente bien representados por un grupo de niños, cuyo constante movimiento forma una figura muy parecida a la quinta del baile de Lanceros. Punto especialmente rente interesante es que el interno anillo cendal de Saturno estará figurado por niños situados en la parte interior del anillo que sigue y vestidos de gasa flotante para representarlo cumplidamente. Los satélites son niños aislados o pares de niños que bailan fuera del anillo. Al paso que gozan inmensamente, nunca olvidan los niños que están oficiando en una función religiosa y que la ofrecen a Dios. Otra de las danzas indica evidentemente la transferencia de vida de la cadena lunar a la terrestre. De esta suerte se instruye a los niños en juegos combinados con las ceremonias religiosas.

Danzas simbólicas.--Hay solemnes festividades que cada templo celebra con funciones especiales de esta índole, y entonces todos ponen cuanto está de su parte para la brillantez de la decoración. Los edificios se arreglarán de modo que resalten sus líneas por una especie de fosforescencia permanente, no en filas de lámparas, sino como un resplandor que parece surgir de la misma piedra. Las líneas arquitectónicas son muy bellas y de muy hermoso efecto. Los oficios de los niños educan por medio de los colores y las combinaciones son realmente maravillosas y el ejercicio de los niños perfecto. Visten uniformemente por grupos con telas de deliciosos, suaves y, sin embargo, brillantes colores, y se mueven hacia dentro y hacia fuera, formando las más complicadas figuras. En la danza coral se les enseña que no sólo han de llevar el color del planeta porque así lo exige el espectáculo, sino que mentalmente han de producir el mismo color. Se les sugiere la idea de que son ese color y que piensen en que realmente son parte del planeta Mercurio o de Venus, según el caso. A medida que se mueven, cantan y tocan a la vez, teniendo cada planeta sus coros peculiares, de suerte que, al girar los planetas alrededor del Sol, imiten la música de las esferas. En los oficios de los niños también suelen tomar parte los devas, que ayudan con música y colores. Los

kamadevas y rupadevas se entremezclan libremente con el pueblo e intervienen en la vida diaria.

Los oficios de los niños en el templo amarillo son también sumamente interesantes. Danzan formando figuras geométricas; pero las evoluciones son muy difíciles de describir. Observé una función muy linda y de mucho efecto. Treinta y dos muchachos, vestidos de brocado de oro y colocados en distintos niveles, sobre estrados en escala, sostenían en sus manos gruesas cuerdas de dorados hilos que se enlazaban de unos a otros, delineando los contornos de un dodecaedro. De repente, a una señal convenida, dejan caer un extremo de la cuerda o la lanzan a otro niño, y al punto se cambia el contorno en el de un icosaedro. Esto es de maravilloso efecto y produce la completa ilusión de transmutar unos en otros los cuerpos geométricos. Estos cambios se suceden en cierto orden, relacionado con la evolución de la materia de los planos al comienzo de un sistema solar. Otra evolución tiene evidentemente por objeto explicar la formación de los átomos de las burbujas de materia. Los niños representan burbujas, y cierto número de ellos se lanzan desde el centro y se ordenan de cierto modo. Luego se lanzan de nuevo hacia el centro y vuelven a salir más afuera que antes, agrupándose de un modo diferente. Todo esto requiere mucha práctica, pero los niños parecen muy entusiasmados con ello.

La idea subyacente.- La educación y la religión estarán muy mezcladas, y es difícil diferenciarlas distintamente una de otra. Los niños jugarán en el templo y se les inculcará la idea íntima de que todo aquello es el aspecto físico de algo mucho más elevado y gran - diosa de los planos superiores, de manera que se convenzan de que en todo cuanto hacen hay un aspecto subyacente que llegarán a ver y comprender por sí mismos en recompensa final de sus esfuerzos.

Nacimiento y muerte.- Las diversas influencias que tan importante papel desempeñan en la educación de los niños actúan en ellos aun antes del nacimiento. De nuevo repetimos que antes de nacer la criatura, los padres y parientes sabrán perfectamente qué ego viene a ellos; y por lo tanto, cuidarán con anterioridad de que cuanto le rodee esté apropiado al ego y conducente a la perfección del cuerpo físico. Grandísima influencia se atribuye a la belleza del ambiente. La futura madre tendrá siempre ante su vista cuadros encantadores y graciosas estatuas. La vida entera estará compenetrada con la idea de belleza, hasta el punto de diputarse por crimen de lesa comunidad cualquier objeto feo o repugnante. En arquitectura se atiende ante todo a la belleza de la línea y del color, y lo mismo sucede en los accesorios menores de la vida, de suerte que antes del nacimiento del niño se disponga todo para él, y la madre se vista de cierto color y se rodee de flores y luces de la clase más apropiada.

El parentesco se concierta entre las partes interesadas, y la muerte es ordinariamente voluntaria, es decir, que como los individuos de la comunidad viven completamente sanos y en condiciones perfectamente higiénicas, no hay enfermedades; de manera que; exceptuando algún raro caso de accidente, todos morirán de vejez y nadie abandonará el cuerpo mientras sea útil. No tendrán en modo alguno el sentimiento de que dejan la vida, sino solamente de

que desechan un vehículo gastado. La ausencia de pesares y de condiciones malsanas habrá contribuido ciertamente a prolongar la vida física. Nadie pensará que envejece antes de ochenta años por lo menos y muchos pasarán de ciento.

Cuando un individuo advierta que se debilitan sus facultades se preparará para una reencarnación favorable. Escogerá un padre y una madre que le convengan e irá a verlos y a preguntarles si están conformes en tomarle por hijo; y si lo estuvieren, les dirá que espera morir pronto, y les entregará un talismán personal que habrá llevado toda su vida, y también les enviará cuantos objetos personales desee tener en su próxima vida. El talismán será generalmente una alhaja de tipo particular del ego, con arreglo al signo del Zodíaco a que pertenezca y bajo cuya influencia alcanzó la individualidad. Este talismán lo llevará siempre consigo, de suerte que debe estar completamente embebido de su magnetismo, y cuidará de que se le entregue en su siguiente reencarnación, a fin de despertar en el nuevo cuerpo la memoria de las vidas pasadas y no interrumpir la continuidad de conciencia como ego. Este talismán corresponderá siempre a su nombre como ego, que conservará en todas sus vidas sucesivas. En muchos casos los individuos usarán este nombre en la vida ordinaria, aunque en otros perpetuarán el nombre que llevaban al entrar en la comunidad, continuándolo de vida en vida con sólo alterar su terminación en masculino ó femenino, según el sexo. Cada persona tendrá, por lo tanto, nombre propio y permanente, al que en cada reencarnación añadirá el de la familia en que naciere.

En los bienes personales nada hay que se refiera a dinero, que ya no se usará, y nadie tendrá interés en casas, tierras o heredades fuera de su presente vida; pero es posible que tenga libros o alhajas que desee conservar, y en este caso los entregará a sus pródigos padres, quienes al saber que la muerte del futuro hijo se aproximan, empiezan los preparativos para él. Este por su parte no alterará la vida ordinaria, ni hará nada que ni remotamente se parezca al suicidio, sino que sencillamente perderá la voluntad de vivir, dejará que la vida se vaya, y generalmente morirá apaciblemente durante el sueño, al cabo de corto tiempo.. Comúnmente irá a vivir con sus futuros padres, después de convenirse con ellos y morirá en casa de ellos.

No habrá ceremonias fúnebres de ninguna clase, porque la muerte no será suceso de importancia y en vez de incinerar el cuerpo lo colocarán en una especie de retorta, en la que viertan algún ingrediente químico, tal vez un ácido muy enérgico. Cerrada después herméticamente la retorta, se hará pasar a través de ella una fuerza parecida a la electricidad, pero mucho más poderosa, que active vigorosamente la acción del ácido y en pocos minutos quede por completo disuelto el cadáver, de modo que terminada la operación y abierta la retorta, no restará más que un fino polvo gris que conservarán con reverencia. La operación de disponer así del cuerpo se ejecutará fácilmente en casa, y se transportará la retorta allí donde sea necesario. Corno no habrá ceremonia de ninguna clase, los amigos del difunto no se reunirán en tal ocasión. En cambio, irán a visitarle con objeto de que, poco después de su nacimiento, su vista contribuya a despertar la memoria del nuevo infante. En tales circunstancias no habrá ni oraciones ni ceremonias de ninguna clase por los muertos, ni tampoco

necesidad alguna de ayuda en el plano astral, porque cada cual recordará sus vidas pasadas y sabrá perfectamente qué cuerpo va a tomar tan pronto como esté dispuesto para él. Muchos individuos de la comunidad continuarán actuando como protectores invisibles del resto del mundo; pero dentro de la comunidad nada de esto será necesario.

El Manú ordenará el cuidadoso registro de las sucesivas encarnaciones de cada miembro de la comunidad, y en algunos raros casos intervendrá en la elección de los padres de un ego. Por regla general todos los miembros de la comunidad habrán agotado ya el pesado karma que pudiera limitarles la elección; y por otra parte, conocerán también lo suficiente su índole y las condiciones que requiere para no equivocarse, por lo que en la mayoría de los casos quedarán en perfecta libertad de concertar las condiciones de su nuevo nacimiento, aunque siempre con el conocimiento del Manú, quien podrá cambiar el plan si no lo aprueba.

Por regla general, el individuo podrá escoger libremente el sexo de su próxima reencarnación y parece que muchos acostumbra a nacer alternativamente hombre y mujer. No habrá reglas establecidas en este punto, y todo se dejará en la mayor libertad posible, con tal que se mantenga la debida proporción de los sexos en la comunidad, y si uno de ellos disminuyera del número normal, el Manú demandaría voluntarios para restablecer el equilibrio. Los padres se arreglarán ordinariamente para tener diez o doce hijos, y generalmente igual número de niñas que de niños. Los gemelos, y aun los tríos, serán frecuentes. Entre el nacimiento de un niño y el del siguiente mediará a lo sumo un intervalo de dos o tres años, y sobre el particular habrá sus correspondientes especulaciones, porque lo importante será tener hijos perfectos, y no se verán lisiados ni contrahechos ni tampoco habrá mortalidad infantil. Seguramente habrán disminuido los dolores del parto y según parece sólo sentirán alguna molestia las madres primerizas.

Casamiento.- Esto nos lleva a la cuestión del matrimonio. En este particular no existirá otra restricción sino que nadie podrá casarse fuera de la comunidad. Sin embargo por lo general se considerará inconveniente el matrimonio entre individuos de la misma índole de sentimientos religiosos. No habrá regla alguna en contra; pero se entenderá que el Manú prefiere que no se haga. Hay una expresión que basta para todo y pondrá todo asunto fuera de discusión: "¿No lo quiere Él así?" Cada cual elegirá su consorte de por vida, es decir, se enamorará de un modo muy parecido al actual; pero prevalecerá siempre la suprema idea del deber, y ni aun en los asuntos del corazón nadie se permitirá hacer ni sentir nada que no concurra al mayor bien de la comunidad. La pasión sexual estará dominada de suerte que el matrimonio tendrá el definido objeto de perpetuar la comunidad y formar buenos cuerpos a tal fin. Considerarán la vida conyugal como un medio que necesita de una acción religiosa y mágica, cuidadosamente dirigida como parte de un sacrificio al Logos, de suerte que nadie debe perder el equilibrio ni la razón en este punto.

Cuando una pareja se enamora y contrae compromiso, va al Manú en demanda de que bendiga su unión. Por regla general se conciertan también

con un hijo o hija en perspectiva y también le dicen al Manú que tal o cual individuo desea nacer de ellos, y piden que les sea permitido casarse. El Manú los examina por ver si armonizan debidamente, y aprobado el casamiento lo confirma con esta fórmula: "Vuestra unión sea bendita." El matrimonio se considera casi enteramente desde el punto de vista de la esperada descendencia y algunas veces lo conciertan los descendientes. Una persona va a ver a otra y le dice:

-Espero morir dentro de pocas semanas y desearía que usted y la señorita X fuesen mis padres, pues tengo con los dos algunos lazos kármicos que quisiera agotar. ¿Les place la idea?

Con frecuencia se acepta la indicación y el plan se realiza con mucho éxito. Una persona en quien me fijé a la ventura, al objeto de la investigación, tenía tres egos que deseaban encarnar por su medio, de suerte que al llevar ante el Manú a su prometida, preguntó: -¿Podemos casarnos, cuando hay tres egos que desean nacer de nosotros? Y el Manú dio su consentimiento.

No hay ninguna otra ceremonia matrimonial más que la bendición del Manú, ni el casamiento es ocasión de fiestas y regalos, ni hay nada parecido a contrato matrimonial. Las uniones serán exclusivamente monógamas, y no habrá divorcio, aun cuando el convenio pueda rescindirse por mutuo consentimiento. El fin del matrimonio es proporcionar un vehículo para cierto ego, y llevado esto a cabo, quedan los cónyuges en libertad de renovar o no el convenio. Pero como los padres se eligen cuidadosamente en la mayoría de los casos, se renueva el convenio y permanecen marido y mujer toda la vida; pero habrá casos en que se rescinda el convenio y ambas partes formen nuevos matrimonios. En este punto, como en todo lo demás, predominará el deber, y todos estarán dispuestos a sacrificar sus preferencias por el bien general de la comunidad.

Así habrá muchas menos pasiones en estas vidas que en las de siglos anteriores, y el mayor afecto se establecerá probablemente entre padres e hijos.

En algunos casos se abrogará la no escrita prohibición de casarse con persona del mismo tipo, como, por ejemplo, cuando se deseen procrear hijos que eduquen los Devas para sacerdotes de tal o cual templo. En el raro caso de que un hombre muera por accidente, quedará inmediatamente aprisionado en el cuerpo astral y se provee a su próximo renacimiento. Muchos desean ser hijos de los miembros del Consejo, quienes, sin embargo, sólo tienen el número normal de hijos para que la calidad no desmerezca. Encarnar en la familia del Manú es el máspreciado honor; pero, por supuesto, Él mismo escoge a sus hijos. Ambos sexos gozan de iguales derechos y parece que se les encargará indistintamente de cuanto haya que hacer. Sobre este punto manifestaré la opinión de un individuo a quien observé de propósito. Este hombre no parece dar importancia alguna al sexo. Dice que son necesarios para el establecimiento de la raza; pero que la mujer tendrá mejor porvenir porque toma parte más pesada en la obra, y por lo tanto, debe más bien compadecérsela, ayudarla y protegerla. El Consejo, sin embargo, está

constituido totalmente por hombres presididos por el Manú, y sus individuos se ensayan en la formación de cuerpos procreados por la mente. Han producido notables ejemplares humanos, que no han satisfecho todavía al Manú.

(1) Cuerpo sólido de cuatro dimensiones correspondiente a la fórmula n^4 -(N. de los T.)

CAPÍTULO XXVI

Edificios y costumbres.-Características de la raza

En su aspecto exterior la comunidad será todavía muy parecida a la sexta subraza de donde brota, esto es, una raza blanca, aunque con algunos individuos de pelo y ojos más oscuros y complexión española o italiana. La estatura aumentará indudablemente, pues los hombres no medirán menos de 1'85 m. y las mujeres serán poco más bajas, y unos y otras bien proporcionados y de recia musculatura, pues parece que se concederá mucha atención al ejercicio y desarrollo armónico de los músculos. Es de notar que conservarán hasta la extrema vejez su graciosa y desembarazada apostura.

Edificios públicos.- Según dijimos al principio, las casas de los primeros colonos estaban agrupadas alrededor de una vasta manzana de edificaciones, aunque siempre con un amplio espacio entre ellas para hermosos jardines. Por esta época han surgido ya algunas ciudades subalternas en el distrito, si bien la palabra ciudad tal vez induzca a error a un veinticientista, puesto que en nada se parecen a las que está acostumbrado a ver. Las instalaciones son más bien grupos de quintas espaciadamente diseminadas por amenos parques y jardines; pero todas estas instalaciones cuentan con sus templos de modo que cada vecino tiene cercano el de su respectiva preferencia. No es muy vasta la porción habitada de la colonia, pues medirá de cuarenta a cincuenta millas de diámetro, así que aun los grandes edificios centrales son de fácil acceso para quienes deseen visitarlos. Generalmente, cada templo tiene en su vecindad una manzana de otros edificios públicos consistentes en una especie de sala pública, una vasta biblioteca y también un grupo escolar.

Las casas.- Las casas construidas para la comunidad antes de su establecimiento obedecían a un plan general que, sin menoscabo del buen gusto individual, se conservó posteriormente como principio básico. Las dos características de la arquitectura que la diferenciarán mucho de cuanto la ha precedido, son la carencia de paredes y esquinas. Casas, templos, escuelas, fábricas, serán techumbres sostenidas por columnas, por la mayor parte tan altas como las de los templos egipcios, aunque mucho más esbeltas y elegantes. Sin embargo, cuando sea necesario, habrá modo de cerrar los espacios entre las columnas con algo remotamente parecido a las puertas automáticamente plegables de las actuales tiendas, que podrán hacerse transparentes a voluntad; pero esto no será muy frecuente y la vida de noche y día se hará al aire libre.

Las cúpulas, de muchas formas y tamaños, serán rasgos prominentes. Unas tendrán la forma de la de San Pedro, aunque más pequeñas; otras, bajas y anchas, como la de San Juan de los Eremitas, de Palermo; otras tendrán forma de capullo de loto, como las de mezquita mahometana. Estas cúpulas estarán cuajadas de ventanas, y a veces construidas de alguna sustancia

policroma transparente. Cada templo tendrá una cúpula central, y cada casa una por lo menos. La distribución general de las casas consistirá en una gran sala circular u oval bajo la cúpula, para habitación ordinaria, abierta por lo menos en las tres cuartas partes de su circunferencia, y detrás de la otra cuarta parte habrá aposentos y oficinas de varias clases que, generalmente, sólo se elevarán hasta la mitad de la altura de las columnas, teniendo sobre ellas otros aposentos menores que servirán de dormitorios. Estas habitaciones, aunque separadas unas de otras por tabiques, carecen de paredes externas, de suerte que también estarán al aire libre. No habrá esquinas ni rincones, porque todas las habitaciones serán circulares u ovales, y una parte del techo será viable. Todas las casas están llenas de flores y estatuas, con la sorprendente característica de la abundancia de agua por doquiera en fuentes, cascadas artificiales, lagos en miniatura y estanques en todos sentidos. Las casas tienen siempre luz cenital. No hay lámparas ni faroles, pues la cúpula resplandece en una masa luminosa, cuyo color puede cambiarse a voluntad, y en las habitaciones más pequeñas habrá en el techo lucernarios a propósito para la iluminación central. Los parques y calles estarán enteramente iluminados por la noche con una suave luz parecida a la de la luna, pero tan intensa, que será la más aproximada a la del sol, que hasta entonces se hubiere obtenido.

Ajuar.-Lo más notable en este punto es la carencia de muebles, pues no habrá sillas en las casas, ni asiento alguno en los templos y salas públicas. Los concurrentes se reclinarán sobre almohadones, a estilo oriental, o más bien como los antiguos romanos, pues no cruzarán las piernas. Sin embargo, los almohadones resultare muy curiosos, porque son de una materia vegetal, rellenos de una suave fibra, algo parecida a la del coco, y podrán lavarse como, en efecto, se lavarán frecuentemente. Al ir al templo, a la biblioteca o a cualquier reunión pública, cada cual llevará consigo su almohadón, pues en las casas los hay en gran número por doquiera para que los use quien los necesite. Habrá mesitas bajas o, mejor dicho, atriles combinados de modo que se pongan llanos y sirvan de mesas. El pavimento será de mármol o de una piedra pulimentada como el mármol, de hermoso color carmesí. Las camas, de la misma materia vegetal que los almohadones, estarán tendidas en el suelo, y a veces suspendidas como hamacas, pero sin armaduras. En los pocos sitios donde haya tabiques como, por ejemplo, entre los dormitorios y oficinas y el salón principal, estarán bellísimamente pintados con vistas y escenas históricas. Es muy de notar que todas estas disposiciones podrán mudarse, pues habrá un negociado o, por decirlo así, una especie de biblioteca ambulante de decorado doméstico, siempre a punto de proporcionar a los vecinos que lo deseen, el cambio de los entreaños de las paredes o las estatuas que adornan la casa.

Vestido.-El vestido será sencillo y gracioso a la par que estrictamente útil. En su mayor parte se parecerá al de la India, aunque a veces vemos cierta aproximación al griego antiguo, pero sin uniformidad, pues se llevarán toda clase de prendas distintas, aunque todas armoniosas y del mejor gusto. Parece que no habrá diferencia en el traje de ambos sexos, y tanto mujeres como hombres llevarán colores a la vez brillantes y delicados. No se hará nada de lana, pues sólo se empleará hilo ó algodón empapados en algún ingrediente químico que conserve sus fibras, de suerte que el vestido dure largo tiempo,

aun cuando se lave diariamente. El procedimiento químico produce una superficie lustrosa como el raso, sin menoscabar en lo más mínimo la tersura y flexibilidad de la tela. Los individuos de la comunidad no llevarán zapatos ni sandalias ni clase alguna de calzado, y muy pocos usarán sombrero, aunque he visto algunos como los de Panamá y dos gorritas de hilo. Como ya se habrá perdido la idea de uniformar el traje de los funcionarios públicos, no se llevarán uniformes; pero el deva oficiante, mientras duren los oficios materializará en torno suyo un vestido del color de su templo, y los niños, según ya dijimos, vestirán colores especiales cuando tornen parte en las festividades religiosas.

Alimento.-La comunidad será completamente vegetariana en obediencia a una de las reglas estatuidas que prohíbe matar. El resto del mundo será ya en su mayor parte vegetariano, pues se habrá generalizado la opinión de lo grosero, vulgar y, sobre todo, pasado de moda del comer carne. Relativamente pocos se tornarán el trabajo de prepararse la comida, ni comerán en casa, aunque quedan en completa libertad sobre el particular. La mayoría concurrirá a los que pudiéramos llamar refectorios públicos que, por estar al aire libre, parecerán más bien jardines. Las frutas abundarán con asombrosa variedad en el régimen dietético, pues se habrán empleado siglos en el cuidadoso cruzamiento de las especies para obtener las más perfectas formas alimenticias al par que los más delicados sabores.

Si observamos un cortijo frutal, veremos que la sección dedicada a cada especie de fruta está siempre dividida en secciones menores con el letrero que indica su particular sabor. Por ejemplo, uvas o manzanas con sabor de frambuesa, clavo o vainilla, que parecerían muy extrañas a los no acostumbrados a ellas. En el país apenas hay lluvias, de suerte que el cultivo es por irrigación, en cuyas aguas disuelven lo que llaman «alimento del vegetal,» que, según sea, dará distinto sabor a las frutas y aumentará o retardará el crecimiento del árbol, pudiendo también regular el tamaño del fruto. El territorio de la comunidad se dilatará hasta los cerros, de suerte que a favor de la diferencia de altitud se podrán cultivar toda clase de frutas. El alimento más frecuente será una sustancia parecida al mango blanco, teñida en variedad muy grande del color correspondiente al sabor, como en el Perú antiguo. Quizá la diversidad de sabores en el alimento reemplace hasta cierto punto muchas costumbres anteriores ya desaparecidas, tales como fumar, beber vino y comer dulces. Habrá también una sustancia azucarada, parecida al queso, pero que seguramente no lo es, pues no se usará ningún producto animal y en la colonia sólo habrá animales caseros, y la leche será exclusivamente vegetal, obtenida del llamado árbol-vaca, o bien una perfecta imitación de la leche confeccionada con cierta especie de habas. No se ven cuchillos ni tenedores, pero continuarán usándose cucharas, y muchos llevarán consigo la suya. El que sirva a la mesa partirá las frutas y se millas con una especie de hacha pequeña, cuya materia es una liga con todas las propiedades del oro, y de filo tan aguzado que no necesita afilarse. Es posible que sea de algún metal raro, como el iridio. En los jardines refectorios tampoco habrá sillas, sino que cada cual se medio reclinará en una grada de mármol hundida en el suelo, con una losa movable de mármol frente a él, donde pondrá los manjares, y cuando termine le dará vuelta para que el agua corra por encima.

En general se comerá menos que en el siglo XX. La costumbre es una comida regular al mediodía y ligera colación mañana y noche. Casi todos se desayunan al salir el Sol, pues ya están levantados a esa hora o poco antes. La colación de la tarde es a las cinco, porque la mayoría se acuesta temprano. Por lo visto, nadie comerá mucho por la tarde; pero la libertad individual será completa en este punto, de suerte que cada cual haga lo que guste. No he observado que beban te ni café; y a la verdad, parece que las bebidas serán pocas, quizá por comer tanta fruta.

En todas partes abundará el agua, a pesar de la escasez de lluvias, pues dispondrán enormes obras para destilar el agua del mar, que elevarán a mucha altura para repartirla liberalísimamente. Es digno de notar que el agua potable no resultará directamente pura de la destilación, sino que habrán de añadirsele, en corta porción, ciertos ingredientes químicos, ya que el agua destilada no es potable. El director de las obras de destilación me dice que beberán el agua de los manantiales mientras baste; pero como no habrá la suficiente, será necesario recurrir al agua destilada con añadidura de ciertas sales para que, fresca y espumosa, apague la sed.

Bibliotecas.- Las disposiciones tocantes a la literatura son extrañas, aunque perfectas. Cada casa estará provista, como parte integrante de la misma y gratis para el inquilino, de una especie de enciclopedia que contenga un epitome de todo lo conocido, expresado con la mayor sencillez posible, pero con riqueza de pormenores, de suerte que proporcione cuantos informes se necesiten sobre un asunto. No obstante, a quien necesite saber más, le bastará ir a la más próxima biblioteca del distrito, pues habrá una anexa a cada templo. Allí encontrará una enciclopedia mucho más completa, con la bibliografía de cuanto se haya escrito sobre la materia, lo cual supone un colosal trabajo literario. Si aún necesita saber más, o desea consultar obras originales, impresas en lenguas antiguas o en los anticuados tipos romanos, que ya no se usan, habrá de ir a la Biblioteca Central de la Comunidad, organizada por el estilo del Museo Británico. A las obras originales acompañará siempre la traducción en inglés de la época, impresa en escritura abreviada. De esta manera se podrá agotar el estudio de cualquier asunto que interese, pues tanto de los libros como de los medios de investigación, dispondrá libremente quien los necesite con tal objeto. Por supuesto, constantemente se estarán escribiendo nuevos libros sobre toda clase de materias. Observé que las novelas se basan casi por completo en la reencarnación, y los personajes pasan siempre de una vida a otra, como ejemplos del funcionamiento del karma; pero el novelista no escribe por fama o lucro, sino por el bien de la comunidad. Algunos escribirán artículos cortos, que se expondrán siempre al público en el patio del templo de su distrito, para que todos puedan leerlos y pidan un ejemplar si les interesare. Si un autor escribe un libro se exhibe del mismo modo, capítulo por capítulo, y de este modo la vida es común y cada cual comparte con los demás su labor, según la cumple.

Diarios.- Los diarios habrán desaparecido, o a lo sumo estarán muy reformados, pues conviene tener en cuenta que en cada casa habrá un aparato, especie de combinación de teléfono y mecanógrafo enlazado con la estación central de la capital de la comunidad, de modo que no sólo es posible

comunicarse verbalmente, sino que todo cuanto se escriba o dibuje en una plancha especialmente preparada y se ponga en la máquina de la estación central, se reproducirá automáticamente sobre cintas en la máquina doméstica, y así se compone el que podremos llamar periódico de la mañana, que cada cual tiene en su casa. Toda noticia importante se transmite inmediatamente a las casas de la comunidad, y las noticias ordinarias se despachan colectivamente todas las mañanas a hora temprana, y se le llama «Conversación del almuerzo comunal.» Es una labor relativamente de poca monta y se parece a un índice de asuntos, pues da las noticias en compendio, pero con los asuntos numerados y cada ramo de materias impreso en distintos colores. Si alguien necesita información completa de cualquiera de los asuntos compendiados, le basta pulsar el timbre de la estación central y pedir los detalles del número correspondiente, que se le enviarán al punto por su respectivo alambre. Pero los diarios difieren mucho de los (de antiguos tiempos, y apenas habrá noticias políticas, pues hasta el mundo externo ha sufrido muchas variaciones y predominan los informes sobre asuntos científicos y teorías nuevas. Hay aún notas acerca de los hechos privados de las familias reales, aunque muy breves. Habrá un departamento para las noticias de la comunidad, pero se refiere principalmente a documentos científicos, invenciones y descubrimientos, por más que también registrará matrimonios y nacimientos.

El mismo aparato se emplea para añadir lo necesario a las enciclopedias domésticas. Se envían diariamente cintas cortas, siempre que hay algo que comunicar, y del mismo modo que el periódico se manda durante el día a trozos, así de cuando en cuando vienen pequeñas tiras para añadir a los diferentes capítulos de la enciclopedia.

Reuniones públicas.- En relación con cada templo habrá un plan definido de edificios escolares, de manera que, generalmente hablando, la obra educativa de cada distrito estará bajo la égida de su templo. El gran templo central tendrá anexos vastos espacios al aire libre para congregarse, en caso necesario, casi toda la comunidad. Mas, generalmente, cuando el Manú desea publicar algún edicto o información a todo el pueblo, habla El mismo en el gran templo central, y su discurso se reproduce simultáneamente en los demás templos por una especie de sistema fonográfico sumamente perfeccionado. Parece que cada templo de distrito tendrá una especie de fonógrafo representativo en el templo central, que registrará al otro extremo de la línea todo cuanto allí ocurra, de manera que todos los pormenores se reproduzcan inmediatamente.

Departamentos científicos.-Ya hemos hablado de la gran biblioteca anexa al templo central. Además, como parte distinta del gran cuerpo de edificios, habrá un muy completo y bien dispuesto museo, así como también lo que pudiera llamarse universidad, donde se cursarán muchas ramas de estudio, aunque por métodos muy distintos de antaño. Por ejemplo, la zoología y la botánica se estudian exclusivamente por clarividencia y jamás por experimentación, pues sólo son profesores y estudiantes de estas ciencias quienes han desarrollado la suficiente vista para trabajar de esa manera. Habrá un departamento que pudiéramos llamar de geografía física, que ha trazado

mapas de toda la tierra por medio de un vasto número de grandes modelos graduados que, en señales de colores e inscripciones, muestran no sólo la naturaleza del suelo, sino también los minerales y fósiles hasta profundidades considerables.

Habrá también un departamento etnográfico muy completo, con estatuas de tamaño natural de las razas humanas que han existido, así como también de las de otros planetas de nuestra cadena. Habrá, además, un departamento dedicado a las otras cadenas del sistema solar. Cada estatua lleva una detallada descripción con diagramas, mostrando en qué difieren sus vehículos superiores. Todo estará compendiado en índices y arreglado desde el punto de vista del Manú, para demostrar el desarrollo de la humanidad en las diversas razas y subrazas. También se muestra una buena parte del porvenir, y de ello se presentan modelos con explicaciones muy detalladas. Además, habrá el departamento de anatomía del cuerpo humano y de los animales, en el pasado, en el presente y en el porvenir. No habrá departamento médico, por cuanto ya estarán eliminadas las enfermedades. Sin embargo, subsistirá la cirugía para casos de accidente, aunque también esto parece estar muy perfeccionado. Se necesitarán muy pocos profesores de esta rama, porque los accidentes serán raros. No habrá nada que corresponda a los grandes hospitales de antaño, sino tan sólo unas cuantas habitaciones aireadas donde, si fuese necesario, reposen temporalmente las víctimas de accidentes.

Relacionado con el centro de instrucción habrá también un acabado museo de cuantas artes y oficios han existido desde el principio del mundo, con modelos de toda clase de máquinas, la mayor parte de las cuales no conozco, porque habrán sido inventadas entre el siglo veinte y el veintiocho. Habrá también mucha maquinaria atlante, olvidada desde hacia mucho tiempo, de suerte que se dispondrá de una ordenación completa para el estudio de estos ramos.

Se sigue escribiendo historia y se ha estado escribiendo durante más de cien años; pero tomándola de la lectura de los Anales akáshicos, e ilustrada por un procedimiento totalmente nuevo para mí, que precipita una escena de los anales, cuando se la considera importante. Además, tenemos una serie de modelos que ilustran todos los periodos de la historia universal. En la biblioteca central habrá pequeños aposentos, semejantes a cuartos telefónicos, donde los estudiantes podrán tomar los anales de cualquier suceso histórico importante, y reproducir audible y visiblemente, por medio de una máquina, toda la escena con la presentación exacta de los actores y de sus palabras en el mismo tono en que las pronunciaron.

Habrá asimismo un observatorio astronómico con interesantísima maquinaria que indica la posición exacta, en cualquier momento, de cuanto exista visible en el firmamento y gran caudal de datos acerca de los mundos. Constará de dos departamentos: uno para la observación directa por diversos medios, y otro para el resumen de los datos adquiridos por testimonio. Muchos de estos datos los han proporcionado devas relacionados con diversos planetas y estrellas; pero esto es por completo independiente de las observaciones directas.

La química habrá progresado de modo maravilloso en amplitud y profundidad. Ya se conocen todas las combinaciones posibles, y la ciencia tiene una rama relacionada con la esencia elemental, que trata de los espíritus de la naturaleza y de los devas, como una parte definida, estudiada con modelos ilustrativos. Habrá también un departamento de talismanes, de suerte que las personas sensitivas puedan psicometrizar los modelos y ver las cosas en sí mismas.

Artes.-No parece que las conferencias tengan mucha importancia. Algunas veces el que estudia un asunto habla de ello con unos cuantos amigos; pero, fuera de esto, si tiene algo que decir, lo somete a los respectivos funcionarios para que pase a las noticias del día. Si alguien escribe poesías o un ensayo, lo comunicará a su familia y quizá lo ponga en el salón del distrito. Habrá todavía pintores, pero más bien como recreo, sin que nadie lo tome por profesión. No obstante, el arte influye en la vida mayormente que en otros tiempos, porque todas las cosas, hasta los objetos más sencillos del uso diario, serán artísticos, y todos pondrán algo de sí en cuanto hagan y estarán siempre ensayando nuevos experimentos.

No veo nada que corresponda a teatro, y al sugerir esta idea a uno de los habitantes, la define como un sitio donde se acostumbraba a declamar e ir de un lado a otro, fingiendo ser otros de los que eran y representando el papel de grandes personajes. Parece que consideran esto como arcaico y cosa de niños. La gran danza coral y las procesiones pudieran considerarse teatrales, pero para ellos son actos religiosos.

Los juegos y ejercicios atléticos tienen mucha importancia en esta nueva vida. Hay gimnasio y se presta mucha atención al desarrollo físico, tanto de los hombres como de las mujeres. Uno de los juegos más favoritos tendrá mucha semejanza con la vilorta. Los niños juegan lo mismo que antaño, y gozan de mucha libertad.

Poder de la voluntad.- El poder de la voluntad está universalmente reconocido en la comunidad, y por su directa acción se cumplirán muchas cosas. Los espíritus de la naturaleza son muy conocidos y toman parte principal en la vida diaria de las gentes, cuya mayoría pueden verlos. Casi todos los niños los ven y de ellos se valen de diferentes modos, pero suelen perder algo de esta facultad a medida que crecen. El uso de estos métodos, así como de la telepatía, es una especie de diversión entre los niños, y la gente adulta reconoce su superioridad en este punto, de suerte que cuando quieren enviar un mensaje a alguna persona distante, llaman con frecuencia al niño más próximo y le piden que lo transmita en vez de intentarlo ellos. Pueden enviar telepáticamente el mensaje a un niño que se halle al otro extremo, quien inmediatamente lo lleva a la persona interesada, y esto parece constituir un método de comunicación de mucha confianza. Los adultos suelen perder esta facultad en la época de su matrimonio, pero algunos la conservan, por más que requiera en ellos mucho mayor esfuerzo que en los niños.

Condiciones económicas.- Nos esforzamos en comprender las condiciones económicas de la colonia, pero no fue fácil entenderlas. La comunidad subsistirá enteramente por sí misma, haciendo para ello todo lo necesario. La única importación son manuscritos antiguos, libros y objetos de arte pagados siempre por los funcionarios de la comunidad, que disponen de cierta cantidad de dinero del mundo externo, traído por los turistas o visitantes. También habrán aprendido el secreto de hacer, por medios químicos, oro y joyas de varias clases que emplean con frecuencia para pagar lo poco que traen de fuera. Si un individuo de la comunidad desea algo del mundo externo, avisa al funcionario más cercano, y entonces se le asigna algún trabajo, además del normal, para satisfacer el valor de lo que desee. Todo el mundo trabajará en bien de la comunidad; pero, generalmente, se le deja a cada cual que escoja el oficio que quiera. Ningún trabajo se considerará más noble que otro, ni hay la menor idea de castas. El niño, a cierta edad, escoge lo que desea hacer, y siempre puede cambiar de trabajo, avisando debidamente. La educación será completamente libre, pero la libre enseñanza de la universidad central sólo se dará a quienes hayan demostrado especial suficiencia en los ramos a que deseen dedicarse. El alimento y el vestido se dan libremente a todos, o mejor dicho, a cada persona se le entrega periódicamente cierto número de fichas, a cambio de las cuales puede comer en cualquier refectorio de la colonia, o, si lo prefiere, adquirir en ciertos grandes almacenes los víveres que pueda llevarse a su casa y prepararlos como quiera. Este mecanismo les parece complicado a los forasteros, pero funciona con la mayor sencillez entre quienes lo entienden bien. Todos trabajarán para la comunidad y en el trabajo está incluida la producción del alimento y del vestido, que luego se reparte. Consideremos, por ejemplo, el caso de una fábrica de tejidos. Es la fábrica del Gobierno y produce cierta cantidad de tela por término medio, pero esta producción puede aumentarse o disminuirse a voluntad. El trabajo está, en su mayor parte, en manos de muchachas, que se dedican a él voluntariamente y hay emulación para conseguirlo, porque sólo se necesita cierto número. Lo que no se necesita no se fabrica. Si se necesita tela, allí está la fábrica que la produce; de lo contrario, espera. El superintendente que tiene a su cargo el depósito de telas del Gobierno, calcula que durante tal tiempo necesitará tal cantidad de tela y que teniendo en cuenta las existencias necesita tanto de repuesto, y según lo que necesita pide. Si no necesita ninguna, dice simplemente que hay bastante. La fábrica jamás se cierra, aunque las horas de trabajo varían considerablemente.

Al observar esta fábrica veo que los obreros son, en su mayoría, mujeres muy jóvenes, que trabajan muy poco, limitándose a dirigir las máquinas, cuidando de que marchen bien. Cada una de ellas maneja una especie de telar, en que ha colocado cierto número de modelos. Imagínese algo así como una gran esfera de reloj con un número de clavijas en ella. Cuando una obrera pone en marcha la máquina, arregla dichas clavijas de cierto modo, conforme a sus ideas, y, al marchar la máquina, reproducen aquéllas determinado dibujo. La obrera puede arreglar la máquina de manera que produzca cincuenta telas, cada una de distinto modelo, y dejar que marche por sí sola. Cada muchacha dispone su máquina diferentemente, según su arte, y cada pieza es distinta de las demás, a menos que la máquina reproduzca la misma lista después de haber concluido las cincuenta. Entretanto, después de poner en marcha las

máquinas, no han de hacer las muchachas otra cosa que observarlas de cuando en cuando, pues la maquinaria es tan perfecta, que jamás se descompone. Está construida de manera que trabaja con silencio casi absoluto, de suerte que, mientras vigilan, una muchacha lee un libro a las demás.

La nueva fuerza.-Una de las características más singulares es la producción de fuerza. Ya no hay fuego en ninguna parte, ni por lo tanto, calor ni mugre ni humo ni apenas polvo. El mundo entero ha trascendido ya el uso del vapor o de cualquiera otra fuerza dimanante del calor. Parece que hubo un periodo intermedio, cuando se descubrió el medio de transmitir la fuerza eléctrica sin pérdida alguna a enormes distancias, y se monopolizaron todos los saltos de agua incluso los del África Central y demás parajes apartados para concentrar su fuerza en grandes estaciones centrales y distribuirla internacionalmente. Por formidable que fuera la fuerza de este modo disponible, quedó sin aplicación útil con el descubrimiento del todavía mejor procedimiento para aprovechar lo que el difunto Keely llamaba fuerza dinasférica, esto es, la fuerza concentrada en los átomos físicos. Se recordará que en 1907 Sir Oliver Lodge calculó que «en cada milímetro cúbico de espacio existe permanentemente e inaprovechable por ahora, una fuerza equivalente al rendimiento total de una estación de un millón de kilovatios durante treinta millones de años (1). En la época que ahora describimos, esta fuerza es aprovechable, y por consiguiente, se obtiene ilimitada y absolutamente libre para todo el mundo. Se dispone de ella por medio de una llave, como si fuera agua o gas, y está en todas las casas y en todas las fábricas, así como doquiera se necesite, y puede utilizarse para toda clase de trabajo mecánico. Todo trabajo en el mundo entero se hace ahora de este modo. El calor y la luz son simples manifestaciones de dicha fuerza. Por ejemplo, cuando se necesita calor, nadie pierde el tiempo en el grosero procedimiento de encender fuego, sino que sencillamente por medio de un pequeño instrumento que puede llevarse en el bolsillo, convierten la fuerza en calor hasta el punto exacto que necesitan. Puede producirse instantáneamente una temperatura de muchos miles de grados en una superficie no mayor que la cabeza de un alfiler. Por medio de esta fuerza, marchaban todas las máquinas en la fábrica que inspeccionamos, y especialmente llamó mi atención que los obreros salieran de la fábrica sin ensuciarse las manos. Otra consecuencia es que las fábricas ya no dan el espantoso y estéril horror a que antaño estuvimos penosamente acostumbrados. Estarán bellamente adornadas con las columnas esculpidas de complicados adornos, al paso que por todas partes se verán estatuas blancas, rosa y púrpura, estas últimas de pórvido hermosamente pulimentado. Lo mismo que los demás edificios, las fábricas no tendrán paredes, sino tan sólo columnas. Las muchachas llevarán flores en el cabello, y las flores adornarán profusamente la fábrica, cuya arquitectura será tan bella como la de una casa particular.

Condiciones del trabajo.- Un visitante que vino a ver la fábrica interrogó muy cortésmente a la directora, joven de negra cabellera adornada de vistosa guirnalda de flores, quien respondió:

«Se nos dice lo que hemos de hacer. El administrador de los almacenes de tejidos considera que necesita cierta cantidad de tela para tal tiempo. Unas

veces se necesita poca, otras mucha, pero siempre alguna, y nosotras trabajamos en consecuencia. Digo a las muchachas que vengan al día siguiente para trabajar una, dos o cuatro horas, según lo requiera el pedido y lo que haya que hacer. Ordinariamente la jornada es de tres horas, pero trabajan hasta cinco cuando se acerca una fiesta solemne y no tanto porque se necesite mucha tela nueva para las fiestas, cuanto porque las muchachas desean estar libres de trabajo durante una semana para asistir a las fiestas. Nosotras sabemos siempre de antemano cuánto hay que fabricar en determinada semana o mes, y calculamos que, por ejemplo, lo podemos hacer trabajando dos horas y media diarias. Pero si las muchachas desean una semana libre para una fiesta, podemos hacer en una semana el trabajo de dos, trabajando cinco horas al día en esa semana, y en la siguiente holgamos por completo, entregando la debida cantidad de tela en el tiempo requerido. Por supuesto, muy raras veces trabajamos cinco horas, pues, ordinariamente, repartimos el trabajo de la semana de fiestas en varias anteriores, de suerte que con una hora diaria de trabajo hay suficiente para llenar el objeto. Cada muchacha necesita con frecuencia un día libre, y siempre puede disponer de él, bien sea pidiendo a una amiga que la reemplace, o bien sus compañeras trabajan gustosas unos momentos más para ella, a fin de completar la cantidad que le corresponde. Todas son muy buenas amigas y muy felices. Cuando tienen un día libre, generalmente van a visitar la biblioteca central o la catedral, y para ello necesitan todo el día. »

Un visitante del mundo externo se admiraba de que alguien trabajase sin que nadie le obligara a ello, y preguntó el por qué, pero tal pregunta extrañó a los colonos.

-¿Cómo?-respondió uno de ellos;-estamos aquí para trabajar. Si hay trabajo que hacer lo hacemos por El. Si no hay trabajo, desgracia es que tal suceda, pero El sabe lo que hace.

-Este es otro mundo-exclamó el visitante.

-¿Pero qué otro mundo es posible?-preguntó el estupefacto colono

-¿para qué existe el hombre?

El visitante rehuye la discusión y pregunta:

-¿Pero quién os manda que trabajéis y cuándo y dónde?

-Cuando el niño llega a cierta edad-replicó el colono,-los padres y maestros lo han observado ya cuidadosamente, para ver en qué sentido se orientan sus actividades. Entonces el niño escoge libremente según su vocación, pero teniendo en cuenta los consejos de quienes le ayudan. Decís que el trabajo debe principiarse a tal o cual hora; pero esto es cuestión de convenio diario entre los obreros.

Hubo alguna dificultad en mantener esta conversación, porque aunque el idioma es el mismo, se han introducido muchas palabras nuevas y la gramática está muy modificada. Por ejemplo, hay un pronombre genérico común que significa «él» o «ella». Es probable que esta innovación haya sido necesaria,

porque las gentes se acuerdan y con mucha frecuencia han de hablar de encarnaciones en ambos sexos.

En todas las demás fábricas que vimos, los métodos de trabajo eran poco más o menos los mismos, esto es, en todas partes la gente trabajaba vigilando el funcionamiento de las máquinas, y de cuando en cuando ajustan alguna pieza o las ponen -de nuevo en marcha. En todas se trabaja pocas horas, menos en los refectorios públicos, cuyo personal no puede ausentarse simultáneamente, porque las comidas han de estar dispuestas a toda hora, de suerte que siempre ha de haber quien las sirva y nadie puede marcharse todo un día, sin previo convenio. En donde se requiere la asistencia constante, como sucede en los refectorios, en ciertas tiendas y otros departamentos que vimos, parece que existe un esmerado arreglo de turnos. Hay más personal del que se necesita por el momento, de suerte que sólo una parte del mismo se halla de turno. Por ejemplo, la cocina o preparación de los alimentos en los refectorios, la hace un hombre o una mujer a medio día, otro por la mañana, y otro por la tarde, teniendo cada cual unas tres horas de servicio. La cocina ha sufrido completa transformación. La cocinera o repostera se sienta ante una especie de mostrador con un verdadero bosque de botones a su alcance. Los pedidos llegan por teléfono. Pulsa el botón correspondiente al I manjar pedido, por ejemplo, alcorza, y al punto baja éste por una especie de tubo hasta el sirviente que espera en el jardín. En algunos casos se requiere la aplicación del calor; pero esto también lo hace la cocinera, sin dejar su asiento, por medio de otra serie de botones. Cierta número de muchachitas de ocho a catorce años se apiñan a su alrededor esperando sus órdenes. Son, indudablemente, aprendizas que escancian líquidos de ciertas botellitas, así como mezclan otros alimentos en pequeños recipientes. Pero si una de estas nietas necesita un día o una semana libre, solicita de otra que ocupe su lugar, a lo que nunca se niega; y aunque la substituta suele ser poco hábil, sus compañeras se complacen en ayudarla, para que no surja ninguna dificultad. Siempre hay en estos asuntos mucho cambio y ayuda mutua; pero quizá lo más notable es la buena voluntad que se despliega, pues todo el mundo ansía ayudar a los demás, sin que a nadie se le ocurra pensar que se le trata con injusticia o se abusa de él.

También place ver, como ya dijimos, que ningún trabajo se disputa por inferior a otro, pues ya no los hay degradantes ni sucios. El de minas ya no existe, porque todo lo necesario puede producirse alquímicamente con menor esfuerzo. Su conocimiento del aspecto interno de la química es tal, que todo lo pueden hacer por su medio; pero algunas cosas son difíciles y, por tanto, impracticables para el uso ordinario. Hay muchas aleaciones desconocidas del mundo antiguo. Todas las labores agrícolas se hacen mecánicamente y nadie necesita cavar ni arar a mano ni siquiera su jardín particular, sino que se vale de una curiosa maquinilla parecida a un tonel con patas, que agujerea el suelo a cualquier profundidad y distancia que se deseen, según se le coloque, así como también marcha automáticamente a lo largo de un surco, necesitando únicamente que lo vigilen y lo reviertan desde el extremo del surco. Parece que ya no hay labor manual, en la antigua acepción de la palabra, porque hasta la maquinaria se construye mecánicamente, y aunque todavía necesita lubricantes, son muy limpios. Realmente, ya no hay ninguna labor baja ni

sucia y ni siquiera hay basuras, pues todo se transforma alquímicamente y se recoge como un polvo gris absolutamente inodoro, algo así como ceniza que sirve de abono. Cada casa tiene su transformador.

En este género de vida no hay criados, porque no se necesitan; pero en cambio hay mucha gente dispuesta a ayudar, cuando es necesario.

La mujer tiene épocas en que se halla incapacitada para los quehaceres domésticos, y en tales casos siempre viene alguien a ayudar; algunas veces las vecinas y otras una especie de ayudanta de señoras, que asiste por gusto y no por salario. Cuando tal asistencia es necesaria, la persona que la requiere recurre a los conocidos medios de comunicación, e inmediatamente hay quien se ofrece.

Propiedad particular.- Es muy débil el concepto de propiedad particular. La colonia entera pertenece a la comunidad. Un hombre vive en su casa y los jardines son suyos, de manera que puede variarlos o arreglarlos como tenga por conveniente; pero no impide que los demás estén en él, ni tampoco abusa del uso - no. El principio vigente en la comunidad es no ser propietario particular de las cosas, sino gozar de ellas. Cuando un hombre muere, generalmente por su voluntad, cuida de arreglar previamente sus asuntos. Si tiene esposa, se queda ésta con la casa hasta la muerte o nueva boda. Puesto que, salvo raros casos, todos mueren de viejos, es casi imposible la orfandad; pero si tal sucediera, siempre habría quien anhelosamente prohiara a los huérfanos. A la muerte de los padres, si los hijos están casados, la casa revierte a la colonia y se transfiere a la primera pareja de la vecindad que se case. Generalmente, al contraer matrimonio, los hijos toman casa nueva; pero a veces los padres les piden que se queden en la suya y la gobiernen. En un caso observé que se había construido un anexo a una casa para una nieta que se había casado, a fin de continuar al lado de los abuelos; pero esto es rarísimo.

No está prohibida la propiedad mueble, y al morir el individuo puede legarla a los padres elegidos para la vida, próxima. Así se hace siempre con el talismán, según dijimos, y con frecuencia le acompañan algunos libros, un cuadro u objeto de arte favorito.

La ciudad jardín.-A pesar del gran número de habitantes en la capital y otras poblaciones subalternas, no hay aglomeración ni nada que se parezca a lo que en anteriores siglos se consideraba el centro de una ciudad. El corazón de la capital es la catedral, con los anexos edificios del museo, universidad y biblioteca; algo así como los edificios del Capitolio y Biblioteca de Congreso en Washington, aunque en mayor escala y también rodeados de un gran parque, pues pudiera decirse que toda la ciudad y aun la comunidad entera se halla en un parque poblado de multitud de estatuas, fuentes y flores. La abundancia de agua por todas partes es una de las características que más llaman la atención. Por doquiera se ven espléndidas fuentes con surtidores, como en el Palacio de Cristal de la antigüedad. En muchos casos reconocemos con placer copias exactas de antiguas bellezas familiares; por ejemplo, hay una fuente exacta imitación de la de Tréveris en Roma. Las vías de comunicación no se parecen

en nada a las antiguas calles, sino que más bien son avenidas de parque, con las casas bastante apartadas, pues no se permite construirlas a menor distancia de la que deben guardar entre sí.

Como no hay polvo, no se necesitan barrenderos. La vía está adamacamizada, sin adoquines, porque no hay caballos que puedan resbalar. El pavimento es de una hermosa piedra pulimentada semejante al mármol, pero con aspecto de granito. Los caminos son muy anchos, con piedras ligeramente curvas a uno y otro lado; o mejor diríamos que el camino se hunde un poco por debajo del nivel del césped de las márgenes y que las piedras se levantan a la altura del césped como una especie de canal llano, de mármol pulimentado, que se baldea cada manarla y se mantiene de este modo absolutamente limpio y sin manchas, sin necesidad de acostumbrado ejército de barrenderos. La piedra es de varios colores. En la mayor parte de las calles principales es de un precioso rosa pálido, y en algunas de verde claro. Así es que las gentes andan sobre césped o piedra muy pulimentada, cuya circunstancia explica que vayan siempre descalzos, no sólo sin inconveniente, sino con toda comodidad. Aun en largos paseos apenas se ensucian los pies; y sin embargo, a la entrada de cada casa o fábrica hay en la piedra una ranura por la que pasa constantemente una corriente de agua fresca, y antes de entrar en casa se lavan allí los pies y quedan limpios y frescos. Los templos están rodeados de un atarjea circular de agua corriente, de manera que todos han de atravesarla al entrar, como si uno de los escalones que conducen al templo fuese a modo de un surco superficial, de suerte que nadie lleva al templo ni tan siquiera una mota de suciedad.

Locomoción.- El parque en que está situada y el espacio que separa las casas incitan a dar a la capital de la comunidad el nombre de «ciudad de magníficas distancias». Sin embargo, no ocasiona esto el menor inconveniente porque todas las casas tienen ligeros coches de bello aspecto, no parecidos a los automóviles, sino más bien en forma de bañeras, de metal muy ligero, probablemente aluminio, de afiligranada labra y con llantas de una sustancia sumamente elástica, pero no neumática, que marchan con perfecta suavidad y alcanzan velocidades muy grandes, siendo tan ligeros, que los de mayor tamaño pueden ser fácilmente empujados con el dedo. Están accionados por la fuerza universal, y para viajar se carga de la espita de fuerza una especie de caja llana, de poco fondo, ajustada debajo del asiento. Basta con ello para ir de un extremo a otro de la comunidad, sin necesidad de nueva carga; pero si necesita más, llama a la casa próxima y pide permiso para aplicar su acumulador a la espita de fuerza por breves momentos. Estos cochecitos se usan constantemente y son el ordinario medio de locomoción por los hermosos y pulimentados caminos, pues los peatones van generalmente por los senderos abiertos en el césped. Apenas hay transporte pesado ni vehículos enormes y toscos. Las mercancías se transportan en gran número de pequeños vehículos, y las vigas y cuarterones se apoyan sobre carrichuelas que distribuyen el peso. En el mundo exterior se emplean ordinariamente aeronaves, que la comunidad desdeña porque sus individuos saben que pueden actuar libremente en cuerpo astral y no necesitan otro medio de locomoción aérea. En la escuela se les enseña a usar la conciencia astral, y tienen un curso regular de lecciones para la proyección del cuerpo astral.

Sanidad e irrigación.- No hay preocupación alguna respecto a sanidad. El método de transmutación química ya mencionado, abarca la desinfección, sin que los gases desprendidos sean en modo alguno perjudiciales. Parecen ser, principalmente, carbono y nitrógeno con algo de cloro, pero sin anhídrido carbónico. Todos los gases se lavan en cierta disolución acuosa muy ácida, y resultan perfectamente inofensivos, como el polvo gris, del que hay muy poca cantidad. Toda clase de mal olor es ya absolutamente contraria a la ley, aun en el mundo exterior; y tampoco hay barrios comerciales en la ciudad, aunque algunas fábricas están relativamente cercanas, por conveniencia del cambio de productos. Sin embargo, tan poco se diferencia una fábrica de una casa particular, que es difícil distinguirla; y como la fábrica no produce ruidos ni olores, no es incómoda su vecindad.

Grandísima ventaja es el clima, pues en realidad no hay invierno, en cuya estación aún está el país cubierto de flores como en las demás épocas del año. Riegan hasta los terrenos que no cultivan y han especializado la escholcia, tan común en California siglos atrás, cultivando muchas variedades de ella, como la escarlata y la anaranjada brillante, que han sembrado por doquiera, dejándola crecer libremente. En un principio importaron cantidades considerables de semillas de todas clases y de todas partes del mundo, y aun hay quienes cultivan en sus jardines plantas que necesitan en invierno más calor, pero no se valen de invernaderos, sino que las rodean de pequeños surtidores de la fuerza transformada en calor. No han tenido necesidad de construir vallas limítrofes de la comunidad, ni parece que haya tampoco poblaciones fronterizas. El territorio era antes de comprarlo una vastísima hacienda, y sigue rodeado de otras menores. Las leyes del mundo exterior no afectan en nada a la comunidad, y el gobierno del continente la deja en completa autonomía, pues anualmente recibe de ella la contribución territorial. Los de la comunidad están muy bien informados respecto del mundo exterior, y observé que los escolares saben perfectamente el nombre y situación de las principales ciudades del mundo.

(1) Philosophical Magazine, Abril, 1907, pág. 483.

CAPÍTULO XXVII

Conclusión

Federación de las naciones.-El único objeto de esta investigación fue obtener todos los informes posibles del comienzo de la sexta raza-raíz y de la comunidad fundada al efecto por el Manú y el Sumo Sacerdote. Por lo tanto, no se concedió atención especial a ningún otro país del inundo, aunque, incidentalmente, obtuve vislumbres dignos de anotar, como lo efectué, sin intento de ordenarlos ni completarlos, sino tal cual los fui observando.

El mundo entero está políticamente confederado. Europa parece ser una confederación con una especie de Parlamento, al que todos los países diputan sus representantes. Este cuerpo central dilucida los asuntos, y los jefes de los diversos Estados presiden por turno la confederación. Este maravilloso organismo político fue obra de Julio César, reencarnado en el siglo XX en conexión con la venida del Cristo que volvió a proclamar la SABIDURÍA. Se han realizado progresos colosales en todos conceptos y maravilla el cúmulo de riquezas prodigadas en ellos. Cuando César formó la federación y persuadió a todos los países de que diesen de mano a la guerra, dispuso que cada uno de ellos separara durante cierto número de años la mitad o la tercera parte de las sumas dedicadas anualmente a armamentos y la emplease en determinadas mejoras sociales. Con arreglo a este plan se disminuyeron gradualmente los impuestos en el mundo entero, y hubo suficiente dinero para alimentar a los pobres, destruir los barrios inmundos e introducir sorprendentes mejoras en todas las ciudades. Consiguió que los países donde regia el servicio militar obligatorio continuaran teniéndolo de modo que los reclutas trabajasen para el Estado, construyendo parques y caminos, demoliendo los barrios miserables y abriendo vías de comunicación por todas partes. Logró que las antiguas gabelas desapareciesen poco a poco, y con las que subsistieron trazó la regeneración del mundo. Verdaderamente fue un hombre eminente, un genio maravilloso.

En un principio parece que hubo disturbios y contiendas; pero César reunió un grupo _de hombres excesivamente hábiles, una especie de gabinete de los mejores organizadores que el mundo ha producido (reencarnaciones de Napoleón, Escipión el Africano, Akbar y otros), los hombres más idóneos que jamás hubo para obrar prácticamente. Todo se hizo en gran escala. Cuando los reyes y jefes de Estado se reunieron para discutir las bases de la confederación, César habilitó al efecto un recinto circular con gran número de puertas, de suerte que todos pudieran entrar a la vez, sin que ningún, monarca se antepusiese a otro.

La Religión del Cristo.- César dispuso el mecanismo de esta maravillosa revolución; pero, en gran parte, fue posible su obra por la venida y predicación,

del Cristo, que abrió una era nueva en todos conceptos, no sólo en el aspecto externo sino también en el sentimiento interno. Por supuesto que ya pasó de ello mucho tiempo, si nos situamos en la época que consideramos, y el Cristo es ya algún tanto mítico para las gentes, como nos sucedía a nosotros en los principios del siglo XX. La religión del mundo es ahora la que Él fundó, esto es, la religión; y no hay otra de verdadera importancia, aunque todavía sobreviven algunas en general toleradas desdeñosamente como religiones fantásticas o extrañas supersticiones. Por de contado, hay quienes profesan la antigua forma de cristianismo y quienes, en nombre del Cristo, rehusaron recibirle cuando advino en nueva figura. La generalidad considera a esta gente como irremisiblemente distanciada de la época. Considerada en conjunto, la situación del mundo entero es evidentemente mucho más satisfactoria que en las anteriores civilizaciones. Los ejércitos y armadas han desaparecido totalmente, o sólo queda de ellos una corta fuerza de policía. La pobreza también ha desaparecido de los países civilizados y los barrios miserables de las ciudades populosas se han demolido, quedando reemplazados por parques y jardines.

El nuevo idioma.- La curiosa variación del inglés, con escritura abreviada y muchos signos gramaticales, es la lengua universal, comercial y literaria. Las gentes educadas de todos los países la conocen, además de la propia, y entre las clases altas y comerciales substituye rápidamente a las lenguas de los diversos pueblos. El vulgo habla todavía los antiguos idiomas; pero reconoce que el primer paso para ser algo en el mundo es aprender la lengua universal. La mayor parte de los libros están impresos en ella, a menos que se hayan expresamente escrito para el vulgo. De esta suerte es posible que un libro circule mucho más que antes. Hay todavía profesores universitarios y eruditos que saben las lenguas antiguas; pero están en exigua minoría, y los libros buenos de todas las lenguas hace mucho tiempo que se tradujeron a la lengua universal.

En todo país, gran parte de las clases media y alta no conocen otra lengua, y sólo emplean de la del país las palabras necesarias para entenderse con criados y obreros. Ha contribuido poderosamente a este cambio el nuevo y perfeccionado método de escritura e impresión, aplicado primero al inglés, y que por esta razón se le adapta mejor que a toda otra lengua. Observé que en la comunidad los libros están impresos en papel verde pálido, con tinta azul oscura, a causa, según entiendo, de que es mucho menos perjudicial a la vista que el antiguo procedimiento de negro sobre blanco. Aquel procedimiento se está extendiendo por el resto del mundo. La civilización alcanza ya a muchos países antes salvajes y caóticos, pues en aquellos rápidos vislumbres que tuve, nada vi parecido a salvajes.

Las naciones antiguas.- Las gentes no han trascendido todavía el sentimiento nacional, y aunque cesaron las guerras, cada nación piensa orgullosamente en sí misma. La mayor ventaja es que ya no se temen unas a otras ni hay recelos, por lo que la fraternidad es mucho mayor. En conjunto, no han variado mucho las gentes; pero los buenos tienen más ocasiones de mostrar su bondad. Aún no se han entrefundido las naciones, pues la mayor parte de las gentes se casan en su país, porque los labriegos casi siempre tienden a permanecer en el mismo sitio. El crimen se muestra algunas veces,

aunque hay muchos menos que antes, pues, por lo general, todos saben más de lo que sabían y están mucho más satisfechos.

La nueva religión se ha extendido mucho, y su influencia es indudablemente mas intensa. Es una religión enteramente científica; y aun cuando la religión y la ciencia puede decirse que son instituciones separadas, ya no están en oposición, como solía suceder antes. Se sigue discutiendo, pero sobre asuntos distintos de los que tanto nosotros conocemos. Por ejemplo: discuten sobre las diferentes clases de comunicaciones espirituales, y sobre si es o no perjudicial prestar oídos a los cascarones astrales, exceptuando los autorizados y garantidos por las autoridades ortodoxas de la época. En todas partes hay escuelas, pero no bajo la inspección ni dominio de la iglesia, que sólo educa a sus ministros. La filantropía no hace ya falta, puesto que desapareció la pobreza. Hay todavía hospitales dependientes del Gobierno. Todo lo necesario a la vida tiene su tasa, de suerte que no fluctúan gran cosa los precios. Las cosas lujosas y superfluas están aún en manos del comercio particular (objetos de arte y otros por el estilo); pero aun en esto no parece haber tanta competencia como división de negocios, pues si alguien abre una tienda para la venta de adornos y cosas semejantes, no es probable que otro se establezca allí cerca, sencillamente porque no habría consumo bastante para los dos. De todos modos, no está restringida la libertad de comercio.

Tierra y minas.- Han cambiado mucho las condiciones de la propiedad territorial, minera e industrial. Gran parte, por lo menos, de la tierra se obtiene del rey por una especie de arrendamiento, y revierte incondicionalmente a la corona al cabo de mil años, con derecho de recobrarla en cualquier época, bajo ciertas compensaciones. Mientras tanto, puede transmitirse de padres a hijos o enajenarla y dividirla, previo consentimiento de las autoridades. Respecto a los edificios hay también restricciones considerables en muchos de estos Estados. Todas las fábricas de artículos de primera necesidad son propiedad del Estado, sin perjuicio de quien quiera establecer otra semejante. Las minas se explotan aún, pero mucho menos que antes. Los pozos y galerías de muchas de las antiguas minas del Norte de Europa, sirven ahora de sanatorios para los raros casos de consunción o de afecciones bronquiales y otras, a causa de que la temperatura es absolutamente igual en verano que en invierno. He observado también instalaciones para extraer el metal de grandes profundidades, que no puedo llamar propiamente minas porque más bien son pozos. Esto bien pudiera ser un moderno tipo de mina muy perfeccionado, pues poco trabajo efectúan los mineros en el fondo, sino que las máquinas excavan el suelo y cortan y extraen grandes trozo de mineral. Todo esto es, en último término, propiedad del Estado; pero en muchos casos lo arriendan los particulares. El hierro se extrae de diversas tierras por distintos procedimientos, con mucho menos trabajo que antiguamente.

El Gobierno de la Gran Bretaña.- El Gobierno de Inglaterra ha cambiado considerablemente. El poder está en manos del rey, con ministros al frente de cada departamento. No hay régimen parlamentario; pero sí un sistema cuyo funcionamiento no me fue fácil comprender por completo en el rápido vislumbre de mi observación. Es poco más o menos de la índole del referéndum. Todo ciudadano tiene el derecho de representación por conducto de un cuerpo de

funcionarios encargados de recibirlas. Si demuestran alguna injusticia, se repara inmediatamente, sin recurso de alzada. Las peticiones se atienden, si son razonables; pero no llegan generalmente hasta el rey, a menos que haya muchos coincidentes en el mismo asunto. La monarquía continúa siendo hereditaria por derecho de descendencia de la estirpe de Cerdic. El imperio británico se parece mucho al del siglo XX; pero constituyó una federación anterior a la de las naciones y, por lo tanto, tiene un monarca vitalicio, al paso que la federación mundial cambia por turno de Presidente. Algunos gobernadores de colonias tienen ahora el cargo hereditario y son, por decirlo así, monarcas tributarios.

Londres.-Londres existe aún, mayor que nunca, pero muy cambiada, pues ahora ya no se encienden fuegos en el mundo y, por lo tanto, no hay humo. Algunas calles y plazas antiguas conservan su aspecto general, pero ha habido grandes derribos y mejoras en muy vasta escala. La catedral de San Pedro aún existe, conservada cuidadosamente como monumento antiguo. La Torre ha sido reconstruida en parte. El aprovechamiento de una fuerza ilimitada ha producido también aquí grandes efectos, y parece que la mayor parte de las cosas que se necesitan, se obtienen dando vuelta a una llave. También aquí guisa muy poca gente en las casas particulares, sino que comen fuera, como la comunidad, aunque el servicio en Londres es muy diferente.

Otros lugares.- Echando de paso una ojeada a París, observé que está muy cambiada. Todas las calles son más anchas y la ciudad más abierta. Han derribado manzanas enteras y convertílas en jardines. Las casas han variado radicalmente.

Mirando a Holanda veo un país tan densamente poblado, que parece como si fuera todo él una sola ciudad. Sin embargo, Ámsterdam es aún distinguible, y han aumentado el número de canales, logrando mudar el agua diariamente. No hay corrientes naturales de agua, sino un curioso sistema de succión central, una especie de enorme tubo con una profunda excavación en el centro. No he visto claro los detalles, pero de algún modo agotan el área y vierten allí las materias inmundas, que un gran canal conduce hasta considerable distancia, por debajo del mar, para luego arrojarlas con tan enorme fuerza que ningún barco puede pasar cerca de aquel sitio. Aquí también, lo mismo que en la comunidad, destilan el agua del mar y extraen de ella diferentes sustancias de que hacen muchas cosas, entre otras, productos alimenticios y tintes. Anoté, como cosa curiosa, que en algunas calles crecen árboles tropicales al aire libre, sosteniendo en torno de ellos una constante corriente de la fuerza transformada en calórico.

Hace siglos principiaron a poner techos en las calles, manteniéndolas calientes, a modo de invernaderos; pero cuando apareció la fuerza ilimitada, decidieron suprimir los techos, que tenían muchos inconvenientes. De pasada pudimos echar alguna ojeada a otras partes del mundo, pero no observamos cosa digna de mención. China parece haber sufrido algunas vicisitudes. La raza existe aún, y no parece haber disminuido. Hay mucho cambio superficial en algunas ciudades, pero no se ha alterado la civilización de la raza. La mayo-

ría de la gente del campo habla todavía su lengua, pero todas las clases directoras saben la lengua universal.

La India es otro país donde se observa poca mudanza. La inmemorial aldea india sigue la misma, aunque, por lo visto, ya no se padecen hambres. El país se agrupa en dos o tres grandes reinos, pero sigue formando parte del gran Imperio. Evidentemente hay ahora mucha más mezcla en las clases altas que antes, y muchos más matrimonios con las razas blancas, de manera que gran parte de la gente educada ha dado de mano al régimen de castas. El Tíbet parece mucho más abierto, desde que se puede penetrar en él por medio de las aeronaves. Sin embargo, aun éstas tropiezan a veces con dificultades, debido a las grandes alturas y a la rarificación del aire. El África Central ha cambiado radicalmente, y la vecindad del Victoria Nyanza se ha convertido en una especie de Suiza, sembrada de grandes hoteles.

Adyar.- Como es natural, tenía gran interés en ver lo que le había sucedido en este tiempo a nuestro Cuartel General de Adyar, y me alegré mucho de encontrarlo siempre floreciente y en proporción mucho más grandiosa que en los antiguos tiempos. Indudablemente subsiste la Sociedad Teosófica; pero cumplido en gran parte su primer objeto, se ha dedicado principalmente al segundo y tercero, instituyendo una gran Universidad Central para el fomento del estudio de estos dos aspectos, con centros subsidiarios afiliados a ella en varias partes del mundo.

El actual edificio del Cuartel General ha sido reemplazado por una especie de espléndido palacio, con una enorme cúpula cuya parte central es ciertamente una imitación del Tâj-Mahâl de Agra, aunque mucho mayor. En este gran edificio están señalados ciertos sitios por columnas e inscripciones conmemorativas. Por ejemplo: «Aquí estaba la habitación de la señora Blavatsky;» «Aquí se escribió tal o cual libro;» «Aquí estaba el primitivo santuario,» y así sucesivamente. Tienen estatuas de algunos de nosotros, y en el recinto principal han reproducido en mármol las de los Fundadores, como reliquia de remotas edades. La Sociedad es propietaria del río Adyar y del terreno de allende, a fin de que no se construya en él nada que pueda depreciar sus vistas, y ha revestido el lecho del río con cierta clase de piedras para mantenerlo limpio. Han cubierto de edificios la propiedad y hall adquirido otra milla cuadrada a orillas del mar. Más allá de los Jardines de Olcott, hay un departamento para química oculta, donde las planchas originales están reproducidas en mayor escala, así como también hermosísimos modelos de las diferentes clases de átomos químicos. Tienen un museo y una biblioteca magníficos, y he visto algunas, aunque pocas, de las casas que había a principios del siglo XX. Todavía existe un hermoso manuscrito esmaltado, pero dudo que haya libros que se remonten hasta el siglo XX. Tienen ejemplares de La Doctrina Secreta, traducidos a la lengua universal.

La Sociedad Teosófica.- La Sociedad ha conquistado preeminente lugar en el mundo. Es un definido departamento de la ciencia mundial y tiene un extenso campo de especialidades que nadie más parece enseñar. Está produciendo una vastísima literatura, probablemente lo que llamaríamos textos, y sostiene vivo el interés acerca de las religiones antiguas y de cosas ol-

vidadas. Está publicando en vastísima escala una gran serie parecida a *Los Libros Sagrados del Oriente*. El volumen últimamente publicado lleva el número 2.159. Parece que hay muchos pandites que son autoridades en estudios antiguos. Cada uno parece tener por especialidad un libro que sabe de memoria, y conoce todo lo relativo al mismo, habiendo leído absolutamente todos los comentarios sobre la materia. El departamento de literatura es enorme y es el centro de una gran organización mundial. Observé que aun cuando usan el inglés lo hablan diferentemente, pero conservan el antiguo lema de la Sociedad en su forma original. Las dependencias de la Sociedad en otras partes del mundo son autónomas y consisten en grandes establecimientos y universidades en los principales países; pero todos consideran a Adyar como el centro y origen del movimiento y acuden allí en peregrinación. El Coronel Olcott, aunque trabaja en la comunidad de California, como uno de los lugartenientes del Manú, sigue siendo el Presidente nominal de la Sociedad, y por lo menos una vez cada dos años visita su Cuartel General para presidir los honores tributados a las estatuas de los fundadores.

Tres métodos de reencarnación.- Como al examinar la comunidad de California reconocí distintamente a muchos amigos del siglo XX, quise investigar cómo llegaron allí; si habían reencarnado muchas veces en rápidas existencias ó si habían calculado su estancia en el mundo celeste para volver a la tierra en el momento oportuno.

Esta investigación me llevó por inesperados senderos con mayor molestia de la que había supuesto; pero descubrí, por lo menos, tres métodos de ocupar el intervalo. En primer lugar, algunos colaboradores pasan la vida celeste muy abreviada y resumida. Este procedimiento de abreviar condensando produce notables y fundamentales diferencias en el cuerpo causal, sin que pueda decirse que sus efectos sean mejores ni peores, pero si muy diferentes. Es un tipo mucho más sujeto a la influencia dévica que los otros, y sirve de medio para las modificaciones llevadas a cabo. Esta abreviada vida celeste no se contrae como la nuestra a un pequeño mundo subjetivo, sino que está abierta en gran parte a la influencia dévica. El cerebro de quienes van por esta senda conserva surcos de receptividad atrofiados en otros casos. Influyen más fácil y benéficamente en ellos los seres invisibles, pero también son más susceptibles de influencias siniestras. La personalidad está relativamente menos despierta que el hombre interno. Los de larga vida celeste concentran su conciencia en un solo punto, pero los del tipo de abreviada vida celeste distribuyen por igual su conciencia en los diferentes niveles, y por consiguiente, están menos concentrados en el plano físico, con menor capacidad de actuar en él.

Hay otros a quienes se les ofreció diferente oportunidad, pues se les preguntó si se sentían capaces de pasar por una rápida serie de encarnaciones de dura labor empleada en la formación de la Sociedad Teosófica. Naturalmente, este ofrecimiento sólo se hace a quienes definitivamente pueden ser útiles, o sean los que trabajan con la suficiente firmeza para prometer satisfactorios resultados en el porvenir, y se les depara oportunidad de continuar su obra, reencarnando una y otra vez sin intervalo en diferentes partes del mundo, para conducir el movimiento teosófico hasta el punto de

suministrar el numeroso contingente de la comunidad. Esta es en la época observada mucho mayor que la Sociedad Teosófica del siglo XX, que por su parte ha crecido en proporción geométrica durante los últimos siglos, y aunque los cien mil miembros de la comunidad han pasado por sus filas (la mayor parte de ellos muchas veces), subsiste todavía una numerosa Sociedad para continuar la obra de Adyar y demás centros del mundo entero.

Hemos citado ya dos métodos por los cuales puedan los miembros de la Sociedad Teosófica del siglo XX formar parte de la comunidad del siglo XXVIII: 1.º, por abreviada intensificación de la vida celeste; 2.º, por repetidas reencarnaciones especiales. El tercer método, mucho más notable que los precedentes, se contrae quizá, a muy limitado número de casos. Me llamó la atención el de un hombre que al término de su encarnación del siglo XX había prometido al Maestro para esta obra é inmediatamente se preparó a ella de la manera más extraordinaria, pues a fin de completar su carácter y que fuese realmente útil, necesitaba cierto desarrollo que sólo podía obtenerse en condiciones propias de otro planeta de la cadena. Por lo tanto, con permiso del Maha-Choan, fue transferido durante algunas vidas a este otro planeta, y luego volvió a la tierra.

El mismo permiso obtuvieron otros Maestros para algunos discípulos, aunque tan extremada medida es raramente necesaria.

La mayoría de los miembros de la comunidad han encarnado especialmente varias veces, conservando durante estas vidas los mismos cuerpos emocional y mental y, por lo tanto, la misma memoria, por lo que supieron todo lo relativo a la comunidad durante varias vidas y mantuvieron ante sí la idea de ella. Normalmente, la serie de encarnaciones especiales y rápidas se destinan tan sólo para quienes han recibido la primera gran Iniciación, pues se sabe que un término medio de siete encarnaciones los conducirá al arhatado, y otras siete bastarán después para quebrantar los cinco eslabones que aún les atan y alcanzar la liberación perfecta del nivel asekha. Estas catorce encarnaciones son un término medio, pues cabe ahorrar mucho tiempo por la ansiosa y abnegada labor y, al contrario, puede diferirse por tibieza o negligencia. La preparación para la obra de la comunidad es una excepción de la regla, y aun cuando todos sus miembros se encaminan resueltamente al Sendero, no debemos suponer que todos ellos hayan alcanzado ya las excelsas cumbres.

Unos cuantos del mundo exterior, que ya participan de las ideas de la comunidad, solicitan de cuando en cuando ingresar en ella, y se admiten algunos, sin con sentirles casarse en la comunidad, por no adulterar la pureza de la raza; pero se les permite convivir sin diferencia de trato, y al morir reencarnan en cuerpos pertenecientes a las familias de la comunidad.

El Manú sabe de antemano lo que progresará la comunidad en un tiempo dado. En el templo principal lleva un registro, algún tanto parecido a un diagrama del tiempo, cuyas líneas indican lo que El ha esperado y lo que más o menos ha, obtenido. Los dos Maestros trazaron el plan de la comunidad, y la

luz de su vigilante celo la cobija siempre. Todo lo escrito sólo da un débil vislumbre de esta luz; un pronóstico parcial de lo que Ellos cumplirán.

Cómo nos debemos preparar.-Ciertamente que con determinado propósito se ha permitido en esta época de la historia de la Sociedad publicar el primer pronóstico detallado y definido de la magna obra futura. No cabe dudar de que uno de los propósitos de los Grandes Seres al permitirlo es, por lo menos, no sólo animar y estimular a nuestros fieles miembros, sino mostrarles la senda que deben seguir si anhelan el inestimable privilegio de compartir este glorioso futuro, así como enseñarles lo que en todo caso deben hacer, para facilitar el camino mino a los cambios que han de venir. Para disponernos a esta gloriosa manifestación, podemos ahora y aquí fomentar ardorosamente nuestro primer objeto de hermanar las diferentes naciones, castas y creencias.

A esto todos podemos ayudar, por limitadas que sean nuestras fuerzas, pues cada cual puede comprender y apreciar las cualidades de otras naciones además de la suya, y al oír reparos necios o prejuiciosos contra otras naciones, puede aprovechar la oportunidad para revertir la cuestión a las buenas cualidades, apartándola de los defectos. Cada cual puede aprovechar la oportunidad de portarse amablemente con los extranjeros a quienes tratamos, pues el que visita nuestro país es nuestro huésped. Si vamos al extranjero (y nadie a quien se le depare esta oportunidad debe desperdiciarla), recordemos que de momento representamos a nuestro país entre quiénes nos encontremos, y que debemos hacerlo agradablemente simpático con nuestra apreciación de las múltiples bellezas que se nos ofrezcan, al paso que disimulemos las deficiencias.

También podemos prepararnos fomentando la belleza en todos sus aspectos, aun en las cosas más triviales. Una de las principales características de la futura comunidad será su vivo amor a la belleza, de suerte que hasta el utensilio más común resulte, en su sencilla esfera, un objeto de arte. Debemos procurar, por consiguiente, al menos en nuestra esfera de influencia, hacerlo así nosotros en la época presente, sin que esto signifique en modo alguno que debemos rodearnos de costosos tesoros, sino que a las más sencillas y necesarias cosas de la vida diaria les demos armonía, propiedad y gracia. En este sentido y hasta este punto, todos debernos ser artistas y educar la facultad de percepción y comprensión, que es la capital característica del artista.

Al paso que desenvolvemos las buenas cualidades del artista, hemos de evitar cuidadosamente los defectos que algunas veces las acompañan. El artista puede elevarse muy por encima de su yo, por amor a su arte, y la intensidad de este amor no sólo le realzará maravillosamente, sino también a los capaces de responder a su estímulo. Pero si no está exquisitamente equilibrado, esta maravillosa exaltación irá invariablemente seguida de un gran abatimiento, no sólo mucho más duradero, sino que sus vibraciones afectarán a casi todos dentro de un área considerable, al paso que tan sólo unos cuantos podrán responder a la elevadora influencia del arte. Vale la pena de considerar si muchos hombres de temperamento artístico no resultan después de todo más perjudiciales que beneficiosos; pero el artista del porvenir conocerá

seguramente la necesidad y valía del perfecto equilibrio y beneficiará sin dañar. Esto debemos conseguir.

Es evidente que se necesitan auxiliares para la obra del Manú y del Sumo Sacerdote, y que en semejante obra caben toda clase de talentos y aptitudes. Nadie desespere de ser útil porque se crea de cortos alcances o falta de emoción estética. Hay seguramente sitio para todos, y las cualidades que ahora falten, pueden ser prontamente desarrolladas en las condiciones especiales que proporcione la comunidad. Lo necesario es buena voluntad, docilidad, absoluta confianza en la sabiduría del Manú, y, sobre todo, la resolución de olvidar por completo el yo y sólo vivir para la obra que ha de realizarse en beneficio de la humanidad. Sin ésta última, las demás cualidades «regarán el desierto». Quienes se ofrezcan a ayudar, han de tener algo del espíritu militar: completo sacrificio del yo, devoción al Jefe y confianza en Él. Deben ser sobre todo leales, obedientes, laboriosos y desinteresados. Pueden tener asimismo otras eminentes cualidades, y mientras más tengan, mejor; pero por lo menos deben tener aquéllas. Habrá ancho campo para el entendimiento agudo y toda modalidad de ingenio y destreza; pero todo será inútil sin la obediencia instantánea y la absoluta confianza en los Maestros. La presunción es un obstáculo insuperable para ser útil. El que nunca obedece porque siempre piensa que sabe más que las autoridades; el que no desvanece por completo su personalidad en la obra que se le encomiende para cooperar armoniosamente con sus compañeros de trabajo, no tiene sitio en el ejército del Manú, por trascendentes que sean sus demás cualidades. Todo esto espera su cumplimiento ante nosotros y se cumplirá, tomemos o no parte en ello; pero ya que se nos ofrece la, oportunidad, seríamos necios criminales si la desperdiciáramos. La obra de preparación está comenzada. La cosecha es abundante, pero hasta ahora son pocos los labradores. El Señor de la Cosecha clama por auxiliares voluntarios; ¿quién está pronto a responder?

EPÍLOGO

Evidentemente, el bosquejo de la comunidad californiana y de la situación del mundo en el siglo XXVIII no es más que un fragmento infinitesimal del «¿adónde va el hombre?», del camino que ha de recorrer la humanidad. Uno o dos centímetros de los innumerables kilómetros que se dilatan entre nosotros y la meta de nuestra cadena; y aun entonces un nuevo «adonde» se extenderá más allá.

El bosquejo nos habla de los primeros vagidos de la sexta raza raíz, que en proporción de su entera vida son como el conjunto de los pocos miles de gentes que reunidas a orilla del mar que bañó el Sudeste de Ruta, dieron principio a la quinta raza raíz gobernadora hoy del mundo. No sabemos cuanto tiempo transcurrirá desde aquellos pacíficos días hasta que América quede destrozada por terremotos y erupciones volcánicas y un nuevo continente se alce del fondo del Océano Pacífico para solar de la sexta raza raíz. Vernos que la faja del extremo occidental de México, donde ha de existir la comunidad, llegará a ser el extremo oriental del nuevo continente, mientras México y los Estados Unidos caerán en ruinas. Gradualmente destruirá la energía volcánica el continente americano, y la tierra que un tiempo fue Lemuria despertará de su milenario sueño para volver a recibir los rayos solares del terreno día. Desde luego que estas hondísimas alteraciones sísmicas durarán muy largo tiempo antes de que la nueva tierra esté dispuesta para habitación de la sexta raza y allí la conduzcan su Manú y su Bodhisatva.

Llegarán después las épocas en que broten las siete subrazas y predominen y decaigan, para que de la séptima elija el futuro Manú los gérmenes de la séptima raza raíz que se desenvuelva por sus cuidados y los de Su hermano el nuevo Bodhisatva y domine la tierra. También de ella brotarán siete subrazas que predominen y decaigan. La tierra misma caerá en sueño y pasará a su cuarto obscurecimiento.

El Sol de Vida amanecerá en una nueva tierra, el planeta Mercurio, y este hermoso orbe tendrá su día secular, hasta que, puesto de nuevo el Sol, llegue la noche. Tras otra aurora y otro ocaso en los globos F y G de nuestra cadena, terminará la cuarta ronda cuyos frutos cosechará en su seno el Manú Simiente.

Después, las quinta, sexta y séptima rondas, artes de que la cadena terrestre se desvanezca en lo pasado. Más allá todavía, tras el nirvana intercatenario, han de comenzar y finir las quinta, sexta y séptima cadenas, antes de que decline el Día de los Dioses Mayores y la suave y tranquila Noche cobije el reposante sistema y el gran Conservador descansa en la policéfala serpiente del tiempo. Pero aun entonces se dilatará el «¿adónde?» en los siglos sin fin de la Vida inmortal. Están cerrados los fulgurantes ojos y en sosiego el entorpecido cerebro. Pero arriba, abajo, por doquiera, planea la

ilimitada Vida, alienta Dios en quien eternamente viven, se mueven y existen los hijos de los hombres.

PAZ A TODOS LOS SERES

APÉNDICES

La cadena lunar

Los nombres de los individuos que hemos señalado a través de los siglos están tomados de Rasgaduras en el Velo del Tiempo, con las correspondientes adiciones, y los relegamos en su mayor parto a estos Apéndices, pues su enumeración hubiera resultado fatigosa en una obra escrita para el público en general. Por otra parte, son estos nombres muy interesantes para los miembros de la Sociedad Teosófica, muchos de los cuales pueden así señalar algunas de sus primeras encarnaciones. Hemos apuntado estos nombres en los pasajes del texto donde lo exigía la índole del relato y exponemos en forma de Apéndices otros muchos con sus relaciones de parentesco, etc.

MARTE y MERCURIO se individualizaron en la cuarta ronda de la cadena lunar y probablemente algunos otros que llegaron a ser Maestros en la cadena terrestre. Sin embargo, los seres más superiores se individualizaron en las cadenas precedentes a la lunar. Así, el MAHÂGURU y SÛRYA quedaron eliminados del globo D en la séptima ronda de la segunda cadena, el Día del Juicio, y pasaron al globo D de la cadena lunar, en la cuarta ronda, como hombres primitivos, en compañía de los animales de la segunda cadena dispuestos a la individualización. Entre estos animales se hallaban probablemente JÚPITER y VAIVASVATA, quien después había de ser manú de la quinta raza de la cuarta ronda de la cadena terrestre.

En la quinta ronda de la cadena lunar, en el globo D, se individualizaron Heracles, Sirio, Alcione, Mizar y probablemente todos los más tarde llamados siervos que trabajaron juntos a través de los siglos. Muchos otros que progresaron notablemente en otros aspectos se individualizaron con toda probabilidad en esta ronda. También se individualizaron en el globo D, durante la misma ronda, Escorpión y Al* otros de su índole; pero quedaron eliminados el Día del Juicio de la sexta ronda. Se les ve por vez primera en la sexta ronda al mismo nivel de Heracles, Sirio, Alcione y Mizar, por lo que debieron individualizarse en la quinta ronda.

II

En la ciudad de las Puertas de Oro

(Hacia el año 220.000 antes de J. C.)

En esta lista enumeraremos los nombres de todos los individuos reconocidos en nuestras observaciones, háyanse o no dado en el texto, a fin de que el lector componga si gusta una tabla genealógica.

Emperador.. Marte.
Príncipe heredero Vajra.
Hierofante. Mercurio.
Capitán de la guardia real.. . . . Ulises.

Soldados de la guardia imperial. (Heracles. Píndaro. Beatriz. Géminis.
Capella. Lutecia.
Belona. Apis. Arcor. Capricornio. Teodoro. Escoto. Safo.)

Esclavos tlavatlis cautivados en una batalla y regalados a Heracles por su padre... (Alcine. Hygeia. Bootes.)

III

Perú antiguo. (1)

Cuando al escribir acerca de la clarividencia me referí a las magníficas ocasiones que a los estudiantes de historia depara el examen de los anales del pasado, varios lectores me representaron el vivo interés con que el público teosófico recibiría algunos fragmentos de los resultados de las investigaciones si se les diesen a conocer. Indudablemente es así; pero no es tan fácil como parece satisfacer este deseo, pues conviene recordar que no se emprenden las investigaciones por el gusto de hacerlas ni para satisfacción de mera curiosidad, sino cuando las requiere el debido cumplimiento de alguna parte de la labor o la dilucidación de algún punto oscuro de nuestro estudio. La mayor parte de las escenas de la historia universal, que tanto han interesado y complacido a nuestros lectores, se nos representaron en el transcurso de la indagación de uno u otro de los aspectos de las vidas que sucesivamente hemos ido siguiendo desde los tiempos primitivos, en nuestros esfuerzos de reunir datos referentes a la actuación de las capitales leyes del karma y la reencarnación. Así es que cuanto sabemos de la remota antigüedad proviene más bien de una serie de vislumbres que de una visión sostenida. Es más bien una galería de cuadros que una historia.

Sin embargo, aun de esta relativamente eventual e inconstante manera, se nos han revelado muchos interesantísimos sucesos, no sólo respecto a las esplendorosas civilizaciones de Egipto, India y Asiria, así como de las más modernas naciones de Persia, Grecia y Roma, sino también de otras muchísimo más antiguas, vastas y grandiosas en comparación de las que son aquéllas brotes de ayer; poderosos imperios cuyos orígenes se remontan a las auroras primievaes, aunque algunos vestigios de su historia subsistan todavía en la tierra para quienes tienen ojos y ven.

Tal vez el más poderoso de todos aquellos imperios primievaes fué el magnífico y universal señorío de los reyes divinos de la ciudad de las Puertas de Oro en la antigua Atlantis; porque excepto la primitiva civilización aria, establecida en las costas del mar del Asia central, casi todos los imperios que desde entonces disputó por grandes la historia, no fueron sino débiles e imperfectos remedos de su maravillosa organización, al paso que anterior a él nada existió que pudiera comparársele, pues el único intento en la institución del régimen de gobierno político lo encontramos en la subraza lemuriana de cabeza ovoide y en las mil huestes tlavatlís que se atrincheraban en el extremo occidental de la primitiva Atlantis.

En una de las sesiones de la logia de Londres se bosquejó ya el régimen político cuyo centro fué durante tantos miles de años la gloriosa ciudad de las Puertas de Oro; y mi actual propósito es ofrecer un ligero esbozo de una de sus posteriores hijuelas que, si bien en menor escala, comparada con su poderoso progenitor, conservó, hasta los tiempos que acostumbramos a llamar históricos,

gran parte del público espíritu y profundísimo sentimiento del deber que era el alma de aquel grandioso régimen de la antigüedad.

A este propósito hemos de convertir nuestra atención al antiguo reino del Perú, que abarcaba muchísima mayor porción del continente sudamericano de la que comprende hoy la república del mismo nombre, y también mayor que el imperio conquistado por los españoles del poder de los Incas en el siglo XVI. Verdad es que el régimen político en este último imperio, que tanto excitó la admiración de Pizarro, reprodujo las condiciones de la primitiva y más esplendente civilización que vamos a considerar; pero por admirable que fuese la copia, no dejaba de ser una copia organizada miles de años más tarde por una raza muy inferior en su empeño de reavivar tradiciones en su mejor parte olvidadas.

Según queda insinuado, nuestros investigadores tuvieron la primera representación de esta interesantísima época mientras escudriñaban una larga serie de encarnaciones. Vieron que tras dos vidas de noble estirpe y mucha labor (a consecuencia sin duda de un grave fracaso en la precedente), el personaje (Erato) cuya historia se indagaba había nacido bajo favorables circunstancias en el gran imperio peruano, donde pasaba una vida, si bien tan trabajosa como cualquiera de las anteriores, mucho más honrada, feliz y dichosa que las de la generalidad de las gentes.

Aunque no pudiéramos por entonces examinarlo detenidamente, atrajo desde luego nuestra atención la vista de un país en donde estaban resueltos la mayor parte de los problemas sociales y en donde no había pobres ni descontentos ni criminales; pero cuando más tarde advertimos que varios otros personajes cuya historia indagábamos habían vivido por la misma época en aquel mismo país, nos familiarizamos más y más con sus usos y costumbres hasta convencernos de haber encontrado una verdadera Utopía, estores, un tiempo y un país donde en todos conceptos la vida física del hombre estaba mejor regulada y era más feliz y provechosa que tal vez lo haya sido jamás en parte alguna.

Sin duda, alguien preguntará: ¿Cómo es posible saber que este relato difiere del de otras Utopías y que los investigadores no se han engañado con hermosos sueños y teorías de su invención, que tomaron acaso por visiones de la realidad? ¿Cómo tener el convencimiento de que todo esto no es un bonito cuento?

La única respuesta adecuada a tal pregunta es que para quienes lo pregunten no hay seguridad; pero lo.,, investigadores sí están seguros por copiosa acumulación de múltiples pruebas cada una de por sí no muy poderosa y, sin embargo, irresistibles en combinado conjunto, aparte de estar también seguros, por muy detenidos experimentos, de la diferencia entre la observación y la imaginación. Saben bien los investigadores que a menudo se han encontrado con lo que menos esperaban ni presumían, y cuán frecuentemente se han desvanecido por completo sus más lisonjeras conjeturas.

Además del grupo de los actuales investigadores hay unos cuantos que adquirieron prácticamente la misma certidumbre, ya por su propia intuición, ya

por personal conocimiento de quienes realizaban la labor. Sin embargo, para el resto de las gentes ha de ser necesariamente hipotético el resultado de toda investigación relativa a un tan remoto pasado, y pueden tornar por un liudo cuento este relato de la antigua civilización peruana, aunque cabe esperar que admiren la hermosura del cuento.

Mi) parece que, si no por los métodos de clarividencia, sería hoy imposible restablecer señal ninguna de la civilización que vamos a examinar. No me cabe duda de que todavía subsisten vestigios; pero fueron necesarias muy amplias y trabajosas excavaciones para acertar a entresacarlos conscientemente de los de razas posteriores. Tal vez en tiempos por venir conviertan los arqueólogos su atención más detenidamente que hasta ahora a estos maravillosos países de Sud-América y logren entonces distinguir ordenadamente las diversas huellas de las razas que una tras otra los ocuparon y rigieron. Pero hoy por hoy, todo cuanto aparte de lo que nos muestra la clarividencia sabemos acerca del antiguo Perú, es lo poco que nos dijeron los conquistadores españoles; y con todo, la civilización tan admirada por ellos fué débil y lejano reflejo de otra más antigua y esplendorosa.

Aun la raza había ya cambiarlo al arribo de los españoles, pues si bien eran brotes de la espléndida tercera subraza atlante, mucho mejor dotada, al parecer, de resistencia y vitalidad que cuantas la siguieron, resulta evidente que aquel brote estaba, en muchos aspectos, en postrimera decadencia y eran mucho más bárbaros y degradados y menos refinados que la antiquísima rama de que vamos a hablar.

Esta página de la verdadera historia universal; este vislumbre de uno de los cuadros del vasto museo de la naturaleza., nos revela que el antiguo Perú fué un Estado ideal en comparación de cuantos hoy día existen, y parte de su interés para nosotros consiste en que todas las soluciones a que aspiran los modernos sociólogos, tuvieron allí efectividad, aunque por procedimientos diametralmente opuestos a la mayoría de los que hoy se pregonan. Las gentes eran pacíficas y prosperaban, pues se desconocían el pauperismo y la criminalidad y nadie tenía motivos de disgusto, porque cada cual encontraba camino abierto a su talento o aptitudes (si las tenía) y elegía por sí mismo su profesión o género de actividad, fuere el que fuere. No había trabajo demasiado duro ni fatigoso, y a todo el mundo le sobraba tiempo para ocuparse en cosas de su gusto. La educación era completa, liberal y fructífera, y los viejos y los enfermos estaban asistidos con perfecta y aun regalona solicitud. Sin embargo, este acabadísimo sistema social que de tal modo fomentaba el bienestar físico de las gentes, fué regido y, según vimos, sólo pudo ser regido por una de las más absolutas autocracias del mundo.

(1) Al aparecer en la Theosophical Review los artículos sobre el Perú antiguo, en 1899, escribió Leadbeater esta introducción que consideramos conveniente reproducir.

IV

El Perú hacia el año 12.000 antes de J. C.

En esta época estuvieron reunidos en mayor número que otras veces individuos hoy actuantes en la Sociedad Teosófica. MARTE era emperador, con cuyos padre y madre comienza la lista de personajes. Se distribuyeron todos entre tres familias de la época, descendientes de JÚPITER, SATURNO y Psiquis.

JÚPITER casó con y URANO.

MARTE casó con BRHASPATI, de quien nacieron dos hijos: Siva y Píndaro, que casaron respectivamente con Proteo y Tolosa.

Siva y Proteo tuvieron también dos hijos: Corona y Orfeo; Corona casó con Palas y tuvieron dos hijos: Ulises y OSIRIS; y una hija: Teodoro.

Ulises casó con Casiopea y fué su hijo VIRAD.

O OSIRIS casó con ATHENA y Teocloro con Deneb.

VULCANO y tuvieron dos hijos: MARTE

Orfeo casó con Hestia y tuvieron dos hijos: Thor y Rex, quienes contrajeron respectivo matrimonio con Ifigenia y Ajax.

Píndaro y Tolosa tuvieron un hijo: Olimpia; y tres hijas: Heracles, Adrona y Ceteo.

Olimpia, casó con Diana; Heracles con Berenice y Cateo con Proción.

URANO casó con Hesperia y tuvieron tres hijos: Sirio, Centauro y Alcione; y dos hijas: Acuario y Sagitario. Sirio casó con Espiga y tuvieron tres hijos: Pólux, Vega y Cástor; y dos hijas: Alcestes y Minerva. El matrimonio prohió a Fides, cuya esposa fué Glauco.

Pólux casó con Melpómene y tuvieron tres hijos: Cirene, Apis y Flora; y dos hijas: Eros y Camaleón.

Apis casó con Bootes, Eros con Piscis y Camaleón con Géminis.

Vega casó con Pomona y tuvieron un hijo: Ursa, que tomó por mujer a Lacerta; y dos hijas: Circe y Ajax, quien casó con Rex.

La familia de Ursa se compuso de dos hijas: Cáncer y Focea; y dos hijos: Alastor y Tetis.

Alastor casó con Clio y tuvieron una hija.: Trapecio; y un hijo: Markab.

Cástor casó con Heracles y fueron sus hijos: Vajra y Aurora; y sus hijas: Lacerta, Alcmene y Safo.

Aurora casó con Wenceslao; y Lacerta, Alcmene y Safo respectivamente con Urea, Hygeia y Dorado.

Alceste, casó con Nicosia y fué su hijo Formator. Minerva casó con Beato. Centauro, el otro hijo de URANO, casó con Gimel y tuvieron un hijo: Beato.

Alcione fué marido de Mizar y tuvieron por hijos Cástor; Adrona, Perseo, Leo, Capella; Régulo e Irene; y por hija a Ausonia.

Perseo casó con Alejandro. Leo con Concordia y sus hijos fueron: Deneb (casado con Teodoro), Egeria (casada con Telémaco), Calíope (casado con Parténope), Ifigenia (casada con Thor), y Daleth (casada con Polaris).

Capella casó con Soma y tuvieron dos hijos: Telémaco y Agúila; y una hija; Parténope, cuyo marido fué Calíope.

Telémaco casó con Egeria y tuvieron un hijo: Beth.

Ausonia casó con Rama; Régulo con Matemático y tuvieron una hija: Trébol, que casó con Aguila.

Irene casó con Flos. De las hijas de Urano, Acuario casó con Virgo y Sagitario con Apolo.

La segunda gran familia de aquel período fué la de SATURNO y su esposa VENUS que tuvieron seis hijos, a saber:

I.-Hesperia, casada con URANO.

II-MERCURIO, casado con Lira, de quien tuvo dos hijos: SÚRÍA y Apolo; y una hija: Andrómeda, casada con Argos.

III. -Calipso, casado con Avelledo, de quien tuvo a Rhea, casado con Zama, de cuyo matrimonio nacieron Sirona y Lachesis, hijos, y Amaltea, hija,.

IV.-Cruz, casada con NEPTUNO quienes tuvieron cinco hijos:

1.º Melete, casado con Erato, cuya prole fueron Hebe y Estrella (varones);

2.º Tolosa, casada con Píndaro;

3.º Virgo, casado con Acuario (de cuyo matrimonio nació Eufrosina, casado con Canopo); 4.º Alba, casada con Altair;

5.º Leopardo, casado con Auriga.

V.-Serene, casado con Beatriz, quienes tuvieron seis hijos:

1.º, Erato, casada con Melete;

- 2.º Aldebarán, casado con Orión (hijos: Teseo, casado con Dáctilo; Arcor, casada con Capricornio, quienes tuvieron a Hygeia, esposo de Alcmene, Bootes, mujer de Apis, Géminis, marido de Camaleón, Polaris, casado con Daleth, hijo, Fomalhaut, Arturo, casada con Nitocris; y Canopo, casado con Sufrosina);
- 3.º Espiga, casada con Sirio;
- 4.º Albireo, casado con Héctor;
- 5.º Leto, casado con Fons (hijos Norma, marido de Aulo; Escoto, marido de Elsa; Sextano, mujer de Pegaso);
- 6.º Electra.

VI.-Vesta, casarlo con Mira, quienes tuvieron un hijo y cuatro hijas. El hijo, Bellatrix, casó con Tifis, de quienes nacieron Juno, casado con Minorca, y Proserpina, cuya mujer fué Coloso. Las cuatro hijas fueron: Orión, casada con Aldebarán: Mizar, con Alcione; Aquiles, con Demetrio; y Filoe, con Cisne.

De Aquiles y Demetrio nacieron: Elsa, casada con Escoto; Aleteia, marido de Ofioco; Aries y Tauro, solteros; y Proción, casado con Ceteo.

Aleteia y Ofioco tuvieron dos hijos: Dorado y Fortuna, que respectivamente casaron con Safo y Eudoxia.

La tercera familia, fué la de Psiquis y su esposa Libra. De este matrimonio nacieron:

Rigel, casada con Betelgeuse; Mira, casada con Vesta, y Algol, marido de Iris.

De Betelgeuse y Rigel nacieron seis hijos.

- 1.º Altair, marido de Alba (hijo: Ara, casado con Pepín);
- 2.º Héctor, casada con Albireo (hijos: Pegaso, marido de Sextano; Berenice, marido de Adrona);
- 3.º Auriga, casada con Leopardo (hija: Flor, casada con Irene);
- 4.º Viola, marido de Electra (hija: Aulo, casado con Norma, quienes tuvieron un hijo, Nitocris, casado con Arturo);
- 5.º Cisne, casado con Filo.-) (hija: Minorca, casada con Juno);
- 6.º Demetrio, esposo de Aquiles.

El matrimonio Algol-Iris tuvo cinco hijos, a saber:

- 1.º Helios, esposo de Lomia (hija: Matemático, casada con Régulo);
- 2.º Draco, esposo de Fénix (hijo: Atalanta, Herminio);
- 3.º Argos, esposo de Andrómeda (hijas: Pepín, casada con Ara, y Dáctilo con Teseo);
- 4.º Fons, hija; casado con
- 5.º Xanthos, hijo;

También vemos a Boreas entre los personajes.

V

En las costas del Gobi hacia el año 72.000 antes de J. C.

Nietos del MANÚ, fueron: MARTE, Vajra, Ulises, VIRAJ y Apolo.

TE casó con MERCURIO y tuvieron cuatro hijos: Sirio, Aquiles, Alcione y Orión; y una hija: Mizar.

Sirio casó con Vega y su prole fueron: Mira, Rigel, Ajax, Bellatrix y Proserpina que perecieron todos en una matanza.

Aquiles casó con Albireo y tuvieron una hija: Héctor. Alcione casó con Leo y tuvieron dos hijos: URANO y NEPTUNO; y dos hijas: SÚRYA y BRHAHSPATI. Los cuatro fueron salvados de la matanza.

SÚRYA casó con SATURNO (salvado al mismo tiempo que ella), y tuvieron tres hijos: VAIVASVATA (el Manú), VIRAJ y MARTE (1). (En la siguiente generación Heracles fué hijo de MARTE). Volviendo a los hijos de MARTE y MERCURIO, tenemos que Mizar casó con Heracles, hijo de VIRAJ, y tuvieron tres hijos: Capricornio, Arcor y Fides; y dos hijas: Psiquis y Píndaro.

Corona casó con Deneb y tuvieron dos hijos, uno de los cuales fué Dorado. Hijo de Adrona fué Pólux.

Ceteo casó con Clio. También vimos a Orfeo, VULCANO y VENUS, salvados ambos, y JÚPITER, caudillo de la comunidad.

Vega y Leo eran hermanas y también lo eran Albireo y Helios. Esta última era una señorita muy linda y pizpireta. Escorpión aparece entre los invasores turanios.

(1) Para evitar confusiones conviene advertir al lector que Marte nace en esta generación como bisnieto de si mismo. (N. de los T.).

VI

En Shamballa, por los años 60.000 antes de J. C.

MARTE, príncipe tolteca de. Poseidonis, casó con JÚPITER, hija del MANÚ. Su hijo fué VIRAJ que casó con SATURNO, de cuyo matrimonio nació el MANÚ (1).

(1) También aquí el MANÚ es bisnieto de sí mismo.- (N. de loe T.).

(2)

VII

En la Ciudad del Puente y en el valle de la segunda subraza, por los años de 40.000 antes de J. C.

Los emigrantes procedieron principalmente de dos familias: la de Corona y Teodoro, que enviaron dos hijos: Heracles y Píndaro; y la de Demetrio y Fomalhaut que enviaron dos hijos: Vega y Aurora, y dos hijas: Sirio y Dorado. Quedáronle a Demetrio en la ciudad un hijo: Mira, y una hija: Draco.

También estaban en la ciudad Cástor y Rea; Lachesis, casado con Amaltea (hijo: Velleda); y Calipso, que se fugó con Amaltea. Visitaron la ciudad los forasteros Cruz y Focea.

Heracles casó con Sirio y sus hijos fueron: Alcione, Mizar, Orión, Aquiles, URANO, Aldebarán, Siva, Selene, NEPTUNO, Capricornio y otros que no pudimos reconocer.

Alcione casó con Perseo y tuvieron a VULCANO, Bellatrix, Rigel, Algol y Arturo. Mizar casó con Deneb y su prole fueron: Wenceslao, Ofioco, Cisne y otros no reconocidos.

Orión casó con Eros y entre su prole vemos a Sagitario, Teseo y Mu.

Aquiles casó con Leo y tuvieron a Ulises, Vesta, Psiquis y Casiopea.

URANO casó con Audrómeda, de cuyo matrimonio nacieron MARTE y VENUS.

Aldebarán casó con Pegaso, entre cuyos hijos se contaron Capella y Juno.

Selene casó con Albireo, y una de sus hijas fué MERCURiO, que tomó por marido a MARTE y tuvieron a VALvAs-VATA (el Manú).

Capricornio casó con su primo Polaris y sus hijos fueron Vajra, Adrona, Pólux y Diana.

Píndaro casó con Beatriz y les nacieron Géminis, Arcor y Polaris.

Géminis casó con una forastera, Apis, en quien hubo los gemelos Espiga y Fides.

Vega (hermano de Sirio) casó con Helios y tuvieron a Leo, Proserpina, Canopo, Acuario y Ajax.

Aurora casó con Héctor, y uno de sus hijos fué Albireo.

Dorado tuvo una hija, Aleteia, casada con Argos.

VIII

En la Ciudad del Puente y en el valle de la tercera subraza, hacia el año 32.000 antes de J. C.

El MANÚ estaba casado con MERCURIO, y Sirio era su hijo menor.

Sirio casó con Mizar, y su prole fueron: Alcione, Orión, VENUS, Ulises, Albireo y SATURNO. Todos marcharon al valle.

Alcione casó con Aquiles (hija de Vesta y Aldebarán y hermana de Libra).

Orión casó con el acadiano Heracles, y tuvieron seis hijos varones:

- 1.e Capella (hábil jinete);
- 2.e Fides (excelente corredor, de complexión ágil y flexible);
- 3.e Electra;
- 4.º Dorado (experto en el cabalgar y muy aficionado a deportes y juegos, sobre todo al tejo, la sortija y la cucaña);
- 5º Canopo;
- 6.º Arcor.

Las hijas de Orión y Heracles fueron: Géminis (1), Fortuna, Draco e Hygeia (2).

Albireo casó con Héctor, y entre su prole vemos a Pegaso, Leo y Beranice.

Palas y Helios estaban en el valle, según dijo el texto.

(1) Por curiosa repetición de lo sucedido ocho mil años antes, casó con el árabe Apis, venido de su lejano país

(2) Joven obesa a quien tenía muchísimo apego el chicuelo Capricornio. Además, vimos que llevaba cargada a la espalda a una colérica niña (Polaris), que chillaba desafortadamente, porque un animal le había arrebatado el juguete.

IX

En la emigración, por los años 30.000 antes de J. C.

El caudillo fué el menú Vaivasvata, cuyos capitanes eran: MARTE (esposa, NEPTUNO); su hermano Corona (esposa, OSIRIS); VULCANO (esposa, VENUS); Teodoro (esposa, Aldebarán) y VAJRA. En la guardia real vemos a Ulises, Heracles, Sirio, Arcor, Leo, Alcione y Polaris.

MERCURIO casó con Rama; Vajra con Urano, y Ulises con Espiga.

Heracles, hijo de Marte, casó con Psiquis y tuvieron cuatro hijos: Capella, Delfín, Lutecia y Canopo; y una hija: Dafnis.

Sirio casó con Aquiles; Aurora con Dorado; Capella con Bellatrix; y Leo con Leto.

Alcione casó con Fides y tuvieron a Cisne, Mira, Perseo, Proserpina y Demetrio.

Polaris casó con Minerva; Vega con Helios; y Cástor con Aries, de cuyo matrimonio nació Lachosis, casado con Rea. Calipso casó con Amaltea, uno de cuyos hijos fué Tolosa.

Velleda tuvo entre otros a Cirene y Sirona. Markab fué soldado y casó con Clio.

También vimos a Vesta, Mizar, Albireo, Orión, Ajax, Héctor, Cruz y Selene.

Trapezio fué cabecilla insurrecto.

X

Primera inmigración aria en la India 18.875 años antes de J. C.

MARTE casó con MERCURIO y tuvieron tres hijos: URANO, Heracles y Alcione; y dos hijas: BRHASPATI y Demetrio. BRHASPATI casó en primeras nupcias con VULCANO y muerto éste, con Corona, hijo de VIRAJ. De su segundo matrimonio tuvo un hijo: Trébol, casado con Arturo; y cinco hijas: Fides, casada con Betelgueuse; Thor, con Ifigenia; Rama, con Perseo; Dédalo, con Elsa, y Rector, con Fomalhaut.

SATURNO era rey en la India meridional y tenía un hijo: Cruz. SÛRYA era el sumo sacerdote y OSIRIS su vicario general.

Heracles casó con Capella y tuvieron tres hijos; Casiopea, Altair y Leto; y dos hijas: Argos y Centauro.

Alcione casó con Teseo y tuvieron cuatro hijos: Andrómeda, Betelgueuse, Fomalhaut y Perseo; y tres hijas: Draco, NEPTUNO y Arturo.

Demetrio casó con Wanceslao y tuvieron tres hijos: Elsa, Ifigenia y Diana, cuyas respectivas esposas fueron Dédalo, Thor y Draco.

Casiopea casó con Capricornio y tuvieron tres hijos: Ceteo, Espiga y Adrona; y una hija: Sirona.

Espiga casó con Kudos; Altair, con Polaris (hijo, Tolosa); Loto, con Géminis.

Argos casó con Andrómeda y tuvieron entre otros hijos a Arcor casado con Mizar, hija de NEPTUNO y Héctor y hermana de los varones Siva y Orfeo.

Diómedes casó con Orfeo. Régulo o Irene fueron hijas de Arcor y Mizar.

Argos estuvo casada en segundas nupcias con Matemático, de quien tuvo tres hijas: Diómedes, Judex (casada con Beato) y Kudos. Centauro casó con Concordia. De los hijos de Alcione, Andrómeda casó con Argos y murió tempranamente. Betelgueuse casó con Fides (hijos: Flor y Beato, casado con Judex); Fomalhaut, con Rector; Perseo, con Rama; Draco, con Diana; NEPTUNO, con Héctor, y Arturo, con Trébol.

Teseo, mujer de Alcione, era hija de Glauco y Telémaco, hermana de Soma. Alastor estaba en el Asia Central. El mongol Tauro era marido de Proción y tenían una hija, Cisne, casada con Aries.

XI

Inmigración aria en la India. Año 17.455 antes de J. C.

JÚPITER Caso Con SATURNO y su hijo fué MARTE. Hermana de JÚPITER era MERCURIO.

MARTE casó con NEPTUNO y tuvieron tres hijos: Heracles, Siva y Mizar; y tres hijas: O: OSIRIS, Píndaro y Andrómecla. Heracles casó con Ceteo y tuvieron dos hijos: Géminis y Arcor; y tres hijas: Polaris, casada con Diaria; Capricornio, con Glauco; y Adrona.

Siva casó con Proserpina y Mizar con Rama. De este matrimonio nacieron Diana y Dédalo (hijos) y Diómedes y Kudos (hijas).

OSIRIS casó con Perseo.

VULCANO casó con Corona, cuyas tres hijas: Rama, Reofor y Thor casaron respectivamente con Mizar, Trébol y Leto.

Psiquis, amigo de Marte, casó con Arturo y sus hijos fueron: Alcione, Albireo, Leto y Ajax; y sus hijas: Beatriz, Prcción y Cisne.

Alcione casó con Rigel y tuvieron tres hijos: Casiopea, esposo de Diómedes; Cruz, casado con Kudos; y Wenceslao con Régulo. También tuvieron tres hijas: Tauro, esposa de Concordia; Irene, que lo fué de Flor; y Teseo, de Dédalo.

Albireo casó con Héctor y tuvieron una hija: Beatriz, casada con Ifigenia.

Lato casó con Thor y tuvieron un hijo: Flor.

Ajax casó con Elsa; Beatriz con Matemático; y Cisne con Fomalhaut.

Capella, amigo también de Marte, casó con Judex y tuvieron dos hijos: Perseo, casado con OSIRIS, y Fomalhaut, marido de Cisne. Sus hijas fueron: Héctor, Dematrio, casada con Aries, y Elsa, esposa de Ajax. Vajra casó con Orfeo y tuvieron dos hijos: Draco y Altair; y tres hijas: BRHASPATI, URANO y Proserpina.

Draco casó con Argos, cuyo hijo fué Concordia, casado con Tauro.

Altair casó con Centauro, y su hija Régula fué esposa de Wenceslao.

Betelgeuse casó con Canopo y tuvieron dos hijos: Espiga y Olimpia; y una hija: Rigel.

Espiga casó con Telémaco y tuvieron dos hijos: Glauco e Ifigenia, cuyos consortes quedan ya mencionados.

Cástor casó con Pólux, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos: Aries y Alastor; y tres hijas: Minerva, Sirona y Pomona.

XII *Inmigración aria en la India. Año 15.950*

SÚRYA era padre de MARTE y MERCURIO.

MARTE casó con BRHASPATI y tuvieron tres hijos: JÚPITER, Siva y VIRAD; y tres hijas: OSIRIS, URANO y Ulises. JÚPITER casó con Heracles y tuvieron tres hijos: Beatriz, casado con Píndaro; Aletheia, esposo de Tauro; y Be telgueuse. Sus hijas fueron: Canopo, casada con Fomalhaut; Pólux, esposa de Melpómene; y Héctor, mujer de NEPTUNO. URANO casó con Leo y Ulises con Vajra. De este último matrimonio nacieron tres hijos: Clio, esposo de Concordia; Melpómene; y Alastor, casado con Géminis. Sus hijas fueron: Irene, esposa de Adrona; Sirona, casada con Espiga; y Beato, mujer de Soma.

MERCURIO casó con SATURNO, de cuyo matrimonio nacieron cuatro hijos: Selene, Leo, Vajra y Cástor; y tres hijas: Heracles, Alcione y Mizar. ‘

Selene casó con Aurora y tuvieron tres hijos: Wenceslao, casado con Cruz; Teseo con Ligno; y Polaris con Proserpina. Sus hijas fueron: Tauro, casada con Aletheia; Arturo con Perseo; y Argos con Draco.

Leo casó con URANO y tuvieron tres hijos: Leto (casado con Demetrio), Draco y Fomalhaut (cuyos consortes ya se han apuntado).

Las hijas fueron: Centauro (casada con Altair), Proserpina y Concordia (esposa de Clio).

Cástor casó con Ifigenia y Alcione con Albireo. De este último matrimonio nacieron cuatro hijos: NEPTUNO, casado con Héctor; Psiquis, esposo de Clarión; Perseo, que casó con Arturo; y Ajax con Capella. Las hijas fueron: Rigel, casada con Centurión; Demetrio, esposa de Leto; y Algol, mujer de Príamo.

Mizar casó con Glauco y tuvieron dos hijos (Soma y Flor) y dos hijas: Diomedes y Telémaco, casadas respectivamente con Trébol y Betelgueuse.

VULCANO casó con Ceteo y tuvieron un hijo: Proción; y tres hijas: Olimpia, Minerva y Pomona.

Arcor casó con Capricornio y tuvieron cuatro hijos: Altair, Adrona, Espiga y Trébol; y cuatro hijas: Píndaro, Capella, Cruz y Géminis.

Corona casó con Orfeo y tuvieron tres hijos: Rama, casado con VENUS; Casiopea, marido de Rector; y Aries- Las hijas fueron: Andrómeda, casada con Dédalo; Elsa, esposa de Matemático; y Palas, de Diana.

Thor casó con Kudos y tuvieron a Matemático, Diana y Dédalo (que casaron respectivamente con las tres hermanas hijas de Corona) y a Judex,

con una hija: Rector- En el polo positivo de la evolución humana estuvieron en la época de esta inmigración los cuatro Kumâras, el MANÚ y el MAHÂG URU
En el negativo estuvo Escorpión, sumo sacerdote yauli.

XIII

En la India Septentrional. Año 12.800 antes de J. C.

MARTE y MERCURIO son hermanos.

MARTE casó con SATURNO y tuvieron dos hijos (Vajra y VIRAJ) y dos hijas (VULCANO y Heracles).

Vajra casó con Proserpina y tuvieron tres hijos (Ulises, Fides y Selene) y tres hijas (Beatriz, Héctor y Hostia)- VIRAJ casó con OSIRIS; VULCANO Con URANO; y Heracles con Polares.

Ulises casó con Filoe y tuvieron tres hijos: Cisne, esposo de Diana; Caliope, de Parténope, y Piscis, de Ajax. Las hijas fueron: Bellatrix, casada con Thor; Acuario con Clarión; y Pepín con Ligno.

Fides casó con Ifigenia y tuvieron tres hijos: Aguila, esposo de Safo; Kudos, de Concordia; y Beato, de Gimel. Las hijas fueron cuatro: Herminio, Sextano, Sagitario y Parténope, casadas respectivamente con Nicosia, Virgo, Clio y Caliope.

Selene casó con Aquiles y tuvieron dos hijos: Aldebarán, esposo de Eloctra, y Helios, de Lomia. Las hijas fueron cinco: Vega, Rigol, Aleeste, Coloso y Eros, cuyos maridos fueron respectivamente Leo, Leto, Aurora, Aries y Juno.

De las hijas de Vajra, Beatriz casó con Albireo y tuvieron dos hijos: Baranice (esposo de Canopo) y Deneb. Las hijas, Píndaro y Lira, casaron respectivamente con Capella y Eufrosina.

Héctor fue esposa de Wenceslao y tuvieron tres hijos: Leo, Leto y Norma (casado con Melete) y Nicosia (marido de Herminio). Las hijas fueron: Ajax, esposa de Piscis, y Cruz, de Dametrio.

Hestia casó con Telémaco y tuvieron dos hijos: Thor y Diomedes (casado con Crisos); y cuatro hijas: Safo, Trébol, Minorca (mujer de Lobelia) y Magno (esposa de Calipso).

Heracles, hija de MARTE, casó con Polaris y tuvieron tres hijos: Viola, Dorado y Olimpia, casados respectivamente con Egeria, Dáctilo y Mira- La hija, Fénix, casó con Atalanta.

Del matrimonio Viola-Egeria nacieron cuatro hijos: Betelguese, Nitocris, Tauro y Perseo, casados respectivamente con Iris, Brunilda, Tifis y Fons. Las hijas, Lomia y Libra, casaron con Helios y Boreas. Dorado y Dáctilo tuvieron tres hijos: Centurión, Pegaso y Escoto, cuyas esposas fueron Teodoro, Príamo y Ausonia. Las hijas, Arturo y Brunilda, se casaron con Rector y Nitocris.

Olimpia casó con Mira y tuvieron cuatro hijos: Clarión, Pólux, Proción y Capricornio, que casaron respectivamente con Acuario, Cáncer, Avelledo y Zama. La hija, Arcor, casó con Centauro.

Fénix, hija de Heracles, casó con Atalanta y tuvieron tres hijos: Géminis, Ligno y Virgo, que casaron respectivamente con Adrona, Pepín y Sextauo. Las hijas fueron tres:

Daleth, Delfín y Dafnis, casadas con Régulo, Formator y Apis.

Hasta aquí la descendencia de MARTE.

Su hermano MERCURIO casó con Venus y tuvieron dos hijos (NEPTUNO y URANO) y tres hijas (Osiris, Proserpina y Tolosa).

URANO casó con VULCANO y tuvieron dos hijos: Rama y Albireo, casados con Glauco y Beatriz; y dos hijas: BRHASPATI y ATHENA, esposas respectivas de Apolo y JÚPITER.

Rama y Glauco tuvieron dos hijos: Juno y Ara, que casaron con Eros y Ofioco. Sus hijas fueron cuatro: Canopo, Diana, Crisos y Judex, casadas respectivamente con Berenice, Cisne, Diomedes e Irene.

BRHASPATI y Apolo tuvieron tres hijos: Capella (casado con Píndaro), Corona y Siva; y una hija, Proteo, casada con Rex.

Osiris casó con VIRAJ y tuvieron dos hijos: JÚPITER y Apolo, casado con BRHASPATI; y una hija, Palas, casada con Cástor.

De este último matrimonio nacieron cinco hijos: Olio, Markab, Aries, Aglaia y Sirona, cuyas respectivas esposas fueron Sagitario, Ceteo, Coloso, Pomona y Quies.

Hasta aquí la descendencia de MERCURIO.

Algol casó con Teseo y tuvieron a Alcione, cuya esposa fué Mizar, hija de Orfeo y hermana de Psiquis.

Alcione y Mizar tuvieron cinco hijos: Fomalhaut, Altair, Wenceslao, Telémaco y Soma, que casaron respectivamente con Alejandro, Alba, Héctor, Hestia y Flor. Sus tres hijas fueron: Ifigenia, Glauco y Filoe, casadas con Fideo, Rama y Ulises.

Fomalhaut y Alejandro tuvieron tres hijos: Res (casado con Proteo), Rector (casado con Arturo) y Leopardo; y tres hijas: Melete, Ausonia y Concordia, cuyos respectivos maridos fueron: Norma, Escoto y Kudos.

Altair y Alba tuvieron tres hijos: Apio, casado con Dafnis; Centauro con Arcor; y Flora. Las hijas fueron: Camaleón, Gimel (casada con Beato) y Príamo (casada con Pegaso).

Los hijos de Wenceslao se enumeran entre los descendientes de MARTE, así como los de Telémaco, Ifigenia y Filoe, mientras que la prole de Glauco está entre los descendientes de MERCURIO.

Soma y Flor tuvieron cuatro hijos: Alastor, Boreas.

Régulo e Irene, cuyas mujeres fueron Melpómene, Libra.

Daleth y Judex. Sus dos hijas, Focea y Dédalo, casaron con Céfiro y Leopardo.

Aletheia casó con Esperanza y tuvieron dos hijos: Mona y Fortuna; y cuatro hijas: Aquiles, Aulo, Flor y Alba.

Mona casó con Andrómeda y tuvieron dos hijos: Lobelia, casado con Minorca, y Céfiro, con Focea. Sus hijas fueron: Adrona, Ceteo, Melpómene y Avelledo, casadas respectivamente con Géminis, Markab, Alastor y Proción.

Fortuna casó con Auriga y tuvieron dos hijos: Hebe y Estrella, casados con Trébol y Camaleón. Las hijas fueron: Iris, Tifis, Eudoxia (casada con Flora) y Pomona (mujer de Aglaia).

Aulo casó con Argos y su prole fueron:

Hijos: Calipso, casado con Magno; Formator con Delfín; y Minerva.

Hijas: Electra y Ofioco, casadas respectivamente con Aldebarán y Ara.

Psiquis, hermano de Mizar, casó con Matemático y tuvieron tres hijas: Egeria, Elsa (casada con Beth), y Mira- Elsa y Beth tuvieron a Aurora, Demetrio y Eufrosina, casados respectivamente con Alceste, Cruz y Lira. Sus hijas fueron: Teodoro y Fons, mujeres respectivas de Centurión y Perseo.

Draco casó con Casiopea. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Argos, Beth, Atalanta y Cástor (casado con Palas); hijas: Andrómeda, Dáctilo, Alejandro y Auriga. También estaba presente Vesta.

XIV **Arianización de Egipto**

En el texto nos referimos tres veces a la expedición enviada por el MANÚ desde el Sur de la India con el deliberado propósito de arianizar a la nobleza egipcia- Mientras estaba en prensa esta obra, llevamos a cabo ulteriores investigaciones que arrojan nueva luz sobre el asunto y lo enlazan hasta cierto punto con la aceptada historia de Egipto- Por lo tanto, incluimos en forma de apéndice la explicación de las últimas investigaciones.

Respecto a lo que dijimos de que el historiador Maneto habla de la dinastía aria, vemos que tuvo razón al dar por cierta la reunificación de Egipto bajo el gobierno del MANÚ; y que según nuestras investigaciones, la fecha de esta reunificación (aunque todavía no comprobada exactamente), cae muy cerca del año 5-510 antes de J. C., en que los más eminentes egiptólogos contemporáneos fijan el comienzo de la primera dinastía- Los nuevos cálculos egiptológicos señalan la fecha del faraón Unas, cerca de doscientos arios antes de la fijada por nosotros- (1).

(1) Además de los personajes a quienes MARTE llevó consigo, estaban otros en Egipto el año 13.500 antes de J. C- De ellos se da la lista completa en el volumen las "Vidas de Alcione.

En la sexta vida de Alcione seguimos la primera gran emigración aria desde las costas del mar del Asia Central hasta el Sur de la India. El reino religioso que allí establecieron los arios fue al cabo de siglos utilizado por el MANÚ como un centro subalterno de irradiación, según ya dijimos.

Desde el Sur de la India Salió igualmente la expedición destinada a arianizar a Egipto, lo que por muy semejantes medios llevaron a cabo muchos de los mismos egos que cinco mil años antes habían tomado parte en la emigración salida del Asia Central a que nos acabamos de referir.

Por los años de 13-1500 antes (le J- C. (1) regía VIRA) el gran imperio de la India meridional- Estaba casado con BRHASPATI y era MARTE uno de sus hijos. El MANÚ se apareció astralmente al emperador y le dijo que enviase a MARTE por mar a Egipto, tomando la vía de Ceilán- Obedeció VI RAJ y emprendió MARTE su larga jornada llevando consigo, Según las instrucciones recibidas, una tropa de jóvenes de ambos sexos, entre quienes reconocimos a doce: Ajax, Betelgueuse, Deneb, Leo, Perseo y Teodoro (hombres) y Arturo, Canopo, Olimpia, VULCANO, Palas y OSIRiS(mujeres).

Al llegar a Egipto, entonces bajo el dominio tolteca, recibiólos JÚPITER, faraón reinante, quien tenía una sola hija, SATURNO, cuya madre había muerto de sobrepeso.

El MAHAGURU había instruído, mediante una visión, al sumó sacerdote egipcio SÛRYA para que recibiese honrosamente a los extranjeros y aconsejara a JÚPITER que casase a su hija con MARTE, como así lo hizo; y en tiempo relativamente corto se concertaron otros matrimonios entre la nobleza egipcia y los recién llegados.

Aunque era débil esta importación de sangre aria, en pocas generaciones tiñó toda la nobleza egipcia, pues como el faraón había dado su augusto beneplácito a los matrimonios mixtos, las familias patricias se disputaban ansiosamente el honor de emparentar con los forasteros- La entremezcla de ambas razas produjo un nuevo y distinto tipo que tenía los salientes rasgos arios con la color tolteca, es decir, el conocidísimo tipo de los monumentos egipcios. Tan poderosa es la sangre aria, que todavía muestra inconfundibles huellas tras siglos de dilución; y desde esta época en adelante, toda encarnación en la aristocracia egipcia equivalió a un nacimiento en la primera subraza de la quinta raza raíz (2).

Con el tiempo sobrevinieron muchas mudanzas y poco a poco fué decayendo el vigor injertado por el rejuvenecimiento ario; pero no bajó tanto el nivel como en la análoga civilización de Poseidonis, principalmente porque la tradición aria retuvo una estirpe cuyos individuos se consideraban descendientes directos de MARTE y SATURNO. Durante más de mil años, a contar de la arianización; ocuparon los sucesivos jefes de esta familia el trono de Egipto, hasta que vino un tiempo en que, por razones políticas, el monarca entonces reinante se desposó con una princesa extranjera, quien acabó por apartar a su marido de la tradición de sus antepasados e inducirle a establecer un nuevo culto que la familia real no podía en modo alguno aceptar. El país, cansado del rigor ario, siguió al monarca en la sensualidad y la licencia; pero la familia real estrechó aún más sus filas en severa desaprobación de aquellas novedades, y desde entonces se mantuvieron sus individuos en significativo apartamiento; y aunque siguieron aceptando cargos públicos en el ejército y la administración, sólo contrajeron matrimonio entre sí mismos, con vivo empeño de conservar las costumbres tradicionales y lo que ellos llamaban la pureza de la religión y de la raza.

Pasados cerca de cuatro mil años, vemos en igual decadencia la religión y el idioma del imperio egipcio, y únicamente en la estirpe incontaminada descubrimos un pálido reflejo de los primeros días de Egipto. Por entonces, entre los sacerdotes de pura estirpe levantáronse algunos profetas, que reanunciaron en Egipto el mensaje que se estaba dando en Poseidonis, es decir, el aviso de que la maldad de aquellas poderosas y seculares civilizaciones las condenaba a la destrucción y que a las pocas gentes justas les convenía escapar cuanto antes del inminente cataclismo. Así como gran parte de la raza blanca de montañeses salieron de Poseidonis, así también los individuos de la estirpe tradicional sacudieron de sus sandalias el polvo de Egipto y por vía del mar Rojo se refugiaron en las montañas de Arabia. Según

sabemos, la profecía se cumplió a su debido tiempo, y el año 9-564 antes de J-C. hundióse en el Atlántico la isla de Poseidonis. Gravísimos fueron en toda la tierra los efectos de este cataclismo y más ruinosos aún en Egipto, que hasta entonces había tenido una dilatada costa occidental; y aunque el mar de Sahara era bajío, bastaba para los numerosos buques de poco calado que traficaban con Atlantis y las islas argelinas. A consecuencia de aquel espantoso cataclismo se levantó el lecho del Sahara y una enormísima oleada anegó el Egipto, de modo que perecieron casi todos sus habitantes, quedando el asolado país convertido o en un yermo cuyo límite occidental era, en vez de hermoso y tranquilo mar, un vasto pantano de sal que los siglos desecaron en inhospitalario desierto. De las glorias egipcias sólo subsistieron las pirámides, erguidas sobre aquella solitaria desolación que cubrió el país durante siglo y medio; hasta que la estirpe tradicional volvió de su voluntario destierro en el refugio de las montañas para fundar una gran nación.

Pero como mucho antes se habían aventurado en el país unas tribus medio salvajes, libraron con ellas las primeras batallas en los márgenes del caudaloso río que un tiempo sostuvo los bajeles de una poderosa civilización, y de nuevo iba a atestiguar el resurgimiento de pretéritas glorias y a reflejar en sus aguas los soberbios templos de Osiris y Amen-Ra.

El egiptólogo Flinders describe cinco de estas tribus primitivas que infestaron diferentes comarcas del país y de cuando en cuando guerrearon entre sí.

1.^a Tribu de rasgos aguileños y tipo libio-amorita que ocupó gran parte del país y sostuvo en él su dominio más tiempo que las demás, manteniendo durante siglos un notable nivel de civilización.

2.^a Tribu hitita, de cabello ensortijado y barba rizada.

3.^a Montañeses de nariz puntiaguda y largas coletas de polo, que llevaban ropas largas y recias.

4.^a Gentes de nariz corta y afilada que se establecieron durante algún tiempo en la parte central del país.

5.^a Variedad de la tribu anterior, de nariz larga y barbas salientes, que ocuparon principalmente las ciénagas cercanas al Mediterráneo.

Todas estas tribus pueden observarse por clarividencia; pero se han entremezclado de modo que a veces resulta muy difícil distinguirlas, aparte de que probablemente mucho antes que todas ellas incurrió en el país una salvaje tribu negra del interior de África que no dejó huella visible de su paso.

En medio de este torbellino de entremezcladas razas llegó la estirpe tradicional, guiada por sus sacerdotes a través del mar desde las montañas de Arabia. Poco a poco sentaron con seguridad el pie en el Alto Egipto y establecieron la capital en Abydos, adueñándose gradualmente de las tierras

aledañas hasta que, por influencia de su civilización, se les reconoció supremacía de poderío.

Durante los primeros siglos su política fue más bien de atracción que de conquista, con propósito de formar entre aquel caos de gentes una raza en que imprimir sus rasgos característicos. Mil años habían transcurrido desde su llegada, cuando en la 21.a vida de Alcione vemos que MARTE rige un ya muy superiormente organizado imperio; pero hasta 1.400 años más tarde no vino el MANÚ (1) en persona a unificar todo el país bajo su cetro y fundar al mismo tiempo la primera dinastía y la gran ciudad de Menfis, iniciando con ello otra etapa de la obra comenzada bajo su dirección el año 13-500 antes de J- C.

FIN

Aclaración de algunos errores en los tonos de color del Diagrama IV

En el 5.º Globo de la 2.ª Cadena; en el 6.º Globo de la 3.ª Cadena; y en el 7.º Globo de la 4.ª Cadena, las rayitas que aparecen en color amarillo deberían ser, por orden de correspondencia, del azul del 5.º Globo de la 1.ª Cadena.

Los Globos 1.º de la 4-8 Cadena; 2.º de la 5.ª; 3.º de la 6.ª y 4.º de la 7-a, debieron haber aparecido, según el original, de un verde hoja seca.

Los Globos 1.º de la 6.ª Cadena y 2.º de la 7-ª, debieron aparecer de un color verde oliva.

(1) Poso después de la 13.ª vida de Alcione y de la 12.ª de Orión, cuando tantos de nuestros. personajes habían encarnado en la raza tlavatli que poblaba la parte meridional de la isla de Poseidonis.

(2) Entre los políticos egipcios que se declararon contra la inmigración aria descubrimos a Clio y Markab, quienes tramaron una conjura con sus respectivas mujeres Adrona y Avelledo y Cáncer, hermano de Adrona. Los cinco fueron desterrados del país.

(3) Nombre corrompido en el de Menes.